

H. G. Wells

HOMBRES COMO DIOSES

LIBRO PRIMERO

LA INVASIÓN DE LOS TERRÍCOLAS

CAPÍTULO PRIMERO

MR. BARNSTAPLE SE TOMA UNAS VACACIONES

1

Mr. Barnstaple se encontró con evidente necesidad de unas vacaciones. No tenía previamente elegida compañía alguna, ni sitio adonde ir. Estaba agotado por el trabajo diario y cansado de la monotonía de la vida hogareña. Era un hombre de intensos movimientos afectivos; quería tanto a su familia que se la sabía de memoria, pero en estos períodos de cansancio se aburría muchísimo con ella. Sus tres hijos eran ya mayores, y cada día le parecían más corpulentos y con las piernas más largas; se sentaban en sus butacas en el preciso instante en que iba a sentarse él; no le dejaban tocar en su pianola; le llenaban la casa de ruidos, de carcajadas, de chistes que no se podrían repetir; le estropeaban sus antiguos e inocentes galanteos que siempre habían sido su consuelo principal en este valle de lágrimas; le ganaban al tenis; jugaban a las guerras y bajaban las escaleras saltando los escalones de dos en dos o de tres en tres arrastrando los grandes rastrillos del jardín; sus sombreros no aparecían nunca; siempre llegaban tarde a la mesa; no se iban a la cama ninguna noche sin una tempestad de gritos: «¡*Haw, haw, haw...!* ¡*Bump!*».

Y a la madre le gustaba esto. Gastaban el dinero confiando alegremente en que las cosas habían ido siempre bien, y todo había aumentado..., excepto la antigua autoridad de *Mr.* Barnstaple. Cuando él, durante las comidas quería decir algunas claras verdades sobre *Mr.*

Lloyd George, o hacía el más pequeño intento de elevar el tono de las conversaciones de sobremesa sobre el nivel de las bromas tontas, la atención de la madre y de los hijos se desviaba descaradamente. Dijera lo que dijera, no le hacían caso. Sintió la angustiosa necesidad de escapar de su familia a algún sitio donde él pudiera acordarse de ella con cariño y con orgullo, pero sin ser molestado...

También necesitaba escaparse algún tiempo de *Mr. Peeve*. Las mismas calles se estaban convirtiendo ya en un tormento para él, y no quería ver más, no ya un periódico, sino ni siquiera un cartel. Estaba obsesionado por preocupaciones económicas de tal especie que la gran guerra junto a ellas parecía un mero incidente. El origen de todo esto estaba en que él era el subdirector y el factotum de *El Liberal*, órgano reconocido de los más deprimentes aspectos de las ideas avanzadas y del progreso, y el pesimismo constante de *Mr. Peeve*, su jefe, se le estaba contagiando cada día más.

Antes le había sido posible oponer una especie de resistencia a *Mr. Peeve* burlándose disimuladamente de su pesimismo con los otros compañeros de redacción, pero ya no quedaba ninguno; habían sido suprimidos por *Mr. Peeve* en uno de sus períodos de desaliento económico. Prácticamente, ahora nadie escribía para *El Liberal* con regularidad, salvo *Mr. Barnstaple* y *Mr. Peeve*. A causa de esta coincidencia, *Mr. Peeve* lo tenía todo resuelto con *Mr. Barnstaple*. No deseaba más que sentarse cómodamente en su sillón del despacho, hundir las manos en los bolsillos del pantalón y pasarse dos o tres horas meditando sus tristes puntos de vista de todas las cosas.

La inclinación natural de *Mr. Barnstaple* iba hacia una esperanza y una confianza moderadas en el progreso, pero *Mr. Peeve* mantenía enérgicamente que tener confianza en el progreso era una cosa pasada de moda desde hacía lo menos seis años, y que el mejor porvenir que auguraba al liberalismo estaba, lo más cerca, allá en el bienaventurado día del Juicio Final. Terminado su trabajo de redacción, cuando había

redacción, recurriendo a sus acostumbradas malas digestiones de cada semana, *Mr. Peeve* se marchaba y dejaba a *Mr. Barnstaple* todo el trabajo del periódico hasta la semana siguiente.

En tiempos normales *Mr. Peeve* se habría exigido bastante más a sí mismo; pero los tiempos no eran normales y estaban saturados de sucesos desagradables, lo que en cierto modo justificaba sus tristes augurios. El paro en la industria del carbón, que había durado un par de meses, le parecía un símbolo de la ruina de Inglaterra; todas las mañanas había recientes noticias sobre ultrajes de Irlanda: inolvidables e imperdonables ultrajes; una prolongada sequía amenazaba las cosechas de todo el mundo; la Liga de Naciones, en la que *Mr. Barnstaple* había puesto muchas esperanzas en los días grandes del Presidente Wilson, era una triste y fútil asamblea de autosatisfacciones; en todas partes había conflictos e injusticias; siete octavos del mundo parecían resbalar hacia la disolución social. Sin *Mr. Peeve* habría sido muy difícil precaver tan irremediables sucesos.

En verdad, *Mr. Barnstaple* tenía acallada su íntima esperanza, y para personas como él la esperanza es un elemento esencial sin el cual no pueden vivir. El liberalismo y el generoso esfuerzo de sus hombres había sido siempre su gran ilusión, pero ya estaba empezando a pensar que el liberalismo jamás le permitiría otra cosa que arrellanarse en un sillón con las manos en los bolsillos, malhumorado y murmurando de sus actividades, las del más humilde pero más enérgico de los hombres. Ahora, noche y día, *Mr. Barnstaple* se preocupaba por todas las cosas del mundo. Por la noche más que por el día, porque estaba perdiendo el sueño.

Se hallaba obsesionado por el profundo deseo de hacer un número de *El Liberal* a su gusto: reformarlo todo cuando *Mr. Peeve* se hubiese ido; quitar todas las tonterías, las miserables e inútiles chanzas de sus agravios, su afán de referir desgracias, la exageración de las menudas, naturales y humanas debilidades de *Mr. Lloyd George*, el recurrir a

Lord Grey, Lord Robert Cecil, Lord Lansdowne, el Papa, la reina Ana o el emperador Federico Barbarroja, alternándolos por semanas; crear y dar forma a las modernas aspiraciones de un mundo rejuvenecido y llenarlo todo con un nombre: ¡Utopía!; y decir a los pasmados lectores de *El Liberal*: «¡He aquí las próximas realidades! ¡He aquí las cosas que nosotros vamos a hacer!». ¡Qué gran golpe para *Mr. Peeve* en su desayuno dominical! Por una vez, atónito ante la inesperada sorpresa, podría digerir bien la comida

Pero esto no dejaba de ser un sueño tonto. Tenía tres pequeños Barnstaples en casa y había que considerar la necesidad de procurarles una posición decente en la vida. A pesar de ser tan bellas las cosas que soñaba, *Mr. Barnstaple* tenía la desagradable certeza de que él en bastantes materias no estaba, en realidad, suficientemente preparado. Lo que tocara no haría sino enmarañarlo. Una gran verdad le consolaba: *El Liberal* era un periódico melancólico, descorazonador y poco generoso, pero no era ruin ni malvado. Para evitar el escándalo era absolutamente necesario que *Mr. Barnstaple* se alejara de *Mr. Peeve* por algún tiempo. Una o dos veces se lo había impedido y la ruptura podría sobrevenir cualquier día. El primer paso para conseguir un descanso de *Mr. Peeve* era ir a ver al doctor. Y *Mr. Barnstaple* fue a verlo.

—Mis nervios están perdiendo el control —dijo *Mr. Barnstaple*—. Padezco una horrible neurastenia.

—Usted sufre de neurastenia —dijo el doctor.

—Le temo a mi trabajo diario.

—Usted necesita unas vacaciones.

—¿Cree usted que necesito un cambio de ambiente?

—Un cambio tan completo como usted pueda conseguirse.

—¿Puede recomendarme un sitio donde ir?

—¿Dónde quiere usted ir?

—En concreto, a ninguna parte. Creí que usted podría recomendarme algo.

—Alquile un sitio atractivo y váyase allí. No haga nada por modificar sus inclinaciones actuales.

Mr. Barnstaple pagó al doctor la suma de una guinea, y armado de tales instrucciones se preparó para disparar las nuevas de sus enfermedades y de la necesidad de su ausencia a *Mr.* Peeve, apenas hubiera una ocasión propicia para ello.

2

El proyecto de sus vacaciones fue durante mucho tiempo el único alivio de las preocupaciones de *Mr.* Barnstaple. Estaba decidido a marcharse, pero antes tenía que resolver tres problemas que a primera vista no tenían solución: ¿cómo escapar?, ¿a dónde?, y ¿con quién? Esto último era muy importante, porque *Mr.* Barnstaple se aburría en seguida hasta de sí mismo.

A veces tenía ideas luminosas respecto de la solución de todo aquello que le traía obsesionado, pero procuraba disimularlas para que nadie sospechase de lo que proyectaba. Una cosa estaba bien clara: en casa no debía decir ni una sola palabra sobre sus vacaciones. Apenas *Mrs.* Barnstaple tuviera noticias del asunto, ya sabía él lo que sucedería: en alarde de amor conyugal, *Mrs.* Barnstaple querría ocuparse de todos los preparativos. «Yo te organizaré unas estupendas vacaciones», diría ella. Elegiría, sin duda, alguna carísima y lejana residencia en Cornualles, Escocia o Bretaña, gastaría una fortuna en bártulos, estaría hasta última hora agregando paquetes y más paquetes al equipaje, y se llevaría a los muchachos. Probablemente

concertaría reuniones con amigos y conocidos. Si esto ocurriera, representaría para *Mr. Barnstaple* vivir en los sitios más absurdos y soportar a los más incansables majaderos; no tendría con quien conversar y le acosarían por todas partes mucha risa fingida y mucho juego inacabable... ¡No!

Pero ¿cómo puede un hombre marcharse de vacaciones sin que se entere su mujer? Había que encontrar una manera de hacer la maleta y sacarla furtivamente de la casa. La mejor esperanza de *Mr. Barnstaple*, en este aspecto de su situación, estaba en su pequeño automóvil, que, como es natural, jugaba un papel importante en sus secretos planes de huida; él representaba el medio más fácil para escapar y respondía a la incógnita del ¿dónde?, señalando un lugar fijo y definitivo, algo así como lo que los matemáticos llaman, según creo, un «locus»; una cosa tan íntima como aquella pequeña máquina representaba al mismo tiempo la respuesta a la cuestión del ¿con quién?; era de dos plazas, cerrado, pequeño y de color amarillo claro, y le conocían en la familia con nombres tan sugestivos como *el lavapiés*, *mostaza de Colman* y *el peligro amarillo*.

Mr. Barnstaple lo utilizaba para ir al despacho desde Sydenham porque hacía treinta y tres millas con un galón de gasolina y resultaba mucho más barato que un billete de ida y vuelta. Durante el día lo dejaba en el soportal bajo las ventanas de la oficina; por la noche lo guardaba en Sydenham en un garaje del que nadie sino él tenía llave. Lo escondía para evitar que los muchachos lo pusieran en marcha o curiosearan en las piezas. Durante algún tiempo *Mrs. Barnstaple* condujo el coche personalmente para ir de compras, pero no volvió a utilizarlo porque se despeinaba mucho y se llenaba de polvo. Por razón de sus ventajas y de sus inconvenientes, este auto estaba indicado como el medio mejor para escapar a las ansiadas vacaciones. A *Mr. Barnstaple* le gustaba mucho conducirlo; lo hacía bastante mal, pero con mucho cuidado, y aunque todavía se le paraba alguna vez y se negaba a continuar el camino, la verdad es que ya no hacía otras cosas

peores que había hecho en la vida de su dueño, como, por ejemplo, empeñarse en ir hacia la izquierda cuando *Mr. Barnstaple* doblaba el volante para ir hacia la derecha; este progreso de sus facultades de conductor daba a *Mr. Barnstaple* una agradable sensación de seguridad.

Después de dudarlo mucho, *Mr. Barnstaple* tomó decisiones heroicas. La oportunidad llegó sin esperarla. El jueves era su día de trabajo en el periódico y regresó a casa muy tarde y muy cansado. El tiempo se mantenía caliente y seco. No le importó lo más mínimo que aquella sequía presagiase hambre y miseria para medio mundo. Londres estaba en plena temporada de alegría y de buen tono. Nada parecía disparatado en 1923, el gran año del tango, al cual, a la luz de los sucesos posteriores, había definido *Mr. Barnstaple* como el año más disparatado de la historia del mundo.

El Star traía su cupo habitual de malas noticias, al margen de las secciones de deportes y de modas; la guerra entre rusos y polacos era inminente, así como en Irlanda, Asia Menor, la frontera india y el este de Siberia; se habían perpetrado tres nuevos asesinatos; los mineros seguían en paro, amenazados de derrota.

Encontró una esquila de su esposa explicándole que sus primos de Wimbledon telegrafiaron diciendo que se había organizado allí una inesperada partida de tenis con *Mademoiselle* Lenglen y todos los compañeros, y que ella había ido con los muchachos y no regresaría hasta muy tarde. Suponía una gran ocasión, decía, para ver algunas auténticas primeras figuras del tenis. También era la noche libre de los criados. ¿Sería posible que, por una vez siquiera, le hubiesen dejado solo en casa?

En la cocina halló una cena fría que le habían preparado los sirvientes antes de marcharse. *Mr. Barnstaple* leyó la esquila con calma. Mientras cenaba curioseó en un folleto que un amigo suyo

chino le había enviado explicando cómo el Japón estaba deliberadamente separándose de la vieja cultura china. Luego se sentó a fumar su pipa en el jardín, saboreando aquella cena que acababa de hacer con la tranquilidad y el silencio que siempre había soñado. Pero de pronto entró en una gran actividad.

Telefoneó a *Mr. Peeve* y le comunicó el dictamen del doctor, explicándole luego que, como los asuntos de *El Liberal* estaban ahora favorables a su antiguo proyecto, había decidido tomar las vacaciones. Después fue a su dormitorio, empaquetó apresuradamente sus cosas, las guardó en un viejo saco de mano que nadie echaría de menos, y lo puso todo en el portamaletas del coche. Invirtió algún tiempo en escribir una carta dirigida a su esposa, y después de escrita se la guardó cuidadosamente en el bolsillo interior de la americana. Luego cerró el garaje, y para serenarse se sentó en el jardín a fumarse una pipa y a distraerse con el bonito e instructivo libro *La bancarrota de Europa*, con objeto de que, al regresar su familia, le encontrase con el más inocente aspecto posible.

Cuando su esposa volvió, él le dijo, sin darle importancia, que se creía enfermo de neurastenia y que había decidido ir a Londres al día siguiente para consultar con un especialista. *Mrs. Barnstaple* quiso elegirle en seguida un doctor, pero él se evadió diciendo que tenía que asesorarse de *Mr. Peeve*, porque su jefe era un hombre muy ponderado y siempre acertó en todo lo que le había consultado hasta entonces. *Mrs. Barnstaple* dijo que ella estaba convencida de que todos necesitaban unas buenas vacaciones, y que hasta ahora no había querido quejarse y había mantenido en secreto su pensamiento. Puestos de este talante, *Mr. Barnstaple* pudo salir en seguida camino de sus vacaciones sin dejar tras de sí disgustos familiares.

Partió a la siguiente mañana para Londres. El camino, a pesar del mucho tráfico y del mucho ruido, no le molestaba en absoluto; *el peligro amarillo* corría tan suavemente que merecía haberse llamado

siempre *la dorada esperanza*. En Camberwell entró por la Camberwell New Road y se dirigió a la estafeta de Correos, en la cima de Vauxhall Bridge Road, y allí se detuvo. Estaba un poco asustado pero lleno de gozo porque su marcha era ya una realidad. Entró en la oficina de Correos y envió a su esposa un telegrama. «Doctor Pagan —escribió— aconseja soledad y descanso, necesitados urgencia, marchó distrito de Lake a recobrar salud, tengo maleta y ropa, escribo». Salió y buscó en sus bolsillos la carta que había escrito con tanto cuidado la noche antes y la echó en el buzón. Estaba deliberadamente escrita con letra nerviosa para sugerir una crisis aguda de neurastenia: el doctor Pagan había ordenado unas inmediatas vacaciones y sugerido que *Mr. Barnstaple* iba a perder la cabeza; sería mejor interrumpir la correspondencia por algunos días, tal vez una semana; él no se molestaría en escribir, a menos que las cosas le fuesen mal, por lo que la falta de noticias sería una buena señal; con descanso asegurado, todo iría bien, tan pronto como supiese una dirección para recibir el correo la comunicaría, pero sólo para que fuese utilizada en casos muy graves y urgentes.

Volvió a su coche con tan hermosa sensación de libertad como no había tenido nunca desde sus primeras vacaciones en la escuela primaria. Pensó en la Great North Road, pero asustado del mucho tráfico hasta Hyde Park Comer consultó con el policía y tomó hacia Knightsbridge. En una curva, donde la Bath Road se bifurca de la Oxford Road, se le atravesó un carromato; pero él no hizo mucho caso. Cualquier camino conducía a Elsewhere y él caminaría sin cansancio hacia el Norte, siempre hacia el Norte,

3

Era un hermoso día de sol; no hacía calor y una brisa suave acariciaba a *Mr. Barnstaple* haciéndole feliz; el ambiente y su estado de ánimo le convencieron de que iban a sucederle muchas y muy agradables aventuras. Había recobrado la fe en sí mismo. Sabía que estaba

escapando de muchas cosas, aunque todavía no supiera exactamente cómo liberarse en absoluto del resto de sus obligaciones y qué determinaciones tomaría para el futuro. De momento, sería una buena aventura encontrar algún parador por el camino donde comer algo; allí tendría ocasión incluso de cambiar impresiones con personas desconocidas, ver caras nuevas. Estaba seguro de lo que dejaba atrás —Sydenham y la redacción de *El Liberal*—, pero ignoraba qué le reservaba el futuro que tenía ahora por delante.

A poco de salir de Slough fue adelantado por un gran automóvil gris. Tuvo que virar hacia la derecha para dejarle paso. Lo vio pasar junto a él sin ruido y como un relámpago; debía ir por lo menos a sus veintisiete millas por hora. Sus ocupantes, según pudo advertir, eran tres caballeros y una señorita. Todos iban con las caras vueltas, mirando por el cristal posterior del coche, curioseando la carretera que dejaban atrás, como si los persiguiesen. A pesar de la velocidad que llevaba el automóvil, *Mr. Barnstaple* pudo advertir que la señorita era muy hermosa y que el caballero que iba junto a ella tenía un singular aspecto de viejo diablo.

Antes de que pudiera fijarse en el camino que tomaba este primer coche, otro, con traza de saurio prehistórico, le pidió paso. Así era cómo le gustaba a *Mr. Barnstaple* que le adelantaran en la carretera: pidiéndole paso. Aflojó la marcha y sacó una mano, indicando que ya podía rebasarle. Atendiendo a su señal, un enorme, brillante y veloz «limousine» ocupó treinta y tantos pies de carretera a su lado. Llevaba mucho equipaje, pero no se vieron en él otros pasajeros que un caballero joven, con lentes, sentado junto al conductor. Tomó velozmente la curva, siguiendo al coche gris.

A *Mr. Barnstaple* empezó a molestarle que su *lavapiés* fuera adelantado de tan orgullosa manera en una mañana tan magnífica y en plena carretera. Redujo la marcha para tomar la curva y puso el coche a una velocidad de ocho o diez millas por hora, precavido y seguro

como siempre. La carretera estaba solitaria, absolutamente desierta. Delante de él se extendía una gran recta, tal vez de un tercio de milla; a la izquierda había setos bien cuidados, árboles aquí y allá, tierras cultivadas, alguna casita de campo y lejanos chopos; a lo lejos se veía el castillo de Windsor; a la derecha, terrenos cultivados, un pequeño parador y lejanas colinas pobladas de árboles. Caracterizaba al paisaje un gran anuncio de un hotel junto a un río en Maidenhead. Por lo demás, no se veía sino el brillo del aire caldeado y remolinos de polvo a lo largo de la carretera. No había señales del gran turismo gris, ni del gigantesco «limousine».

Mr. Barnstaple se quedó pasmado ante suceso tan extraño. Ni a la derecha ni a la izquierda había sitio por el que los coches pudieran haber escapado, ¡y no podían haberse desvanecido! ¡Y si habían conseguido alcanzar la lejana curva es que iban a una velocidad de doscientas o trescientas millas por hora! *Mr. Barnstaple* tenía la buena costumbre de ir muy despacio cuando meditaba. Ahora anduvo despacio. Marchaba a unas quince millas por hora, mirando cuidadosamente, boquiabierto por el asombro, intentando descubrir en el paisaje desierto alguna pista de los misteriosos desaparecidos. Hasta entonces no empezó a comprender que estaba en peligro.

De pronto su coche pareció tropezar con algo y patinó. *Mr. Barnstaple* recibió tan fuerte encontronazo que perdió el conocimiento unos minutos; después no pudo recordar nada de lo que había ocurrido tras el patinazo, excepto un movimiento extraño en la dirección del coche, sin que se pudiera precisar si éste se salió de la carretera. Poco a poco fue recordando que le había parecido oír un ruido: algo así como el pitido de una caldera a la máxima presión, o ese agudo zumbido de cuerda de laúd que suele oírse al final —y al principio— de los efectos de la anestesia. Tenía la impresión de que al patinar el coche había virado violentamente hacia el seto de la derecha, pero ahora estaba otra vez en la carretera.

¡Qué extraño era todo aquello! Puso el motor en marcha, pero lo paró en seguida, mudo de asombro. Aquella carretera era otra totalmente distinta de la que él traía hacía sólo un minuto; los setos estaban cambiados, los árboles eran otros, el castillo de Windsor se había desvanecido, y —pequeña compensación— el gran «limousine» estaba ante él otra vez, junto a la carretera, muy cerca, a unas doscientas yardas.

CAPÍTULO II

EL CAMINO MARAVILLOSO

1

Mr. Barnstaple prestó atención alternativamente al «limousine», a sus ocupantes, que estaban apeándose, y al paisaje. Este último era en verdad tan bello y singular como todo aquel mundo que en *Mr.* Barnstaple había despertado tanta admiración y asombro; todo aquello a lo que él no encontraba explicación. La misma carretera, en vez de ser de piedra y barro recubiertos de alquitrán, sucia de arena, polvo y excrementos animales, que era lo normal en un camino real inglés, parecía hecha de cristal, clara como el agua en algunos sitios, lechosa e iridiscente en otros, tornasolada con reflejos de suave color y cubierta a veces de laminillas de oro. Tendría de doce a quince yardas de anchura, y a un lado y a otro discurría una faja de césped de una hierba muy fina que *Mr.* Barnstaple no había visto nunca —y era un experto y curioso guadañador de césped—, con anchos arriates de flores.

Mr. Barnstaple estaba admirado, con la boca abierta. A unas treinta yardas en ambas direcciones, tras los arriates, abundaba una rara especie de miosotis azules; la armonía del color azul de éstos se rompía con el de innumerables y blanquísimas espigas. Frente al camino estas mismas espigas estaban mezcladas con multitud de plantas cubiertas de vainas con semillas, también desconocidas para *Mr.* Barnstaple, cuyo color variaba desde una serie de tonos azules, malvas y púrpuras hasta un intenso rojo de sangre. Al lado de este espléndido colorido de flores se extendía un prado en el que pastaba un selecto ganado.

Tres de estas bestias, que estaban casi al alcance de su mano, se removieron con la repentina aparición de *Mr.* Barnstaple y sin dejar de rumiar le miraron con ojos curiosos y benévolos; tenían largos cuernos y grandes papadas como el ganado del sur de Europa y de la India.

Desde estos animales la mirada de *Mr. Barnstaple* recorrió una larga fila de árboles, se posó en una columna de blanco y oro, y llegó en último término a las altas montañas cubiertas de nieve. Un poco más arriba, blancas nubes cruzaban el deslumbrante azul del cielo, y el aire era apacible, diáfano y suave.

Excepto las vacas y el pequeño grupo de personas que estaba junto al «limousine», *Mr. Barnstaple* no vio otras criaturas vivientes en aquel paraje. Los automovilistas no dejaban de mirar curiosamente a su alrededor. El aire traía un rumor de voces afligidas.

Un estrépito terrible a su espalda desvió la atención de *Mr. Barnstaple*. Junto a la carretera, en la misma dirección que él creía haber traído, estaban las ruinas de lo que parecía ser el derrumbamiento recientísimo de una casa de piedra. Junto a ellas había dos grandes manzanos retorcidos y destrozados, como por alguna explosión; de los escombros salía una columna de humo y llamas, y las flores de la orilla del camino estaban también arrasadas como si hubiese pasado sobre ellas un huracán. Sin embargo, *Mr. Barnstaple* no había oído ninguna explosión ni había sentido el menor viento.

Miró todo con asombro y después volvió la cabeza hacia el «limousine» como si pudiera encontrar allí la explicación. Tres de sus ocupantes venían por la carretera hacia él, precedidos por un caballero alto y delgado, de pelo entrecano, cubierto con un sombrero y con un largo guardapolvo de mecánico. Tenía la cara un poco torcida y una nariz tan pequeña que escasamente bastaba para sostener sus lentes de oro. *Mr. Barnstaple* puso en marcha el motor y salió al encuentro del grupo. Cuando comprendió que estaba a distancia en que podían oírle asomó la cabeza en muda interrogación, pero ya el caballero alto y entrecano le estaba preguntando a él:

—Señor, ¿puede usted decirme dónde estamos?

—Hace cinco minutos —dijo *Mr. Barnstaple*— yo habría dicho que estábamos en la Maidenhead Road.

—¡Exactamente! —dijo aquel caballero en tono muy serio—. ¡Exactamente! Y yo sostengo que no hay ninguna razón convincente para suponer que no estemos todavía en la Maidenhead Road.

El reto del dialéctico temblaba en su voz.

—Yo no veo aquí nada que se parezca a la Maidenhead Road —dijo *Mr. Barnstaple*.

—¡Convenido! ¿Pero vamos a juzgar por las apariencias o por la experiencia? La Maidenhead Road nos condujo hasta aquí, es una prolongación de esto, y por lo tanto yo sostengo que estoy en la Maidenhead Road.

—¿Y aquellas montañas...? —contestó *Mr. Barnstaple*.

—Ahí debía estar el castillo de Windsor —dijo el caballero alto y entrecano, tan radiante como si hubiese dado un jaque al rey.

—Estaba hace cinco minutos —dijo *Mr. Barnstaple* con sorna.

—Entonces, no hay duda de que aquellas montañas son una especie de engaño —dijo el caballero alto y entrecano triunfalmente—, y todo este asunto no es más que, como se dice ahora, una pura mentira.

—Eso parece ser lo más cierto —convino *Mr. Barnstaple*.

Hubo una pausa durante la cual *Mr. Barnstaple* examinó a los acompañantes del caballero alto y entrecano. A éste le conocía perfectamente bien. Le había visto veinte veces en reuniones y banquetes: *Mr. Cecil Burleigh*, el gran líder conservador, que no era

sólo un político distinguido, sino un hombre muy eminente en sus actividades privadas y un filósofo conocido en el mundo entero. Detrás de él estaba un señor joven, desconocido para *Mr. Barnstaple* y cuya natural apariencia hostil se acrecentaba con unos lentes. El tercer miembro del grupo era también un tipo familiar, pero durante algún tiempo *Mr. Barnstaple* no pudo situarlo en sus recuerdos; era barbilampiño, con una cara redonda y sonrosada, y aspecto de persona bien comida, y su indumentaria sugería la condición de eclesiástico. El joven de los lentes habló como en falsete:

—Yo vine a Taplow Court por carretera hace un mes aproximadamente, y, desde luego, entonces no había nada de esto en el camino.

—Yo admito que hay dificultades —dijo *Mr. Burleigh* con asentimiento—. Admito que hay considerables dificultades. Pero todavía me atrevo a mantener mi proposición primera.

—¿Usted no cree que esto sea Maidenhead Road? —dijo el caballero de los lentes a *Mr. Barnstaple*.

—Yo sigo creyendo que todo esto es mentira contestóle *Mr. Barnstaple* con moderada obstinación.

—¡Pero, mi querido señor! —protestó *Mr. Burleigh*—. Esta carretera está considerada como el país de los mejores labradores y ellos mismos preparan las más asombrosas mutaciones. Una especie de propaganda.

—Entonces, ¿por qué no vamos ahora derechos a Taplow Court? —preguntó el caballero de los lentes.

—Porque —dijo *Mr. Burleigh*, irritado por tener que insistir en un hecho tan sabido— Rupert se obstina en creer que estamos en un mundo nuevo. Y no podemos continuar: ése es el porqué. Él ha tenido siempre mucha imaginación; cree que cosas que no existen, pueden

existir; ahora se imagina que es el protagonista de una novela científica y de ultramundo; que vive en otra dimensión. Algunas veces pienso que habría sido mejor para todos si Rupert se hubiera dedicado a escribir novelas en vez de soñarlas. Si usted, como su secretario, piensan que serían capaces de llegar a Taplow con tiempo para merendar en Windsor...

Mr. Burleigh indicó con un gesto algunas ideas para las que no encontraba palabras adecuadas. Antes, *Mr. Barnstaple* había advertido la presencia de un personaje flemático y curioso, de terrosa tez, cubierto con un sombrero gris de cinta negra que los caricaturistas habían hecho familiar, explorando la maraña de flores junto al «limousine»; reconoció en él a *Mr. Rupert Catskill*, ministro de la Guerra. Por una vez siquiera *Mr. Barnstaple* estuvo de acuerdo con el audaz político: aquello era otro mundo. *Mr. Barnstaple* saltó de su coche y se dirigió a *Mr. Burleigh*:

—Señor, yo creo que podremos aclarar algo respecto del lugar en que estamos si exploramos ese edificio que se ha quemado aquí al alcance de nuestra mano. Ahora estaba recordando yo que vi una figura tendida tras de él. Si pudiéramos coger a uno de los bromistas...

Dejó esta frase sin terminar porque él no había creído nunca en tales bromas. *Mr. Burleigh* había perdido bastante en su estimación en los últimos cinco minutos. Los cuatro hombres volvieron la mirada a las humeantes ruinas.

—Es muy extraño que no haya nadie por aquí —observó el caballero de los lentes escrutando el horizonte.

—Bien. Sea lo que sea, yo no veo inconveniente en que examinemos el incendio —dijo *Mr. Burleigh* poniéndose en marcha con cara de profética inteligencia.

Pero antes de que hubiese dado una docena de pasos atrajo la

atención de todos un grito desgarrador de la mujer que había quedado en el «limousine».

3

—Realmente, esto es demasiado —rugió *Mr. Burleigh* con acento de verdadera exasperación—. Ya podía la policía de tráfico prevenir a uno de estas cosas.

—Parece escapado de una casa de fieras —dijo el de los lentes—. ¿Qué debemos hacer?

—Es manso —dijo *Mr. Barnstaple*, pero sin idea de comprobar su teoría.

—Yo puedo espantar con facilidad a esta clase de bichos —dijo *Mr. Burleigh*, y, alzando la voz, gritó—: No se alarme, *Stella*. Probablemente es manso e inofensivo. No lo irrite con la sombrilla. Puede abalanzarse sobre usted. ¡*Stella!*

El tal bicho era un enorme y vistoso leopardo que había salido muy solapadamente de entre las flores y estaba sentado como un gato gigantesco en medio de la carretera junto al automóvil. Miraba pestañeando y moviendo la cabeza de un lado a otro rítmicamente, con curiosa expresión de duda, cómo la señora, de acuerdo con las más antiguas tradiciones en tales casos, abría y cerraba la sombrilla frente a él con inusitada rapidez. El chófer había buscado refugio detrás del coche. *Mr. Rupert Catskill* estaba distraído, metido en flores hasta las rodillas y examinándolas una por una, y al parecer sólo se enteró de la aparición del leopardo cuando oyó el grito que había atraído también la atención de *Mr. Burleigh* y sus acompañantes.

Mr. Catskill fue el primero en actuar, y su gesto demostró su bizarría; estuvo al mismo tiempo juicioso y atrevido.

—No mueva más la sombrilla. *Lady Stella* —dijo—. Déjeme a mí, que quiero mirarle a los ojos frente a frente.

Hizo un rodeo por detrás del auto de manera que quedó cara a cara con el leopardo. Entonces se detuvo, haciendo el mismo gesto y tomando la misma postura que si estuviera exhibiendo su menguada figura vestida de levita gris y cubierta con el sombrero de la cinta negra. Sacó una mano con mucho cuidado, sin movimientos bruscos que pudieran espantar al leopardo.

—¡Poosy! —dijo.

El animal, tranquilizado porque *Lady Stella* había dejado de amenazarle con la sombrilla, observó con interés y curiosidad. Se dispuso a luchar. Extendió el hocico y olfateó.

—¡Si sólo quiero acariciarte! —dijo *Mr. Catskill* extendiendo el brazo.

La fiera olfateó aquella mano que se le tendía, con expresión de incredulidad. Entonces, con precipitación que hizo retroceder a *Mr. Catskill* algunos pasos, estornudó; estornudó otra vez más violentamente, observó a *Mr. Catskill* con furia por un momento, y después saltó limpiamente sobre las flores y huyó en dirección a la columna dorada. El ganado que estaba pastando, según observó *Mr. Barnstaple*, le vio pasar sin el menor atisbo de miedo.

Mr. Catskill permaneció un momento expectante en medio de la carretera.

—Ningún animal —dijo— puede resistir la mirada fija del ojo humano. Ni uno. Esto es un enigma para su materialismo... ¿Nos reunimos con *Mr. Cecil*, *Lady Stella*? Creo que hay algo que ver allí abajo. El hombre del pequeño automóvil amarillo puede que sepa dónde estamos.

Ayudó a la dama a bajar del coche, y los dos regresaron al grupo de *Mr. Barnstaple*, quien ha vuelto a las inmediaciones de la casa incendiada. El chófer, que evidentemente no quería quedarse solo en el «limousine» en aquel mundo de increíbles posibilidades, les siguió tan cerca como el respeto le permitiera.

CAPÍTULO III

EL BELLO PAÍS

1

No parecía que el fuego estuviese tomando incremento. Había mucho menos humo que cuando *Mr. Barnstaple* lo vio por primera vez. Como se acercaron mucho, tropezaron con bastantes trozos retorcidos de un metal brillante y fragmentos de cristales rotos mezclados con los cascotes de mampostería. Todo aquello sugería la idea de la explosión de un artefacto mecánico. Después descubrieron un cuerpo tendido sobre el césped de la ladera, junto a las ruinas. Era un cuerpo de un hombre en plena juventud, desnudo, excepto un par de pulseras, un collar y un cinturón; de la boca y la nariz le manaba abundante sangre. Con cierto miedo, *Mr. Barnstaple* se arrodilló junto a él y le auscultó el corazón. Nunca había visto una cara tan bella, ni una figura tan armoniosa.

—Muerto —susurró.

—¡Mirad! —gritó la aguda voz del hombre de los lentes—. ¡Otro!

Señaló hacia algo que estaba oculto a *Mr. Barnstaple* por un trozo de pared. *Mr. Barnstaple* se levantó y trepó por un montón de cascotes hasta que pudo ver de qué se trataba. Era una delicada mujer, con tan poco vestido como el hombre. Evidentemente había sido lanzada con gran violencia contra la pared y muerta instantáneamente. Su cara no estaba desfigurada, aunque tenía machacada la parte posterior de la cabeza; su boca era perfecta, sus ojos, bellos, verdes, entreabiertos; y tenía la expresión de alguien que estuviese meditando sobre un difícil e interesante problema. No parecía muerta, sino dormida. Una mano empuñaba todavía un instrumento de cobre con un mango de cristal. La otra estaba flácida y caída.

Durante unos segundos no habló nadie. Parecía que temiesen interrumpir el curso de sus meditaciones. Luego *Mr. Barnstaple* oyó la voz del caballero con aspecto eclesiástico diciendo muy suavemente junto a él:

—¡Qué formas más perfectas!

—Admito que no tenía yo razón —dijo *Mr. Burleigh* como reflexionando—. Yo estaba equivocado. Éstas no son personas de la Tierra. Sin duda alguna. Y por lo tanto nosotros no estamos en la Tierra. No puedo imaginar qué ha sucedido y dónde estamos. Ante la evidencia, yo nunca he titubeado en retractarme. Este mundo en el que estamos no es nuestro mundo. Esto es algo... —hizo una pausa—... algo verdaderamente maravilloso.

—Y la tertulia de Windsor —dijo *Mr. Catskill* sin la menor apariencia de que tal cosa le apenase— puede hacer sus meriendas sin nosotros.

—Entonces —dijo el hombre con aspecto de clérigo—, ¿en qué mundo estamos y cómo hemos llegado hasta aquí?

—¡Ah! —dijo *Mr. Burleigh* suavemente—. Eso está por encima de mis pobres facultades adivinatorias. Estamos en algún mundo que es al mismo tiempo singularmente parecido y singularmente distinto del nuestro. Si esto no estuviera relacionado con nuestro mundo, siquiera sea en algunos de sus aspectos, no podríamos estar aquí. Pero en qué consiste esa relación, es, lo confieso, un enigma para mí. Tal vez estemos en alguna otra dimensión distinta de aquéllas en que estábamos en la Tierra. Pero mi pobre cabeza da vueltas pensando cuál será esa dimensión. Estoy... estoy... en un laberinto.

—Einstein... —intervino el caballero de los lentes con evidente satisfacción.

—¡Exactamente! —dijo *Mr. Burleigh*—. Einstein podría aclararnos

todo esto. O el viejo y querido Haldane. Pero yo no soy Haldane ni Einstein. Aquí estamos en alguna especie de mundo que es, a todos los efectos, incluido al de nuestro fin de semana. «Ningunaparte», o, si lo prefiere en griego, «Utopía». Y como no se me ocurre cómo podremos salir de aquí, yo creo que lo que tenemos que hacer como criaturas racionales es tomar esto de la mejor manera posible. Y esperar una oportunidad. Esto es en verdad un hermoso mundo; su belleza está por encima de toda admiración. Y hay aquí seres inteligentes. Yo opino que todo esto derruido a nuestro alrededor corresponde a un mundo en el cual la Química experimental investigaba —con amargo final— acerca de determinadas materias... ¡La Química y la desnudez! Yo confieso que lo mismo podríamos considerar a estos dos seres, que aparentemente acaban de morir aquí, como dioses griegos o como desnudos salvajes; esto es una cuestión de gustos individuales; yo confieso mi preferencia por creerlos un dios griego... y una diosa.

—Sí, pero eso supone el pequeño absurdo de imaginarse dos inmortales muertos —dijo con voz de falsete el caballero de los lentes, en el tono de quien se apunta un tanto.

Mr. Burleigh iba a contestarle, y, a juzgar por su expresión, la respuesta habría sido de naturaleza disciplinaria; pero en su lugar lanzó una breve exclamación y volvió la cara a dos recién llegados. Todos miraron en la misma dirección y vieron a dos rígidos Apolos, que desde las ruinas observaban a nuestros terrícolas con un asombro tan grande, por lo menos, como el que ellos mismos producían. Uno de los dos habló y *Mr.* Barnstaple se asombró al comprobar que aquellas palabras sonaban dentro de su cerebro, pero no en sus oídos.

—¡Dioses rojos! —exclamó el utópico—. ¿Quiénes son ustedes...? ¿Cómo entraron en este mundo?

(¡Inglés! Habría sido bastante menos asombroso si hubiera hablado en griego. Pero que allí se hablara una lengua conocida era cosa

increíble y asombrosa).

2

Mr. Cecil Burleigh era el más desconcertado de la reunión.

—Ahora —dijo— podremos saber algo definitivo y concreto, cara a cara con criaturas racionales y articuladas.

Tosió para aclarar la garganta, agarró las solapas de su largo guardapolvo, con sus dos grandes y nervudas manos, y tomó postura de orador:

—Nosotros somos absolutamente incapaces, caballeros de explicar nuestra presencia aquí. Estamos tan confundidos como vosotros. Nos hemos encontrado repentinamente en vuestro mundo en lugar de en el nuestro.

—¿Ustedes vienen de otro mundo?

—Exactamente. Un mundo absolutamente distinto. En él tenemos nuestro natural y apropiado lugar. Viajábamos en aquel mundo en determinados vehículos cuando de repente nos hemos encontrado aquí. Intrusos, lo admito, pero yo puedo asegurarles que ha sido una intrusión involuntaria e inesperada.

—¿Sabe usted cómo ha sido esto de que Arden y Greenlake hayan fallado en su experimento y estén ahora muertos?

—Si Arden y Greenlake son los nombres de esas dos bellas y jóvenes personas, nosotros no sabemos sino que les encontramos caídos como usted les ve, cuando veníamos carretera adelante a descubrir o a investigar...

Tosió de nuevo para aclarar la garganta y dejó el resto de la frase en el aire. El utópico, si podemos llamarle así, que había hablado antes,

consultó la gestión con su compañero sin pronunciar palabra, luego se volvió a los terrícolas. Habló y sus conceptos sonaron con claridad — según había observado *Mr. Barnstaple*—, no en los oídos, sino en el cerebro de su auditorio.

—Yo ruego a usted y a sus amigos que no pisen estas ruinas, y regresen a la carretera. Vengan conmigo. Mi hermano sofocará el incendio y hará cuanto sea necesario hacer a nuestro hermano y a nuestra hermana. Luego examinarán este lugar los entendidos en la clase de trabajos que ellos estaban realizando aquí.

—Nosotros queremos confiarnos a la hospitalidad de ustedes —dijo *Mr. Burleigh*—. Estamos enteramente a su disposición. Esta situación, permítame repetirlo, no ha sido buscada por nosotros.

—Sin embargo, nosotros la habríamos buscado con toda seguridad si hubiéramos conocido sus posibilidades —dijo *Mr. Catskill*, dirigiendo una mirada de soslayo a *Mr. Barnstaple* como buscando su asentimiento—. Encontramos su mundo muy atractivo.

—La primera impresión de este mundo —apoyó el caballero de los lentes— es muy atractiva.

Regresaron a la carretera a través de los macizos de flores, a la zaga del utópico y de *Mr. Burleigh*; *Mr. Barnstaple* coincidió con *Lady Stella* y la oyó susurrar junto a él; sus palabras, en aquel ambiente de maravillas, le resultaron de una irresistible ordinariez:

—¿Nos hemos encontrado antes en alguna parte, *lunch* o algo así, *Mr... Mr...?*

¿Era aquello un pretexto? La miró con calma y le contestó:

—*Barnstaple*.

—¿*Mr. Barnstaple*?

Sus pensamientos coincidieron:

—Yo no tengo el gusto de conocerla personalmente, *Lady Stella*. No obstante, y por supuesto, la conozco a usted muy bien por sus fotografías en los semanarios ilustrados.

—¿Ha oído eso que decía ahora *Mr. Cecil*? ¿Es esto Utopía?

—Él dice que podemos llamarlo Utopía.

—Comprendo... Pero ¿esto es Utopía? ¿Realmente Utopía? He deseado siempre tanto estar en Utopía... —continuó sin esperar contestación de *Mr. Barnstaple*—. ¡Qué espléndidos muchachos parecen ser esos dos utópicos...! Deben pertenecer, estoy segura, a su aristocracia, a pesar de su indumentaria irregular; o tal vez por ella...

Mr. Barnstaple tuvo una idea feliz:

—También he reconocido a *Mr. Burleigh* y a *Mr. Catskill*, *Lady Stella*, pero le agradecería que me dijese usted quién es ese caballero joven de los lentes y ese otro caballero con aspecto de eclesiástico. Estos que vienen detrás de nosotros.

Lady Stella facilitó la información en un delicioso tono confidencial:

—El de los lentes es, voy a deletrearlo, FREDDY MUSH —*Freddy Mush*—. Persona de muy buen gusto. Muy hábil para descubrir poetas y literatos jóvenes. Es el secretario de *Rupert*. Si hay una academia literaria, dicen, él está en ella con toda seguridad. Es un crítico terrible y sarcástico. Íbamos a *Taplow* para organizar un auténtico fin de semana intelectual, a la antigua usanza, con personas que ya habían ido otras veces, como *Mr. Gosse* y *Max Beerbohm*. Pero en nuestros días siempre sucede algo imprevisto. El eclesiástico —dijo volviendo la

cabeza para comprobar que éste no podía oírla— es el padre Amerton, tan severo y contundente criticando los pecados de la sociedad y otras muchas cosas. Es curioso, pero fuera del púlpito resulta demasiado tímido, muy sosegado... ¿No lo encuentra paradójico?

—Desde luego —contestó *Mr. Barnstaple*—, le recuerdo ahora. Recordé antes su cara, pero no pude situarlo. Muchísimas gracias. *Lady Stella*.

3

Había algo muy tranquilizador para *Mr. Barnstaple* en la compañía de gente tan ilustre y famosa, particularmente en la de *Lady Stella*. Ella era muy animosa; traía consigo mucho del querido mundo, pero también estaba preparada para conquistar este otro mundo nuevo y adaptarse a sus modos y maneras; suponía para *Mr. Barnstaple* una muralla que le defendía de aquellas maravillas que amenazaban con aplastarlo. El encuentro con ella y su compañía era para un hombre en su situación una contingencia que representaba un puente sobre el abismo de asombro abierto entre el aburrimiento de sus normales experiencias y todo el ambiente de Utopía, demasiado estimulante.

Solidificaba, si se puede usar esta palabra con alguna exactitud, corporeizaba una serie de cosas que le rodeaban a él, y que además de ser observadas por ella serían vistas y comentadas por *Mr. Burleigh* y observadas a través del monóculo calculador de *Mr. Freddy Mush*. Entraba dentro del orden de cosas que traían los periódicos. *Mr. Barnstaple* solo en Utopía hubiera sido moral e intelectualmente derrotado. Esta amable divinidad de piel morena, que estaba ahora consultando con *Mr. Burleigh*, estaba mentalmente preparada como nadie para adaptarse a todas las maravillas.

La atención de *Mr. Barnstaple* se balanceaba entre los ocupantes del «limousine» y aquel mundo de tan noble apariencia. ¿Qué clase de

seres eran realmente aquellos hombres y mujeres en un mundo donde habían arrasado la mala hierba, donde habían conservado las flores y donde los leopardos, faltos de felino coraje, miraban con ojos amistosos a los viajeros? Era sorprendente que los dos primeros habitantes que habían encontrado en tal mundo estuviesen muertos, víctimas, al parecer, de algún arriesgado experimento. Era todavía más admirable que esta otra pareja, que se llamaban a sí mismos hermanos del hombre y la mujer muertos, descubrieran con tan poca pena la tragedia. *Mr. Barnstaple* observó que no se habían emocionado lo más mínimo, ni aparentaban consternación o llanto; estaban evidentemente mucho más confusos e interesados, que horrorizados o afligidos.

El utópico que había permanecido en las ruinas puso el cuerpo de la muchacha muerta junto al de su compañero. *Mr. Barnstaple* le vio regresar a las ruinas para terminar la exploración entre los restos de la catástrofe originada por el experimento. Más utópicos entraron en escena. Tenían aeroplanos en su mundo, porque dos pequeños aviones, de vuelo silencioso y veloz como las golondrinas, habían aterrizado en el campo cercano. Un hombre venía por la carretera en una máquina, especie de pequeña bicicleta de dos asientos, más ligera y primorosa que ningún automóvil de la Tierra y misteriosamente capaz de sostenerse sobre dos ruedas estando parada.

Una carcajada llamó la atención de *Mr. Barnstaple*. Un grupo de utópicos habían encontrado, por lo visto, deliciosamente ridículo el aspecto del «limousine». Los más de ellos estaban tan escasamente vestidos y tan armoniosamente formados como los dos experimentadores muertos, pero uno o dos usaban grandes sombreros de paja, y otro, que parecía ser una mujer de unos treinta años, llevaba un vestido blanco ribeteado de rojo. Ella era quien hablaba con *Mr. Burleigh*; no obstante estar a una veintena de yardas del camino, sus palabras llegaban al cerebro de *Mr. Barnstaple* con gran claridad:

—Nosotros no podemos entender qué relación puede haber entre vuestra llegada a nuestro mundo y la explosión que ha ocurrido aquí ahora mismo, ni siquiera si realmente hay alguna relación entre ambos sucesos. Pero necesitamos averiguarlo. Por lo tanto, vosotros y todo cuanto habéis traído seréis trasladados a un lugar no muy lejos de aquí para celebrar una conferencia. Nosotros facilitaremos los medios mecánicos para este fin. Allí quizá podréis comer. No sé qué tendrán ustedes costumbre de comer a esta hora...

—Un refrigerio —dijo *Mr. Burleigh*, enamorado de la idea—. Algún refrigerio sería lo más aceptable. Si nosotros no nos halláramos tan inesperadamente fuera de nuestro mundo y dentro del vuestro, ahora estaríamos merendando... y en una buena compañía...

«¡El portento y la merienda...! —pensó *Mr. Barnstaple*—. El hombre es la criatura que necesita comer, se asombre o no».

Entonces advirtió que él estaba también hambriento y que el aire que allí se respiraba resultaba sutil y aperitivo. A los utópicos pareció resultarles original la idea de la comida.

—¿Comen ustedes durante el día? ¿Qué comen?

—¡Oh, ya lo creo...! No somos vegetarianos —dijo *Mr. Mush* en tono de protesta, ajustándose los lentes.

Todos estaban hambrientos. Se veía claramente en sus caras.

—Nosotros estamos acostumbrados a comer varias veces al día —dijo *Mr. Burleigh*—; quizá sería conveniente que yo diese a ustedes un breve resumen de nuestra jornada gastronómica, que es así, poco más o menos: empezamos, por regla general, con una simple taza de té y una delgada rebanada de pan con mantequilla; después viene el desayuno...

Procedió a un magistral sumario de las comidas del día, dando con claridad y gracia curiosos detalles de un desayuno inglés: huevos cocidos en cuatro minutos y medio, ni más ni menos; piscolabis con algún vino blanco; el té es más bien un pretexto para las relaciones sociales. El discurso de *Mr. Burleigh* resultó una de sus más claras exposiciones, digna de aquellas que regocijaban a la Cámara de los Comunes por su oportunidad y humor y, no obstante, su seriedad. La mujer utópica le observó con profundo interés:

—¿Comen todos ustedes de esa manera? —preguntó.

Mr. Burleigh recorrió con la vista la reunión.

—Yo no puedo responder por *Mr... Mr...*

—Barnstaple... Sí, yo como en abundancia según esa misma costumbre.

Por alguna razón la mujer utópica le sonrió. Tenía unos bonitos ojos, y a *Mr. Barnstaple* le llegó al alma la sonrisa.

—¿Y ustedes duermen? —Volvió ella a preguntar.

—Durante seis o siete horas, según los casos —dijo *Mr. Burleigh*.

—¿Y ustedes hacen el amor?

La cuestión dejó perplejos y hasta cierto punto ofendidos a los terrícolas. ¿Qué quería dar a entender? De momento a nadie se le ocurrió una contestación adecuada. El pensamiento de *Mr. Barnstaple* estaba ocupado exclusivamente en su hambre furiosa. Por fin *Mr. Burleigh*, con su agudeza de ingenio y la facilidad de evasión de un moderno líder, entró en la brecha:

—No habitualmente. Puedo asegurárselo a usted..

La mujer con el traje ribeteado de rojo pareció pensar sobre esto un momento. Después, sonrió suavemente.

—Quiero llevarles a algún sitio donde podamos hablar de estas cosas. Sin duda ustedes vienen de un mundo extraño. Nuestros hombres de ciencia querrán tener un mutuo cambio de impresiones.

4

A las diez y media de la mañana, *Mr. Barnstaple* iba en su coche por la carretera de Slough, y ahora, a la una y media, estaba volando sobre una tierra maravillosa olvidado de su propio mundo.

—Estupendo... —repetía—, estupendo... Yo esperaba unas buenas vacaciones... ¿pero esto...?

Se sentía muy feliz, como quien vive un delicioso sueño. Nunca había disfrutado él la curiosa experiencia de ser explorador en tierras desconocidas, y no creyó jamás que lo consiguiera algún día. Sólo hacía unas semanas, había escrito un artículo en *El Liberal* lamentándose del «fin de la época de las exploraciones». El artículo era tan depresivo y tan triste que le había gustado mucho a *Mr. Peeve*. Al recordarlo sentía un gran remordimiento de conciencia.

El grupo de los terrícolas había sido distribuido en cuatro pequeños aeroplanos; cuando *Mr. Barnstaple* y su compañero, el padre Amerton, estuvieron en el aire, miraron hacia atrás buscando sus automóviles y sus equipajes, y los vieron colocados en dos vagonetas, o cosa parecida, tan curiosamente construidas que cada una sacaba dos brazos metálicos y elevaba los automóviles como una niñera eleva un bebé.

De acuerdo con las costumbres generales de seguridad en la Tierra, el aviador de *Mr. Barnstaple* volaba bastante bajo, de tal manera que algunas veces pasaban entre los árboles en vez de pasar por encima, y

esto, que al principio no dejó de ser motivo de alarma, supuso la posibilidad de observar a satisfacción las características del terreno. Bajo la ruta de los aviones había una gran pradera en la que pastaba mucho y buen ganado. La vegetación era de un tono brillante y de naturaleza desconocida para *Mr. Barnstaple*. Se veían bastantes veredas como resultado del paso continuado de personas a pie o en bicicleta; a un lado y a otro corría una carretera bordeada de flores y sombreada por árboles frutales. Había pocas casas y ninguna ciudad o pueblo; los edificios variaban mucho de tamaño, desde los pequeños y aislados que *Mr. Barnstaple* suponía cenadores o pequeños templos, hasta grupos de curiosas terrazas y torretas que lo mismo podían ser palacios, tierras de labranza dispuestas de manera especial, o granjas. Había gente trabajando en los sembrados o yendo y viniendo a pie o en máquinas, pero el efecto general era el de un país muy despoblado.

Parecía evidente que los aviones volaban hacia el otro lado de las montañas nevadas que habían aparecido tan repentinamente ante el paisaje lejano del castillo de Windsor. Conforme se acercaban a la cordillera, anchas extensiones de dorados campos de trigo reemplazaban al verde de las praderas, y luego éstos eran a su vez sustituidos por otros cultivos; vio un inequívoco viñedo en una soleada ladera, y el número de trabajadores visibles y de edificios aumentó. La pequeña escuadra de aeroplanos voló luego sobre un amplio valle en dirección a un gran desfiladero, y esto permitió a *Mr. Barnstaple* curiosear todo el paisaje montañoso a un lado y a otro; sobrevolaron bosques de castaños y de pinos; distinguieron gigantescas turbinas instaladas en los torrentes de la cordillera, y amplios, bajos y enventanados edificios que parecían estar destinados a fines industriales. En una carretera, construida con gran habilidad y una audacia extremada, ágiles y bellos viaductos salvaban el desfiladero. Había más gente, pensó, en las tierras altas que en la llanura; no había visto nunca nada comparable con aquello en la Tierra.

Después de diez minutos de un paisaje desolado sobre los campos de

nieve de un gran glaciar, empezó el descenso de los aviones sobre un valle en la meseta, que debía ser el lugar elegido para la conferencia. Era una especie de falda artificial de la montaña, constituida por una serie de terraplenes de mampostería tan audazmente trazados y tan sólidamente contruidos que parecían formar parte de la sustancia geológica de la propia montaña; continuaban hasta un gran lago artificial retenido por un estupendo dique en lo más profundo del valle. A intervalos, a lo largo de este dique, había grandes columnas de piedra que representaban figuras sentadas; al otro lado había una ancha llanura, que trajo a la memoria de *Mr. Barnstaple* el Valle del Po, y después, como descendían en línea recta, el dique acabó tapando toda esta visión. En tales terraplenes, especialmente sobre el más lejano, había juncos agrupados, y se veían perfectamente verdes, huellas y lagunas como si todo aquel lugar fuera un jardín, o un parque.

Los aeroplanos hicieron un fácil aterrizaje sobre el césped. Muy cerca de aquel lugar había un gracioso chalet, que se adentraba audazmente sobre el lago y proporcionaba amarras a una flotilla de barcos alegremente pintados. Fue el padre Amerton quien llamó la atención de *Mr. Barnstaple* sobre la ausencia de gente; advirtió que no había iglesias y que en ninguna parte había visto cosa parecida a campanarios. Pero *Mr. Barnstaple* pensó que algunos de los pequeños edificios podría ser templos o altares.

—La religión puede tener aquí distintas manifestaciones.

—¡Qué pocos niños y muchachos se ven! —insistió el padre Amerton—. No he visto ni una madre con sus hijos.

—En el otro lado de la montaña había un espacio semejante al campo de juegos de una gran escuela. Puede que los niños estén allí.

—Vi eso... Pero yo estaba pensando en niños pequeños. Compare esto con lo que veríamos en Italia, por ejemplo. La mayoría de estas

mujeres son bellas y agradables y jóvenes... ¡y ni un signo de maternidad!

El aviador, un rubio con ojos muy azules, les ayudó a salir del aparato; luego ellos curiosearon el descenso de sus compañeros. *Mr. Barnstaple* estaba asombrado de lo pronto que se estaba acostumbrando a aquel mundo. Ahora las cosas más extrañas de todo lo que veía eran la figura y el vestido de sus amigos de la Tierra: *Mr. Rupert Catskill* cubierto con su famoso sombrero gris, *Mr. Mush* con sus lentes absurdos, *Mr. Burleigh* con su delgadez, el chófer con su traje de cuero; todos le resultaban ya más increíbles que las graciosas formas de Utopía. El aviador estaba naturalmente más admirado que *Mr. Barnstaple* del aspecto de aquellos terrícolas.

—Yo supongo que esto es auténticamente real —dijo el padre.

—Realmente real... ¿Qué otra cosa puede ser?

—Supongo que no estamos soñando todo esto.

—¿Sería posible que sus sueños y los míos coincidieran con exactitud?

—Pero es que hay cosas completamente imposibles... ¡absolutamente imposibles!

—Como, ¿por ejemplo?

—Esta gente habla en inglés, en un inglés moderno y correcto.

Mr. Barnstaple miró con curiosidad al padre Amerton; acababa de descubrir un hecho todavía más increíble.

—Ellos no se hablan nada unos a otros —dijo—. ¡Y nosotros no lo hemos observado hasta este momento!

CAPÍTULO IV

LA SOMBRA DE EINSTEIN PASA POR ESTA HISTORIA

1

Excepto el hecho curioso de que los utópicos tenían, aparentemente al menos, un completo dominio del idioma inglés, *Mr.* Barnstaple encontraba aquel nuevo mundo cada vez más normal; era todo tan coherente, tan dentro del orden, que más que un mundo extraño parecía un país de la Tierra supercivilizado. Bajo la dirección de la mujer del vestido ribeteado de rojo, los terrícolas fueron aposentados en sus habitaciones de la más acogedora y comfortable manera que se pudiera imaginar. Cinco o seis muchachos y señoritas se ocuparon de iniciar a los extranjeros en los pequeños detalles de la vida doméstica en Utopía. En los departamentos en que se alojaron tenía cada uno una pequeña trasalcoba, y el lecho, que tenía sábanas de finísimo lienzo y una colcha bella y decorativa, estaba en una sala descubierta; demasiado descubierta, pensó *Lady* Stella, para agregar en seguida:

—Pero aquí se está seguro.

El equipaje apareció, y las maletas fueron identificadas y entregadas a sus respectivos dueños como si hubiesen llegado a una residencia de la Tierra donde les conocieran desde siempre. *Lady* Stella tuvo que rechazar los servicios de dos jóvenes demasiado amistosos y dejarles fuera de la habitación, antes de abrir su tocador para refrescar su piel. De pronto sonó en el departamento una alegre carcajada; la joven que había permanecido a su lado para ayudarle manifestó desde el principio su interés muy femenino por el equipo interior y muy especialmente por una encantadora y tenue camisa de dormir. Por alguna razón, esta íntima elegancia divirtió extraordinariamente a la joven utópica, quien no quería creer que aquello se lo pusiera *Lady* Stella para lucirlo en público.

—Pero, ¿se pone usted esto?

—Usted no lo comprende —dijo *Lady Stella*—. ¡Esto es casi sagrado...! Esto no lo ve nadie... ¡absolutamente nadie...!

—¿Por qué? —preguntó la utópica, confundida.

Lady Stella no encontró contestación posible. Salieron. La ligera comida que siguió fue por el estilo de las de la Tierra y enteramente satisfactoria. La inquietud de *Mr. Freddy Mush* se apaciguó. Hubo pollo frío, jamón y un pastelillo de carne muy agradable. Hubo también pan, algo basto pero de buen paladar, mantequilla, una exquisita ensalada, fruta, queso del tipo Gruyere, y vino blanco riquísimo que obtuvo de *Mr. Burleigh* el elogio de que Mosela nunca hizo nada mejor.

—¿No encuentran ustedes nuestra comida muy parecida a la de ustedes? —preguntó la mujer del vestido ribeteado de rojo.

—Magnífica —dijo *Mr. Mush* con la boca casi llena.

—La comida ha cambiado muy poco en los últimos tres mil años. La gente había descubierto las mejores cosas de comer mucho antes de la Edad de la Confusión.

«Esto es demasiado real para ser real —dijo *Mr. Barnstaple* para su fuero interno—. Demasiado real...».

Miró a sus compañeros gozoso, interesado y comiendo con sobriedad. Si no fuera por el absurdo de aquellos utópicos hablando inglés con una sonoridad que parecía martillearle en la cabeza, *Mr. Barnstaple* no habría dudado de la realidad. Ningún criado servía la mesa, de piedra y sin manteles. La mujer del vestido blanco ribeteado de rojo y los dos aviadores distribuían la comida y atendían a todas las necesidades de los huéspedes. El chófer de *Mr. Burleigh* estuvo modestamente retirado en otra mesa hasta que aquél le dijo con

confianza:

—Siéntese ahí, Perk... Junto a *Mr. Mush*.

Otros utópicos, mirando a los terrícolas con curiosidad, entraron en la galería donde se estaba sirviendo la comida; sonrieron y se pusieron alrededor de sus visitantes o se sentaron. No hubo presentaciones, ni formalidades sociales.

—Todo esto es de mucha confianza —dijo *Mr. Burleigh*—. Demasiada confianza. Yo estoy obligado a acusar estos golpes... ¿Y son éstos la crema del país, mi querido Rupert...? Lo sospechaba... Lo sospechaba...

2

Algunos utópicos declaraban ellos mismos sus nombres a los terrícolas. El timbre de todas las voces resultaba singularmente igual a *Mr. Barnstaple*, y las palabras sonaban tan claras como concretas. El nombre de la mujer de los ojos castaños era *Lychnis*. Un hombre con barbas, a quien *Mr. Barnstaple* calculó unos cuarenta años, era *Urthred* o *Adán* o *Edon*; había sido muy difícil aprender este nombre por la aspereza de su pronunciación, como un tartamudeo. *Urthred* hizo saber que él era un etnólogo e historiador y que deseaba enterarse lo más ampliamente posible de las costumbres de nuestro mundo. Se dirigió en especial a *Mr. Barnstaple* porque tal vez le tomó por un financiero o un editor de periódicos, y no por su modesta realidad de hombre erudito. Otro de los anfitriones, *Serpentine*, era también, según se enteró con sorpresa *Mr. Barnstaple*, por su aspecto demasiado enérgico, un hombre de ciencia. Él se llamó a sí mismo algo que *Mr. Barnstaple* no pudo captar por completo, entre «mecánico atómico» y «químico molecular». *Mr. Barnstaple* oyó a *Mr. Burleigh* decir a *Mr. Mush*:

—¿Dice que es físico-químico?

—Yo creo que lo que se ha llamado es «materialista» —dijo *Mr. Mush*.

—Yo creo que ha dicho que él representa importantes cosas —dijo *Lady Stella*.

—La entonación de esta gente es muy peculiar —dijo *Mr. Burleigh*—. Algunas veces suenan demasiado fuerte y continuados sus discursos, y otras hay a manera de lagunas en sus sonidos...

Cuando terminaron de comer, todos pasaron a otro pequeño edificio que estaba evidentemente proyectado para conferencias y discusiones. Tenía una bóveda con pasillo semicircular alrededor, en el cual había una serie de lápidas blancas que debían servir con seguridad como pizarras para los conferenciantes, ya que había lápices negros y de colores y paños para borrar en un anaquel de mármol y a conveniente altura junto a ellas. El orador podía pasear de punta a punta de este pasillo mientras hablase. *Lychnis*, *Urthred*, *Serpentine* y los terrícolas se sentaron en un banco semicircular bajo la galería del conferenciante; había sitio para unas ochenta o cien personas y todos estaban ocupados. Al otro lado había un fondo de rododendros, a través de cuyos arbustos *Mr. Barnstaple* vio hermosas perspectivas frente a las luminosas aguas del lago.

Hablaron de la extraordinaria irrupción de los terrícolas en aquel mundo. Nada más razonable que hablar de ellos; ¿había algo más fantásticamente imposible?

—Es curioso que no haya pájaros —dijo *Mr. Mush* de repente al oído de *Mr. Barnstaple*—. ¿Por qué no habrá pájaros?

Mr. Barnstaple fijó su atención en el cielo vacío.

—Y tal vez no haya ni mosquitos ni moscas —sugirió él—. Es extraño que no echáramos antes de menos a los pájaros.

—¡Pst! —siseó *Lady Stella*—. Está empezando.

3

La increíble conferencia empezó. Fue iniciada por el hombre llamado Serpentine, quien se situó ante su auditorio con el aire del que va a pronunciar un discurso. Movía los labios, sus manos ayudaban la exposición de su relato, y la expresión acompañaba a su lenguaje. Y todavía *Mr. Barnstaple* tenía la más sutil e irresistible de las dudas sobre si era verdad que estaba hablando Serpentine. Había algo singular alrededor de todo aquello. Algunas veces el discurso sonaba con una peculiar resonancia en su cerebro; otras era borroso como un objeto visto a través de aguas turbias; otras, aunque Serpentine seguía moviendo sus finas manos y mirando a sus oyentes, había lagunas de absoluto silencio, como si por breves intervalos *Mr. Barnstaple* se quedase sordo... Durante la conferencia, la atención de *Mr. Barnstaple* se iba y se quedaba alternativamente. Serpentine tenía el aspecto de alguien que estuviese empeñado en presentar de la manera más sencilla posible una intrincada cuestión. Hablaba despacio, haciendo pausas entre una proposición y otra.

—Es muy antiguo el conocimiento —empezó— de que el número posible de dimensiones, como el número posible de otras muchas cosas que podrían enumerarse, es infinito...

Sí; *Mrs. Barnstaple* conocía esto, pero para *Mr. Freddy Mush* era demasiado saber.

—Oh, Dios —dijo—, ¡dimensiones...!

—Para la mayoría de los proyectos ordinarios —continuó Serpentine—, el universo particular, el sistema particular de acontecimientos en el cual nos encontramos nosotros y del que formamos parte, puede ser considerado como dentro de un espacio de tres dimensiones rectilíneas, y sujeto a la traslación, origen de su

permanencia por medio de una cuarta dimensión: el tiempo. Tal sistema de acontecimientos será necesariamente un sistema de gravitación.

—¡Oiga...! —dijo *Mr. Burleigh* severamente—. ¡Perdón...! Yo no lo comprendo.

—Cualquier universo que soporte forzosamente la gravitación —repitió *Serpentine*, como si estuviera afirmando algún hecho evidente por sí mismo.

—Por mi vida que no lo comprendo —dijo *Mr. Burleigh* después de unos instantes de reflexión.

Serpentine meditó un momento.

—¡Así es! —dijo, y siguió con su discurso—. Nuestras ideas han sido desarrolladas en esa concepción práctica de las cosas, ellas las aceptan como ciertas, y es sólo tras grandes esfuerzos y prolongados análisis como somos capaces de comprender que este universo en el cual vivimos no es solamente extenso, sino que está, por así decirlo, ligeramente curvado dentro de un número desconocido de otras dimensiones en el espacio. Se extiende más allá de las tres dimensiones principales y se interna en esas dimensiones que no conocemos de la misma manera que una finísima hoja de papel, que prácticamente es sólo de dos dimensiones, se proyecta también en una tercera dimensión, no sólo por razón de su densidad, sino también de sus ondulaciones y curvaturas.

—¿Me estoy quedando sorda? —preguntó *Lady Stella* con un susurro—. No oigo una palabra.

—Ni yo —dijo el padre *Amerton*.

Mr. Burleigh hizo un gesto rogando silencio; *Mr. Barnstaple* no

quitaba la vista de Serpentine, con las cejas fruncidas, las rodillas cruzadas y los dedos engarfiados unos con otros. Desde luego, él estaba oyendo.

Serpentine procedió a explicar cómo sería posible para algunos universos de dos dimensiones estar uno junto a otro a manera de hojas de papel en un espacio de tres dimensiones; así, en el espacio de muchas dimensiones sobre el que el entendimiento humano está ahora aprendiendo y comprendiendo con lentitud pero laboriosamente, es posible que una cantidad innumerable de universos de tres dimensiones estén colocados, como si dijéramos, íntimamente unidos y experimentado un movimiento semejante a través del tiempo. El estudio de esta cuestión por Lonestone y Cephalus cimentó la teoría de que actualmente había gran número de universos del orden «espacio-tiempo», paralelos unos a otros y semejantes entre sí, aunque no idénticos, de la manera que las hojas de un libro pueden parecerse a las que le siguen o preceden en el volumen. Todo en ellos duraría y gravitaría...

(*Mr. Burleigh* movió la cabeza para indicar que él no comprendía aún).

»Y cuanto más inmediatos estuviesen más se parecerían. Ahora tuvieron aquellos dos grandes genios, Arden y Greenlake, una oportunidad de investigar en su atrevido proyecto de usar el... (inaudible) impulso del átomo para transformar una porción de la materia del universo utópico en otra de la dimensión F, convirtiendo dicho fragmento del mundo de Utopía en una especie de puerta para otros mundos; en efecto, el resultado ha sido satisfactorio: la imaginaria puerta ha girado sobre sus goznes y se ha abierto, para cerrarse inmediatamente dejándonos en nuestro mundo todo lo que a través de ella nos vino del otro: un soplo de aire, una tempestad de polvo y, para asombro de Utopía, tres grupos de visitantes de un mundo desconocido...

—¿Tres? —cuchicheó *Mr. Barnstaple*, dudando—. ¿Ha dicho tres?

(Serpentine no le hizo caso).

—Nuestro hermano y nuestra hermana han muerto por alguna inesperada liberación de energía, pero su experimento ha abierto un camino que nunca se cerrará hacia el más allá de las presentes limitaciones del espacio de Utopía, hacia mundos cuyo número y circunstancias ni siquiera imaginamos. Al alcance de la mano, como Lonestone supuso hace tiempo, tan cerca como la sangre en nuestro corazón...

(Tan cerca de nosotros como la respiración y más cerca que las manos y los pies —entendió equivocadamente el padre Amerton, despertando de pronto—. Pero, ¿de qué está hablando...? Yo no lo entiendo...).

... nosotros descubrimos otro planeta, parecido en muchas cosas al nuestro a juzgar por la apariencia de sus habitantes; del que suponíamos, y así es lo cierto, que giraba alrededor de un sol parecido al de nuestro cielo; un planeta en el que había vida y que iba siendo conquistado lentamente, lo mismo que lo está siendo el nuestro, por seres inteligentes cuya existencia se desarrolla casi con seguridad en condiciones paralelas a las de nuestra propia evolución. Este universo hermano del nuestro está, hasta donde nos es posible juzgar por las apariencias, un poco retrasado en el tiempo con relación a Utopía. Nuestros visitantes muestran características físicas y usan ropa muy parecida a las de nuestros antepasados durante la lejanísima Edad de la Confusión...

«Todavía no tenemos elementos de juicio para suponer que su historia haya sido estrictamente paralela a la nuestra; ni dos partículas de la materia son iguales, ni dos vibraciones tampoco. Los universos de Dios nunca han sido ni jamás podrán ser una repetición exacta éste de

aquél. Esto que estamos a punto de realizar es una cosa casi imposible. Sin embargo, ese mundo que ustedes llaman Tierra está, no hay duda, muy cerca, y es muy parecido a este universo nuestro...

»Estamos impacientes por saber cosas vuestras, terrícolas; confrontar vuestra historia, que todavía no está bien estudiada; precisar lo que puede ser necesario y posible para ayudarnos mutuamente. No somos más que simples novicios de la ciencia; sólo hemos aprendido con seguridad que es tremenda la masa de cosas que nos quedan por aprender y por hacer. Pero en muchísimas materias nuestros dos mundos quizá puedan enseñarse y ayudarse...

«Posiblemente habrá algo en vuestro planeta que aún no haya sido descubierto o que haya desaparecido en el nuestro. Tal vez haya elementos minerales en un mundo, que sean raros o inexistentes en el otro... Por la estructura de vuestros átomos... (?), nuestros universos pueden vincularse... (?), para su común fortalecimiento...».

Dejó de oírse al orador precisamente cuando *Mr. Barnstaple* estaba más interesado. A pesar de no oírle, él juraría que *Serpentine* estaba todavía hablando.

Mr. Barnstaple miró a *Mr. Rupert Catskill*, tan afligido y confuso como él. El padre *Amerton* ocultaba la cara entre las manos. *Lady Stella* y *Mr. Mush* murmuraban por lo bajo; se veía que habían renunciado a escuchar hacía ya tiempo.

—Tal es —se oyó decir a *Serpentine* de pronto— nuestra interpretación previa de vuestra aparición en nuestro mundo y de las posibilidades de nuestra recíproca acción. Os he expuesto nuestras ideas tan claramente como he podido. Ahora espero que uno de vosotros nos cuente simple y llanamente la creencia de los terrícolas respecto de ambos mundos.

CAPÍTULO V

EL GOBIERNO Y LA HISTORIA DE UTOPIÍA

1

Hubo una pausa. Los terrícolas se miraron unos a otros, y al final todos se volvieron a *Mr. Burleigh*. El sagaz político simuló que no advertía la general expectación.

—Rupert —dijo—, ¿qué dice usted a esto?

—Me reservo el comentario —respondió *Mr. Catskill*.

—Padre Amerton, usted está acostumbrado a hablar de otros mundos.

—No en su presencia, *Mr. Cecil*... No...

—¿Pero qué puedo decirles?

—Lo que usted piense de todo esto —dijo *Mr. Barnstaple*.

—Exactamente —añadió *Mr. Catskill*—. Dícales lo que piense de esto.

Ningún otro parecía mejor preparado que él. *Mr. Burleigh* se levantó despacio y fue hasta el centro del semicírculo. Se cogió las solapas de su chaqueta y permaneció unos momentos con la vista baja, como meditando su intervención.

—*Mr. Serpentine* —empezó, levantando los ojos hasta el cielo azul y lejano que se reflejaba en el lago—. Señoras y caballeros...

¡Iba a hacer un discurso!, como si estuviera en Una sesión en Ginebra. Parecía absurdo, pero, sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Debo confesar, señores, que aun cuando no soy un novicio en el hablar en público, en esta ocasión me encuentro bastante confuso. Su admirable discurso, señor, sencillo, concreto, claro, compendioso y en algunos pasajes lleno de maravillosa y no afectada elocuencia, me ha parecido un modelo que yo seguiría de buena gana, pero ante el cual, con toda modestia, confieso que estoy acobardado. Usted quiere que yo le explique, tan llana y claramente como sea posible, el esquema de los hechos, tal como nosotros los concebimos, respecto de este mundo hermano del nuestro y al que tan inesperadamente hemos llegado. Haré todo lo que mis pobres fuerzas me permitan, aunque no pienso mejorar, ni siquiera acercarme a ella, vuestra magistral exposición de los aspectos matemáticos del problema. Lo que usted nos ha dicho resume los últimos y más sutiles pensamientos de la ciencia terrestre y va, realmente, más allá de nuestras ideas ordinarias. En ciertas materias, como, por ejemplo, la afinidad de tiempo y gravitación, tengo el deber de decirle que no estoy de acuerdo con usted, pero que tal vez sea esto porque fallen mis conocimientos en la materia. En líneas generales, no hay graves dificultades para entendernos. Nosotros aceptamos vuestras principales proposiciones sin reservas; especialmente, nos concebimos como seres que viven en un universo parecido al vuestro, en un planeta muy semejante a éste, verdadera, completa y pasmosamente parecido al de ustedes, a pesar de todos los posibles contrastes que hemos ido encontrando aquí. Estamos en disposición de aceptar vuestro punto de vista de que nuestro sistema está, con toda probabilidad, un poco menos maduro y en sazón que éste, en el aspecto tiempo; atrasado quizás cientos o miles de años en relación con vuestras experiencias. Aceptando esto, es inevitable, señores, que haya una cierta humildad en nuestra actitud ante vosotros. Como hijos vuestros que parecemos, no podemos enseñar, sino aprender. Somos nosotros los que tenemos que preguntar: ¿Qué han hecho ustedes...? ¿Qué han alcanzado...? Tal vez exponerles todo lo que todavía nos queda por aprender y por hacer...

—No —dijo *Mr. Barnstaple* en voz baja—. Esto es una ilusión... Si fuera algo real...

Cerró los ojos, se los golpeó con los nudillos, los abrió de nuevo..., y allí estaba todavía, sentado junto a *Mr. Mush*, en medio de aquellas divinidades olímpicas. Y *Mr. Burleigh*, el pulido escéptico, el que nunca creyó, el que no se asombraba, seguía hablando, hablando, con la seguridad de un hombre que ha hecho diez mil discursos. No pudo haber estado más seguro de sí mismo y de su auditorio en la Casa Consistorial de Londres. ¡Y ellos estaban escuchándole! ¡Qué cosa más absurda!

No quedaba nada que hacer sino admitir el estupendo absurdo y sentarse a escuchar. Algunas veces el pensamiento de *Mr. Barnstaple* vagaba lejos de lo que *Mr. Burleigh* estaba diciendo. Luego volvía a hundirse, resignado, en el discurso. Con su oratoria parlamentaria, las manos jugueteando con los lentes o acariciando las solapas, *Mr. Burleigh* estaba dando a Utopía un breve resumen del mundo de los terrícolas, pretendiendo ser elemental, claro y razonable; hablándoles de los Estados y los Imperios, de las guerras y de la Gran Guerra, de la organización económica y de la desorganización de la economía, de las revoluciones y del bolchevismo, del hambre terrible que Rusia estaba padeciendo, de las persecuciones y condenas a honrados políticos y valerosos oficiales, de la ineficacia de la Prensa; de todo el triste espectáculo de la vida humana. *Serpentine* había usado el término «la Edad de la Confusión», desmenuzó esta frase y sacó deducciones de ella...

¡Fue una gran improvisación oratoria! ¡Quizá llegara a la hora, y los utópicos escucharon con ansiedad y atención, asintiendo de vez en cuando con la cabeza, como aceptando y reconociendo lo que el político inglés decía!

«Resulta muy parecido —pensó para sus adentros *Mr. Barnstaple*—

todo lo nuestro a la Edad de la Confusión de los utópicos».

Después, *Mr. Burleigh*, con la prudencia y la habilidad de un viejo parlamentario, redondeó el final de su discurso. Hubo felicitaciones y saludos. *Mr. Mush* inició un vigoroso aplauso, al que nadie se sumó.

La tensión en el cerebro de *Mr. Barnstaple* había llegado a ser intolerable. Se puso de pie.

2

Hizo los gestos propios de un orador sin experiencia.

—Señoras y caballeros —dijo—, Utópicos, *Mr. Burleigh*... Os ruego un momento de atención. Tengo algo urgente que decir.

Estuvo unos instantes como turbado. Después habló dirigiéndose a *Urthred*.

—Hay algo que no comprendo, algo increíble; todo esto es demasiado fantástico.

Los ojos inteligentes de *Urthred* le miraban muy atentos. *Mr. Barnstaple*, confiado ya, dirigió la palabra a la concurrencia, volviéndose a cada momento a *Urthred*.

—Ustedes viven aquí cientos o miles de años adelantados a nosotros. ¿Cómo pueden hablar el inglés contemporáneo...? ¿Cómo puede ser esto? Para mí es increíble. Es cosa de visiones y de sueños... ¿Es que ustedes mismos son algo más que un sueño, una pesadilla? Me voy a volver loco.

Urthred sonrió amablemente:

—Nosotros no hablamos inglés.

Mr. Barnstaple creyó que el suelo se hundía bajo sus pies.

—Pero yo oigo hablar inglés.

—Ninguno de nosotros habla inglés —añadió *Urthred*—. Nosotros, de ordinario, no hablamos nada.

El cerebro de *Mr. Barnstaple* se negaba a funcionar.

—En un tiempo lejanísimo —siguió *Urthred*— usábamos lenguajes para entendernos. Hacíamos sonidos y oíamos sonidos. La gente pensaba, y luego escogía una serie de palabras y las coordinaba de manera que significaran sus ideas; el que las oía, reflexionaba y reducía aquellos sonidos a ideas también; y así se entendían uno y otro. Después, de alguna manera que todavía no conocemos con exactitud, la gente empezó a captar la idea antes de ser envuelta en palabras y emitida en sonidos; empezaron a oír en sus cerebros tan pronto como el hablador había coordinado sus ideas y antes de que las pusiera en palabras. Sabían lo que se iba a decir antes de haber sido dicho. Esta transmisión directa es ahora general; se demostró que con un pequeño esfuerzo la mayoría de la gente podía entenderse entre sí de esta manera a prudencial distancia, y la nueva moda de comunicación fue fomentada sistemáticamente.

»Esto es lo que nosotros hacemos ahora; pensamos directamente de uno a otro; decidimos transmitir el pensamiento y éste se transmite en seguida y a distancia, siempre que ésta no sea demasiado grande; sólo usamos sonidos en la poesía y en el canto, en momentos de emoción, para gritar a alguien que esté demasiado lejos o para dirigirnos a los animales, pero nunca para la transmisión de ideas a nuestros semejantes. Cuando yo pienso para usted, mi pensamiento, en tanto que encuentra las correspondientes ideas y adecuadas palabras, se refleja en su mente; mi pensamiento se envuelve a sí mismo con palabras en el cerebro de usted y tales palabras son las que usted cree

oír en su propia lengua y en sus expresiones habituales. Con seguridad, los miembros de su grupo están oyéndose ahora cada uno con su propio y peculiar vocabulario y fraseología.

Mr. Barnstaple había estado, durante este discurso, asintiendo con la cabeza, a punto de interrumpir algunas veces. En cuanto pudo saltó a la liza.

—Ahora comprendo por qué a veces, cuando *Mr. Serpentine* hizo su admirable discurso, al manejar ideas por las que nosotros no tenemos equivalentes en nuestro pensamiento dejábamos de oírle...

—¿Hubo muchas lagunas? —preguntó *Urthred*.

—Me temo que sí... —dijo *Mr. Burleigh*.

—Es como estar sordo en algunos pasajes —dijo *Lady Stella*.

El padre *Amerton* hizo constar su acuerdo:

—¿Y por qué no pudimos entender con claridad si usted se llama *Urthred* o *Adam*, y por qué se confunden en mi pensamiento *Arden*, *Greentrees* y *Forest*?

—Ya se aclarará su inteligencia... —advirtió *Urthred*.

—¡Oh, ya lo creo! —dijo *Mr. Barnstaple*—. Consideradas todas las cosas, hay que ver lo conveniente que sería para nosotros en la Tierra este medio de comunicación. Por otra parte, habéis evitado semanas de molestias lingüísticas, principios elementales de nuestra gramática, dialéctica, significados y otras cosas por el estilo, tan inútiles; nosotros no hemos conseguido nada parecido jamás.

—Una gran idea —dijo *Mr. Burleigh* volviéndose a *Mr. Barnstaple* en tono muy amistoso—. Una buena idea. Nunca lo habría notado si usted no me llama la atención sobre el fenómeno. Es extraordinario que yo

no hubiese notado nada. Estaba ocupado, y estoy obligado a confesarlo, por mis propios pensamientos, y creía que estos señores hablaban en inglés... Puede creerlo...

3

Pareció a *Mr. Barnstaple* que esta experiencia había sido tan maravillosa que allí no quedaría ya nada de que asombrarse, excepto su indiscutible verosimilitud. Se sentó en su pequeño y bello alojamiento, mirando el campo de Utopía, y las flores y el sol encendido sobre el lago, sumido en aquella extraña mezcla de un fin de semana inglés y un mundo olímpico y desnudo. Oía, y a veces participaba en ella, la conversación que ahora tenía lugar. Era una discusión respecto de las más pasmosas y fundamentales diferencias de la moral y de la organización social. Todavía nada hacía suponer que pudiese él volver a su hogar para escribir sobre esto en *El Liberal* y contarle la aventura a su mujer, en tanto en cuanto ella pudiera saberlo, con detalles de las costumbres y las modas del desconocido mundo de Utopía. Había perdido el sentido de las distancias, y para él Sydenham podía estar lo mismo a la vuelta de una esquina que en el fin del mundo.

Dos jóvenes bellísimas hacían el té y lo servían a todos. ¡Té...! Magnífico té, que pasaría por ser de la China en cualquier parte de la Tierra, muy aromático y servido en pequeñas tazas sin asa, a la moda chinesca.

La mayor curiosidad de los terrícolas giraba alrededor de los métodos de gobierno. Era lo natural, dada la presencia de dos políticos como *Mr. Burleigh* y *Mr. Catskill*.

—¿Qué forma de gobierno tienen ustedes? —preguntó *Mr. Burleigh*—. ¿Es una república, una monarquía, una autocracia, una democracia? ¿Están separados los poderes legislativo y ejecutivo? ¿Hay

un gobierno central para todo el planeta, o hay varios gobiernos independientes?

Mr. Burleigh y sus compañeros, con alguna dificultad, entendieron que no había gobierno central en Utopía.

—Pero, con seguridad —dijo *Mr. Burleigh*—, hay algo, llámese consejo o jefatura o cámara, que resuelve en última instancia en casos de acción colectiva por el común bienestar. Algún supremo órgano de soberanía donde pueda ser...

—No —declararon los utópicos—. No había semejante concentración de autoridad en aquel mundo. Antiguamente la había habido, pero hacía ya mucho tiempo que tal autoridad estaba difundida en el cuerpo de la colectividad. Las decisiones sobre determinados asuntos concretos eran tomadas por aquellas personas que más conocían la materia en cuestión.

—Pero supongamos que se trata de una regla que hayan de observar todos. Una regla de salud pública, por ejemplo. ¿Quién hace la fuerza para que se cumpla?

—No necesitamos la fuerza, ¿para qué?

—¿Y si alguien se niega a observar la ley?

—Le preguntaríamos el porqué de la negativa. Podría tener razón.

—¿Y si no la tuviese?

—Investigaríamos la salud física y moral de los disconformes.

—Entonces el médico ocupa aquí el lugar de la policía —dijo *Mr. Burleigh*.

—Yo prefiero la policía —agregó *Mr. Rupert Catskill*.

—Conque la prefiere usted... —dijo *Mr. Burleigh*, como si dijera: Pues procúresela usted ahora.

—Entonces..., ¿quiere decirse —continuó dirigiéndose a los utópicos— que todos vuestros asuntos son dirigidos por un cuerpo u organización especial (de alguna manera hay que llamarlo) sin una coordinación superior jerarquizada?

—Las actividades de nuestro mundo —dijo *Urthred*— están todas encaminadas a asegurar la libertad general. Tenemos un número de inteligencias encargadas de estudiar la psicología de la raza y la acción recíproca de una función colectiva en otra.

—Bien..., ¿y no es ese grupo de inteligencias una especie de gobierno?

—No, si se entiende por gobierno la posibilidad de que ellos ejerciten un poder arbitrario. Intervienen en las relaciones generales, eso es todo, pero no se clasifican por categorías ni tienen más preferencia en la estimación general que la que un filósofo tenga sobre un especialista científico...

—¡Esto es una república, desde luego! —dijo *Mr. Burleigh*—. Pero cómo trabaje y funcione es lo que no me explico. El Estado es seguramente una organización política supersocialista.

—¿Vivís todavía en un mundo en el que todas las cosas, excepto el aire, las grandes carreteras, los grandes mares y los desiertos son propiedad privada?

—Sí... —dijo *Mr. Catskill*—. ¡Privada y discutida!

—Nosotros, en otro tiempo, también sufrimos semejante situación. Pero llegamos al convencimiento de que la propiedad privada era un intolerable pernio a la Humanidad. Y nos liberamos de ella.

Nuestros artistas y hombres de ciencia tienen todo el material que necesitan; nosotros mismos renovamos, ampliamos y construimos las viviendas necesarias para la comunidad; pero no hay propiedad comercial o especulativa. La propiedad que podríamos llamar militante, propiedad de maniobra económica personal, ha sido eliminada. Pero el proceso seguido hasta suprimirla es una larga historia, que no acabaríamos de contar en unos cuantos años. Reconocemos que la propiedad privada fue un fenómeno natural y necesario en la evolución de la sociedad humana. Trajo al final monstruosos resultados, pero fue sólo a través de esos monstruosos y catastróficos resultados cómo los hombres aprendieron la necesidad y la naturaleza de las limitaciones urgentes de la propiedad privada.

Mr. Burleigh estaba en su actitud habitual. Sentado en su sillón, con las piernas cruzadas y los dedos de una mano engarzados con los de la otra.

—Debo confesar —dijo— que me interesa mucho la forma peculiar de anarquía que parece prevalecer aquí. A no ser que yo entienda mal lo que se me explica, cada hombre atiende a sus propios asuntos tanto como a los del Estado. Admito que ustedes tengan (y ruego que se me corrija si me extravió) un número determinado de personas encargadas de la producción, distribución y preparación de los víveres; ellos averiguan y calculan las necesidades del mundo, las satisfacen y constituyen algo así como un cuerpo legislativo en este aspecto de la vida pública; dirigen investigaciones y hacen experimentos; nadie les obliga, fuerza ni cohíbe...

—Eso dice la gente —aclaró *Urthred* con una sonrisa.

—... además, otras producen y manufacturan y estudian los metales para toda la Humanidad; otros, se ocupan de la habitabilidad de vuestro mundo, proyectan y acondicionan estas agradables viviendas, diciendo quiénes han de vivir en ellas y cómo han de cuidarlas; otros,

se dedican a la ciencia pura; otros hacen experimentos, con posibilidades sensitivas e imaginativas, y son los artistas; otros, son maestros...

—Esa última clase es muy importante —dijo Lychnis.

—Es admirable que todo esto se haga con armónica y debida proporción; sin ningún organismo central ejecutivo o legislativo. Me parece admirable..., pero imposible. Todavía, en la Tierra, no se ha iniciado siquiera nada semejante...

—Algo de eso ha sido sugerido ya por el partido socialista —dijo *Mr. Barnstaple*.

—Querido amigo —dijo *Mr. Burleigh*—. Sé muy poco de los socialistas. ¿Quiénes son ellos...? Dígamelo...

—La idea es completamente familiar a nuestra juventud —contestó *Mr. Barnstaple*—. Laski lo llama Estado pluralístico, para distinguirlo del Estado unitario, en el que la soberanía está concentrada. Un profesor de Pekín, *Mr. S. C. Chang*, ha escrito un libro titulado *Profesionalismo*, que yo he leído hace sólo unas semanas, porque el autor lo envió a la redacción de *El Liberal*. Señala como indeseable e innecesario para la China pasar por una fase política democrática al estilo occidental; necesita la China ir derecha a la independencia de funciones de mandarines, industriales, agricultores, etcétera. Algo de lo que nosotros encontramos realizado aquí. Claro que todo eso requiere una revolución total en los sistemas educativos y sus resultados. En realidad, el germen de lo que llaman aquí anarquía está también en el aire de nuestro mundo.

—¡Querido amigo! —dijo *Mr. Burleigh*, mirándole más cariñosamente que nunca—. ¿Y qué es eso...? No acabo de entenderlo...

El cambio de ideas era rápido y efectivo. Advirtió *Mr. Barnstaple* que con claridad y rapidez se formaba en su imaginación un bosquejo de la historia de Utopía, en la antiquísima Edad de la Confusión.

De ello, lo que más le pareció asemejarse a los tiempos presentes en la Tierra era que ellos también habían usado entonces ropa abundante y harían vivido en ciudades muy parecidas a las nuestras de hoy. Una serie de circunstancias afortunadas, más que un determinado designio, les había puesto en el camino de algunas centurias de prosperidad. Las fases del clima y los cambios políticos habían favorecido la raza después de un largo período de déficits, pestes y guerras destructoras y prolongadas. En sus primeros tiempos, los utópicos habían sido capaces de explorar la mayor parte del planeta, y en estas exploraciones habían conquistado para la riqueza general grandes extensiones que sujetaron para siempre al hacha, la azada y el arado; habían mejorado muchísimo la salud, la comodidad y la libertad; miles de personas habían sido elevadas sobre la normal miseria de la vida humana a posiciones en las cuales pudieran, si lo preferían, pensar y obrar con absoluta libertad. Unos cuantos, los suficientes, hicieron todo esto. Un vigoroso desenvolvimiento de la investigación científica empezó, y, por consecuencia, una multitud de ingeniosos inventos produjo el aprovechamiento ilimitado del humano poder.

La ciencia había existido siempre como una pasión de la inteligencia del hombre, pero nadie había podido jamás subsistir con el suficiente decoro para obtener frutos decisivos de sus estudios y trabajos. Luego, en un par de centurias, los utópicos que se habían arrastrado sobre su planeta como perezosas hormigas, viajando como un parásito más a lomo de los más grandes y veloces animales, se encontraron capaces de volar con rapidez y hablarse de polo a polo. Se hallaron en posesión de un poder mecánico en escala superior a todos los sueños anteriores; la ciencia fisiológica y la psicología dieron a físicos y químicos

extraordinarias posibilidades de control sobre el cuerpo humano y sobre la vida de la sociedad. Pero estas cosas no vinieron sino cuando los sabios las hicieron venir, y todo sucedió tan rápida y confusamente, que fue sólo una minoría la que se dio cuenta perfecta de las asombrosas posibilidades de esta tremenda expansión de los conocimientos del hombre. El resto tomó las nuevas invenciones como llegaron, achacándolas a la suerte o a accidentes fortuitos ajenos al humano entendimiento, ajustándose, según les fue posible, a las nuevas necesidades que estas novedades acarreaban.

El primer problema de Utopía ante las perspectivas de poder, comodidad y libertad que se abrió para ella fue la superpoblación. Los utópicos procedían en esto de la manera insensata y mecánica de los animales y los vegetales. En un tiempo, en la antigua Edad de la Confusión, la población humana de Utopía había sobrepasado los dos mil millones...

—¿Y cuál es ahora? —preguntó *Mr. Burleigh*.

—Unos doscientos cincuenta millones —dijeron los utópicos—. Ésa es la máxima población que puede vivir sobre la superficie del planeta, aunque ahora, con el aumento de los recursos, también está siendo aumentada la población humana.

El padre Amerton se horrorizó. Desde que llegó se había sospechado y temido esto.

—¿Se atreven a regular el aumento de la población? ¿Vuestras mujeres consienten en parir hijos sólo cuando ustedes los necesitan...?

—Por supuesto —dijo *Urthred*—. ¿Por qué no habría de ser así?

—Eso me da miedo —dijo el padre Amerton, y tapándose la cara con las manos murmuró desolado—: ¡Lo presentía en la atmósfera! ¡La Humanidad está aquí sometida al mismo tratamiento que caballos y

yeguas, en un campo de remonta militar! ¡Negándose a crear almas!
¡Qué pecado, Dios mío...!

Mr. Burleigh observó la emoción del padre Amerton a través de sus lentes, con una expresión de disgusto. Detestaba las propagandas, pero reconocía que el padre Amerton estaba defendiendo los más odiosos elementos de conservación de la comunidad. Se volvió al utópico otra vez.

—Esto es interesante en extremo —dijo—. En la actualidad, nuestra Tierra lucha por sostener una población cinco veces superior a su capacidad.

—Pero veinte millones de personas morirán de hambre este invierno, nos dijo usted hace poco, en un lugar de Rusia. Y sólo una pequeñísima proporción del resto está disfrutando de una vida decorosa.

—No obstante, el contraste entre vuestra población y la nuestra es muy notable —dijo *Mr.* Burleigh.

—Es terrible... —dijo el padre Amerton.

—La superpoblación del planeta en la Edad de la Confusión era —insistieron los utópicos— el daño fundamental, el origen de todos los males que afligían a la raza. Una abrumadora abundancia de recién llegados que se desparramaban por el mundo arruinaron todo el esfuerzo de la minoría inteligente, que no podía educar el suficiente número de colaboradores para atender la demanda de las recién instauradas condiciones de vida. Y la minoría inteligente se confesó incapaz de controlar el destino de la raza. Esta gran masa de población, inclinada para su daño hacia decadentes tradiciones, fue la víctima natural y el soporte de todos los aventureros. El sistema económico, groseramente adaptado a las nuevas condiciones de producción y distribución mecánicas, llegó a ser una cruel explotación de la masa

humana por una minoría rapaz. Todos los hombres ajenos a esa minoría eran atropellados y sometidos a la miseria desde la niñez; eran adulados y engañados, comprados y vendidos, dominados por un grupo cruel más audaz y, sin duda, más enérgico, pero no más inteligente. Es difícil —dijo Urthred— para un utópico de hoy imaginarse tan monstruosa estupidez, despilfarro y vulgaridad como las que alcanzaron los hombres en la antigua Edad de la Confusión.

—Sí... Es verdad... Desgraciadamente es verdad... —dijo *Mr. Burleigh*.

—Esta excesiva masa de población era semejante a un enjambre de avispas sobre un montón de frutas podridas. Pero su destino era natural e inevitable. Una guerra, que afectó a casi todo el planeta, dislocó el endeble sistema financiero, y la mayoría de su riqueza industrial mecánica quedó destruida y sin posible reparación. Las guerras civiles, imbecilmente concebidas como medios para la revolución social, continuaron la desorganización y la ruina. Unos años de malas cosechas acentuaron la general escasez. Los aventureros explotadores, demasiado torpes o malvados para realizar lo que la masa esperaba de sus promesas, continuaron engañando a la comunidad, cuyos miembros, como avispas, seguían devorando la fruta podrida aun después de haber sido martirizados y cercenados en sus cuerpos. El noble esfuerzo para vivir fue sustituido por la lucha a muerte para subsistir: la producción de armas llegó hasta el máximo límite posible. La riqueza acumulada se desvaneció. Un abrumador sistema de deudas, con un enjambre de acreedores moralmente incapaces de nada útil aplastó todas las nuevas iniciativas.

»El largo diástole en los asuntos de Utopía que había empezado con los grandes descubrimientos, pasó a una fase de rápido sístole. Todo era robado, aprovechado y destruido por voraces aventureros de las finanzas y los negocios especulativos. Se comercializó la ciencia y se aplicó a crear ventajosas patentes y a obtener el monopolio de suministros imprescindibles. La descuidada llama de la ciencia pura

disminuyó, vaciló y pareció apagarse por completo, dejando a Utopía de nuevo en el primer tramo de una serie de Edades Oscuras, parecidas a las que habían precedido a la Edad de los Descubrimientos.

—Esto es en verdad un triste vaticinio de nuestras perspectivas —dijo Burleigh—. Muy parecido... ¡Cómo habría gozado el deán Inge oyendo todo esto!

—A un pagano de su calaña, sin duda que esto le resultaría muy divertido —dijo el padre Amerton con cierta incoherencia.

Estos comentarios molestaban a *Mr. Barnstaple*, porque hechos en alta voz no le permitían seguir el hilo de la explicación.

—Y después —dijo a Urthred—, ¿qué sucedió?

5

Lo que sucedió —entendió *Mr. Barnstaple*— fue un deliberado cambio en el pensamiento de Utopía. Los hombres llegaron a comprender que, en medio de su pobreza, y entre las fuerzas que la ciencia y la organización habían abandonado, la concepción de la vida social en el Estado, como una limitada y legalizada lucha de hombres y mujeres para conseguirse mutuamente lo mejor de cada uno, estaba llegando a ser demasiado peligrosa y difícil de soportar, así como el aumento de las armas de guerra estaba haciendo más que peligrosa, imposible, la soberanía independiente de las naciones. Eran necesarias nuevas ideas y nuevos convenios en la sociedad humana, si se quería evitar que la Historia acabara en una catástrofe definitiva.

Todas las sociedades estaban basadas en la limitación por leyes, prohibiciones y pactos de la primitiva y bárbara combatividad del hombre mono; el antiguo espíritu de coacción por la Ley había sido reforzado a tono con los nuevos peligros y poderes de la raza. La idea de luchar por poseer, como fundamento del comercio, era parecida a

un horno mal vigilado que amenazara con destruir la maquinaria de donde procedía su fuerza y su poder. La idea del servicio creador había desaparecido. Nadie sabía, a ciencia cierta, a qué sistemas tendría que sujetarse la vida social para salvarse. Propositiones sociales y políticas que habían parecido, en lejanas edades, inspirado y exaltado idealismo, empezaron a ser reconocidas, no sólo como verdades, sino como necesidad urgente. Explicando esto, Urthred se expresó con palabras que resultaron familiares a *Mr. Barnstaple*. Parecía dar a entender que cualquiera que quisiese salvar su vida la perdería, y aquel que quisiera darla generosamente, ganaría la totalidad del mundo.

El padre Amerton le interrumpió repentinamente.

—Pero eso que está usted diciendo es un plagio del texto evangélico...,

Urthred admitió que en este momento tenía en el pensamiento una cita de un pasaje de las enseñanzas de un hombre de gran capacidad poética que había vivido hacía muchísimo tiempo en los días en que aún se hablaba con palabras.

Aunque el utópico habría proseguido sin dar mayor importancia a esto, el padre Amerton estaba muy excitado para permitirselo:

—¿Pero quién es ese maestro...? ¿Dónde vivió...? ¿Cómo nació...? ¿Por qué murió...?

Un triste espectáculo vino a la memoria de *Mr. Barnstaple*: un hombre abandonado de todos, pálido, golpeado y sangrante, rodeado de guardias, en el centro de una muchedumbre enfebrecida, empujado, mordido por el sol, caminando por una calle empinada hacia un campo de ejecución, donde se levantaban tres patíbulos en forma de cruz...

—¿También murió crucificado en este mundo...? —dijo el padre

Amerton—. ¿Murió clavado en una cruz?

Explicaron los utópicos que el profeta había muerto muy dolorosamente, pero no en una cruz. Había muerto torturado sobre una rueda. Era el abominable castigo que una raza cruel y victoriosa imponía a sus enemigos, y había sido aplicado en él porque sus doctrinas de caridad y de amor alarmaron a los ricos y a los poderosos, a quienes no convenían.

Mr. Barnstaple tuvo la visión momentánea de una retorcida figura que moría sobre una rueda de tortura en un día de pleno sol. Y, ¡maravilloso triunfo sobre la muerte!, a un mundo que pudo cometer semejante crimen había enviado Dios una era de paz y de belleza absolutas... ¿Qué significaba esto?

El padre Amerton apremiaba:

—¿Pero no se dieron cuenta de quién era? ¿No lo sospechó este mundo?

—Una gran parte del pueblo pensó que este hombre era Dios, pero él sólo se llamó el Hijo de Dios o el Hijo del Hombre.

—¿Pero le adoráis ahora?

—Seguimos sus enseñanzas porque son admirables, pero nada más.

—¿Pero le adoráis?

—No.

—¿Pero nadie le adora? Alguien le adorará.

—Había quien le adoraba. Pero resultó que, asustados ante la magnificencia de sus enseñanzas y la miseria de la historia y la condición del hombre, jugaron una superchería a sus conciencias, y

obsequiaron al profeta con un culto equivalente al de un dios mágico, en vez de tomarle como modelo y luz de sus vidas. Confundieron el culto y los ritos con los antiguos sacrificios a los reyes. En lugar de aceptarlo sencillamente y hacerle una parte de sus entendimientos, quisieron comerlo místicamente y hacerlo parte de sus cuerpos. Convirtieron la rueda en un símbolo milagroso, y le confundieron con el ecuador y el sol y la elíptica, y no giraron sino a su alrededor sin alcanzarle jamás. En casos de mala suerte, mala salud o mal tiempo se tenía por muy provechoso para los creyentes describir un círculo en el aire con el dedo índice.

»Como la memoria del maestro era muy respetada por las multitudes ignorantes, enamoradas de su dulzura y caridad, surgieron unos tipos astutos que se constituyeron a sí mismos en adalides de la Rueda y repartían riquezas y miserias en su nombre, llevaban al pueblo a grandes guerras y lo usaban como una justificación de su codicia, odios, tiranías y oscuros apetitos. A los últimos hombres con quienes habló el profeta les dijo que vendría otra vez a Utopía glorioso y triunfante...

—Pero seguramente —dijo el padre Amerton— habrá un resto de creyentes todavía. Poco, quizá, pero un resto.

—No lo hay. La totalidad del mundo seguía al maestro de los maestros, pero ni uno le adoraba. En algunos edificios antiguos donde se conservan nuestros tesoros históricos, la Rueda puede ser vista todavía esculpida muchas veces con las más fantásticas elucubraciones decorativas. Y en nuestros museos y colecciones hay multitud de pinturas, imágenes, talismanes y cosas semejantes.

—No entiendo esto —dijo desalentado el padre Amerton—. Es demasiado terrible. No lo entiendo...

Un hombre rubio, delgado, con una delicada belleza en el rostro, llamado, según supo luego *Mr. Barnstaple*, Lion, siguió a Urthred en la misión de explicar y responder todas las cuestiones planteadas por los terrícolas. Era uno de los coordinadores educativos de Utopía. Aclaró que la vida no había cambiado en el planeta de modo repentino. Ni el nuevo sistema de leyes y costumbres, ni el nuevo método de cooperación económica basado en el servicio universal encaminado al bien común, habían brotado de manera automática, perfectos y acabados. Se necesitó un largo período para conseguir la estabilización del nuevo estado de cosas; los científicos y los trabajadores, la ciencia y la mano de obra, no tuvieron en mucho tiempo un plan preconcebido, sino que conseguían la cooperación de los esfuerzos personales por un común espíritu de servicio y una común claridad de pensamientos. Fue al final de la última Edad de la Confusión cuando la ciencia filosófica empezó a desenvolverse con algún vigor, comparable al de las ciencias geográficas y físicas durante los siglos precedentes. Y el desorden social y económico, que estaba frenando a la ciencia experimental e impidiendo el trabajo organizado y eficaz de las universidades, dejó paso a la investigación y experimentación de nuevos modos en la sociedad humana.

Dedujo *Mr. Barnstaple* que aquel proceso evolutivo no fue uno de esos cambios que nuestro mundo llama una revolución, sino un suave amanecer de ideas nuevas, en el que las cosas del orden viejo fueron poco a poco perdiendo vigor hasta que el pueblo empezó casi inconscientemente, hechas ya sustancia utilizable del sentido común, a hacer las cosas nuevas en lugar de las viejas. Las semillas del nuevo orden estaban en las controversias académicas, libros y laboratorios psicológicos; el campo de cultivo estaba en las escuelas y en los talleres. Los maestros fueron los héroes en esta lucha por la salud y la fuerza de la inteligencia, y la enseñanza proporcionó al pensamiento recompensas y beneficios tangibles y formó el mundo nuevo en el hueco que dejaba vacío el viejo. El mundo regido por políticos

aventureros, donde los hombres alcanzaban el poder a través de los grandes negocios, empresas y finanzas, fue instruido y convencido de que la propiedad privada era una molestia social, y que el Estado no podía sin duros trabajos emanciparse de los poderosos, quienes, cosa muy natural, se resistían y atacaban corrompiendo y socavando las obras emprendidas, aunque al final no tuviesen más remedio que rendirse.

—¿No lucharon? —preguntó *Mr. Catskill*.

Hay que reconocer que pelearon con valentía, aunque de manera irregular, y que esa lucha, durante cinco siglos, retrasó el advenimiento del Estado científico universal, el Estado educativo de Utopía. Era la guerra de los prejuicios contra las realidades concretas de las nuevas ideas de organización social encaminadas al general servicio. Peleaban dondequiera que las ideas nuevas aparecían, con despidos en masa, amenazas y tempestades de violencia; con mentiras y acusaciones falsas; con persecuciones y encarcelamientos; con la bomba y el revólver.

Pero la marcha de las ideas nuevas no cedió un palmo. Antes de que el Estado científico fuera establecido en Utopía, más de un millón de mártires habían muerto por él, y no se puede calcular el número de los que habían sufrido daños menores. Punto por punto fueron conquistados la educación, las leyes sociales, los métodos económicos. No se puede fijar la fecha de este cambio, pero llegó un tiempo en que Utopía comprendió que estaba viviendo ya en el día nuevo y que un mejor orden de cosas había sustituido al antiguo...

—Así sería... —dijo *Mr. Barnstaple*, como si Utopía no estuviera a su alrededor—. Así sería...

Pasaron a otra cuestión. Cada niño utópico es instruido en la medida total de sus posibilidades y encauzadas éstas hacia el trabajo más

indicado para él, según sus deseos y capacidad. Viene al mundo en perfectas condiciones; nace de padres saludables; su madre ha aceptado la penosa obligación de criarlo después de una cuidada enseñanza y una eficaz preparación. Crece en un ambiente de perfección; sus impulsos naturales de jugar y aprender son aprovechados por los perspicaces métodos de educación; sus manos, sus ojos, sus miembros todos, tienen las precisas oportunidades de adiestramiento y desarrollo; aprende a dibujar, a escribir, a expresarse, a usar una gran variedad de símbolos para entender y transmitir sus enseñanzas. La bondad y la cultura llegan a ser en él un hábito. En particular, el desarrollo de la imaginación es vigilado y favorecido. Aprenden la verdadera historia de su mundo y de su raza; cómo ha luchado el hombre, y todavía lucha, para levantarse sobre sus más elementales egoísmos y mezquindades animales y conseguir el dominio de sí mismo. Todos sus deseos son corregidos hasta hacerlos dignos; aprende de poesía y de amor, por ejemplo, lo necesario para gozar al máximo toda la poesía y todo el amor de las cosas que le rodean; sus pasiones sexuales son liberadas de personales egoísmos; su curiosidad se mueve dentro de un campo experimental científico; su combatividad es aplicada a la lucha contra el desorden; su orgullo y su ambición, inherentes a la raza, son encauzados hacia una noble competencia en el quehacer de la comunidad. Se ocupa toda su vida en el trabajo que más le gusta, y elige el que mejor le parece.

Si el individuo es indolente, sólo pierde él; hay para todos en Utopía, pero nunca encontrará el amor, no tendrá hijos, porque aquí nadie ama a los que carecen de energía y de eficacia. Es muy orgulloso el amor en Utopía; no hay «buena sociedad» ociosa y rica en el planeta; ni juegos y espectáculos por pura diversión. Es un mundo realmente agradable, pero en él no tienen lugar los holgazanes.

Durante siglos la ciencia utópica ha sido capaz de calcular el término medio de los nacimientos; todos los recién nacidos tenían el mismo rango social, considerados como seres inteligentes capaces de mejorar

en su día en el mundo que heredasen. Hay pocos tontos y ningún lisiado en Utopía; los haraganes y los individuos de imaginación débil, el tipo melancólico, el despechado y el maligno han desaparecido. La inmensa mayoría de los utópicos son activos, optimistas, ingeniosos y bien humorados.

—¿Y no hay Parlamento? —preguntó *Mr. Burleigh*, que no quería creerlo.

Utopía no tiene Parlamento, ni políticos, ni riqueza privada, ni lucha en los negocios, ni policía, ni prisiones, ni locos, ni lisiados; y no los hay porque las escuelas y los maestros son lo que deben ser y rinden lo que deben rendir. Política, monopolio y lucha son los tres puntales de las sociedades atrasadas y deformes. Tales métodos han sido extirpados de Utopía hace más de un millar de años. Ni reglas ni gobierno necesitan los utópicos adultos, porque todas las reglas y todos los gobiernos necesarios están en la educación que reciben durante la niñez y la juventud.

Dijo Lion: «Nuestra educación es nuestro gobierno».

CAPÍTULO VI

LOS TERRÍCOLAS HACEN LA CRÍTICA

1

Durante aquella tarde y aquella noche memorables pareció a *Mr. Barnstaple* que estaba tomando parte en un diálogo extraordinario sobre gobierno e historia: un diálogo que tenía todas las apariencias de ser producto de su imaginación, sin realidad y sin forma. Pero la indiscutible verdad de su aventura le aplastaba con su poder abrumador; su atención vagaba por las caras de los utópicos, descansando alguna vez en algún bello detalle de la arquitectura del edificio, para regresar de pronto a los discursos inacabables de aquellas divinidades de graciosas formas. Después miraba incrédulamente a los terrícolas. Las caras de algunos utópicos eran serias, nobles y bellas como las caras angélicas de una pintura italiana. Una mujer era extrañamente parecida a la *Sibila de Delfos*, de Miguel Ángel. Estaban todos en actitud cómoda, los hombres y las mujeres juntos, atentos en su mayoría a la discusión, pero *Mr. Barnstaple* pudo descubrir entre ellos miradas amistosas y la cara de alguna utópica que meditaba sobre el traje de *Lady Stella* o los lentes de *Mr. Mush*. La primera impresión de *Mr. Barnstaple* fue que todos los utópicos eran jóvenes, pero comprobó que muchas de aquellas caras tenían el aspecto de una vigorosa madurez. Todos aparentaban edad indefinida, imprecisa, pero *Urthred* y *Lion* tenían las arrugas de la meditación constante sobre los ojos, los labios y la frente.

El efecto que aquellos seres producían en *Mr. Barnstaple* se transformó curiosamente de estupefacción en familiaridad. Tenía la sensación de haber sabido siempre que tal raza existía y que este conocimiento le había proporcionado modelos para deducir de ellos un centenar de juicios sobre las cosas humanas; y en una época había estado seguro de encontrarse en alguna parte con estos seres

maravillosos. Junto al deseo de llegar a la amistad íntima con ellos, estaba un terror que le hacía temblar con el contacto de aquellas divinidades. Él deseaba que le reconocieran como un compañero, pero su sentido de la propia desgracia e indignidad le abrumaban; necesitaba inclinarse delante de ellos. Bajo la luz y el amor de las cosas que le rodeaban, adivinaba la amarga verdad de que los terrícolas eran despreciados en este nuevo mundo. Tan grande era la impresión hecha por los utópicos en *Mr. Barnstaple*, tanto gozo le produjo el descubrimiento de sus gracias morales y esplendor físico, que durante algún tiempo no notó cuán diferentes de las suyas eran las reacciones de algunos de sus compañeros. La ausencia en Utopía de lo grotesco y lo cruel de la vida ordinaria en la Tierra le habían predispuesto a aprobar sin reservas todas las instituciones utópicas.

Fue el padre Amerton el primero que expuso el hecho de que podían ser desaprobadas muchas cosas de aquel maravilloso pueblo y mantener una digna hostilidad hacia él. Al principio el padre Amerton había procurado no mirar más abajo del cuello de aquellas personas, y se había mostrado dispuesto a asesinar a quien osara tocarle. Pero durante el viaje, la comida y la apertura de la conferencia reaccionó, y a este primer asombro candoroso siguió una actitud de resistencia y hostilidad manifiestas. Era como si este nuevo mundo que había empezado siendo un espectáculo hubiera tomado cualidades de proposición que él no podía aceptar y estaba obligado a refutar. Quizá fuese que su costumbre de pensar siempre en censor era demasiado fuerte para él y no podía aceptar como normal aquí lo que había censurado con energía en la Tierra tantas veces. Quizás estuviese realmente consternado por la virtual desnudez de aquellos seres que le rodeaban. Es lo cierto que empezó con toses y gruñidos, a hablar consigo mismo, y a revelar la inquietud que le dominaba. Primero había lanzado una interrupción condenatoria cuando la cuestión de la procreación humana se planteó; luego intervino en la discusión sobre el profeta de Utopía; ahora no se pudo contener:

—Debo decirlo —le oyó musitar *Mr. Barnstaple*.

De repente empezó a disparar preguntas.

—Hay algo que deseo aclarar —dijo—. Quiero saber qué se entiende en Utopía por moral. ¡Perdónenme!

Se levantó. Le temblaban las manos y no era capaz de empezar su discurso. Se situó de manera que pudiese reposar las manos sobre el respaldo de un asiento. Se pasó los dedos entre el cabello revuelto y respiró hondo. Una irreprimible animación asomó a su cara, que enrojeció. Por el pensamiento de *Mr. Barnstaple* cruzó la sospecha de que el padre Amerton iba a comenzar una nueva serie de sus sermones semanales, aquellas intrépidas denuncias contra casi todas las cosas, de la iglesia de San Bernabé. La sospecha se hizo realidad.

—Amigos, hermanos de este nuevo mundo. Hay ciertas cosas que no puedo dejar de deciros. Necesito preguntaros algo relativo al alma. Tengo necesidad de plantear cuestiones simples, pero fundamentales. Quiero hablaros con franqueza, de hombre a hombre, sobre cosas delicadas y urgentes. Déjenme hablar hasta que me oigan todo lo que tengo que decir. Os quiero preguntar si en este llamado Estado de Utopía se respeta todavía como elemento sagrado de la vida social el vínculo matrimonial.

El utópico replicó, dirigiéndose a *Mr. Barnstaple*:

—En Utopía no hay vínculos.

Pero el padre Amerton no estaba preguntando con la intención de que le contestaran. Estaba planteando problemas al estilo del púlpito.

—Yo quiero saber si la pía unión revelada a nuestros padres en el Paraíso Terrenal se observa aquí; si el matrimonio que une para toda la vida a un hombre y una mujer, en la buena y en la mala fortuna,

excluida toda otra especie de intimidad ajena a los dos miembros de la sociedad conyugal santificada, es la regla de vuestra vida... Quiero saber...

—Pero este hombre quiere saberlo todo —interrumpió un utópico.

—... si aquella doble pureza...

Mr. Burleigh hizo una señal con su mano aristocrática.

—Padre Amerton, por favor.

Pocas cosas bajo el cielo serían capaces de parar al padre Amerton cuando iniciaba un ataque bajo los efectos de una de las tempestades de su alma, pero la mano de *Mr. Burleigh* estaba acostumbrada a ser obedecida sin réplicas. El padre Amerton le preguntó:

—¿Qué pasa, *Mr. Burleigh*?

—Yo desearía que no apurase usted este tema desde los tiempos antiguos hasta nuestros días, padre Amerton. Aún no sabemos casi nada de las instituciones utópicas, y es de sospechar que sean muy distintas de las nuestras. El matrimonio puede presentar aquí otras características.

—*Mr. Burleigh* —dijo el predicador—. Si mis sospechas son ciertas, necesito desnudar a este mundo, en el acto, de sus pretensiones éticas...

—No necesitan desnudarse mucho —dijo el chófer de *Mr. Burleigh*, de modo que pudo ser oído perfectamente.

Un cierto tono de enfado se hizo evidente en la voz de *Mr. Burleigh*.

—Entonces, pregunte lo que quiera. Pero, desde luego, ellos no necesitan de nuestros discursos moralistas.

—Yo he planteado mis problemas —dijo el padre Amerton, retando a Urthred con la mirada y permaneciendo de pie.

La contestación fue clara y explícita. En Utopía los hombres y las mujeres no estaban obligados a vivir en parejas indisolubles. Para la mayoría de los utópicos esto podría ser inconveniente. Muy a menudo, hombres y mujeres cuyos trabajos les obligaban a permanecer mucho tiempo juntos se amaban y vivían en común por propia voluntad, como Arden y Greenlake hicieron. Pero nadie ni nada les forzaba a hacerlo. En los días del conflicto de la abundancia de población, y especialmente entre los campesinos y empleados de Utopía, los hombres y las mujeres que se amaban habían sido atados entre sí para toda la vida, bajo severas penas si se separaban. Vivían unidos en un pequeño hogar, que la mujer mantenía ordenado para el hombre, siendo su sirvienta y pariéndole tantos hijos como fuera posible, mientras él conseguía alimentos para todos. Se deseaban los hijos porque eran útiles para cultivar la tierra o para conseguir un nuevo sueldo que unir al siempre escaso presupuesto del ingreso familiar. Pero las necesidades que obligaron a las mujeres a tal yugo han desaparecido ya. La gente se empareja siempre con compañeros que han sido elegidos libremente, pero esto lo hace solamente por una necesidad y una decisión personal, y no por obligaciones externas.

El padre Amerton había escuchado con mal reprimida impaciencia.

—Entonces, ¿estoy en lo cierto? ¿Se ha abolido la familia?

Su dedo apuntó a Urthred como una acusación personal.

No. Utopía no había abolido la familia. La había engrandecido y glorificado hasta abarcar con ella la totalidad del mundo. Hace mucho tiempo que el profeta de la Rueda predicó esta ampliación del antiguo concepto del hogar. En una ocasión le dijeron mientras predicaba que su madre y sus hermanos preguntaban por él, a lo que contestó

volviéndose al pueblo que le escuchaba y abarcándolo todo con un gesto de sus brazos:

—¡Todos vosotros sois mi madre y mis hermanos!

El padre Amerton golpeó el respaldo de la silla que tenía delante:

—Eso es un sofisma... Eso es un sofisma... Satanás también podría comentar así las Escrituras.

Estaba claro para *Mr. Barnstaple* que el padre Amerton había perdido un poco el control de sus nervios, y empezó a preocuparle lo que hacía y lo que estaba a punto de hacer. Parecía demasiado excitado para pensar con claridad y gobernar su vocabulario. Confiaba más de lo prudente en que sus recursos dialectos del púlpito de la iglesia de San Bernabé le llevaran a buen término.

—Imagino vuestra conducta... Demasiado bien la imagino... Estoy seguro de acertar en todo lo que sospecho. Vuestra manera de vivir habla por sí misma: la desvergüenza de las costumbres, la licenciosa libertad de vuestras relaciones... ¡Los jóvenes de ambos sexos, sonrientes, las manos unidas, a punto de acariciarse, ni siquiera desvían los ojos ante los extraños, mínimo tributo a la modestia...! Y todo sin vínculos ni bendiciones, ni reglas ni restricciones. ¿Qué significa esto? ¿A dónde conduce? ¡No lo imagino porque yo soy un sacerdote, un hombre casto vencedor de las tentaciones de la carne, y no puedo imaginar lo que no entiendo! ¿Pero dejaré por eso de tener mi particular idea de los mayores secretos del corazón humano? Mi misión no es herir a los pecadores, sino ayudarles y consolarles cuando llegan hasta mí con sus lastimeras confesiones. Esta llamada libertad vuestra no es sino licencia. ¡Esto que llamáis Utopía es, lo veo con claridad, un verdadero infierno!

Mr. Burleigh hizo una señal con la mano, pero la elocuencia del padre Amerton saltó sobre la interrupción.

—Renuncio a desmenuzar este asunto, pero desde luego estáis viviendo en una horrorosa promiscuidad... ¡En una bestial promiscuidad!

Mr. Burleigh se puso de un salto ante el padre *Amerton*:

—No, no... No puedo tolerarlo, *Mr. Amerton*. Usted está insultando. Siéntese, por favor. Insisto en que se siente.

—Vuelva a su sitio y siéntese —dijo una voz clara y autoritaria—, o tendrá que marcharse de aquí.

El padre *Amerton* se encontró con la mirada de un hombre joven y delgado que lo examinaba con la atención que un pintor de retratos examinaría a un nuevo modelo. No había amenaza en su aspecto. Al gran predicador se le murió la voz en la garganta. *Mr. Burleigh* quiso evitar un conflicto:

—*Mr. Serpentine*, señor. Suplico que disculpen al padre *Amerton*. Él no es absolutamente responsable de sus palabras y todos nosotros deploramos de corazón este incidente.

Se volvió al predicador:

—Le ruego que tenga la bondad de no dar motivos para que le echen. Yo responderé personalmente de su buen comportamiento. Siéntese, *Mr. Amerton*... Por favor... De lo contrario, me lavaré las manos en este asunto.

El padre *Amerton* titubeó:

—Ya llegará mi hora.

Pero antes de volver a su sitio miró desafiante al hombre que le había amenazado con expulsarle del salón.

Luego Urthred habló con sosiego y claridad:

—Terrícolas, sois unos huéspedes difíciles. Se ve claro que el pensamiento del hombre de la Tierra es muy sucio. Su imaginación sexual está encendida y enferma. Parece hambriento de insultar y de herir a sus semejantes. Sus palabras son terribles. Mañana será examinado...

—¿Cómo? —dijo el padre Amerton, con la cara lívida—. ¿Qué quiere usted decir?

—Haga el favor de no hablar —dijo *Mr. Burleigh*—. Por favor, no hable nada más. Ya ha hecho usted bastantes barrabasadas.

Parecía que el incidente terminaba, pero en el corazón de *Mr. Barnstaple* quedaba la semilla de un terror irreprimible. Aquellos utópicos eran de modos muy elegantes y un pueblo muy amable, pero ahora por un momento el águila del poder había revoloteado sobre los terrícolas. El sol y la belleza rodeaban por todas partes a los huéspedes, pero no había duda de que estaban desamparados en un mundo desconocido y extraño. Las caras de los utópicos eran amables y sus ojos curiosos y sus maneras amistosas, pero miraban siempre como quien examina a un bicho raro; parecía que mirasen a través de un insalvable abismo de diferencias. *Mr. Barnstaple*, en medio de sus angustias, encontró la mirada de los ojos castaños de *Lychnis*, que eran los ojos más amables y bellos de Utopía. Ella por lo menos entendía su angustia y era su amiga. La miró como miraría un perro perdido a una persona que le prodigase caricias y le diese pan.

2

Otra mente que estaba también en resistencia activa a Utopía era la de *Mr. Freddy Mush*. Él no había discutido en materia de religión, de moral o de organización social en Utopía, porque había aprendido desde siempre que ningún caballero de serias pretensiones estéticas

revela interés por semejantes cosas. Sus impresiones se convertían de manera automática en hipótesis bien definidas. Estaba seguro de que allí había existido algo muy antiguo y muy bello que se llama equilibrio de la Naturaleza, que los métodos científicos de Utopía habían destruido. Qué cosa fuese este equilibrio de la Naturaleza, latente todavía en la Tierra en todo su vigor y eficacia, nadie era capaz de entenderlo con claridad en el planeta utópico. Los lentes de *Mr. Mush* relampaguearon antes de que éste empezara a hablar:

—Vuelvo sobre lo de los pájaros...

Estudió el hecho de que no hubiese pájaros en Utopía. Y dedujo que no había pájaros porque no había mosquitos ni moscas de agua. Se había reducido la vida de los insectos, y la eliminación de éstos había acarreado la desaparición de las criaturas que directa o indirectamente dependían de los insectos para vivir. Tan pronto como el nuevo estado de cosas estuvo establecido con seguridad en Utopía y el mecanismo educativo funcionando, la atención de la comunidad utópica había sido aplicada a la idea largo tiempo acariciada de un sistemático exterminio de las especies molestas. Se hizo una cuidadosa investigación para determinar las posibilidades de eliminación de la mosca casera, por ejemplo, abejas y avispas, varias especies de ratones, ratas y conejos. Centenares de animales, desde los microbios hasta las hienas y los rinocerontes, fueron sometidos a ensayos. A todas las especies elegidas para el exterminio se les dio un abogado, que respondió a estas preguntas: «¿Qué tiene de bueno?; ¿qué tiene de dañino?; ¿cómo puede ser eliminado?; ¿qué cosa útil podría desaparecer con él?; ¿es conveniente eliminarlo?; o ¿puede ser conservado?».

Cuando este veredicto estuvo terminado y razonado, Utopía inició su campaña exterminadora con gran cautela. Las fiebres más contagiosas fueron extirpadas; algunas muy fácilmente, y otras después de dura lucha y el sometimiento de toda la población a muy severa disciplina. Muchos parásitos internos y externos del hombre y de los animales

fueron eliminados. Fue una gran limpieza del mundo, desde nocivos insectos y malas hierbas hasta sabandijas y bestias peligrosas. El mosquito y una multitud de especies de moscas cayeron sin posible salvación tras sistemáticas campañas que exigieron enormes esfuerzos de generaciones enteras. Fue más fácil eliminar algunas grandes bestias como la hiena y el lobo, que hacer desaparecer los pequeños insectos y microbios. El ataque contra las moscas exigió la reconstrucción de una gran proporción de casas utópicas en toda la extensión del planeta.

La cuestión de que ciertas especies extirpadas eran o no útiles fue uno de los más sutiles problemas que Utopía se planteó. Ciertos insectos, por ejemplo, eran destructivos y desagradables en la primera época de la vida, pero luego llegaban a ser animales bellísimos y a veces necesarios para la fertilización de determinadas especies de delicadas flores. Otros, desagradables por su aspecto externo, eran un alimento necesario e insustituible para criaturas útiles. No era cierto que los pájaros hubiesen desaparecido en Utopía, pero habían llegado a ser rarísimos; quedaban algunos pequeños pajarillos insectívoros, como el papamoscas, por ejemplo, ese arlequín del aire.

Muchísimas plantas detestables por sí mismas eran fuentes de sustancias medicinales, que todavía resultaba costoso o complicado obtener por procedimientos sintéticos. Plantas y flores, de más sencilla transformación que las especies animales, habían evolucionado en Utopía mediante injertos y cuidados de cultivadores especializados. Los terrícolas habían encontrado un centenar de plantas que eran desconocidas en la Tierra. *Mr.* Barnstaple supo luego que algunas habían sido cultivadas para conseguir de ellas nuevas secreciones: cera, gomas, esencias, aceites, etc., de la mejor calidad.

Muchos animales feroces fueron sometidos a métodos de educación y domesticados; los más feroces carnívoros, peinados y lavados, reducidos a dieta láctea eran la delicia y el adorno de Utopía. La

mayoría de los elefantes y las jirafas se habían salvado. El oso gris, alimentado ahora con dulces y verduras, había aumentado mucho en inteligencia. El perro había dejado de ladrar y era relativamente raro. Los de caza o carrera no se conocían; ni los pequeños animales de lujo. *Mr. Barnstaple* no vio caballos, pero como él era un tipo urbano muy moderno, no hizo mucho caso de esta falta ni preguntó por sus causas. El exterminio de las malas hierbas y el cultivo de los vegetales para adaptarlos a las necesidades de la humanidad le parecieron la más natural y necesaria fase de la historia humana.

«Después de todo —se dijo—, no podemos olvidar que el primer hombre tuvo por hogar un hermosísimo jardín...».

Los utópicos explicaron los principios eugenésicos nuevos y seguros métodos en la elección de padres y madres, de acuerdo con los adelantos hechos en los estudios sobre la herencia. Y como *Mr. Barnstaple* comparaba la firme y clara belleza de cara y miembros que todos los utópicos tenían, con los descuidados rasgos y proporción corporal de los terrícolas, se dio cuenta de que ya, con sus tres mil años de adelanto, aquellos utópicos estaban alcanzando la meta de la ambición humana de convertirse en superhombres, miembros de una raza humana extraordinaria.

3

Con las explicaciones de aquella tarde llegó a ser más evidente aún para *Mr. Barnstaple* que la diferencia física era nada si se la comparaba con las diferencias intelectuales que los separaban. El entendimiento de aquellos niños había crecido sin prejuicios, ocultaciones, ambigüedades e ignorancias imperdonables como el de los niños terrícolas. Sus ideas eran claras, francas y concretas. Nunca habían necesitado estar en una defensiva sospecha de sus profesores, en un resistirse a la enseñanza, natural cuando el adolescente adivina un agresor en su maestro. Eran deliciosamente inocentes en sus

comunicaciones. Las ironías, insinceridades, vanidades y pretensiones de la conversación terrícola parecían desconocidas de ellos. *Mr. Barnstaple* encontró la desnudez mental de los niños utópicos tan dulce y refrescante como el aire delicioso de la montaña. Se sentía un ser inferior junto a ellos; asustado de los utópicos como un pobre patán en una fiesta de gran gala. Todos los terrícolas, excepto *Mr. Burleigh* y *Lady Stella*, eran impotentes para ocultar la defensiva ojeriza de quienes se saben inferiores a las criaturas con las que se relacionan.

Como el padre Amerton, el chófer de *Mr. Burleigh* estaba sorprendido y turbado por la desnudez de los utópicos; sus sentimientos se le escapaban por muecas y comentarios muy graciosos, dirigidos en su mayoría a *Mr. Barnstaple*, al que, como propietario de un automóvil, consideraba como un compañero. Quería llamar la atención de *Mr. Barnstaple* hacia algo que consideraba notable haciéndole señas con aparatosos movimientos de cejas. Su manera de señalar con la boca y la nariz, en otras circunstancias, habría divertido mucho a *Mr. Barnstaple*. *Lady Stella*, que al principio resultaba demasiado moderna, ahora parecía excesivamente modesta y femenina. Sólo *Mr. Burleigh* conservaba cierta sublimidad aristocrática; había sido un gran hombre en la Tierra durante toda su vida y era evidente para él que no había ninguna razón por la que no pudiera ser aceptado como un gran hombre en Utopía. Su capacidad de comprensión, libre de todo prejuicio, le permitía comprender y justificar todas las instituciones de un Estado como Utopía.

Estaba atardeciendo. El cielo resplandecía en la puesta del sol y las nubes altísimas sobre el lago pasaban paulatinamente desde el grana de los más bellos claveles al púrpura más acentuado. *Mr. Catskill* llamó la atención de *Mr. Barnstaple*. Estaba inquieto en su asiento.

—Tengo algo que decir.

De un salto se plantó en el centro del semicírculo donde *Mr. Burleigh*

había hablado antes.

—*Mr. Serpentine, Mr. Burleigh.* Hay algunas cosas que me gustaría decir, si ustedes me dan una oportunidad para decirlas.

4

Se quitó el sombrero gris y lo dejó en su asiento; regresó al centro de la sala, apoyó las manos en las caderas, adelantó la cabeza, observó a su auditorio un momento con expresión de astucia, musitó algo inaudible y empezó.

Su *introito* no fue simpático. Había un impedimento en su discurso, un balbuceo que hacía sonar su voz en tono gutural. Sus primeros párrafos hacían el efecto de ser originados por un esfuerzo irregular. Después llegó a ser evidente para *Mr. Barnstaple* que *Mr. Catskill*, a pesar de sus dificultades iniciales, estaba expresando un punto de vista bien definido, una razonada y clarísima visión de Utopía. A él le desagradaba aquella crítica, le disgustaba la violencia, pero reconocía que su actitud era comprensible.

Mr. Catskill empezó con un canto a la belleza y al orden de Utopía. Alabó la buena salud que veía en todas las mejillas, la riqueza, la tranquilidad y el confort de la vida utópica. Tenían amansadas las fuerzas de la Naturaleza y las habían sometido al único fin del bienestar material de la raza.

—El primer efecto, *Mr. Locutor* —quería decir *Mr. Serpentine*—, sobre una mente terrícola es abrumador. Es maravillosa —esto lo dijo mirando a *Mr. Burleigh* y a *Mr. Barnstaple*— la admiración que todo esto ha despertado en algunos de nosotros. Es más maravilloso aún que vuestras mágicas bellezas nos hayan hecho olvidar de las muchas que hay en nuestra propia Naturaleza. Yo también, *Mr. Serpentine*, sucumbí a esta magia al principio, pero ya empiezo a llenarme de dudas...

Su pensamiento se había apoderado de los hechos de cada fase de la limpieza y depuración de Utopía de insectos, parásitos y enfermedades; ignoraba las deliberaciones y precauciones que habían acompañado paso a paso al proceso de formación de este mundo. Resumió las pérdidas acarreadas por cada ganancia; fue exagerando aquellas pérdidas y recurrió a metáforas inevitables en un parlamentario inglés. Los utópicos, confesó, gozaban de una vida cómoda y segura. Admitió también que la vida en la Tierra era insegura, llena de penas y ansiedades, de miserias, angustias y congojas, pero por contraste llena de entusiasmo, de esperanzas, de sorpresas agradables, de cosas logradas; la organizada vida de Utopía carecía de estas posibilidades.

—Ustedes han conseguido liberarse del conflicto y de la angustia, pero también han llegado a la liberación de la alegría de vivir.

Acometió luego un elogio de la existencia terrícola. Exaltó la fuerza vital que imperaba sobre la Tierra, como si no hubiera signos de vitalidad en el esplendor que le rodeaba. Habló del tráfico incesante en nuestras populosas ciudades, del comercio y de la industria del trabajo y de la guerra. Tenía la habilidad de salpicar sus discursos con toques imaginativos, en los que se cimentaba la fama de su elocuencia. A *Mr. Barnstaple* le resultaban muy desagradables el tono y el timbre de la voz. *Mr. Catskill* admitía todos los peligros y daños que *Mr. Burleigh* había relatado de la Tierra. Todo lo que él había dicho era cierto. Conocíamos el hambre y la peste; estábamos afligidos por miles de penas que en Utopía sólo se conocían a través de los relatos de antiquísimas tradiciones; las ratas horadaban nuestras paredes y las moscas en el verano nos perseguían enloquecidas. Algunas veces la vida humana hiede...

—Nosotros sufrimos las más amargas experiencias de la miseria, la ansiedad y la angustia del alma y del cuerpo; conocemos las amarguras, el terror y la desesperación. Es cierto. Pero, ¿no llegamos

más alto? Yo os desafío con esto; ¿qué saben ustedes en esta inmensa seguridad vuestra de la intensidad y la lucha de nuestros esfuerzos?; ¿qué pueden ustedes saber de la emoción de los indultos o las evasiones?; ¿qué de la dulzura de unos días de convalecencia?; ¿qué de disfrutar unas vacaciones lejos de todas las cosas desagradables que de ordinario nos rodean?; ¿qué de tener algún grave riesgo en el cuerpo o la fortuna y arreglarlo favorablemente?; ¿qué de salir de una prisión tras una larga condena...? Y, señores, se ha dicho que hay en nuestro mundo quien encuentra una fuente de dulzura en sus propias penas. Porque nuestra vida es amarga, sí, pero tiene momentos infinitamente más brillantes y luminosos que los vuestros. Preguntad si queremos acabar con nuestros desórdenes, nuestras miserias y nuestras angustias, con las enfermedades y la muerte, y cada hombre y cada mujer os contestará que sí.

Mr. Catskill extendió sus manos abiertas como si quisiera atrapar en un puñado a todo su auditorio.

—Después empezaríamos a meditar sobre el caso. Preguntaríamos, como ustedes dicen que preguntaban los naturalistas sobre las moscas y los insectos: ¿qué nos va en ello?; ¿cuál es el precio? Y cuando supiéramos que el precio era abandonar la intensidad de la lucha por la vida, dejar de ser como ratas y como lobos en perpetua persecución, estoy seguro de que vacilaríamos. Y al final, señores, estoy seguro de que gritaríamos: ¡No! ¡No!

Estaba en un estado de gran excitación cerebral. Hacía gestos extraños con los puños cerrados. Su voz subía, bajaba y tronaba; con la mirada pedía la aprobación de los terrícolas y lanzaba vanidosas sonrisas a *Mr. Burleigh*.

—Esta idea del contraste de nuestro mundo con vuestra acabada y perfecta Utopía ha tomado forma definitiva en mi pensamiento. Nunca antes de ahora me había dado yo cuenta del alto, terrible y aventurado

destino de nuestra raza terrícola. Miro esta casi divina perfección de vuestra patria sin conflictos...

Mr. Barnstaple advirtió una débil sonrisa en la cara de la mujer que le había recordado a la *Sibila de Delfos*.

—... y admito y admiro este orden y esta belleza junto a las que nosotros no somos sino polvorientos peregrinos agobiados por la angustia de inexplicables dudas. Y como peregrino que soy pido licencia, señores, para ahondar en vuestra sabiduría y en vuestro modo de vivir. Para mí es cosa probada que la vida, y toda su energía y belleza, está engendrada por las luchas, competencias y conflictos; estamos modelados y forjados en la lucha, y tal como somos nosotros fuisteis aquí algún día. Vuestro Estado económico, según advierto, es una especie de socialismo; ha desaparecido la disputa en todos los asuntos; el Estado político es una unidad universal; se ha eliminado la espantosa experiencia de la guerra; todas las cosas están ordenadas y previstas; todo está seguro, señores, menos una cosa... Siento intranquilizaros, pero no tengo más remedio que utilizar una palabra para calificar este estado de vida: degeneración. ¿Qué pecado será mayor que la indolencia?; ¿qué recompensa encuentran aquí la energía y el esfuerzo excepcionales?; ¿qué hay establecido en defensa de los hombres laboriosos?; ¿qué vigilancia para evitar el daño o la injuria a la comunidad? Durante algún tiempo, por una especie de inercia, ustedes pueden seguir avanzando y creer que lo conseguido es un gran éxito. Me explico que imaginen que están alcanzando enormes triunfos. ¡Gloria otoñal! ¡Esplendorosa puesta de sol! Mientras, a vuestro alrededor, en universos paralelos a éste, razas parecidas todavía afanan, sufren, luchan, eliminan a sus enemigos y crean fuerza y energía.

Mr. Catskill agitaba sus manos en el aire, gozoso de su triunfo retórico.

—Yo quisiera llevar a vuestro ánimo que estas críticas a Utopía no nacen de un espíritu de hostilidad. Al contrario, el espíritu que las anima es amistoso. Yo hago mi indagatoria y planteo mis desagradables problemas porque es mi deber. ¿Es realmente sabio el camino elegido por esta raza? Tenéis la paz y la luz y el ocio... Concedido. Pero ante toda esa multitud de universos de los que nos ha hablado *Mr. Serpentine* tan luminosamente, y la posibilidad de que uno pueda de modo repentino irrumpir en otro, como el nuestro ha hecho en éste, yo quiero que meditéis seriamente hasta qué punto está segura esa paz, esa luz y ese ocio. Nuestra voz es aquí la voz de uno de esos innumerables mundos. Por eso, señores, en esta gran calma dorada, yo puedo oír el paso de hambrientas miríadas de hombres, tan bravos y rabiosos como ratas y como lobos; las voces de cien razas habituadas a todas las penas y a todas las crueldades; la amenaza de terribles heroísmos y despiadadas agresiones...

El discurso acabó de manera brusca. Sonrió el orador, y le pareció a *Mr. Barnstaple* que había alcanzado un triunfo sobre Utopía. Quedó con las manos en las caderas y luego se inclinó muy ceremonioso.

—Señor —dijo con la mirada puesta en *Mr. Burleigh*—, he terminado.

Se volvió a *Mr. Barnstaple* y le hizo un guiño. Saludó con una inclinación de cabeza y regresó a su sitio.

5

Urthred contestó a *Mr. Catskill* apenas éste se había sentado. Hablaba con el codo en las rodillas y el mentón apoyado en la mano, meditando visiblemente cada palabra:

—La fuerza destructora de la rata, la caza insaciable del lobo, la agotadora persistencia de la avispa, de la mosca y de los gérmenes infecciosos han desaparecido de nuestro mundo. Esto es cierto. Hemos

destruido a muchas de las fuerzas enemigas de la vida; y no perdimos nada con ello. Penas, suciedad e indignidad han acabado o están acabando. Pero no es cierto que la noble emulación haya terminado en nuestro mundo. ¿Por qué lo dice? Todos aquí trabajamos al máximo... como servicio y como honor. Nadie puede engañar a los demás y quedarse fuera de las faenas y deberes comunes, como hacían los hombres de la Edad de la Confusión, cuando el malvado y el logrero vivían a costa del atolondrado y del generoso. ¿Por qué dice que degeneramos? Los indolentes, los seres inferiores no procrean aquí. ¿Y por qué nos amenaza con imaginarias irrupciones de otros mundos más fieros y más bárbaros? Somos nosotros los que podemos abrir las puertas de otros universos y entrar en ellos si queremos. Somos nosotros los que sabemos hacerlo. Podemos ir a ellos, pero ellos no pueden venir aquí. No hay ningún camino sino la Ciencia para encontrar la puerta de la jaula donde los mundos viven como pájaros prisioneros... Los terrícolas están sólo en el principio de la Ciencia. Están todavía en una fase de temores y de respetos extraños que también tuvo su lugar en la historia de la evolución de Utopía, durante la Edad de la Confusión. El pensamiento de los terrícolas está lleno de temores y de prohibiciones, y aunque ya esté naciendo en ellos la idea de que pueden dominar todas las fuerzas de la Naturaleza, les parece todavía demasiado terrible para ponerla en práctica y se desvían de ella horrorizados. Necesitan todavía creer, como sus padres creyeron, que el Universo es quien los dirige y que ellos no pueden dirigir al Universo. Prefieren dejarlo todo en manos de Dios... o esperar los resultados de la evolución natural. Necesitan encontrar un poder superior al propio, para culparle y en quien disculparse del incumplimiento del deber. En cambio, Utopía dice: no sueltes las cosas jamás cuando las tengas en tu mano. Pero los terrícolas carecen todavía del hábito de mirar a la realidad... desnuda. Este hombre de la cinta blanca al cuello está asustado de mirar a nuestros hombres y mujeres, repugnantemente excitado por la visión del cuerpo humano. Este otro del monóculo en el ojo izquierdo lucha por creer que hay una

sabia y vieja Madre Naturaleza detrás de las apariencias de las cosas, conservando el Equilibrio. Resulta fantástico oír hablar del equilibrio de la Naturaleza. A pesar de tener dos ojos y un lente, ve poco y mal. Este último hombre que ha hablado tan impresionantemente piensa que esa vieja bruja Naturaleza es una inagotable fuente de poder y de energía, que debemos resignarnos a su capricho y a su crueldad, y que la imitamos cuando acometemos, matamos, robamos y violamos... Confunde el viejo fatalismo con las enseñanzas de la Ciencia.

Los terrícolas no se atreven todavía a investigar qué cosa es nuestra Madre Naturaleza; pesa mucho sobre el cerebro humano el deseo de abandonarse a ella; no quieren ver que carece de voluntad y es ciega. Ella es horrible... nos hace por accidente... todos sus hijos son bastardos... indeseados; ella los acariciará o los abandonará, mimará o matará, sin ninguna razón; nos levantará al poder y a la inteligencia, o nos degradará a la mezquina debilidad del conejo o la inmundicia de los parásitos. Claro que es la autora de todo lo bueno que hay en nosotros, pero también lo es de todo lo malo. ¿No veis, terrícolas, la crueldad y la indignidad de muchas de sus obras? También en nuestro planeta la mitad o más de los seres vivos eran feos y detestables, sandios o miserables, enfermos y mal adaptados, cuando cogimos a la vieja bruja Naturaleza de la mano. Hemos luchado durante siglos con sus más sucias fantasías, y la hemos lavado, peinado y enseñado a acatar y a atender a la última de sus criaturas: el Hombre. El hombre en nuestro universo dejó de temerla y empezó a dominarla. Ahora los utópicos no somos pobres hijos de la Naturaleza golpeados y muertos de hambre, sino sus hijos libres y poderosos. Hemos tomado posesión del Estado de la Vieja Señora. Cada día aprendemos un poco más en nuestra función de dominar este pequeño planeta. Cada día nuestros pensamientos van más seguros hacia nuestro afán de alcanzar las estrellas... y llegar al abismo infinito, más allá y más acá de todos los planetas y todos los soles...

—¿Es que habéis llegado a las estrellas? —preguntó *Mr. Barnstaple*.

—Todavía no. Ni a los planetas siquiera. Pero está cerca el tiempo en que esas enormes distancias dejen de ser un obstáculo...

Hubo una pausa.

—Muchos de nosotros tendremos que hundirnos en el espacio... y, probablemente, no volveremos más... Y en los caminos infinitos del cielo miles de hombres valerosos...

Se volvió a *Mr. Catskill*, como dirigiéndose a él.

—Encontramos sus ideas muy interesantes. Ustedes nos ayudan a entender el pasado de nuestro mundo. Hay parecidos pensamientos en nuestra literatura de hace dos o tres mil años. Estáis sobrecargados de energía y, por lo tanto, es natural que os domine la sensación del riesgo y de la fuga y que creáis que el mejor empleo de la vida es la lucha, el conflicto y la ganancia. También en la confusión económica de un mundo como el vuestro hay quien se evade de contribuir a la realización de los afanes comunes, alegando excepciones por razón de nobleza, bizarría o buena fortuna. Usted vive en un mundo de clases. Tomáis lo mejor de cada cosa sin escrúpulos, principalmente a expensas de otras personas mal preparadas moralmente para entender que hay otros caminos posibles en la vida humana para hacerla inmutable y disciplinada y hacernos vigorosos y felices. Usted ha argumentado contra nuestra manera de vivir, como si fuéramos personales enemigos. Es que nuestra concepción de la vida y de la sociedad representa una terrible acusación para vuestras aventuras terrícolas. Usted arguye que este mundo no es romántico, que está falto de intensidad afectiva, decadente, feble. Pero está seguro de que física y moralmente somos más fuertes que vosotros, y se resiste a confesarlo amurallado en su amor propio. Sólo uno de ustedes acepta nuestro mundo como es, y lo hará así más porque esté aburrido de la Tierra que porque le guste y entienda a Utopía. Vuestra inteligencia está en la Edad de la Confusión, mal acostumbrada a conflictos, a la

inseguridad y al misterio. Hay cosas que sólo pueden ser olvidadas tras un proceso de tres mil años de lenta evolución.

»Ahora no sabemos qué hacer con vosotros. Pero estamos dispuestos a trataros amistosamente siempre que prometáis respetar nuestras normas de conducta. Sé que resultará difícil. Este grupo se ha comportado bastante razonablemente de hecho, aunque se haya mostrado rebelde de pensamiento. Pero es que hemos tenido hoy otra experiencia más trágica de la conducta terrícola. Sus ideas de bárbaros mundos irrumpiendo sobre nosotros ha tenido hoy un grotesco remedo en la realidad de nuestra vida. Es cierto: hay algo de salvaje y peligroso en los hombres de la Tierra. No sois los únicos terrícolas venidos a Utopía a través de la puerta que se abrió violentamente con nuestro experimento... Hay otros...

—¡Por supuesto! —dijo *Mr. Barnstaple*—. ¡Debí adivinarlo! ¡Un tercer lote!

—También venían en una de esas estrafalarias máquinas...

—¡El coche gris! —dijo *Mr. Barnstaple* a *Mr. Burleigh*—. Iba a unas cien yardas delante de usted.

—Nos adelantó en Hounslow —dijo el conductor de *Mr. Burleigh*.

El político se volvió a *Mr. Freddy Mush*.

—Creo que usted dijo que había reconocido a alguien.

—A Lord Barralonga, señor, casi con seguridad, y creo que a *Miss Greta Grey*.

—Iban otros dos hombres —dijo *Mr. Barnstaple*.

—Nos complicarán las cosas —dijo *Mr. Burleigh*.

—Ya las han complicado —dijo Urthred—. Han matado a un hombre.

—¿Un utópico?

—Sí. Esas personas (hay cinco) entraron en Utopía exactamente cuando vuestros vehículos. En vez de detenerse, como hicieron ustedes, al encontrarse en una carretera extraña, siguieron marchando, y al pasar junto a nuestros hombres y mujeres les hacían extraños gestos y abominables ruidos producidos por un instrumento especialmente diseñado para tal menester. Un joven llamado Gold salió a la carretera a preguntarles qué les ocurría. La máquina terrícola es incapaz de parar con rapidez, por no estar movida por un solo sistema motriz, fácilmente controlable, sino por un complicado mecanismo interior; tiene un engranaje dentado en el eje de las ruedas posteriores; aparentemente, el artefacto es susceptible de ser dirigido aunque vaya a prudente velocidad y en algunas ocasiones hace un ruido especial para prevenir a la gente de que van a pasar junto a ellos. Cuando este joven apareció en la carretera la máquina no pudo detenerse. Tal vez esos hombres no lo intentaran siquiera. Es lo cierto que le atropellaron...

—¿Y le mataron?

—Murió instantáneamente. Su cuerpo está destrozado... Pero no se detuvieron por esto, sino un instante. Bajaron del vehículo, tuvieron una acalorada consulta y después, viendo que nuestra gente iba hacia ellos, montaron de nuevo y escaparon. Parecían asustados, temerosos de algún castigo. Para nosotros, los motivos de su huida son muy difíciles de entender. Corrieron sin rumbo fijo por nuestros campos durante horas. Un avión vuela en este momento sobre ellos y otro va delante despejando la carretera, cosa que resulta muy difícil porque nadie de este mundo, ni siquiera los animales, entiende tales vehículos ni semejante comportamiento. Por la tarde consiguieron internarse en las montañas y al parecer les resultaron nuestras carreteras demasiado

lisas y difíciles para sus ruedas, porque la máquina caminaba con evidente esfuerzo desprendiendo un vapor azul con un olor muy desagradable. En una curva, el vehículo patinó y se despistó, cayendo en un torrente tan profundo como dos veces la altura de un hombre.

—¿Y han muerto? —preguntó *Mr. Burleigh*.

—Ni uno.

—¡Oh! —dijo *Mr. Burleigh*—. ¿Qué ocurrió entonces?

—Uno de ellos se ha roto un brazo y otro tiene magullada la cara. Dos hombres y la mujer están sin daño, excepto el susto y el golpe. Cuando nuestra gente llegó a socorrerles los cuatro hombres pusieron las manos sobre la cabeza. Por lo visto, temían que les matasen en el acto y hacían aquel gesto como implorando clemencia.

—¿Qué harán ustedes con ellos?

—Vamos a traerlos aquí. Es mejor que podamos entendernos con todos los terrícolas a la vez. Hasta ahora no tenemos ni idea de lo que podremos hacer con ustedes. Necesitamos aprender y queremos ser amigos, si es posible. Alguien ha sugerido que os devolvamos a vuestro mundo, y eso sería lo mejor que podríamos hacer. Pero todavía nuestros hombres de ciencia no están en condiciones de hacerlo. Arden y Greenlake, cuando hicieron el experimento, creían que ellos encontrarían el espacio vacío en la dimensión F. El hecho de que ustedes estuvieran allí y aparecieran en nuestro universo es la cosa más inesperada que ha ocurrido en Utopía en un millar de años.

CAPÍTULO VII

LORD BARRALONGA SE INCORPORA A LA REUNIÓN

1

La conferencia se suspendió con esta noticia, pero Lord Barralonga y sus acompañantes no llegaron al Parque de la Conferencia hasta muy tarde. Nadie hizo esfuerzos en Utopía para restringir o controlar los movimientos de los terrícolas. *Mr. Burleigh* paseó hasta el lago con *Lady Stella* y el filósofo llamado *Lion*, preguntando y contestando sobre mutuas dudas. El chófer de *Mr. Burleigh* anduvo vagando desconsolado. *Mr. Rupert Catskill* paseó del brazo de *Mr. Mush* como si le diera instrucciones. *Mr. Barnstaple* necesitaba pasear solo para reflexionar sobre los sucesos asombrosos de aquella tarde y acostumbrarse a la maravilla de aquel mundo tan hermoso; más hermoso aun en el crepúsculo, con los árboles sin formas definidas y las líneas de los edificios evaporándose como en una niebla con la luz crepuscular.

La terrena condición de sus compañeros poniendo con su conducta en peligro el pacífico contacto con este mundo le desconsolaba; solo, tal vez hubiera sido él aceptado de otro modo. Aunque no era en Utopía más que un extraño, un intruso, una nota discordante, él la amaba ya apasionadamente y soñaba con ser admitido allí para siempre. Tenía un vago sentimiento de que si él pudiera escapar de sus compañeros, si de alguna manera pudiera quitarse las vestiduras terrenas y desprenderse de todo lo que le señalaba como un terrícola, podría llegar a ser un miembro de Utopía y entonces la angustia de su desamparo desaparecería. Estaba preparado para adaptarse repentinamente a la vida utópica. Sin embargo, durante algún tiempo, la necesidad del padre Amerton de tener cerca alguien que le oyese impidió semejante desprendimiento de las cosas y las ideas terrenas. El sacerdote, pegado a *Mr. Barnstaple*, mantenía un torrente de

cuestiones y comentarios que hacían de aquel mundo una especie de exposición que los dos estuviesen visitando y criticando. Al padre Amerton le preocupaba mucho la amenaza de su expulsión...

—¿Cómo podrían expulsarme a mí...? ¿Cómo me harían ese examen médico...?

—Le ruego me perdone —dijo *Mr. Barnstaple*; cada vez que *Mr. Amerton* empezaba la frase, *Mr. Barnstaple* le decía lo mismo: «Le ruego me perdone».

Quería darle a entender que le estaba interrumpiendo sus meditaciones. Pero siempre que *Mr. Barnstaple* pedía perdón, el clérigo le aconsejaba:

—Usted debería consultar con un buen médico sobre el estado de su oído.

Y seguía con su tema:

—¿Cómo me van a examinar...?

—¡Oh...! Psicoanálisis o algo semejante.

—A esto no hay derecho. Pero sea como fuere ese examen: si me preguntan, si me sugestionan, si me torturan, no me rendiré... Tendrán que soportarme.

—Desde luego, estoy seguro de que les va a resultar muy difícil librarse de usted.

La voz de *Mr. Barnstaple* era triste y tenía un tono evidente de resignación. Charlaron durante algún tiempo, embriagados con la deliciosa fragancia que les llegaba de los arbustos en flor. De vez en cuando *Mr. Barnstaple* intentaba aumentar la distancia entre él y el padre Amerton, pero automáticamente el sacerdote, que estaba

siempre sobre aviso, daba un salto y restablecía el equilibrio.

—Promiscuidad... —dijo el padre—. ¿Qué otra palabra podría usted emplear?

—De verdad... Le ruego que me perdone...

—¿Qué otra palabra puede sustituir a «promiscuidad»? ¿Qué puede uno esperar de gente que anda por el mundo con semejante escasez de ropa, sino que su moral sea la misma que la de una jaula de monos? ¡Han admitido que la institución matrimonial les es desconocida!

—Es un mundo distinto —dijo *Mr. Barnstaple*, irritado—. Completamente distinto.

—La moral es una ley única para todos los mundos.

—Pero... ¿y si hubiese un mundo donde la gente se propagase por arrancamiento de trozos, como algunos árboles, por ejemplo, y no hubiese la necesidad de los dos sexos reproductores?

—Estaría simplificada, pero habría moral.

Mr. Barnstaple empezó a pedir perdón otra vez

—Estaba diciendo que éste es un mundo perdido —dijo el padre.

—Yo no lo veo perdido —dijo *Mr. Barnstaple*.

—Ha olvidado la Salvación.

Mr. Barnstaple se metió las manos en los bolsillos y empezó a silbar la barcarola de *Los cuentos de Hoffman* muy suavemente. ¿Podría el padre Amerton dejarle alguna vez? ¿Podría hacer algo sin que el padre Amerton estuviese a su lado? En los parques de Londres solía haber unas cestas de alambre destinadas a recibir desperdicios, papeles

sucios y puntas de cigarros... ¡Si él pudiera voltear de improviso al padre Amerton dentro de un cacharro parecido!

—La Salvación les ha sido ofrecida —siguió el padre— y ellos la han rechazado. Por eso es por lo que hemos sido enviados aquí: para recordar a este mundo algo que tiene olvidado. Nuestra misión es la del Mesías en el desierto. Tenemos una gloriosa función que cumplir. Hemos sido enviados a este mundo de materialismo y sensualidad...

—¡Oh, señor...! Le ruego que me perdone... —Y guió la barcarola.

—¿Dónde está la Estrella Polar? ¿Qué le ha ocurrido a la Osa Mayor?

Mr. Barnstaple miró hacia arriba dispuesto a encontrarse con extrañas constelaciones, pero, tal como la vida y el tamaño del planeta Utopía, los astros en el cielo seguían un camino paralelo al de la Tierra y la bóveda estrellada ofrecía a los terrícolas figuras familiares. Y así como en el mundo utópico algo dejaba de ser exactamente paralelo a la Tierra, así las constelaciones parecían estar un poco desencajadas. Orión parecía más ancho y con una gran nebulosa desconocida en un extremo; la Osa Mayor estaba achatada y sus mulas parecían caminar hacia un gran vacío en el espacio...

—La Estrella Polar ha desaparecido... ¡Esto es simbólico! —dijo el padre Amerton.

Lo de menos era decir que aquello era simbólico. Es que *Mr.* Barnstaple se dio cuenta de que una tempestad de elocuencia estaba a punto de estallar en el padre Amerton. Aunque hubiese que tomar determinaciones heroicas, había que evitar aquella tormenta.

2

En la Tierra *Mr.* Barnstaple había sido una víctima pasiva de aburridos de todas las especies. Pero el aire libre de Utopía había

refrescado su cabeza y le había hecho capaz de una serie de iniciativas que su excesiva paciencia para con los demás le había tenido restringidas hasta ahora. Ya había soportado bastante al padre Amerton; había que escapar de él como fuese, y se le había ocurrido un medio.

—Padre Amerton —dijo—. Tengo que hacerle una confidencia.

—¡Ah! —exclamó el sacerdote—. ¿Qué es ello...?

—He estado hablando conmigo mismo de una idea que me tortura. Estoy firmemente decidido a asesinarle a usted.

—Si he dicho algo que le moleste...

—No me ha molestado. Es que usted no me deja atender a las cosas maravillosas que nos rodean. Cuando yo digo que no hay Estrella Polar aquí y usted dice que eso es simbólico, yo ya sé por dónde usted va, antes de que me lo explique. Usted es uno de esos espíritus obstinados que creen, a despecho de toda evidencia, que los eternos montes son para toda la vida eternos y que las estrellas fijas son fijas para la eternidad. Es preciso que comprenda que me es imposible simpatizar con todas sus ideas. Nosotros hemos venido a un glorioso mundo que es, comparado con el nuestro, como un arco de cristal fino junto a un pobre papel de estaño... y tiene usted la imprudencia de decir que hemos sido enviados para enseñarles a conocer a Dios...

—A hacerles conocer a Dios —dijo el padre Amerton retrocediendo, aunque rehaciéndose en seguida.

—¡Oh! —exclamó *Mr. Barnstaple* y estuvo un rato sin hablar.

—Escúcheme, amigo mío —dijo el padre, cogiéndole de la manga.

—¡No, por mi vida...! ¡Mire...! Mire allá abajo en la playa del lago;

aquellas figuras son *Mr. Burleigh*, *Mr. Mush* y *Lady Stella*. Ellos le trajeron aquí, pertenecen a su reunión y usted pertenece a la suya. Si no hubieran necesitado su compañía no le habrían traído en su automóvil. Váyase con ellos... No quiero que esté usted conmigo... Le detesto. Ése es su camino. Éste, tras aquel pequeño edificio, será el mío. No me acompañe... o pondré manos en usted y tendrán que venir los utópicos a arrancármelo de las uñas... Perdone mi franqueza, *Mr. Amerton*. Pero aléjese de mí...

Mr. Barnstaple se volvió y, viendo que el padre *Amerton* dudaba todavía en la elección de su camino, dio una carrera y se escapó. Huyó a lo largo de un callejón, por detrás de unos setos, torció a la derecha y después a la izquierda, pasó por un puente que cruzaba sobre una cascada que le arrojó a la cara un fresco rocío, se desconcertó al tropezar con una pareja de amantes que murmuraban en voz baja en 'la oscuridad, corrió en zig-zag por el césped tachonado de flores y finalmente subió casi sin aliento una escalera que conducía a una terraza que miraba hacia el lago y las montañas y aparecía en la penumbra adornada con figuras de animales y hombres talladas en piedra.

—¡Oh, amigas estrellas...! ¡Al fin estoy solo...!

Se sentó en los escalones un rato, con la vista en el paisaje que le rodeaba, saturándose de realidad, sin ningún terrícola que turbase su paz. Él y Utopía estaban cara a cara.

3

No podía llamar a este mundo el mundo de sus sueños, porque nunca se había atrevido a soñar algo tan exactamente hecho a la medida de los deseos y esperanzas de su corazón. Pero, desde luego, este mundo era, o estaba muy cerca de serlo, el que estaba latente bajo los pensamientos y los sueños de miles de hombres y mujeres

desterrados en la Tierra. No era ningún mundo de paz inútil o dorada decadencia, como *Mr. Catskill* quería imaginarlo; era un mundo intensamente militante, conquistador, soberano de la fuerza y la materia, dueño de los espacios y de los misterios de la vida y de la muerte. En el pasado de Utopía, oscurecido por la superficial explotación de políticos como *Burleigh* y *Catskill* y la lucha de obreros y empresarios tan malos como sus colegas terrícolas, el trabajo de los pensadores y maestros había culminado en las fundaciones que sostenían esta serena e intensa actividad. Como estos precursores no encontraron jamás sino una total falta de comprensión en el mundo, sus vidas fueron amargas. Aun con el odio, el estruendo y la angustia de los Días de la Confusión podían haber sido vislumbradas las posibilidades de la Vida. Sobre los más bajos fondos, las puestas de sol hablaban a la imaginación de los hombres, y desde las montañas, a través de los grandes valles, los riscos y las colinas, y por el incierto y terrible esplendor del mar, los hombres debían haber adivinado la magnificencia de su propio Ser. Los pétalos de las flores, la vitalidad de la juventud, la feliz inspiración del pensamiento humano reflejándose en las obras de arte: todo debía haber sido razón para la esperanza, incentivo para el esfuerzo. Y al final... ¡este mundo! *Mr. Barnstaple* levantó sus manos, como si rezara a las estrellas.

—Yo lo he visto —murmuró—. Yo lo he visto.

Pequeñas luces aparecían aquí y allá sobre el gran parque, bajando hacia el lago. Un aeroplano, como una estrella más, evolucionaba a poca altura. Una joven pasó junto a él y se le quedó mirando.

—¿Es usted uno de los terrícolas? —preguntó mientras un rayo de suave luz, que tenía su origen en su brazalete, iluminaba la cara de *Mr. Barnstaple*.

—Hoy vine —dijo él.

—Usted es el hombre que llegó solo, en una pequeña máquina de latón, con bolsas de caucho llenas de aire en las ruedas, muy mohosa por debajo y pintada de amarillo. He estado curioseándola.

—No es un mal automóvil.

—Al principio creí que el sacerdote venía con usted.

—No. No es amigo mío.

—Hubo sacerdotes semejantes en Utopía hace muchísimo tiempo.

—Él pertenece a otro grupo. Aunque para llevarle consigo en un fin de semana, como proyectaban sus amigos, no lo creo compañía muy agradable.

Ella se sentó junto a él.

—Es maravilloso que usted esté aquí, fuera de su mundo. ¿No es una maravilla? Yo supongo que muchas cosas que me parezcan vulgaridades porque he nacido entre ellas le resultarán prodigios.

—Usted es muy joven.

—Tengo once años. Estoy estudiando la historia de... la Edad de la Confusión, y en ella se dice que su mundo está todavía en una edad parecida. Yo estaba vigilando su cara en la Conferencia y comprendí que usted ama nuestro mundo... Por lo menos lo ama más que sus compañeros.

—Yo quisiera vivir aquí todo el resto de mi vida. Pero... ¿es eso posible?

—¿Por qué no iba a ser posible? Sería más fácil que regresar a la Tierra.

—Yo estaría aquí veinte o treinta años a lo máximo y aprendería todas las cosas que estoy deseando aprender desde mi adolescencia.

—Pero ¿no tiene usted trabajo a propósito en su mundo?

Mr. Barnstaple no quiso contestar a esto. Hizo como si no lo hubiera oído. Fue la joven quien rompió el silencio.

—Dicen que cuando los utópicos estábamos sin civilizar, antes que nuestros pensamientos y caracteres estuviesen totalmente maduros, éramos muy semejantes a los hombres y mujeres terrícolas de la Edad de la Confusión. Éramos egoístas; la Vida nos era todavía tan desconocida que nos sentíamos aventureros y románticos. Yo creo que soy todavía egoísta... y aventurera y romántica. Me parece que, a despecho de muchas cosas terribles, habría otras amables en ese pasado... tan semejante a vuestro presente. ¿Qué puede compararse en grandiosidad a un general entrando victorioso en una ciudad conquistada?, ¿o la coronación de un príncipe?; ¿o a un hombre rico capaz de asombrar a la gente con gestos de poder y de bondad?; ¿o a un mártir conducido a la muerte por alguna causa genial mal entendida de las muchedumbres...?

—Esas cosas son más bellas en las historias que en la realidad. ¿Oyó usted a *Mr. Catskill*, el último terrícola que habló?

—Es un romántico.

—Ha vivido demasiado románticamente. Ha peleado en la guerra; ha estado prisionero y ha escapado milagrosamente de la prisión; sus imaginaciones le han llevado a matar a miles de personas en esa guerra. Y ahora veremos otras aventuras románticas del mismo estilo, de ese Lord Barralonga; es muy rico y querrá asombrarnos con su riqueza... tal como usted ha soñado siempre...

—Pero ¿es posible que no estén suficientemente asombrados de lo

que aquí están viendo?

—La leyenda no es la realidad —dijo *Mr. Barnstaple*—. Este hombre forma parte de una muchedumbre de potentados corrompidos, que son un fastidio para ellos mismos y una molestia intolerable para el resto del mundo. Barralonga era un ayudante de fotógrafo y un poco actor, cuando apareció en la Tierra una invención llamada «cinematógrafo». Llegó a ser un gran especulador del nuevo negocio, y unas veces por accidente y otras por poco escrúpulo, estafó a varios inventores. Después organizó una empresa de navegación, y descubrió el sistema de transportar carne congelada a grandes distancias, con lo que hizo de ella un alimento costoso para mucha gente e imposible para bastantes bolsillos; se enriqueció hasta la exageración, porque en nuestro mundo es más fácil enriquecerse acaparando que movilizándolo. Cuando fue bastante rico, algunos de nuestros políticos, a los que había hecho inconfesables servicios, lo ennoblecieron dándole el título de *Loi d.* ¿Comprende usted todo lo que le estoy diciendo? ¿Era su Edad de la Confusión semejante a la nuestra? No es posible que se haya conocido nada tan feo en ningún rincón del universo infinito. Perdóneme si la he desilusionado en sus románticas esperanzas, pero es que yo vengo de allí, de soportar el polvo, el desorden y los ruidos de la indisciplina, crueldades y angustias... Si mi mundo le atrae, tal vez haya todavía ocasión de correr aventuras... ¡Y qué aventuras...! ¿Quién sabe lo que puede ocurrir todavía entre nuestros dos mundos? Pero a usted no le puede gustar aquello; es demasiado sucio, está demasiado enfermo...

Hubo un largo silencio mientras ambos meditaban sobre sus propios pensamientos. A poco habló él otra vez.

—Voy a decirle qué estaba yo pensando cuando usted llegó.

—¿Sí?

—Sí. Su mundo es la realización de un millón de antiguos sueños míos. ¡Es maravilloso...! Pero es una pena que dos de mis más queridos amigos no puedan estar también aquí para ver lo que yo estoy viendo. Uno ha pasado ya al otro lado de todos los universos, ¡ay...!, pero el otro está todavía en mi mundo. Usted es una estudiante, querida niña; en nuestro mundo los estudiosos y los estudiantes son dos cosas distintas. Nosotros tres éramos felices juntos, porque éramos estudiantes y todavía no habíamos caído entre las piedras de un molino de insensibles afanes, y nos rondaba siempre la felicidad porque éramos pobres y frecuentemente estábamos hambrientos. Acostumbrábamos a discutir sobre el desorden de nuestro mundo y cómo podríamos mejorarlo. En nuestra Era de la Confusión esta esperanza era casi exclusiva de los estudiantes pobres.

—Sí... Yo he leído algo de esos sueños estudiantiles, en viejas novelas.

—Los tres convinimos en que la suprema necesidad de nuestros tiempos era la educación y que ése era el más alto servicio al que podríamos dedicarnos. Mis amigos y yo formábamos un pequeño grupo aparte. Editábamos un gran periódico mensual que recogía todo lo más interesante del mundo de la Ciencia, y mi amigo, al servicio de una buena editorial, publicaba libros escolares y organizaba residencias para nuestros universitarios. Era demasiado despreocupado de lo material y los editores se aprovecharon bien de sus trabajos; toda su vida fue un continuo afán por la enseñanza; nunca se tomó ni siquiera un mes de vacaciones. Mientras vivió yo no comprendí en toda su grandeza el trabajo que estaba desarrollando, pero desde que murió he oído a profesores cuyas escuelas inspeccionaba y a escritores que él aconsejaba hablar de la calidad de sus trabajos y de la eficacia de sus métodos. En vidas como la suya está cimentada Utopía; con vidas así nuestro mundo de la Tierra puede todavía construir una Utopía semejante. Pero la vida de este amigo mío terminó bruscamente, de una manera cuyo recuerdo me rompe el corazón. Trabajaba mucho,

demasiado; su sistema nervioso se vino abajo poco a poco, su cerebro flaqueó, entró en una fase de aguda melancolía y... murió. En él se vio con claridad que la vieja Naturaleza no conoce la justicia ni la lástima. Esto ocurrió hace unas cuantas semanas. Su esposa, que había sido su incansable auxiliar, acompañada de nosotros, estaba en la cabecera de duelo en los funerales. Yo no sé qué hacen ustedes aquí con los muertos, pero en la Tierra nosotros los enterramos, es decir, los ponemos en un hoyo en el suelo.

—Nosotros los quemamos.

—Nuestro amigo también fue quemado; nosotros tomamos parte en un funeral, de acuerdo con el rito de nuestra antigua religión, y vimos luego entristecidos cómo su féretro, cubierto con ramos de flores, se deslizaba por delante de nuestras lágrimas a través de la puerta del horno crematorio; yo vi a mi otro viejo amigo sollozando, y yo lloré en silencio, de pensar que una vida así pudiera terminar tan miserablemente, tan rodeada de ingratitud. El sacerdote había estado leyendo un largo discurso de un teólogo llamado Pablo. Yo habría querido que en vez de las ideas de este antiguo predicador hubiésemos podido leer una apología de la nobleza personal de nuestro amigo muerto, de la intensidad de su trabajo y de su menosprecio de las cosas materiales y groseras. Toda su vida había luchado por conseguir un mundo como éste. ¡Si yo pudiera tenerle aquí ahora... con ese otro querido amigo que tanto le quería!... ¡si yo pudiera tenerles a ambos aquí! ¡Si yo pudiera darles mi sitio para que pudieran ver, como yo veo, la grandeza de sus vidas reflejada en estas vidas tan parecidas a las de ellos... entonces podría regocijarme en Utopía de corazón! Pero yo estoy ahora como si hubiese tomado, para gastármelos, los ahorros de mi viejo amigo.

Mr. Barnstaple recordó la juventud de la muchacha.

—Perdóneme, querida niña.

Su voz era amable y la contestación de la joven fue inclinarse y besarle las manos con sus suaves labios, para levantarse después de un salto, con una agilidad llena de emociones juveniles.

—Mire aquella luz en medio de las estrellas.

Mr. Barnstaple se levantó también.

—Ése es el aeroplano que trae a Lord Barralonga y a sus amigos; Lord Barralonga, que mató hoy a un hombre... Debe ser un hombre gigantesco, fuerte, terrible y maravilloso.

Mr. Barnstaple le advirtió con una sonrisa:

—Nunca le he visto, pero creo que es un jovencito calvo, de poca estatura, que padece del hígado y de los riñones. Esto le ha impedido dedicarse a los deportes y le ha obligado a comprarse el título de nobleza para acallar de alguna manera su imaginación. Venga conmigo y véalo por sí misma.

La muchacha permaneció en pie y se encontraron las miradas de ambos. Aunque ella tenía once años era tan alta como él.

—Pero no eran ciertas las historias de amor de vuestro pasado —dijo ella desilusionada.

—Sólo en los corazones de los jóvenes.

4

La llegada de Lord Barralonga y sus amigos estropeó el clima maravilloso en que vivía *Mr. Barnstaple*. Los dos grupos de terrícolas fueron reunidos en un salón bien iluminado, cerca del prado donde el aeroplano había descendido. Los recién llegados venían juntos y muy fatigados. Era evidente que les consolaba encontrarse con otros terrícolas, puesto que como no habían asistido a la Conferencia

famosa, todo el mundo que les rodeaba les resultaba aún un acertijo incomprensible. De Lord Barralonga era la cara de demonio que había mirado a *Mr. Barnstaple* cuando el coche gris le había adelantado en la carretera de Maidenhead. Su cráneo era tan achatado, que recordaba el tapón de una botella. Miraba con visible cansancio, estaba muy despeinado como si acabara de tener una pelea, y traía un brazo en cabestrillo; sus pequeños ojos castaños estaban tan asustados como los de un granujilla en manos de la policía.

Muy junto a él, como un espíritu familiar, estaba un hombre pequeño, una especie de *jockey*, al que llamaba Ridley, cuya cara también indicaba que acababa de salir de una difícil situación; sus mejillas y su oreja izquierda habían resultado heridas en el vuelco del automóvil y venían vendadas. *Miss Greeta Grey* era una hermosa mujer rubia, con un traje sastre blanco; aunque estaba intranquila, se adivinaba que no se había dado cuenta perfecta de que aquello era un mundo extraño a la Tierra. Las otras dos personas eran: un sujeto vestido de gris y con cara de americano vulgar, quien según dijo *Mr. Mush* a *Mr. Barnstaple*, era Hunker, el rey del cinema; y un francés elegantemente vestido, que más bien parecía haber caído por casualidad en la reunión de Lord Barralonga, que haber pertenecido a ella por derecho propio.

Mr. Barnstaple llegó a la conclusión, y nada ocurrió después para hacerle cambiar de opinión, de que algún interesado en el cinematógrafo había acogido a este caballero a la hospitalidad de Lord Barralonga y le había cazado con la facilidad que a un extranjero se le hace picar ofreciéndole tomar parte en un fin de semana inglés. Como Lord Barralonga y *Mr. Hunker* se dirigieron a saludar a *Mr. Burleigh* y a *Mr. Catskill*, el francés se dirigió a *Mr. Barnstaple*, preguntándole si hablaba su idioma:

—No puedo comprenderlo —dijo—. Nosotros íbamos a Wiltshire... y nos ha sucedido algo horrible. ¿Qué es esto, dónde estamos, a qué

hemos venido y qué clase de gente son estas personas que hablan tan excelente francés...? ¿Es esto una broma de Lord Barralonga, un sueño, o qué es en definitiva?

Mr. Barnstaple intentó explicárselo.

—¡Otra dimensión! —dijo el francés—. ¡Otro mundo! Eso me parece muy bien. Pero debo atender mis negocios en Londres. Yo no tengo ninguna necesidad de pertenecer en esta especie de Francia de ultratumba. Esto es una broma demasiado pesada.

Mr. Barnstaple intentó ampliar su explicación. Estaba claro, por la cara de confusión de su interlocutor, que las frases que él usaba eran muy oscuras. Se volvió desalentado a *Lady Stella* y la encontró dispuesta a continuar su tarea.

—Esta señorita —dijo— intentará aclararle algo... *Lady Stella*, éste es *Monsieur*...

—Emile Dupont —dijo el francés haciendo una reverencia—. Soy lo que ustedes llaman un periodista o publicista, y estoy interesado en el cinematógrafo desde el punto de vista de la educación y la propaganda. Ésa es la razón de que esté aquí con Lord Barralonga.

La conversación entre *Lady Stella* y el francés estuvo llena de cumplimientos. *Mr. Dupont* sólo la interrumpió para decir a *Miss Greta Grey* lo agradable que le resultaría haber encontrado otra mujer en tan extraño mundo.

Liberado de *Mr. Dupont*, *Mr. Barnstaple* se volvió y observó al pequeño grupo de terrícolas en el centro del salón y rodeados de gigantescos guardianes utópicos. *Mr. Burleigh* saludaba desde lejos a Lord Barralonga y *Mr. Hunker* decía que era un gran placer para él encontrarse «con el más famoso político británico». *Mr. Catskill* estaba muy amistoso con Barralonga; se conocían bien. El padre Amerton

cambiaba impresiones con *Mr. Mush*. Ridley y Perk se habían ido aparte a discutir en voz baja las cualidades técnicas de las experiencias de aquel día. Nadie prestaba atención a *Mr. Barnstaple*. Aquello parecía un grupo de desocupados que esperase en una estación de ferrocarril la llegada de un tren; o la antesala de una recepción; todo muy vulgar y muy aburrido. Él estaba ya saturado de maravillas.

—Me voy a la cama... —dijo bostezando.

Bajo la mirada amistosa de los utópicos salió a hundirse en la calma de la noche estrellada. Saludó a la extraña nebulosa de la esquina de Orión, como un abuelo podría saludar a un nieto inesperado. A través de los jardines llegó a su alojamiento. Se desnudó, se metió en la cama y se durmió tan pronto y tan profundamente como un niño cansado.

CAPÍTULO VIII

AMANECER EN UTOPIA

1

Mr. Barnstaple despertó poco a poco de su profundo sueño. Tenía la vaga sensación de que algo delicioso y maravilloso ocurría a su alrededor, y quiso conservar aquella dulce impresión resistiéndose a abrir los ojos. El sueño versaba sobre un mundo de gentes muy hermosas, que se habían liberado de miles de inquietudes terrenas. No era frecuente en aquellos días que soñara *Mr.* Barnstaple. Quería aprovechar al máximo su sueño de hoy y permaneció con los ojos cerrados, sin ganas de enfrentarse con la lucha de cada día. Los trabajos y preocupaciones de la última quincena fueron pasando uno a uno por su memoria. ¿Sería él capaz de disfrutar alguna vez de unas vacaciones sin compañía, absolutamente solo? Entonces recordó que ya tenía hecha la maleta y colocada en *el peligro amarillo*. Pero le parecía que eso no fue la noche última, sino la penúltima, y que él había salido ya de viaje... Se movió alguna cosa detrás de la puerta... Sospechó algo... Abrió los ojos y los fijó en un techo blanco, intentando recordar sus aventuras del día anterior. Una cosa tras otra fue recordando su paso por la Camberwell New Road, el alborozo de la mañana, Vauxhall Bridge y el tráfico de Hyde Park Corner. Siempre había mantenido que el oeste de Londres era más difícil para los chóferes que el este. Entonces..., ¿había ido él a Uxbridge? No. Recordó la carretera a Slough..., y luego todo estaba vacío en su memoria.

¡Qué buen techo era éste! ¡Ni una grieta, ni una mancha! ¿Pero cómo había empleado él el resto del día? Debía haber llegado a alguna parte, porque no cabía duda de que estaba acostado en un lecho muy confortable..., ¡un excelente lecho! Oyó cantar a un zorzal. Siempre había discutido que un buen zorzal podía vencer a un ruiseñor, pero éste que cantaba era extraordinario: un verdadero Caruso. ¡Y otro le

contestaba! ¡En julio! Panfboume y Caversham eran maravillosos sitios para oír ruiseñores, pero en junio, y no en julio..., y zorzales. Luego, borrosamente, recordó la figura de *Mr. Rupert Catskill*, con las manos en las caderas, hablando, diciendo cosas asombrosas; a una desnuda figura con cara de gran interés en lo que el inglés decía; y a otras figuras; una, muy parecido a la *Sibila de Delfos*. *Mr. Barnstaple* empezó a recordar que él se había mezclado con una reunión que iba a un fin de semana en Taplow Court. ¿Entonces este discurso se había pronunciado en Taplow Court...? Pero en Taplow Court se usaban vestidos, y el auditorio aquel estaba desnudo. ¿Quizá la aristocracia en privado...? De pronto lo recordó todo: ¡Utopía! ¿Pero era posible? Se sentó en la cama, en un estado de extremo estupor.

—Imposible —dijo.

Estaba acostado en una pequeña sala, casi descubierta, al aire libre. Entre los delgados pilares de cristal vio un horizonte de montañas nevadas, y al fondo, un macizo de flores rojas. El pájaro estaba todavía cantando... Un delicioso zorzal, en un delicioso mundo. Ya recordaba algo; ya empezaba todo a estar claro. El repentino patinazo del coche, aquella especie de zumbido de la cuerda de un violín, y... Utopía. Ya lo tenía todo, desde la visión de la dulce Greenlake muerta hasta la llegada de Lord Barralonga descendiendo de las estrellas. No era un sueño. Miró sus manos sobre las sábanas exquisitamente finas. Sintió la aspereza de la barba. Era un mundo lo bastante real para afeitarse... y para desayunar. Como en contestación a sus pensamientos, una señorita de bella sonrisa apareció en su dormitorio con una pequeña bandeja. Después de todo había mucho que agradecer a *Mr. Burleigh*; a su cortesía y diplomacia debía *Mr. Barnstaple* su desayuno de hoy.

—Buenos días —dijo *Mr. Barnstaple*.

—¿Por qué no? —dijo la joven utópica, que después de ponerle el té por delante sonrió de manera maternal y se fue.

—¿Por qué no habían de ser buenos días...? Desde luego... —dijo *Mr. Barnstaple*, y meditó un momento, para poner después toda su atención en el té y en el pan con mantequilla.

2

El pequeño armario donde encontró sus ropas, colocadas exactamente igual que él las había dejado la noche anterior, estaba lleno de interés para *Mr. Barnstaple*, quien lo curioseó todo tarareando una cancioncilla popular. El baño era menos profundo que los de la Tierra. Las formas de cada cosa eran diferentes, más sencillas y más graciosas. En la Tierra el arte era un reflejo del ingenio; los artistas tenían limitaciones en los materiales a emplear y su trabajo representaba una lucha inteligente entre la insensibilidad de la materia y los prejuicios estéticos de la mente humana. Por ejemplo, el carpintero terrícola valoraba sus obras por la calidad de sus maderas, tanto o más que por la calidad de su trabajo.

Pero aquí el artista tenía un ilimitado control de la materia, y aquel elemento de ingeniosa adaptación había desaparecido de su obra artística. Sus elementos de juicio eran la inteligencia y el cuerpo humanos. En este pequeño cuartito nada era inoportuno ni era inútil: todo resultaba conveniente y necesario, y, además, difícil de estropear. Si usted chapoteaba demasiado en el lavabo, un aparato especial y automático lo limpiaba todo hasta dejarlo como nuevo. En una bandeja para el baño estaba una esponja grande y fina, lo que hizo pensar a *Mr. Barnstaple* que los utópicos todavía buscaban en el fondo del mar, a menos que las cultivaran o amaestrasen, las esponjas para su aseo personal.

Cuando sacó las cosas de su tocador derribó de un estante un vaso de cristal, que no se rompió. En un experimento caprichoso lo tiró otra vez, y tampoco sufrió daño. Al principio no podía encontrar los grifos, aunque había un lavabo tan grande como un baño. Luego advirtió en la

pared una serie de botones con señales negras, que podían ser escritura utópica. Probó a tocar en ellos, y encontró agua caliente y fría, agua jabonosa y vapor de agua perfumado. Los caracteres utópicos en aquellos botones le hicieron meditar; eran las primeras escrituras que veía en aquel mundo; parecían palabras o jeroglíficos muy simplificados, cuyo significado no podía imaginar siquiera. Advirtió que todos los objetos metálicos eran de oro; había una extraordinaria cantidad de oro en la habitación; todo estaba incrustado en oro; anchas franjas amarillas decoraban las paredes. Sin duda el oro estaba barato en Utopía, o tal vez lo hicieran ya de manera artificial.

Empezó a preocuparse con los asuntos de su tocado. No había espejos en la habitación, pero cuando tanteaba en lo que creía el pestillo de la puerta del ropero, se encontró de repente con un triple espejo, aunque a lo ancho y no de arriba a abajo como los de la Tierra. Después supo que no había espejos de cuerpo entero en Utopía, porque los utópicos creían una indecencia solazarse con la visión de sus cuerpos desnudos. El utópico se examinaba por la mañana, veía que estaba sano y después se olvidaba de él por todo el resto del día. *Mr. Barnstaple*, en pijama y sin afeitarse, no se encontró muy favorecido. Cuando desenvolvió sus cepillos de uñas y dientes, brocha de afeitarse y guante de baño le pareció que todo ello era burdo y grotesco. Su cepillo de dientes era bastante viejo, y ahora lamentaba no haber comprado uno nuevo en la farmacia cercana a la Estación Victoria. ¡Y qué sucias y estafalarias eran sus ropas! Tuvo la fantástica idea de adoptar el traje utópico, pero un momento de reflexión ante el espejo le hizo desistir. Recordó que tenía en la maleta una camisa deportiva de seda, que usaba para jugar al tenis. Podía usarla sin cuello y sin corbata... y andar descalzo. Examinó sus pies: eran vulgares, y en la Tierra habían sido maltratados sin necesidad con cincuenta años de calzados durísimos...

Un *Mr. Barnstaple* limpio y radiante, vestido de blanco, descalzo y sin cuello, saludó a la salida del Sol en Utopía. Sonrió, estiró los brazos y llenó sus pulmones de aire fresco. De repente su cara cambió de color. En la puerta de otro alojamiento que no estaba ni a doscientas yardas apareció el padre Amerton. Instintivamente, *Mr. Barnstaple* comprendió que uno y otro querían perdonar y ser perdonados por la riña de la noche anterior. Le pareció oportuno adoptar el papel de víctima. Un poco a la derecha de *Mr. Barnstaple* había una ancha escalera que conducía hasta el lago. En tres zancadas se puso en ella y empezó a saltar los escalones de dos en dos. Tal vez fuese su fantasía, pero le pareció oír la voz del padre Amerton:

—*Mr. Barn... staple...*

Corrió cuanto pudo, y por un hermoso puente atravesó un canal. La luz del sol pasaba por los cristalinos pilares del puente y salpicaba el agua del lago de luces azules, rojas y amarillas. A duras penas pudo evitar un encontronazo con *Mr. Catskill*, que estaba con el mismo traje de siempre, pero sin su famoso sombrero gris. Paseaba con las manos cruzadas atrás.

—¡Hola! —dijo—. ¿Por qué esa prisa? Parece que somos los primeros que nos hemos levantado.

—Yo he visto ya al padre Amerton...

—¿Temió usted que le hiciera acompañarle en sus rezos? Ya rezará él por todos, que buena falta nos hace... Al menos a mí.

No esperó contestación de *Mr. Barnstaple* y siguió paseando.

—¿Ha dormido usted bien? ¿Qué piensa del viejo que contestó a mi discurso?

—¿A qué viejo se refiere usted?

—Al caballero que habló después de mí.

—¡Urthred! ¡Pero si tiene cuarenta años!

—Tiene setenta y tres. Nos lo dijo después. Esta gente vive muchos años. Nuestra vida es una especie de relámpago para ellos. Pero, como dijo Tennyson: «mejor es medio siglo en Europa que un siglo en Catay». Él eludió los puntos de mi controversia... ¿Sabe lo que pienso? Que esto es el país de la calma, y sería una ingratitud, por nuestra parte, alterar esta hermosa paz... que sueñan.

—Yo no creo que esta paz sea un sueño.

—Quizás el microbio del socialismo le haya atacado demasiado a usted. Sí..., ¡ya veo que es eso! Creo que todo esto que aquí vemos es la más completa demostración de decadencia que sería posible imaginar. Absoluta decadencia.

—Pero yo no veo la decadencia por ninguna parte.

—Nadie es tan ciego como quien no quiere ver. Eso ocurre en todas partes. Sus colores seudosaludables; su aspecto de animales cebados; su no saber qué hacer con Barralonga, sin atreverse a arrestarlo porque hace un millón de años que no arrestan a nadie. Corre con sus amigos a través de sus tierras matando y asustando y estorbando y no saben aplicarles un castigo adecuado. Parecían lobos corriendo a sus anchas por un mundo de ovejas; si no hubiesen encontrado un sitio por donde despeñarse, aún estarían resoplando por las carreteras y matando gente infeliz. Estos utópicos han perdido el instinto de la defensa social.

—No deja de ser asombroso.

—Si consientes en algo, hazlo con moderación..., dice un proverbio. Usted verá cómo yo estoy en lo cierto. ¡Ah! Allí en aquella terraza veo a

Lord Barralonga y a su amigo el francés respirando el aire de la mañana. Pienso, con su permiso, ir a charlar un rato con ellos. ¿Dónde dice usted que estaba el padre Amerton? No quisiera perturbar sus devociones. ¿Por aquí? Entonces yo me iré por allí...

Antes de marcharse dio una palmada amistosa en el hombro de *Mr. Barnstaple*.

4

Mr. Barnstaple se acercó a dos jardineros utópicos. Tenían dos carretillas plateadas y estaban cortando bellas rosas rojas. Llevaban grandes manoplas de cuero, delantales de piel curtida, ganchos y cuchillos. Él no había visto jamás de cerca rosas semejantes; su fragancia perfumaba el aire. No sabía que tales rosas dobles pudieran conseguirse en las montañas; rosas brillantes sólo las había visto en la alta Suiza, pero no eran tan hermosas. Los utópicos iban recortándoles las hojas; las ramas eran espinosas, y se encaramaban como culebrillas rojas a las rocas sobre las que crecían y vivían los rosales. Los grandes pétalos caían como roja nieve y las oscuras piedras de la montaña parecían cubiertas de una lluvia de sangre.

—Ustedes son los primeros utópicos que he visto trabajar.

—Esto no es nuestro trabajo —dijo sonriendo uno de ellos, joven y rubio, y con los ojos azules—. Pero como estas rosas son para nosotros, tenemos que cuidarlas.

—¿Son vuestras las rosas?

—Mucha gente cree que en esta montaña no pueden vivir las rosas dobles, y piensan que sólo una especie de rosas pueden cultivarse en estas alturas y que éstas que ustedes ven aquí morirán sin remedio. Queremos demostrar lo contrario. ¿Qué opina usted de nuestras rosas?

—Que son maravillosas.

—¡Bien! Nosotros nos hemos comprometido a cultivar estos rosales hasta lograr que alcancen la orilla del lago. Todo esto será un inmenso rosal.

—¿Y tienen ustedes que cultivarlas y cuidar de ellas por sí mismos?

—¿Quién, si no?

—¿Pero no pueden ustedes contratar a alguien..., pagar a una persona que lo haga por ustedes?

—¡Oh! Curiosa reliquia de los tiempos pasados. Fósil ignorancia de un bárbaro universo. ¿No se ha dado usted cuenta de que no hay clase trabajadora en Utopía? Desapareció hace mil quinientos años, o más. La esclavitud asalariada, y todo lo que la mantenía, ha terminado. Algo de esto se lee en nuestros libros antiguos. Ahora, quien ama la rosa debe cultivarla.

—Pero usted trabaja.

—No a sueldo. No porque alguien demasiado perezoso para hacerlo me pague por mi trabajo. Trabajamos por propia voluntad.

—¿Puedo preguntarles en qué?

—Yo investigo el corazón de mi planeta... Estudio reacciones químicas. Y mi amigo...

La cara del segundo utópico apareció detrás de un macizo de rosas.

—Yo hago alimentos.

—¿Un cocinero?

—Parecido. Ahora me ocupo de vuestras comidas. Son muy

interesantes y curiosas, pero yo creo que perjudiciales para la salud. Me encargo de planear vuestros menús.

Miró un pequeño reloj de pulsera bajo la manopla de jardinero.

—Estará todo listo en una hora. ¿Cómo estaba el té de esta mañana?

—Excelente —dijo con sinceridad *Mr. Barnstaple*.

—¡Me alegro! Hice lo que pude. Espero que el almuerzo sea también de su agrado. He volado doscientos kilómetros para traer un cerdo; yo mismo lo maté, lo despedacé y he descubierto cómo curarlo. El comer cerdo había desaparecido ya de nuestras costumbres. Espero que encuentre usted sabrosas mis lonchas de jamón.

—Parece muy pronto., para que esté curado el jamón. Nosotros no podríamos hacerlo en tan corto tiempo.

—Vuestro predicador me hizo algunas aclaraciones sobre esto.

El joven rubio tomó su carretilla y avanzó por el camino, seguido por su compañero. Cuando pasaron junto a él, *Mr. Barnstaple* les saludó amistosamente:

—Buenos días.

—¿Por qué no iban a ser buenos? —preguntaron los utópicos admirados.

5

Vio a Ridley y a Perk que se aproximaban. La cara de Ridley estaba todavía llena de arañazos, pero su aspecto era de buen humor. Perk seguía un poco detrás de él, con las manos en la cara. Ambos iban con sus trajes profesionales ordinarios, cubiertos con gorras blancas, abrigo de cuero y negras polainas; no habían hecho concesiones a la

moda utópica. Ridley empezó a hablar tan pronto como le pareció que *Mr. Barnstaple* podía oírle.

—¿No sabe usted dónde han podido esconder nuestro automóvil?

—Yo creí que el coche se había destrozado al despeñarse.

—Ni mucho menos... Tal vez el parabrisas y los guardabarros hayan sufrido algún daño, pero nada más. Necesito encontrar el auto para quitarle gasolina. El carburador está un poco estropeado, por culpa mía, desde luego, que no he tenido bastante cuidado con el filtro. Si se derrama la que tiene, ¿dónde puede uno conseguir más gasolina en este paraíso? No he visto surtidores en ninguna parte. Y sin combustible, ¿cómo me presento yo a Lord Barralonga?

Mr. Barnstaple no tenía idea del paradero del coche.

—¿No tiene usted un coche de su propiedad? —preguntó Ridley con tono de reproche.

—Lo tengo. Pero no le he dedicado ni un recuerdo desde que salí de él.

—¡Conductor y propietario! —suspiró Ridley amargamente.

—Desde luego, yo no puedo ayudarles a encontrar el auto. ¿Han preguntado a los utópicos?

—No. No nos gustan sus modales —dijo Ridley.

—Está usted en su derecho.

—Nos vigilan... Ellos no han visto jamás un «Rolls-Royce» como el nuestro y nos lo envidian. A mí no me gusta este sitio, ni me gusta esta gente; son poco decentes. Su Señoría dice que son una manada de degenerados, y creo que lo que dice Su Señoría es cierto. Yo no soy un

puritano, pero esto de andar desnudos es demasiado fuerte para mí. Yo lo que quiero es saber dónde han puesto mi automóvil.

Mr. Barnstaple estaba observando a Perk.

—¿Tiene usted herida la cara?

—No.

Ridley miró a Perk y después a *Mr. Barnstaple*.

—Sólo tiene una pequeña contusión —recalcó con una débil sonrisa.

—Vamos a buscar el coche —dijo Perk.

Ridley hizo una mueca de burla.

—Tropezó con algo.

—¡Oh..., no lo diga! —dijo Perk angustiado.

Pero ya no tenía remedio.

—Una de estas señoritas...

—¿Qué quiere usted decir? —dijo *Mr. Barnstaple*—. ¿Se ha tomado usted libertades?

Ridley sonrió y guiñó a *Mr. Barnstaple*.

—Menudo vendaje le puso ella. Bien le golpeó. Le puso las manos en los hombros y... ¡pum!, al suelo. Nunca vi nada semejante.

—Pobre muchacho —dijo *Mr. Barnstaple*.

—Todo ocurrió en cosa de un segundo.

—Es una lástima que haya sucedido.

—Yo no sé lo que pudo provocarla —dijo Perk—. Ella vino a mi habitación recién levantada, y no estaba lo que podríamos llamar vestida, ni mucho menos; como miraba un poco desvergonzada, a mi modo de pensar..., se me ocurrió decirle algo..., nada, un piropo... ¿Puede tener uno un permanente control sobre su pensamiento? Un hombre es un hombre. Si un hombre debe ser moderado en sus íntimos pensamientos junto a señoritas así, sin un mal cinturón... Yo no soy capaz..., lo reconozco. Eso es contra la Naturaleza. Pero desde luego yo no le dije ni la mitad de lo que estaba pensando. No había hecho sino abrir los labios cuando ella me golpeó. Hizo conmigo... como quien juega a los bolos. Fue la sorpresa la que me derrotó.

—Pero Ridley dice que usted intentó tocarla.

—Quizá puse mi mano en su hombro en una especie de saludo fraternal...

Perk hizo un gesto elocuente. *Mr. Barnstaple* consideró:

—No me cansaré de repetir que debemos tener mucho cuidado con estos utópicos. Sus modos no son nuestros modos.

—¡Gracias a Dios! —dijo Ridley—. Lo que más me gustaría ahora mismo sería abandonar este mundo y regresar a la vieja Inglaterra. Usted oiría a Su Señoría cuando dijo que éste es un mundo de degenerados. ¿Eh?, ¿qué dice usted a eso?

—Los brazos de las mujeres jóvenes no parecen estar muy degenerados —dijo *Mr. Barnstaple* con ironía.

—¿Qué tiene que ver? —dijo Ridley amargamente—. Si hay un signo seguro de la degeneración de una raza, es que las mujeres empiecen a golpear a los hombres. Eso va contra el instinto. En un mundo respetable y decente estas cosas no sucederían. ¡Ni pensarlo!

—No... No... —dijo Perk como un eco.

—En nuestro mundo esta señorita habría recibido una buena lección.

Mr. Barnstaple había descubierto de pronto al padre Amerton que se acercaba muy rápidamente a campo traviesa, y no titubeó en la conducta a seguir:

—Ahí viene alguien que tendrá mucho gusto en ayudarles a encontrar el coche. Es un hombre muy servicial... El padre Amerton. Además, su punto de vista sobre las mujeres es el mismo punto de vista que usted tiene. Si quiere detenerle y exponerle su caso llana y sinceramente...

Se alejó con paso rápido hacia el lago. No podía estar lejos la pequeña casita de veraneo junto al muelle donde estaban atracados los bellos barquitos de mil colores. Si pudiera conseguir uno de ellos y adentrarse en el lago escaparía del padre Amerton, aunque el buen clérigo era capaz de perseguirle a nado...

6

Apenas *Mr. Barnstaple* soltó las amarras de la canoa que había elegido —blanca, con un gran ojo azul pintado en la proa—, *Lady Stella* apareció en escena. Salía del pabellón, y algo en sus movimientos sugería la idea de que había estado escondida allí. Gritó:

—¿Va usted a remar en el lago, *Mr. Barnstaple*? ¿Puedo acompañarle?

Estaba vestida en un comprometido término medio, entre el estilo terrícola y el utópico. Llevaba puesto algo que lo mismo podía ser un vestido de tarde muy ligerito que un traje de baño; tenía los brazos descubiertos, con un brazalete de ámbar por todo adorno, y en los pies, pequeños y bien formados, llevada sandalias; la cabeza al aire, y

el pelo sujeto con una cinta negra y dorada. *Mr. Barnstaple* era un ignorante en trajes femeninos, pero comprendió que la dama había andado lista en comprender las modas de Utopía. La ayudó a saltar dentro de la canoa.

—Podríamos remar por derecho... hasta muy lejos —dijo ella mientras se sentaba.

Mr. Barnstaple remó un buen trecho sin que nada le estorbara la visión maravillosa de la luz del sol en el agua y en el cielo, los montes que cerraban el horizonte al lado allá de la gran llanura, los enormes pilares del dique lejano y *Lady Stella*, que afectaba estar admirando las bellezas del Parque de la Conferencia; advirtió que ella no estaba admirando el paisaje, sino buscando a alguien. La dama hizo esfuerzos para entablar una conversación, recurriendo a los viejos temas de lo amable de la mañana o el canto de los pájaros... en julio.

—Pero aquí no es julio precisamente...

—¡Tonta de mí! Por supuesto.

—Más bien parece que estemos en mayo.

—Debe ser muy temprano. He olvidado mi reloj —dijo ella cambiando de conversación.

—Sí. Mi reloj tiene las siete.

—No... —dijo ella, como si hablara consigo misma, con la mirada fija en los lejanos jardines—. Aquello es una muchacha utópica. ¿Ha encontrado usted a alguien más de nuestra reunión esta mañana?

Mr. Barnstaple acercó la canoa a la playa para que ella pudiera ver bien las altas terrazas y los canales y los muros proyectados sobre la masa montañosa que tenían detrás. Extrañas enredaderas colgaban de

los altos pinares; los torrentes bajaban desde los picos nevados y eran recogidos y distribuidos por las verdes colinas y jardines del Parque de la Conferencia. Aquellas terrazas retenían las corrientes y cooperaban en el mecanismo general del riego; estaban construidas de una materia cuyo color iba desde un rojo fuerte hasta un rosa suave; se comunicaban por grandes arcos sobre torrentes y canales, y de ellas partían grandes chorros de agua, como ríos, y numerosas cascadas. Los edificios estaban distribuidos sobre estas terrazas y sobre las laderas, solos o en grupos, de color púrpura, azul o blancos, tan luminosos y delicados como las flores de las montañas. *Mr. Barnstaple* contempló el paisaje en silencio y luego contestó a la pregunta de *Lady Stella*:

—Me encontré a *Mr. Rupert Catskill* y a los dos chóferes, y vi al padre *Amerton*, a *Lord Barralunga* y a *Mr. Dupont* desde lejos. No he visto a *Mr. Mush* ni a *Mr. Burleigh*. *Mr. Cecil* no se había levantado todavía; se quedará en la cama hasta las diez o las once. Siempre se levanta tarde cuando tiene por delante la perspectiva de un esfuerzo mental.

Lady Stella titubeó antes de decir:

—Supongo que no ha visto usted a *Miss Greta Grey*.

—No. No la he visto. He procurado evitar todo encuentro con personas conocidas o desconocidas, porque temía encontrarme al padre *Amerton*.

—El censor de las costumbres, de las modas y de los vestidos.

—Sí... Por huir de él tomé esta canoa.

Ella reflexionó y se decidió, por fin, a hacer una confidencia:

—Yo también huía de alguien.

—¿Del predicador?

—¡De *Miss Grey*!

Lady Stella quiso cambiar de conversación:

—Va a resultar muy difícil permanecer en este mundo. Esta gente tiene un gusto muy delicado. Podríamos ofenderles fácilmente.

—Ellos son bastante inteligentes para comprendernos.

—¿Y porque nos comprenden nos van a perdonar? Siempre he dudado de ese proverbio.

Mr. Barnstaple no tenía ganas de seguir charlando. Pero *Lady Stella* sí:

—¿Recuerda usted un escándalo que dio *Miss Grey*..?

—Creo recordar algo de eso. Hubo un alboroto en los periódicos.

(Tres largos golpes de remo).

—Esta mañana ha venido a decirme que ella ha decidido usar el traje utópico.

—¿Qué se entiende por traje utópico?

—Un poco de carmín en los labios y algo de polvos en la cara. He ahí todo el traje. Eso es una indecencia, porque al andar por los jardines puede encontrarse con alguien... Menos mal que *Mr. Cecil* no se ha levantado todavía. ¡Si se encuentra el padre *Amerton* con ella...! Pero es mejor no pensarlo. Usted ve, *Mr. Barnstaple*, estos utópicos tostados por el sol... no me desconciertan. Pero *Miss Grey*..., una terrícola civilizada desprendiéndose de sus ropas y ofreciéndose desnuda a la vista de todos, como una especie de fantasma

blanqueado. Cuando Lychnis, aquella mujer tan bonita que parecía revolotear a nuestro alrededor, me explicó su manera de... vestir, no se me ocurrió nada de esto... Pero yo no conozco a *Miss Grey* lo bastante para hablarle, y además, nunca se sabe cómo va a tomar las cosas una mujer de esta clase.

Mr. Barnstaple remó en silencio, y al cabo dijo:

—Lychnis tendrá cuidado de ella.

—Así sea. Quizá si nos fuéramos de aquí un momento...

—Ella está viéndonos desde algún sitio. Pero de momento interesa más que pensemos que nuestra reunión estará inquieta por nosotros, y no estaría bien que tuviesen que venir a buscarnos.

—Lleva usted razón —dijo *Lady Stella* como un eco.

Era evidente que le quedaba algo por decir. *Mr. Barnstaple* remaba muy despacio.

—Señor... —empezó ella.

El remar se hizo más lento.

—Señor... ¿está usted asustado?

Mr. Barnstaple se examinó la conciencia:

—Estoy demasiado maravillado para asustarme —contestó.

Lady Stella se decidió a confesar:

—Yo estoy muy asustada. No lo estaba al principio porque todo parecía tan fácil. Pero anoche desperté aterrorizada...

Habló confidencialmente, vigilando el efecto de sus palabras en *Mr.*

Barnstaple.

—Creí al principio que estos utópicos eran seres humanos como usted y como yo, aunque más hermosos, más saludables, más artistas y más inocentes. Pero no lo son, *Mr.* Barnstaple. Hay algo duro y complicado en ellos, que va más allá de nuestro entendimiento y que no comprenderemos nunca. No se preocupan de nosotros; nos miran con indiferencia. *Lychnis* es amable, pero los demás, por regla general, son lo menos amable que se puede ser. Se ve que les estorbamos.

Mr. Barnstaple pensó sobre esto, y, transcurrido un momento, comentó:

—Puede que sea verdad. Yo he estado tan distraído admirando todo esto (que es mucho mejor que todo lo que yo había soñado jamás), que no me he preocupado mucho del efecto que les hayamos producido a esta gente. Pero sí: parecen estar atentos a cualquier cosa menos a ocuparse de nosotros, excepto aquellos que tienen, al parecer, asignada nuestra vigilancia y estudio. La precipitación de *Lord Barralunga* atropellando gente por todo el país puede perjudicarnos.

—Mató a un hombre.

—Ya lo sé.

Permanecieron silenciosos y pensativos unos momentos.

—Hay más —resumió *Lady Stella*—. Ellos piensan de manera absolutamente distinta a la nuestra. Yo creo que casi nos desprecian. Ayer tarde no estuvo usted con nosotros cuando *Mr.* Cecil les preguntó sobre su filosofía. Él les habló de Hegel, de Bergson, de *Lord Haldane* y de su propio escepticismo. Expuso de manera maravillosa cosas muy interesantes para mí. Mientras, yo estaba vigilando a *Urthed* y a *Lion*, y vi, estoy segura, que se estaban hablando uno a otro, por ese silencioso procedimiento que ellos usan, sobre algo completamente

ajeno a la conversación. Estaban simulando que atendían, y cuando Freddy Mush intentó interesarles en los poetas modernos, en los efectos de la guerra sobre la literatura, y en cómo esperaba él que hubiese algo tan hermoso como la *Ilíada* en Utopía, aunque confesó que no podría creerlo hasta que no lo viese, ellos no le escucharon siquiera, ni le contestaron una palabra... Nuestras cosas no les importan. Aunque estén tres mil años por delante de nosotros, podríamos tener cierto interés, aunque sólo fuese como objetos de curiosidad. ¿Dejaría de ser interesante tomar a un hotentote y llevarle por Londres explicándole las maravillas de la civilización? ¿Quién lo duda? Lo que pasa es que no nos necesitan en absoluto. Y están convencidos de que no les proporcionaremos más que inquietudes y trastornos. Por eso estoy asustada...

Cambió de conversación, de repente:

—Durante la noche yo me estuve acordando de mi hermana y los monos de *Mrs. Kelling*. Tenían manía por ella. Corrían por el jardín y entraban en la casa, y los cachorros estaban siempre en peligro. Los animales no tienen noción de lo bueno y de lo malo, de lo que se puede o no se puede hacer; todo lo miraban con asustada preocupación, y cuando les parecía arrastraban por el piso lo que tenían a su alcance. Rompían sus cosas y eran para ella huéspedes incómodos. Usted no puede imaginarse lo inquieto que es un mono. Todo el mundo los detesta, excepto mi hermana, aunque siempre esté riñéndoles: «Abajo, *Jacko...*», «Deja eso quieto, *Sadie...*».

Mr. Barnstaple se rió de buena gana.

—Eso no es lo que nos ocurre aquí a nosotros. No somos monos.

Ella también se rió.

—Quizá no sea lo mismo. Pero anoche tuve la sensación de que podríamos llegar a tan baja condición. Somos criaturas inferiores... Hay

que reconocerlo.

Arrugó la frente. Su cara expresaba un gran esfuerzo mental.

—¿Se da usted cuenta de lo desamparados que estamos? Quizá pensará que soy tonta, *Mr. Barnstaple*, pero anoche, antes de irme a la cama, me senté a escribirle a mi hermana una carta en la que quería contarle todas las cosas que nos están ocurriendo. Y de pronto me di cuenta de que lo mismo podría escribirle a Julio César.

Mr. Barnstaple no había pensado en ello.

—Es una cosa que no puedo apartar de mi pensamiento. Ni cartas, ni telegramas, ni periódicos en Utopía. Todo por lo que hemos luchado... Todas las personas que amamos... ¡Separados para siempre...! ¿Qué nos espera aquí?

La cara de *Mr. Barnstaple* tomó un aire dubitativo.

—¿Está usted seguro de que esta gente será capaz de devolvernos a la Tierra?

—Eso no se sabe todavía, pero confiemos en que éste es un pueblo con una inteligencia extraordinaria.

—Resultó tan fácil llegar hasta aquí... Fue como doblar una esquina. Sin embargo, hablando con propiedad, ahora mismo estamos fuera del tiempo y del espacio... Más que un muerto... El polo Norte o el África Central están más cerca de nuestras casas que nosotros mismos... Cuesta trabajo aceptar esta idea cuando la luz de este sol lo hace todo tan alegre y familiar... Anoche hubo momentos en que estuve a punto de gritar...

Escudriñaron la playa y olfatearon el aire. *Mr. Barnstaple* advirtió un penetrante y apetitoso olor que le llegaba desde la orilla.

—Sí... —dijo él a media voz.

—Jamón frito —dijo ella con un suspiro.

—Tal como lo pidió *Mr.* Burleigh.

Mecánicamente enfiló *Mr.* Barnstaple la canoa hacia la playa.

—¡Desayuno de jamón! Es la noticia más tranquilizadora que he recibido desde que llegamos aquí... Después de todo, quizá sea una tontería sentirse asustada... ¡Mire! Allí nos están haciendo señales.

Ella saludó con la mano.

—Greeta con su vestido blanco y *Mr.* Mush con una especie de toga... ¿De dónde la habrá conseguido?

Un rumor de voces lejanas que les llamaban llegó hasta ellos.

—¡Vamos! —animó *Lady Stella*—. Espero no haber estado muy pesimista... Estaba tan asustada anoche...

LIBRO SEGUNDO

CUARENTENA EN LA MONTAÑA

CAPÍTULO PRIMERO

LA EPIDEMIA

1

La sombra de una gran epidemia en Utopía cayó sobre nuestro pequeño grupo de terrícolas al segundo día después de la llegada. Durante más de veinte siglos los utópicos habían tenido la más completa inmunidad de infecciones y contagios de todas clases. No sólo se habían liberado de las graves epidemias, sino que habían eliminado todas las infecciones leves de catarros, tos, influencias y molestias semejantes. Por aislamiento, por control de los vehículos de la infección, por todos los procedimientos posibles, los gérmenes peligrosos fueron acorralados y obligados a perecer. Ello acarrió un cambio natural en la psicología utópica. Las secreciones y reacciones que habían dado al organismo poder para resistir a las infecciones, disminuyeron; la energía que ellos producían había sido aplicada a otros fines más útiles. La psicología utópica, aliviada de esta necesidad defensiva, se había simplificado y había llegado a ser más eficiente. Esta liberación de las epidemias era tan antigua en Utopía, que sólo los muy especializados en la historia de la patología entendían algo de las miserias que la Humanidad había padecido, y ni siquiera tales especialistas parecían tener una idea clara de cuándo la raza había perdido su natural propensión a defenderse de las infecciones. La primera persona que había pensado en la pérdida de este poder defensivo parecía haber sido *Mr. Rupert Catskill*. *Mr. Barnstaple* recordó que, cuando ellos se encontraron en la primera mañana de su estancia en Utopía, él había indicado que la Naturaleza estaba de parte de los terrícolas, por razones inexplicables.

En la tarde del segundo día todos los utópicos que habían estado en

contacto con los terrícolas, a excepción de Lychnis, Serpentine y tres o cuatro más que conservaban algo de sus antiguas antitoxinas, estaban con fiebre, con tos, con dolores de garganta, de huesos, de cabeza y con una depresión física que Utopía no había conocido en veinte siglos. El primer habitante de Utopía en morir fue aquel leopardo que había olfateado a *Mr. Rupert Catskill*. Al día siguiente por la mañana, eran incontables los muertos; por la tarde, una de las muchachas que había ayudado a *Lady Stella* en el arreglo de su cuarto enfermó de repente y murió. Utopía no estaba preparada para combatir aquellos gérmenes que los terrícolas les habían llevado. La multitud de hospitales, doctores, farmacias, etc., que habían existido durante la Edad de la Confusión habían desaparecido hacía muchísimo tiempo; había, sí, un servicio quirúrgico para accidentes, una vigilancia sobre la salud de los jóvenes, y lugares de reposo donde se asistía a los muy ancianos; eso era todo el artificio de organización sanitaria que quedaba en el planeta. De pronto los científicos utópicos se encontraron con una serie de graves problemas que resolver; era preciso improvisar olvidados aparatos para la desinfección y volver a encauzarlo todo en la disciplina de la guerra contra la enfermedad, que había marcado una época en la historia humana veinte siglos antes. En un aspecto, aquella guerra había dejado a Utopía ciertas ventajas permanentes; todos los insectos portadores de enfermedades habían sido exterminados, con lo que se puso muy definido límite a la propagación de las nuevas infecciones y a la naturaleza de las mismas. De momento prohibieron a los terrícolas todo contacto con los utópicos. Estaba claro que habían traído el sarampión a Utopía y que algunos padecían de influenza. Ellos permanecieron en el foco de la epidemia, mientras sus víctimas estornudaban y babeaban murmurando de la Tierra y sus habitantes. A media tarde del siguiente día de la declaración de la epidemia, Utopía se dio cuenta de lo que había ocurrido y se puso en movimiento para organizar la defensa.

Mr. Barnstaple fue el último terrícola que se enteró de la epidemia. Estaba claro para él que los utópicos no pensaban dedicar ningún tiempo ni energía en ilustrar a sus huéspedes; después de las explicaciones de la tarde de la irrupción, nadie había intentado continuar discutiendo con los de la Tierra sobre la constitución y métodos políticos de Utopía, y sólo circunstancialmente alguien había preguntado sin mucho interés por el estado de los asuntos sociales en nuestro planeta. Los terrícolas tenían absoluta libertad para hacer y hablar lo que les diera la gana, pero los utópicos parecían convencidos de que facilitándoles confort y bienestar no tenían otras obligaciones de orden moral y afectivo para con sus visitantes. A *Mr.* Barnstaple le molestaban las ideas los comentarios de algunos de sus compatriotas, y por eso seguía su natural inclinación de explorar Utopía por sí mismo. Lo que más le preocupaba de aquel mundo era la vasta llanura que había vislumbrado desde el aeroplano cuando descendía en el Valle de la Conferencia; en su segunda mañana había tomado una canoa pequeña y remado hasta la orilla del lago, para examinar el dique que contenía sus aguas y conseguir una visión panorámica de la gran llanura.

El lago era mucho más ancho de lo que él había supuesto. Y el dique mucho más grande. Las aguas eran cristalinas y muy frías, y en ellas vivían pocos peces. Había salido inmediatamente después de su desayuno, pero hasta cerca del mediodía no consiguió llegar al gran dique. Estaba éste construido con enormes bloques de una roca roja vetada de oro, y se subía a la cumbre de la presa por unas escaleras hábilmente situadas a intervalos regulares. Las grandes figuras de piedra parecían meditar ante la inmensidad de la llanura. Estaban sentadas como si estuviesen vigilando el mundo, y su arquitectura era basta, mitad piedra sin pulimentar, mitad bellas formas humanas. *Mr.* Barnstaple calculó que tendrían unos doscientos pies de alto; midiendo por pasos la distancia entre dos consecutivas y contando después el número de las estatuas, vino a la conclusión de que el dique tenía de

siete a diez millas de largo. En algunos sitios la altura no era menor de quinientos pies, y la fábrica estaba sostenida por una serie de enormes contrafuertes que parecían formados en la misma roca viva de la montaña. Entre uno y otro de estos contrafuertes bataneaban grandes turbinas; después el agua se despeñaba en otro amplio lago, retenido por un segundo dique a unas dos millas de distancia del primero y quizás un millar de pies más bajo. Más lejos había un tercer lago y un tercer dique, y después la llanura. Sólo tres o cuatro vigilantes utópicos se veían al cuidado de aquella titánica obra de ingeniería.

Mr. Barnstaple, una hormiga entre aquellas moles gigantescas, a la sombra de uno de los colosos, contempló asombrado los diques, los lagos y la vega infinita. ¿Qué clase de vida se desarrollaba allí? La llanura y las montañas le recordaban los Alpes y la gran llanura del norte de Italia, donde había pasado muchas de sus vacaciones de verano en la juventud. Sabía él que en Italia todo el paisaje estaría cubierto de ciudades y campos cultivados; una densa población estaría ocupada en la producción de alimentos creciendo hasta alcanzar las inevitables consecuencias de la superpoblación, la enfermedad y la peste. No comprendía cómo los hombres se afanaban en producir más de lo que necesitaban en el acto, ni cómo virtuosas mujeres daban a luz más hijos de los que podían alimentar; como consecuencia de esta imprevisión, una multitud de miserables labriegos era recogida por las ciudades y ocupada en industrias ciudadanas ajenas por completo, cuando no enemigas de la agricultura y sus problemas. El noventa y nueve por ciento de esta población que abandona el campo lucha desde la niñez a la vejez en la difícil tarea de ganarse el pan a pulso. En medio de ellos, sostenidos por un clima de mágicas propiciaciones, se levantarían conventos y templos para mantener una hueste de sacerdotes y frailes y monjas. Comer y reproducirse eran las elementales rutinas de la vida desde el principio de las sociedades humanas.

Pero estos Utópicos de la llanura luminosa y fértil estaban bajo otra

ley. Aquí aquella vida común a toda la Humanidad, las antiguas tradiciones, las bromas viejísimas y los cuentos repetidos generación tras generación, las fiestas periódicas, los piadosos temores e indulgencias, las limitadas e infantiles esperanzas y las abundancias miserables habían terminado. La marea alta que amenazó con ahogar la vida social había bajado y la playa estaba lisa y luminosa mientras el suelo todavía era productivo y el sol alumbraba más que nunca.

Mr. Barnstaple se hacía la idea de que de alguna maravillosa manera se había hecho aquí borrón y cuenta nueva; que el pensamiento humano había tomado sobre sí la alta misión de salvar para siempre la vida y el destino de la raza. Él se reconocía ahora como una criatura de transición entre los hábitos viejos y las ideas nuevas que apenas alboreaba en la Tierra. Adivinaba que siempre le había repugnado aquella ahumada vida campesina de su pasado; se daba cuenta por primera vez de lo profundamente que él veneraba la vida austera de Utopía que tenía delante. El mundo que abarcaba con la vista le parecía misterioso e infinito. ¿Qué estarían haciendo los hombres utópicos sobre aquella inmensa llanura? ¿Qué obligaciones diarias les llevarían allí cada mañana? Él sabía bastante de Utopía para comprender que el total de su superficie parecía semejante a un jardín, con todas las naturales tendencias a la belleza bien desarrolladas, y todas las innatas fealdades corregidas y vencidas. Esta gente trabajaba y luchaba por complacencia; lo sabía por los criadores de rosas.

Aquí los encargados del alimento y la vivienda de la comunidad y los que tenían como misión ordenar la vida general conservaban la máquina económica funcionando tan suavemente que no se oía ni uno de los chirridos que constituyen la melodía permanente en el camino económico de la Tierra. La edad de los experimentos sociales había terminado y se conocían los caminos rectos para hacer todas las cosas. La población de Utopía, la que se había reducido a su tiempo a sólo doscientos millones, estaba creciendo otra vez en proporción con el constante aumento de los recursos. Allí abajo, en la gran llanura, todos

los que no estuviesen ocupados en asuntos comunes de alimentos, arquitectura, salud, educación u ordenación de actividades en general, estarían dedicados a trabajos de creación; los utópicos estaban continuamente explorando el mundo material, a través de las investigaciones científicas y la inspiración artística.

Mr. Barnstaple estaba acostumbrado a pensar que el último siglo en la Tierra había sido un salvaje torrente de invenciones y descubrimientos, pero reconocía que todo el progreso de la Tierra en cien años no podía compararse con el resultado que en un solo año alcanzasen aquellos millones de inteligencias asociadas en una labor definida y concreta. Allí abajo estarían aquilatando los minerales que existen en el corazón de su planeta, y tejiendo una red para capturar al sol y a las estrellas. Era espantoso pensar en la magnitud de las zancadas con que marchaba aquí la vida. Espantoso... porque *Mr.* Barnstaple sabía, como muchos hombres inteligentes de nuestro mundo lo saben también, que llegará en día en que todo sea ya conocido y el progreso científico llegue a su fin. Y luego seremos felices hasta la eternidad. Pero él no estaba aclimatado al progreso; había imaginado siempre a Utopía como un lugar tranquilo donde todas las cosas estaban ordenadas a lo bueno y a lo útil. Hoy todo parecía en paz bajo aquella leve niebla, pero él sabía que tal quietud era como la calma de un molino que parece casi inmóvil hasta que una burbuja de agua, o una espuma, o una ramita, o una hoja seca pasan junto a él y nos revelan su velocidad.

¿Cómo sentaría el estar viviendo en este mundo? La vida de la gente debe ser semejante a la de los artistas y científicos famosos de la Tierra; un continuo descubrir cosas nuevas, una constante aventura por lo desconocido. Vivían sobre el planeta en una permanente alegría y con mucho amor y mucha amistad entre los hombres, y una agradable y fácil vida social sin protocolo. Se practicaban algunos juegos al aire libre por pura diversión. Debía ser una vida estupenda para los que hubieran sido educados en ella; de veras, una vida

envidiable. Ellos se amaban, sin duda, aunque quizás un poco fríamente. Tal vez en aquella llanura no habría mucha lástima ni ternura. Hermosos seres..., pero sin caridad. A lo mejor no eran necesarias tales virtudes... ¿Se guardarían fidelidad como los amantes terrícolas? ¿Cómo era el amor en Utopía? Él había visto a los amantes murmurando en voz baja a la luz del crepúsculo. Esto era un síntoma. ¿Qué era en definitiva el amor? Una preferencia imbécil, un dulce orgullo, una deliciosa dádiva conquistada con habilidad, una exquisita resurrección de los cuerpos y de las almas... ¿Qué podría compararse con amar y ser amado por una de aquellas mujeres utópicas? ¿Con sentir en la cara el calor de sus labios y ser resucitado por sus besos...?

Mr. Barnstaple, sentado a la sombra de uno de los colosos de piedra, se sentía semejante a un insecto perdido en el gran dique. Le parecía imposible que esta triunfante raza utópica pudiera perder algún día lo ganado en las tremendas batallas para conquistar los dominios de la Naturaleza. Decidido y capaz, este mundo no dejaba de avanzar por su camino de conquistas. Y asombraba pensar que todo aquello se había conseguido en un poco más de tres mil años... Un soplo en la Eternidad. La raza no se podía haber transformado fundamentalmente en tan breve tiempo. En esencia, estaba todavía en una edad de la piedra de la raza, pues no hacía ni veinte mil años desde aquellos días en que nadie sabía nada de metales, ni podía leer o escribir. En lo profundo de sus corazones, ocultos y casi vencidos, debían estar todavía las semillas del odio y del miedo, del pecado y de la maldad. Sin duda que habría aún muchos espíritus inadaptados e insubordinados en Utopía. Recordaba la cara de dulce ansiedad de la jovencita que le había hablado a la luz de las estrellas en la noche de su llegada, y el tono de romántico afán en su voz cuando le había preguntado si Lord Barralunga era un hombre vigoroso y cruel. Aún quedaban espíritus con inquietudes románticas. Aunque sólo fuera en las imaginaciones adolescentes.

¿De verdad era imposible que un cataclismo moral o material

volviese a este mundo a la Edad de la Confusión? ¿No podía su sistema educativo llegar a ser tan aburrido que convirtiese a los alumnos en presa fácil para los espíritus decididos a hacer experimentos? ¿Podrían contagiarse del fervor religioso del padre Amerton o del incurable apetito de fantásticas empresas de Rupert Catskill? No. ¡Eso era inconcebible! La arquitectura de este mundo era demasiado serena, grande y segura. *Mr. Barnstaple* se levantó. Allá abajo su pequeña canoa flotaba en el lago como un diminuto pétalo de rosa sobre el agua cristalina.

3

Advirtió mucho movimiento en los alrededores del Parque de la Conferencia. Había más de treinta aeroplanos evolucionando y un gran número de vehículos blancos iban y venían por la carretera. Se veía mucha actividad en la gente, pero estaban demasiado lejos para poderse distinguir lo que hacían. Después de pasear un poco volvió a su canoa. Un aeroplano pasó tan cerca de él que pudo ver a los tripulantes mirándole con curiosidad; poco más tarde, en un momento que dejó de remar para descansar y mirar a la orilla, vio algo que le pareció unas parihuelas llevadas por dos hombres. Cuando estuvo cerca de la playa un bote salió a su encuentro. Sus ocupantes usaban una especie de casco de cristal con visera blanca. Cuando se le aproximaron, un mensaje de los utópicos sonó dentro de su cerebro:

—¡Cuarentena! Usted tiene que someterse a cuarentena. Los terrícolas han traído una epidemia y es necesario ponerles en cuarentena.

¡Luego aquellos cascos de cristal bien podrían ser máscaras antigases! Cuando las canoas estuvieron una junto a la otra, vio *Mr. Barnstaple* que esto era cierto, y que tales máscaras estaban hechas de un material sumamente flexible y transparente...

Mr. Barnstaple pasó junto a algunos dormitorios donde los utópicos estaban acostados vigilados por otros que usaban máscaras antigases. Se encontró con que todos los terrícolas y todos los objetos de su propiedad, excepto los automóviles, estaban reunidos en el salón de la conferencia. Decían que iban a ser trasladados a un sitio distinto donde pudieran ser aislados y curados. Sólo dos utópicos había en la reunión, con sus máscaras puestas, y varios paseaban por el pórtico con actitud desagradable de centinelas o guardianes. Los terrícolas estaban sentados en pequeños grupos, menos *Mr.* Rupert Catskill, que paseaba arriba y abajo hablando solo, excitado:

—Esto es lo que yo anunciaba que nos iba a suceder —repetía—. ¿No os decía yo que la Naturaleza estaba de nuestra parte? ¿No os lo dije?

Mr. Burleigh parecía muy sereno:

—Por vida mía... yo no veo la lógica de esto. Aquí estamos absolutamente inmunes entre toda esta gente, y, sin embargo, sólo a nosotros nos van a aislar.

—Dicen que les contagiamos —habló *Lady* Stella.

—Muy bien —concedió *Mr.* Burleigh haciendo un signo cordial en el aire con su larga mano blanca—. ¡Muy bien! Entonces que se aislen ellos... ¡Esto es...! Estoy muy desilusionado con los utópicos.

—Supongo que somos un obstáculo desagradable para esta gente —dijo Hunker.

Mr. Catskill se dirigió a Lord Barralonga y a los chóferes:

—Doy la bienvenida a Su Señoría.

—¿Cuál es tu idea sobre esto, Rupert? —dijo Su Señoría—. Está claro que hemos perdido nuestra libertad de acción.

—Nada de eso —dijo Catskill—. Nada de eso. La ganamos... Vamos a ser aislados... Vamos a ser instalados en alguna montaña; ¡muy bien!... ¡muy bien!... Esto es sólo el principio de nuestra aventura.

—¿Qué dices?

—Espere un poco. Todavía no podemos hablar con libertad. Confiad en mí.

Mr. Barnstaple se sentó en su maleta haciéndose el distraído y evitando dar su aprobación al proyecto que andaba por la mente de *Mr.* Catskill, quien le miraba pidiéndole su parecer.

CAPÍTULO II

EL CASTILLO DEL DESPEÑADERO

1

El lugar a donde los terrícolas fueron llevados para ser sometidos a cuarentena debía estar a una considerable distancia del Parque de la Conferencia, porque tardaron cerca de seis horas en el viaje todo el tiempo estuvieron volando muy alto y a gran velocidad. Fueron todos juntos en un mismo aeroplano, espacioso y confortable, acompañados por unos treinta utópicos con caretas antigases, entre los que había dos mujeres. Los aviadores usaban trajes de una especie de lana blanca que llamó la atención de *Miss Grey* y *Lady Stella*. El aeroplano pasó sobre el valle y la gran llanura y voló por encima de un pequeño mar de costas rocosas y cubiertas de espesa vegetación; en toda la extensión del mar sólo se vieron algunos barcos y le pareció a *Mr. Barnstaple* que ningún océano de la Tierra estaría tan poco transitado; sólo una o dos veces fueron vistas grandes embarcaciones completamente distintas de las terrícolas, que más que barcos parecían grandes balsas; un par de veces divisaron barcos de carga, con mástiles y velas. En el aire también había poco tránsito, pues en todo el vuelo sólo lograron encontrarse con tres aeroplanos.

Atravesaron un país encantador muy poblado antes de sobrevolar lo que con toda evidencia era un desierto; al fondo había una cordillera nevada, pero el aeroplano descendió antes de llegar a ella. Durante algún tiempo los terrícolas estuvieron volando sobre enormes montañas de escorias minerales, que procedían, al parecer, de una excavación que tenía a simple vista una asombrosa profundidad. Un horrible tronar de maquinarias y mucho humo salían de la sima. Había muchos trabajadores que parecían vivir en campamentos junto a las montañas de escoria. No había señales de edificios... El aeroplano de los terrícolas bordeó esta región y voló sobre otra rocosa y casi

desierta, sin árboles, profundamente cortada por hondas gargantas. Se veía poca gente, pero había abundantes señales de actividad mecánica. En cada torrente trabajaba una turbina, y grandes cables seguían los riscos de los cañones a través del desierto. En el fondo de estos barrancos gigantesos crecían pinares y una abundante vegetación de arbustos diversos.

El lugar elegido para la cuarentena estaba completamente aislado en la confluencia de dos cañones convergentes. Tenía una altura de unos dos mil pies sobre el espumeante torrente que pasaba por el fondo del despeñadero; las rocas estaban cubiertas de una masa vegetal de pálido verdor y marcadas con unas vetas blancas cristalinas. La garganta en algunos sitios era casi roja, y a veces era tan honda que se oscurecía como un túnel; a un centenar de pies de la cima un puente metálico había sido lanzado a través del abismo. Algunas yardas por encima había unas ruinas, que bien pudieran ser de algún antiguo puente de piedra. Detrás estaba un acantilado de algunos centenares de pies cubierto con una rala vegetación. En la ladera por donde descendió el aeroplano funcionaban tres o cuatro máquinas pequeñas. El desfiladero estaba coronado por las altas ruinas de un antiguo castillo, dentro de cuyas paredes se agrupaban los edificios que habían albergado recientemente a un grupo de estudiantes de Química, cuyas investigaciones, sobre estructura atómica, incomprendibles para *Mr. Barnstaple*, habían terminado y por lo tanto el lugar había quedado vacío. El laboratorio estaba todavía instalado con sus aparatos y material; el agua y la energía eléctrica subían a lo más alto de la garganta por medio de tubos y cables.

Había también un abundante surtido de provisiones. Varios utópicos estaban trabajando para adaptar el lugar a su nuevo cometido de aislamiento y desinfección de los terrícolas.

Serpentine apareció en unión de un hombre con careta antigases llamado Cedar, quien había sido encargado de instalar el improvisado

sanatorio. Serpentine explicó que él había llegado al desfiladero con antelación porque conocía el lugar exacto de su situación y porque estaba al tanto de las investigaciones científicas que allí se habían realizado, además de que su conocimiento de los terrícolas y su inmunidad de las infecciones le permitían actuar de intermediario entre ellos y el Cuerpo sanitario que tendría ahora que ocuparse del caso. Estas explicaciones se las dio a *Mr. Burleigh*, *Mr. Barnstaple*, Lord Barralonga y *Mr. Hunker*. Los otros terrícolas andaban por allí en pequeños grupos, junto al aeroplano del que habían descendido, calculando la altura del desfiladero, la extensión del desierto y la profundidad de los inmediatos cañones, con no muy favorables comentarios. *Mr. Catskill* se había apartado hasta el borde del Gran Cañón y estaba de pie, con los brazos a la espalda, en actitud casi napoleónica, perdido en meditaciones, contemplando aquellas profundidades donde jamás llegaba la luz del sol. El rugido del agua que corría invisible allá abajo era tan pronto un susurro como un estruendo. *Miss Greta Grey* apareció de pronto con una máquina fotográfica que había salvado de la requisa y empezó a disparar placas.

Cedar dijo que quería explicarles el método de desinfección y aislamiento que se proponía seguir, y Lord Barralonga llamó a Rupert para que todos oyesen la explicación. Cedar era tan conciso como Urthred.

—Es evidente —dijo— que los terrícolas estaban preparados para defenderse de los ataques infecciosos, y que su organismo poseía una sustancia defensora de la que los utópicos carecían, y que por lo tanto ellos no estarían en condiciones de inmunidad hasta después de sufrir una penosa y desastrosa epidemia. El único camino para prevenir este mal que con seguridad atacaría a todo el planeta era, en primer lugar, recoger y curar a todos los afectados, que era lo que se estaba haciendo en el Parque de la Conferencia donde se había instalado un gran hospital; y después coger a los terrícolas de la mano y aislarlos en absoluto de los utópicos, hasta que los servicios sanitarios estuviesen

en condiciones de atajar la epidemia. Era —confesó— un procedimiento poco amable, pero parecía el único posible, y por ese motivo les habían llevado a tan lejano, alto y seco desierto. Después los terrícolas serían otra vez libres y podrían ir y venir a su placer por Utopía.

—Pero supongamos que esa lucha contra la epidemia fracasase... —dijo *Mr. Catskill*.

—Yo creo que no.

—Pero ¿y si se equivoca usted?

Cedar sonrió a *Serpentine*.

—Los investigadores físicos prosiguen los trabajos de Arden y de Greenlake y no tardará mucho tiempo en que sea posible volver a realizar su experimento...

—¿Con nosotros como material de prueba?

—No estamos todavía seguros de que podamos ofrecerles un feliz viaje de regreso.

—¿Quiere usted decir —dijo *Mr. Mush*— que están ustedes intentando enviarnos de nuevo a la Tierra?

—Sí, en el caso de que no podamos conservarles aquí.

—¡Buen porvenir! —dijo *Mr. Mush* desalentado—. Ser disparado al espacio por un cañón. ¡Conejillos de Indias!

—¿Y puedo preguntar —se oyó la voz del padre Amerton— la naturaleza de ese tratamiento y de ese procedimiento de los cuales vamos a ser los... conejillos? ¿Es alguna vacuna...?

—¿Inyecciones? —inquirió a su vez *Mr. Barnstaple*.

—No lo he decidido todavía —respondió Cedar—. Hace siglos que no se nos planteaba un problema semejante.

—Debo decir que soy un furibundo enemigo de las vacunas —dijo el padre Amerton—. La vacunación es un ultraje a la Naturaleza. Si yo tenía alguna duda antes de venir a este mundo de corrupción, ya no la tengo. Si Dios hubiera decidido que nos curásemos con sueros o fermentos, habría procurado más natural y digno medio de proporcionárnoslos que la vulgar jeringa...

Cedar no discutió este punto de vista. Rogó a los terrícolas que no salieran del límite marcado por el desfiladero, la ladera y la montaña rocosa. Ellos debían cocinarse y atenderse personalmente. Encontrarían utensilios en su alojamiento, y él y Serpentine les darían las explicaciones necesarias. Encontrarían también provisiones en abundancia.

—Pero ¿es que vamos a quedarnos solos aquí? —preguntó *Mr. Catskill*.

—Algún tiempo. Cuando hayamos aclarado nuestro problema, vendremos otra vez y les diremos lo que pensamos hacer.

—Bueno... bueno... —dijo *Mr. Catskill*.

—Por favor, envíenme una doncella por ferrocarril advirtiéndome *Lady Stella*.

—Yo tengo puesto mi último cuello limpio —agregó *Mr. Dupont* con un gesto de burla—. No es ninguna broma este fin de semana con Su Señoría.

Lord Barralonga estaba muy tranquilo:

—Creo que Ridley tiene buena mano de cocinero —dijo.

—Yo he hecho de todo en esta vida... y hasta una vez cuidé de una caldera de vapor.

—Un hombre que pudo cuidar una caldera de vapor puede hacerlo todo —dijo *Mr. Perk* con emoción—. Yo no tengo inconveniente en ser el ayudante de *Mr. Ridley*. Mi carrera empezó en una cocina y no me avergüenzo de decirlo.

—Si este caballero quiere enseñarnos la despensa... —dijo Ridley señalando a *Serpentine*.

—Es natural... —dijo *Perk*.

—Y si no somos muy exigentes —agregó *Miss Greta*.

—Yo creo que seremos capaces de gobernarnos —dijo *Mr. Burleigh* a *Cedar*— si al principio contamos con su ayuda y su consejo.

2

Cedar y *Serpentine* permanecieron con los terrícolas en el desfiladero hasta el final de la tarde. Les ayudaron a preparar la cena y sentáronse fuera en el patio del castillo. Se marcharon con la promesa de volver a la mañana siguiente. *Mr. Barnstaple* no pudo reprimir un sentimiento de angustia cuando vio el avión de los utópicos elevarse camino del cielo. Había ayudado a *Lady Stella* en la preparación de una tortilla, y como había llevado a la cocina una fuente y una sartén, después de ser utilizadas, fue el último en sentarse a la mesa. Tuvo el presentimiento al hacerlo de que algo extraño flotaba en el ambiente. *Mr. Catskill* había terminado de cenar y estaba de pie, apoyando una de sus piernas en un banco, arengando a sus compañeros:

—Yo os pregunto, señoras y caballeros: ¿no es una indicación

clarísima del Destino nuestra aventura de hoy? No es pura coincidencia que este lugar fuese una fortaleza en los tiempos pasados. La suerte quiere que sea fortaleza otra vez. En esta memorable ocasión, amigos míos, quiero emular las gloriosas hazañas de Cortés y de Pizarro...

—Mi querido Rupert —dijo *Mr. Burleigh*—, ¿qué se te ha metido ahora en la cabeza?

Mr. Catskill levantó sus manos dramáticamente.

—La conquista de un mundo.

—¡Dios mío! —dijo *Mr. Barnstaple*—. ¿Está usted loco?

—Como Clive —respondió *Mr. Catskill*— o el sultán Baber cuando marchó a Panipat.

—Será una locura —dijo *Hunker*, que parecía estar preparado de antemano para esta sugerión—; pero es una locura admirable, y yo estoy dispuesto a prestarle atención. Siga usted, *Mr. Catskill*.

—Siga —agregó *Lord Barralonga*, que también parecía dispuesto a aceptar el disparate—. Es una jugada, desde luego, pero en estas situaciones no hay más que jugarla o que se la jueguen a uno. Yo soy partidario de la acción inmediata.

—Es una jugada, sí —dijo *Mr. Catskill*—. Pero sobre esta estrecha península, sobre esta milla cuadrada de territorio, el Destino, señores, de dos universos aguardan nuestra decisión. No es el momento de titubear, y el no hacer nada va contra el sentido común. Planear rápidamente... y actuar en seguida.. ¡Ése es el sistema!

—¡Esto es emocionante! —gritó *Miss Greta Grey* palmoteando sobre sus rodillas y sonriendo a *Mr. Mush*.

—Esta gente —intervino *Mr. Barnstaple*— lleva tres mil años de

ventaja sobre nosotros. Para ellos, somos una especie de hotentotes en un vagón de circo planeando la conquista de Londres.

Mr. Catskill, con las manos en la cintura, se revolvió con extraordinario buen humor:

—Tres mil años de delantera en el tiempo, sí... Tres mil años de ventaja, no. Ahí no estamos de acuerdo. Usted dice que esta gente son superhombres, y yo creo que sólo son hombres degenerados. Permítame llamar su atención sobre las razones que me inducen a tal creencia... a pesar de la postura gallarda de los utópicos y de sus considerables hazañas materiales e intelectuales. Mundo ideal... sí... pero al final de su camino. Mi idea es que ellos han alcanzado una cima... y han pasado más allá de ella... y ahora caminan por pura inercia. Creo que han perdido el poder, no sólo de resistir a las enfermedades, sino de afrontar con eficacia encuentros extraños y emergencias angustiosas. Ellos son muy buenos... ¡demasiado buenos!, pero ineficaces. No saben qué hacer. Aquí está el padre Amerton; interrumpió aquella primera reunión de la manera más insultante posible... (Usted sabe lo que hizo, padre Amerton. No le reprendo; sé que es moralmente delicado y que había cosas allí que le molestaban...). Amenazó a todos como un muchacho que desafiase a un anciano. Dijeron que iban a castigarle. ¿Le han hecho algo?

—Un hombre y una mujer vinieron a hablar conmigo.

—¿Y qué hizo usted?

—Refutarles, simplemente; alcé la voz y los confundí con mis argumentos.

—¿Qué le dijeron a usted?

—¿Qué podrían decir?

—Todos creímos que le iban a suceder cosas horribles al padre Amerton, y no le ha ocurrido nada. Bien, y ahora toco un caso más grave; nuestro amigo Lord Barralonga corrió a troche y moche con su auto... y mató a un hombre. En cualquier parte le habrían retirado la licencia de conducir y le habrían multado, por lo menos. Pero... ¿aquí...? Casi todo ha quedado reducido a un comentario. ¿Por qué? Porque esta gente no sabe qué decir ni qué hacer respecto a esto. Y ahora, por toda medida de seguridad sanitaria, nos ponen aquí, y para que no nos escapemos se limitan a rogarnos que seamos buenos chicos, hasta que ellos vengan a inyectarnos no sé qué cosas y a hacer experimentos con nuestras vísceras. Si nos resignamos, perdemos una de nuestras grandes ventajas sobre ellos, porque no veo la razón que justifique el crimen que supone robarnos nuestra resistencia fisiológica. Ellos podrían curiosear en nuestras glándulas, y la ciencia nos dice que en las glándulas está latente nuestra personalidad. Mental y moralmente seremos destruidos si nos resignamos a ser conejillos de Indias... Pero, ¿y si no nos resignamos? ¿Qué pasará entonces?

—Bien —dijo Lord Barralonga—. ¿Qué hacemos?

—Ellos no sabrán lo que hacer. No nos sugestionemos por las apariencias de belleza y prosperidad. Esta gente está viviendo como vivía el antiguo Perú antes de la llegada de Pizarro: en un enervante sueño. Se han embriagado con los vapores del socialismo y, como aquel Perú, han perdido la fuerza de la voluntad. Un puñado de hombres y mujeres decididos podrían atreverse... ¿qué digo atreverse?, triunfar en la conquista de semejante mundo. Y ése es mi plan.

—¿Piensa usted conquistar todo este planeta? —interrogó *Mr. Hunker*.

—Magnífica idea —agregó Lord Barralonga.

—Yo creo, señores, que es lícito luchar para que una forma vigorosa

de vida triunfe sobre otra más débil, casi caduca. Aquí estamos... en una fortaleza. En una auténtica fortaleza, muy fácil de defender. Mientras ustedes cocinaban, Barralonga, Hunker y yo hemos estado viéndolo todo detenidamente. Si hay necesidad, podremos subir agua desde el cañón; la roca está excavada y forma una cámara inatacable; la pared es sólida y alta, tan lisa que no puede ser escalada; en este gran pasadizo pueden levantarse barricadas, si es necesario; las escaleras bajan a través de la roca a un pequeño puente que en caso de ataque puede ser cortado. Todavía no he explorado el total de la fortaleza, lo que quiere decir que aún podemos hallar nuevas ventajas. En *Mr. Hunker* tenemos un químico —ya lo era antes de dedicarse al cine— y dice que hay bastantes materiales en el laboratorio para fabricar bombas. Tenemos cinco revólveres con municiones. Y alimentos para muchos días.

—¡Oh! Esto es ridículo —dijo *Mr. Barnstaple* poniéndose en pie—. ¡Esto es descabellado! ¡Volvemos contra esta gente amiga! ¿No comprenden ustedes que ellos pueden hacernos volar de un soplo apenas quieran?

—¡Ah! —exclamó *Mr. Catskill*—. Ya hemos pensado en eso. Pero podemos imitar una página de la historia de Hernán Cortés... quien, en el mismo corazón de Méjico, tomó a Moctezuma como su prisionero y rehén. Nosotros también tendremos nuestros rehenes. Antes de iniciar la aventura los tendremos.

¡Dios mío!

—¡Tendremos rehenes!

—Alguien de importancia —advirtió *Hunker*.

—Cedar y Serpentine son dos personas importantes —agregó *Mr. Burleigh*.

—Pero, señores, ustedes no pueden tomar en serio este sueño de piratas propio de niños de la escuela dijo *Mr. Barnstaple*.

—¡Niños de la escuela! —exclamó el padre Amerton—. ¡Un gabinete ministerial, la Cámara de los Lores y todo el Estado Mayor!

—Mi querido señor —advirtió *Mr. Burleigh*—, nosotros estamos, después de todo, encarándonos con eventualidades. Y por mi vida que no veo el porqué no podríamos convertir en realidad estos proyectos. ¿Qué estaba usted diciendo, Rupert...?

—Que debemos establecernos aquí y asegurar nuestra independencia y hacérsela sentir a los utópicos.

—Oiga, oiga —dijo *Ridley*—. A uno o dos me gustaría hacérsela sentir personalmente.

—Vamos a convertir esta prisión en un palacio, en la primera cabeza de puente de la Humanidad en este mundo. Será como poner un pie en una puerta recién abierta para que nunca más pueda cerrarse, y para que quede libre la entrada a los que nos sigan de nuestra raza.

—Está cerrada —dijo *Mr. Barnstaple*—. Excepto por la clemencia de estos utópicos, no podremos jamás volver a nuestro mundo. Y aun con su clemencia, yo tengo mis dudas.

—Eso es lo que me desvela de noche —suspiró *Mr. Hunker*.

—Eso ya se nos ha ocurrido a todos —dijo *Mr. Burleigh*.

—Y es una idea tan desagradable que no debiéramos hablar sobre ella —agregó *Lord Barralunga*.

—Yo no la tuve hasta este momento —dijo *Perk*—. ¿Qué quiere usted dar a entender, señor, cuando dice que no podremos regresar?

—Las cosas son como son y ya no tienen remedio —intervino *Mr. Burleigh*—. Sigamos oyendo a *Mr. Catskill*.

Éste habló con solemnidad:

—Por una vez estoy de acuerdo con *Mr. Barnstaple*. Estoy seguro de que no volveremos a ver más las queridas ciudades de nuestro mundo.

—¡Sólo hace dos días...! —dijo *Lady Stella* con los labios blancos.

—¡Mi fin de semana prolongado hasta la eternidad! —agregó *Mr. Dupont*.

Durante algún tiempo nadie dijo una palabra.

—¡Podemos morir! ¡Dios mío! —dijo *Perk* con un temblor en la voz.

—Pero yo necesito regresar —exclamó *Miss Greeta*—. Tengo que ir a la Alhambra el 2 de setiembre. Es necesario que vaya. Si vinimos aquí tan fácilmente, resulta ridículo decir que no podemos regresar.

Lord Barralonga la miró con afecto.

—Hay que esperar.

—Hay cosas imposibles... hasta para *Miss Greeta Grey*.

—Flete un aeroplano especial... —dijo ella—. Haga algo.

Él hizo una mueca graciosa y movió la cabeza negativamente.

—Querido mío —dijo ella de nuevo, casi llorando—. Esto no es uno de mis caprichos de vacaciones... Es algo muy serio.

—Querida mía: tu Alhambra está ahora mismo tan lejos como la corte del rey *Nabucodonosor*.

—Pero yo necesito ir allá... ¡Y eso es lo que hay!

3

Mr. Barnstaple se levantó y se alejó de la mesa paseando hasta una brecha que había en la pared del castillo que daba sobre el desierto exterior. Se sentó allí. Sus ojos fueron desde el pequeño grupo que hablaba alrededor de la mesa, hasta la luz del sol que daba en las crestas de los riscos y la selvática y abandonada colina. En este mundo podría él vivir libre de todas sus preocupaciones anteriores. Pero no estaría en él muchos días si *Mr.* Catskill iniciaba su aventura. Sydenham, su esposa y sus hijos estaban en verdad tan lejos... «como la corte del rey Nabucodonosor». Él le había dedicado a su familia poco más de un minuto de recuerdo desde que le había enviado por correo aquella carta en Victoria. Ahora sentía un extraño remordimiento y de buena gana les enviaría alguna noticia... si pudiera. ¡Qué triste resultaba pensar que jamás volverían a verse! ¿Cómo se las arreglarían sin él? ¿Tendrían dificultades con la cuenta del Banco? ¿O con la prima del seguro? Siempre había tenido la intención de abrir una cuenta en común con su esposa, y nunca se había decidido a hacerlo... Todos los hombres debían tomar esta precaución... Volvió a prestar atención a *Mr.* Catskill que seguía explicando sus planes:

—Debemos hacernos a la idea de que nuestra estancia aquí puede ser muy larga. No nos hagamos ilusiones sobre el particular. Puede durar años, generaciones, tal vez toda la eternidad...

Esto le chocó a Perk, que no se pudo contener:

—No veo por qué tendríamos que estar aquí tanto tiempo.

—Yo sí lo veo —dijo secamente *Mr.* Catskill.

—Está bien —musitó Perk, y se quedó pensativo con los ojos puestos en *Lady Stella*, sin pestañear.

—Nosotros constituimos una pequeña comunidad extranjera en este mundo, hasta que lo dominemos como los romanos dominaron a los griegos; cuando conozcamos su ciencia la aplicaremos a nuestros propósitos. Esto puede ser el principio de una larga lucha... Pero debemos mantenernos unidos; considerarnos como una colonia, una guarnición, hasta que llegue el día de iniciar el ataque: tener nuestros rehenes en cuanto podamos. Quizás interese a nuestros proyectos capturar algunos utópicos jóvenes para instruirlos en las grandes tradiciones de nuestro Imperio y de nuestra raza.

Mr. Hunker pareció a punto de decir algo, pero se arrepintió. *Mr. Dupont* se levantó de la mesa y se quedó muy atento observando a *Mr. Catskill*.

—¿Educarlos nosotros? —dijo *Perk*.

—Sí —replicó *Catskill*—. Educarlos. Aquí somos extranjeros... semejantes a otro pequeño grupo de aventureros que hace veinticinco siglos establecieron su campamento en el Capitolio junto al impetuoso Tíber. Esto es nuestro Capitolio. Un Capitolio mucho más grande... que la mayor Roma del mejor de los mundos. Y como el grupo de romanos aventureros, nosotros reforzaremos nuestro ejército tomando como esclavos a los vencidos, y elegiremos entre ellos nuestros criados y consortes. ¡Ningún sacrificio es demasiado grande ante la inmensas posibilidades de esta aventura!

Mr. Dupont parecía nervioso.

—En cuanto a los consortes, se entiende que debidamente casados —puntualizó el padre *Amerton*.

—Debidamente casados —confirmó *Mr. Catskill*—. Y así, señores, nos quedaremos aquí y conquistaremos y dominaremos todo el territorio que nos rodea, y extenderemos nuestro prestigio, nuestra influencia y nuestro espíritu por toda la superficie de este decadente

mundo de Utopía. Al final también seremos capaces de dominar el secreto que Arden y Greenlake estaban buscando, y con él encontraremos el camino de regreso a nuestro planeta, abriendo a los centenares de millones de habitantes de nuestro Imperio...

4

—¡Quieto un momento! —dijo Hunker—. ¡Quieto un momento! Cuidado con ese Imperio...

—Sí, señor... —exclamó Dupont—. ¿Qué entiende usted por «nuestro Imperio»?

Mr. Catskill los miró a la defensiva:

—Cuando yo digo Imperio, hablo en términos generales.

—¡Ah! —dijo *Mr. Dupont*.

—Yo estaba pensando en nuestra... civilización atlántica.

—Antes, señor, usted quiso referirse a la unidad anglosajona de raza de habla inglesa —rectificó *Mr. Dupont* con tono de amargura en la voz—. Permítame recordarle un hecho muy importante que usted parece estar pasando por alto: la lengua de Utopía es la francesa. Debo recordarle esto; debo hacerle ver este hecho evidente. Aunque, desde luego, puede estar seguro de que no haré aquí ninguna clase de coacciones alegando los sacrificios y martirios que ha soportado Francia por la causa de la civilización.

—Comprendo su error —interrumpió *Mr. Burleigh*—. Pero si me perdona la corrección, debo decirle que el idioma de Utopía no es el francés.

Mr. Barnstaple recordó que *Mr. Dupont* no estaba presente cuando los utópicos explicaron las características singulares de su método de

entenderse entre sí.

—Permítame, señor, creer en la evidencia de lo que me entra por mis propios oídos —replicó el francés con cortesía—. Estos utópicos, puedo asegurárselo, hablan francés y nada más que francés... Un excelente francés.

—No hablan lenguaje alguno —dijo *Mr. Burleigh*.

—¿Ni siquiera inglés? —se burló *Mr. Dupont*.

—Ni siquiera inglés.

—¿Ni esperanto tampoco? Pero... ¡bah! ¿Por qué discuto? Hablan francés, y ni siquiera un alemán lo discutiría... Tenía que ser un inglés.

Simpática riña, pensó *Mr. Barnstaple*; no había ningún utópico presente para desengañar a *Mr. Dupont*, y él defendería su creencia a sangre y fuego. Con una mezcla de lástima, mofa y cólera, *Mr. Barnstaple* escuchaba a este pequeño grupo de seres humanos perdido en el crepúsculo de un mundo vasto, extraño y posiblemente enemigo, enfureciéndose en una disputa sobre las posibilidades de sus naciones para dominar Utopía. *Mr. Hunker* no quería oír hablar de Imperio; *Mr. Dupont* no admitía que se pusiera en duda el mejor derecho de Francia; y *Mr. Catskill* estaba frente a ambos, político, diplomático y habilidoso. A *Mr. Barnstaple* esta discusión patriótica le parecía semejante a una pelea de perros en un barco que se hunde. Pero al final *Mr. Catskill*, persistente e ingenioso, tomó ventajas a sus antagonistas. Explicó con calma que había usado la palabra «Imperio» sin proponérselo, disculpándose de haberlo hecho, aclarando que al decir Imperio quería referirse siempre a toda la Civilización Occidental.

—Cuando yo digo Imperio —dijo volviéndose a *Mr. Hunker*—, quiero decir una común hermandad de entendimiento —miró ahora a *Mr. Dupont*—, es decir, nuestra leal e imperecedera Entente.

—Por lo menos no hay aquí ningún ruso —dijo Dupont— ni ningún alemán.

—Cierto —dijo Lord Barralonga—. Nosotros hemos llegado antes que ellos aquí, y debemos aprovecharnos de esta ventaja...

—Y bien aprovechados —agregó *Mr. Hunker*—, que los japoneses son camorristas.

—No hay ninguna razón para que soportemos aquí intromisiones de los amarillos —advirtió Lord Barralonga—. Está bien claro, me parece a mí, que esta conquista corresponde a los hombres blancos.

—Antes de hacer nada —dijo *Mr. Dupont* con frialdad—, permítame que exija una definición más clara de nuestro pacto actual y que pida algunas garantías efectivas de que los inmensos sacrificios que Francia ha hecho y hace por la causa de la Civilización recibirán su debido reconocimiento y su natural recompensa al final de esta aventura... Creo que estoy en mi derecho.

5

La indignación hizo audaz a *Mr. Barnstaple*.

—¿Están ustedes locos, o lo estoy yo? Esta discusión sobre banderas, países y fantásticos derechos y pactos... es una locura. ¿No se dan ustedes cuenta de nuestra situación actual?

Le faltó la respiración, pero se repuso en seguida.

—¿Son ustedes incapaces de hablar de cosas humanas si no es en términos de banderías, luchas, conquistas... y latrocinios? ¿No se dan ustedes cuenta de la proporción de las cosas y de la calidad de este mundo donde hemos venido a caer? Como ya he dicho antes, parecemos una banda de salvajes escapados de un circo y planeando la

conquista de Londres. Parecemos caníbales civilizados que en el corazón de una gran ciudad soñaran con resucitar sus antiguas prácticas de antropofagia. ¿Qué posibilidades tenemos en esta lucha fantástica?

Mr. Ridley habló con tono de censura.

—Usted olvida cosas que se acaban de decir. Muchas cosas. Esta gente está postrada en cama con sarampión; carecen de todo sentido de lo que nosotros llamamos voluntad de lucha.

—¡Muy bien dicho! —agregó *Mr. Catskill*.

—Bien... —replicó *Mr. Barnstaple*—. ¿Supone usted que eso nos da posibilidades? Si esto da a su proyecto esperanzas también le da tintes más pesimistas y oscuros. Aquí hemos sido elevados sobre las verdades de nuestro tiempo a la realidad de una civilización que nuestro mundo sólo podrá alcanzar después de muchos siglos. ¡Éste es un mundo en paz, espléndido, feliz, lleno de sabiduría y de esperanza! ¡Si nuestras menguadas fuerzas y ruin astucia se lo proponen, vamos a destrozarlo todo! ¡Nos estamos proponiendo arruinar un mundo! Yo os digo que esto no es una aventura: es un crimen, una abominación.

Yo no tomaré parte en ella. Estoy contra vosotros en este proyecto.

El padre Amerton habría hablado si *Mr. Burleigh* no le hubiese hecho callar con un gesto.

—¿Qué se propone usted hacer? —preguntó *Mr. Burleigh*.

—Rendirme a la evidencia del poderío de este mundo. Aprender lo que pueda de estos hombres dioses. Mientras, podemos ser curados de nuestras intoxicaciones, quedaremos inmunes de todo contagio y se nos permitirá regresar desde este alejado desierto de ruinas, turbinas y rocas, a los bellos jardines que apenas hemos entrevisto. Allí podremos

aprender mucho de esta civilización. Y finalmente podremos ingresar a nuestro mundo... con conocimientos, esperanzas y ayuda, misioneros de un nuevo orden.

—Pero ¿por qué...? —empezó a decir el padre Amerton, aunque de nuevo le cortó la palabra *Mr. Burleigh*.

—Todo lo que usted dice —replicó éste— carece de fundamento; usted ve a Utopía a través de cristales de color de rosa. Nosotros... —contó los asistentes—, once contra uno, vemos las cosas sin sus favorables prejuicios.

—¿Y puedo preguntar —dijo el padre Amerton dando sobre la mesa un golpe que hizo saltar todos los vasos— quién es usted para erigirse en juez y censor de la opinión general de la Humanidad? Porque yo le digo, señor, que aquí en este desolado, malvado y extraño mundo, nosotros, los doce, representamos a la Humanidad. Somos la vanguardia, los pioneros... en el nuevo mundo que Dios nos ha dado, casi como dio Canaán a Israel, el pueblo elegido, hace tres mil años. ¿Quién es usted...?

—Lleva razón —dijo Perk—. ¿Quién es usted?

Mr. Barnstaple no sabía cómo defenderse de ataque tan directo. Estaba desamparado. Inesperadamente, *Lady Stella* vino en su ayuda.

—Esto no es justo, padre Amerton —dijo—. *Mr. Barnstaple*, como cualquiera, tiene perfecto derecho a expresar su opinión.

—Y habiéndola expresado —dijo *Mr. Catskill*, que había estado paseando arriba y abajo al otro lado de la mesa—, debe dejarnos proceder en nuestros asuntos. Es inevitable que continuemos estudiando la conquista de Utopía. Todos estamos de acuerdo menos él, y somos suficiente mayoría para que las decisiones que tomemos sean válidas.

—Desde luego —dijo Mush, mirando a *Mr. Barnstaple* con maligna expresión—. ¡Muy bien! Supongo que seguiremos el sistema natural en semejantes casos. No le pediremos, señor —*Mr. Barnstaple* advirtió el peligro que se cernía sobre él—, que luche con los honores de un combatiente; le pediremos sólo que haga algún trabajo útil...

Mr. Barnstaple levantó las manos como si se defendiera de sus enemigos:

—No. No estoy dispuesto a ser útil. No reconozco analogía entre esta situación y una guerra. De cualquier modo que se plantee, yo soy enemigo de este proyecto... de latrocinio de una civilización. No puedo considerarme beligerante en la lucha, porque no creo que ésta sea justa... Yo le suplico, *Mr. Burleigh*, usted que no es sólo un político, sino un hombre de cultura y un filósofo, que haga recapacitar a todos sobre este disparate que estamos a punto de cometer... cuyos actos de violencia y daño caerán sobre nuestras cabezas.

—*Mr. Barnstaple* —dijo *Mr. Burleigh* con grave dignidad y con acento de reproche en la voz—. En efecto, creo que puedo decir que soy un hombre con alguna experiencia de los asuntos humanos. Yo no puedo convenir en todo con mi amigo *Mr. Catskill*. Aún más; en muchos aspectos de la cuestión soy totalmente contrario a él. Si yo tuviera aquí poderes autocráticos, diría que nosotros hemos de ofrecer resistencia a los utópicos por nuestro propio respeto, pero no una resistencia violenta y agresiva como él propone. Pero ni *Mr. Hunker*, ni Lord Barralonga, ni *Mr. Mush*, ni *Mr. Dupont* comparten mi opinión. Y lo que yo propugno como necesidad imperiosa en nuestro pequeño grupo de terrícolas, perdido en este extraño universo, es unidad y sólo unidad. Pase lo que pase, la disputa interna será siempre nuestro mayor enemigo. Debemos ayudarnos hasta hacemos como un solo hombre. Discutamos, si usted quiere, cuando haya tiempo para discutir, pero lo que importa ahora es decidir y actuar. Sobre la necesidad de asegurarse un rehén o dos, no tengo ninguna duda, y en eso *Mr.*

Catskill tiene toda la razón.

Mr. Barnstaple era un mal polemista.

—Pero estos utópicos son humanos como nosotros. Todo lo bueno nuestro lo tienen ellos.

Mr. Ridley interrumpió con una voz áspera.

—¡Oh, Dios! No podemos perder el tiempo en discusiones inútiles. Se está poniendo el sol y no hacemos sino hablar. Debemos tomar posiciones y decidir nuestro plan antes de la noche. ¿Puedo proponer que elijamos a *Mr. Catskill* como capitán con plenos poderes militares?

—Yo me uno a esa proposición —dijo *Mr. Burleigh* con grave humildad.

—Quizá *Mr. Dupont* —dijo *Mr. Catskill*— querría ser capitán adjunto mío, representando a Francia, nuestra gloriosa aliada, su gran país.

—A falta de más valioso representante —accedió *Mr. Dupont*—, y sólo para estar seguro de que los intereses franceses son debidamente respetados.

—¿Y si *Mr. Hunker* quisiera ser mi teniente? Lord Barralonga sería nuestro alcalde y el padre Amerton nuestro capellán y censor. *Mr. Burleigh*, me olvidaba de decirlo, será nuestro jefe civil.

Mr. Hunker tosió. Frunció el ceño con la expresión de quien quiere hacer una delicada advertencia:

—Yo no seré el teniente. No tomaré posición oficial porque soy radicalmente contrario a toda clase de... alianzas con extranjeros. Pero, a pesar de esto, cuando necesiten mi ayuda, la tendrán.

Mr. Catskill se sentó a la cabeza de la mesa e indicó la silla inmediata

a *Mr. Dupont*. *Miss Greta Grey* se sentó al otro lado, entre él y *Mr. Hunker*. *Mr. Burleigh* se sentó enfrente. El resto se acomodó alrededor del capellán, excepto *Lady Stella* y *Mr. Barnstaple*, quien sin disimulos volvió la espalda al nuevo comandante. *Lady Stella* permaneció sentada al extremo de la mesa, mirando con indiferencia las crestas desoladas de las montañas lejanas. Luego se levantó:

—Va a hacer mucho frío en cuanto se ponga el sol. Voy a buscar una manta de viaje...

6

Mr. Barnstaple no necesitaba estar presente en las deliberaciones del Consejo de Guerra. Fue paseando hasta una de las brechas que rompía la pared del viejo castillo, subió por una escalera de piedra y llegó a la muralla. El ruido del agua en el fondo de los cañones era entonces como un trueno continuado. Había aún luz de sol en los picachos altos de las montañas, pero todo el resto del mundo estaba sumido en una sombra azulada y una neblina lechosa subía de los cañones y ocultaba los torrentes. Subió casi al nivel del pequeño puente que unía el cañón más estrecho con una escalera que llevaba al sitio opuesto. Por primera vez desde que había llegado a Utopía, notó que el aire estaba frío. Y la soledad tremenda le produjo una angustiosa sensación de pena. Sobre el más ancho de los cañones estaban haciendo algún trabajo de ingeniería; periódicas ráfagas de luz atravesaban la niebla. Lejos, sobre la montaña, un solitario aeroplano, muy alto, reflejaba los rayos del sol y enviaba al suelo temblorosos fognazos de una luz morada; después se desvaneció en el cielo profundamente azul. Miró abajo, al gran patio de armas del viejo castillo. Alguien había traído una luz, y el capitán Rupert Catskill, el nuevo Hernán Cortés, estaba escribiendo órdenes mientras su Estado Mayor rodeaba respetuoso al jefe recién estrenado. La luz brillaba en la cara, los hombros y los brazos de *Miss Greta Grey*; estaba curioseando por encima del hombro del capitán, viendo lo que éste

escribía. *Mr.* Barnstaple pudo ver cómo alzaba la mano y se tapaba la boca para disimular un involuntario bostezo.

CAPÍTULO III

MR. BARNSTAPLE ES DECLARADO TRAIADOR A LA HUMANIDAD

1

Mr. Barnstaple pasó buena parte de la noche sentado en la cama, meditando sobre la situación que los últimos acontecimientos le habían creado. ¿Qué podía hacer? ¿Qué debía hacer? ¿Dónde estaba su libertad? Las tradiciones e infecciones de la Tierra habían convertido esta maravillosa aventura en una peligrosa competencia entre dos mundos. Ahora no se le ofrecían más que dos oportunidades: o los utópicos demostraban ser los más fuertes y los más sabios, y él y todos sus compañeros piratas serían aplastados y muertos como sabandijas, o las disparatadas ambiciones de *Mr.* Catskill serían realizadas y ellos llegarían a ser una llaga infame en el bello cuerpo de esta noble civilización, como una banda de bandoleros arrasando Utopía año tras año, edad por edad, hasta volverla a la atrasada condición de la Tierra. Él no tenía más que una solución: pasarse a los terrícolas, revelarles el proyecto de los terrícolas, y entregarse con todos a su clemencia. Pero esto había que hacerlo con calma antes de que se tomasen los rehenes y empezara el derramamiento de sangre.

Pero no era fácil escapar de los terrícolas. *Mr.* Catskill tendría ya organizados servicios de centinelas, y la especial situación del desfiladero le permitía vigilar todos los caminos propicios a la fuga. *Mr.* Barnstaple había sido siempre un rebelde; despreciaba a los partidos políticos y a sus jefes; al agresivo conquistador, al acaparador financiero, al falaz negociante; los detestaba como a las avispas, ratas, hienas, pulgas, ortigas y cosas parecidas; toda su vida había sido un ciudadano de Utopía exiliado en la Tierra. Si siempre había soñado con servir a Utopía, ¿por qué no servirla ahora? Si los terrícolas eran una tripulación disparatada, el hecho de permanecer junto a ellos suponía una aceptación del rumbo y el gobierno de la nave a punto de hundirse

para siempre. Sólo a dos personas entre los terrícolas, *Lady Stella* y *Mr. Burleigh*, les tenía alguna simpatía; y respecto a *Mr. Burleigh*, tenía sus dudas, porque le resultaba uno de esos hombres extraños que parecen saberlo todo y no sentir nada. Le daba la impresión de un ser inteligentemente irresponsable... ¿Y no sería esto peor que ser inteligentemente aventurero, como *Hunker* o *Barralonga*? El pensamiento de *Mr. Barnstaple* volvió desde su larga excursión ética a la realidad que le rodeaba. Mañana podría estudiar el terreno y hacer sus planes, y quizás en el crepúsculo pudiera escapar. Era muy propio de su carácter esta decisión de diferir la fuga hasta el día siguiente.

2

Pero los acontecimientos no podían esperar por *Mr. Barnstaple*. Le llamó *Mr. Perk* para decirle que en lo sucesivo la guarnición sería despertada cada mañana por un toque de cornetín, dado con un aparato que *Ridley* había inventado; en efecto, un desolador aullido de este invento inauguró la nueva Era. *Mr. Barnstaple* recibió una hoja de papel en la cual *Mr. Catskill* había escrito:

«*Mr. Barnstaple*. Ayudar a *Ridley* a preparar el desayuno, almuerzo y cena; servir la comida; barrer y fregar; estar a las órdenes del teniente *Hunker* en laboratorio químico para ayudarles en los experimentos y en la construcción de bombas; mantener laboratorio siempre limpio».

—Ésta es su tarea —dijo *Perk*—. *Ridley* le espera.

No era cosa de discutir, si pensaba escapar. Buscó a *Ridley* y organizaron entre los dos una imitación muy buena de las cocinas militares inglesas en lo más duro del año 1914. A las seis y media se dio el desayuno. Los hombres, formados militarmente, fueron revistados por *Mr. Catskill*, seguido a respetuosa distancia por *Mr. Dupont*; *Mr. Hunker* estuvo frente a la formación durante la revista a pocas yardas de distancia; todos los hombres formaron, excepto *Mr. Burleigh*, que

por ser el jefe civil de Utopía estaba todavía en la cama, y *Mr. Barnstaple*, que no era combatiente. *Miss Greeta* y *Lady Stella* estaban sentadas en una esquina del patio cosiendo una bandera. Iba a ser una bandera azul con una estrella blanca, bien distinta de cualquier bandera nacional para no herir la patriótica sensibilidad de alguna persona de la reunión. Sería el símbolo de la liga de las Naciones Terrícolas. Después de la parada la guarnición se distribuyó en sus diversos puestos de trabajo; *Mr. Dupont* asumió la jefatura, y *Mr. Catskill*, que había vigilado toda la noche, se fue a dormir. Tenía la cualidad napoleónica de dormir sólo una hora al día.

Mr. Perk subió a lo alto del castillo para dar un vistazo. Hubo algún intervalo entre la hora en que *Mr. Barnstaple* terminó con *Ridley* y la hora en que *Hunker* le necesitó en el laboratorio, y este tiempo lo dedicó a una inspección de la pared del castillo. Mientras estaba de pie en la antigua muralla calculando sus oportunidades de fuga aquella misma tarde, un aeroplano apareció sobre el desfiladero y se posó en la ladera inmediata. Dos utópicos descendieron, hablaron algo con sus aviadores y después se volvieron hacia la plaza fuerte de los terrícolas.

—*Serpentine* y *Cedar* —dijo *Mr. Catskill*, que había subido tras de *Mr. Barnstaple* y observaba a los recién llegados con sus anteojos—. *Y vienen solos. ¡Magnífico!*

Se volvió e hizo una señal con la mano a *Perk*, quien respondió con dos toques de llamada, señal de que el jefe convocaba a asamblea general. En el patio del castillo apareció el resto de las fuerzas aliadas. *Mr. Catskill* pasó junto a *Mr. Barnstaple* sin dirigirle la palabra, se unió a *Mr. Dupont*, *Mr. Hunker* y sus subordinados y procedió a instruirlos en sus planes para la campaña inmediata. *Mr. Barnstaple* pudo oír lo que les decía, pero observó con desagrado que cada hombre, cuando el jefe terminaba de hablarle, daba un taconazo y saludaba militarmente. Después, a una voz del comandante, se dispersaron.

Había una escalera que conducía al patio a través de un pasaje abovedado labrado en la pared de roca. Ridley y Mush se situaron a la derecha de esta escalera bajo un saliente de mampostería, con lo que quedaban ocultos para alguien que llegase por allí; el padre Amerton y *Mr. Hunker* se ocultaron en la parte opuesta. El sacerdote llevaba un rollo de cuerda, y *Mr. Mush* examinaba una pistola, que luego se metió con cuidado en el bolsillo del pantalón. Lord Barcalonga tomó posiciones algo más arriba que *Mr. Mush* y quedó a la expectativa con un revólver en la mano; *Mr. Catskill* permaneció en lo alto de la escalera con otro revólver; *Mr. Dupont*, armado con la pata de una mesa, se agazapó detrás de su comandante.

Mr. Barnstaple tardó en darse cuenta exacta del significado de tales precauciones, pero cuando sus ojos fueron desde las ocultas figuras del interior del castillo a las dos de los confiados utópicos que venían hacia ellos, se dio cuenta de que en un par de minutos *Serpentine* y *Cedar* podían ser hechos prisioneros. No tuvo duda respecto de su deber. Pero su espíritu indeciso, incapaz de tomar una determinación rápida, estuvo a punto de traicionar a su voluntad.

3

Confiaba en una mediación pacífica. Levantó un brazo y gritó:

—¡Eh...!

El grito iba dirigido tanto a los terrícolas como a utópicos, pero nadie advirtió su señal ni oyó su débil voz. Entonces su voluntad se aferró a una sola idea: *Serpentine* y *Cedar* no debían ser apresados, bufaba indignado de su vacilación y de su cobardía. ¡Pero no serían apresados! Esta payasada debía frustrarse en el acto. En cuatro zancadas estuvo en lo más alto de la muralla y gritó a todo pulmón:

—¡Peligro...! ¡Peligro...! ¡Peligro...!

Oyó una exclamación de asombro de Catskill y un tiro de pistola, cuyo proyectil silbó muy cerca de él. Serpentine se detuvo en seguida y miró hacia arriba, tocando en el brazo a Cedar y señalando a *Mr. Barnstaple*, que seguía gritando:

—¡Estos terrícolas quieren tomaros prisioneros! ¡No vengáis aquí! ¡Peligro...!

Se oía abajo a *Mr. Catskill* maldiciendo del revólver que no disparaba. Serpentine y Cedar iniciaron el regreso... pero despacio y titubeando. De momento, *Mr. Catskill* no supo qué hacer, pero a poco empezó a gritar:

—¡A por ellos...! ¡Detenedles...! ¡Venid aquí...!

—¡Escapad...! —gritaba mientras tanto *Mr. Barnstaple* a los utópicos—. ¡Escapad rápidamente...! ¡Daos prisa...!

Los ocho hombres que constituían la fuerza combatiente de los terrícolas en Utopía, con escándalo y ruido de dos batallones, salieron corriendo hacia los asombrados utópicos. *Mr. Mush* iba a la cabeza sin dejar de disparar; *Ridley* iba a sus talones; muy cerca, *Dupont*; el último y con una cuerda, el padre *Amerton*.

—¡Regresad...! —gritaba *Mr. Barnstaple* con voz quebrada.

Cansado de gritar se cruzó de brazos. Los aviadores bajaban las escalerillas de sus aviones y corrían en auxilio de Serpentine y de Cedar, mientras en el cielo azul aparecieron dos aeroplanos. Los dos utópicos fueron alcanzados por sus perseguidores en pocos segundos. *Hunker*, *Ridley* y *Mush* dirigían el ataque. *Dupont*, enarbolando su garrote, se desvió hacia la derecha, como si intentara interponerse entre los casi prisioneros y los aviadores que acudían en su ayuda. *Catskill* y *Perk* se adelantaron a todos: *Barralunga* estaba a retaguardia, y el padre *Amerton* se había detenido para enrollar su cuerda

convenientemente. Tras unos momentos de parlamento, Serpentine se apoderó con rapidez de Hunker; sonó una pistola y luego otra, hasta tres disparos.

—¡Oh, Dios mío!

Mr. Barnstaple vio a Serpentine levantar los brazos y caer pesadamente hacia atrás; después. Cedar había cogido y levantado a Mush y le había tirado contra *Mr. Catskill* y *Mr. Perk*, haciendo con todos un revuelto montón. Con un grito salvaje, *Mr. Dupont* cargó contra Cedar, pero no con bastante rapidez; el utópico paró el golpe, cogió a su agresor por una pierna, le volteó, como uno puede voltear una sabandija, y luego lo arrojó contra *Mr. Hunker*. Lord Barralonga corrió hacia atrás y empezó a disparar a los aviadores que se aproximaban. Lo que había sido unos momentos un confuso montón de piernas y brazos agitándose en el suelo volvió a ser tres personas independientes. *Mr. Catskill*, *Perk* y *Mush*, y, poco después. *Hunker* y *Dupont*, se agarraron a Cedar como perros de caza abalanzados contra un jabalí, hasta derribarle. El padre Amerton daba vueltas inútilmente a su rollo de cuerda.

Mr. Barnstaple estaba asombrado de la fuerza de Cedar; después de iniciada la lucha vio llegar a otros utópicos que corrían en defensa de sus compañeros. Los otros dos aeroplanos ya habían aterrizado. *Mr. Catskill* se dio cuenta de la llegada de los refuerzos casi al mismo tiempo que *Mr. Barnstaple*. Sus voces de «¡Regresad...! ¡Regresad al castillo...!» llegaron a oídos de *Mr. Barnstaple*. Los terrícolas titubearon y empezaron a correr hacia el castillo, pero antes *Ridley* se volvió y disparó contra Cedar, que estaba caído en el suelo. Los terrícolas se retiraron al pie de la escalera que conducía al interior de la fortaleza y subieron por ella desordenados, confusos y tristes. Cincuenta yardas más allá, Serpentine gemía revolcándose de dolor; y Cedar estaba bañado en sangre, como muerto. Cinco utópicos acudían presurosos en su ayuda.

—¿Qué son esos disparos? —preguntó *Lady Stella* a *Mr. Barnstaple*.

—¿Han cogido ya los rehenes? —añadió *Miss Greta Grey*.

—¡Por mi vida! —dijo *Mr. Burleigh*, que acababa de subir a la muralla—. ¿Cómo ha podido fallar el plan?

—Yo les avisé —dijo *Mr. Barnstaple*.

—¡Usted...! ¿Les avisó a ellos? —respondió *Mr. Burleigh* sin quererlo creer.

—¡Traición nos hizo! —La voz de *Mr. Catskill*, llena de cólera, se oía por todo el castillo.

4

De momento *Mr. Barnstaple* no hizo nada por escapar del peligro que se cernía sobre él. Había vivido siempre rodeado de seguridades y, como en muchos hombres civilizados, la facultad de advertir el peligro personal inmediato estaba bastante atrofiada. Era espectador por temperamento, y estaba ahora como si se contemplase a sí mismo en un escenario, figura central de una gran tragedia. La idea de huir vino poco a poco, como si su pensamiento se desentumeciera después de un largo sueño.

—¡Soy un traidor! —decía en voz alta—. ¡Soy un traidor!

Se acordó del puente sobre el desfiladero; podía llegar a él en seguida si actuaba con más rapidez que los súbditos de *Mr. Catskill*. Anduvo a lo largo del muro y pasó cerca de *Mr. Burleigh*, pero éste era demasiado civilizado para intervenir con oportunidad en su captura; ganó la escalera que conducía a la ciudadela, y se detuvo un momento para examinar la situación. *Catskill* estaba ocupado poniendo centinelas en las puertas. Quizá no había pensado todavía en el

pequeño puente e imaginaba que *Mr. Barnstaple* estaba cercado y a su disposición todo el tiempo que le conviniera. Fuera, los utópicos se llevaban a sus heridos... o muertos. Subió la escalera y estuvo en la ciudadela en un momento; después de estudiar el terreno bajó por una tortuosa escalerilla que conducía a una especie de calabozo. Allí, seguro de no ser visto, empezó a actuar con rapidez. El calabozo tenía cinco puertas; contra una había un montón de cajas de envases; eliminada ésta y aquélla por la que había entrado, quedaban tres para elegir la salida. Corrió de una a otra, y todas daban a una escalera de piedra. Estuvo titubeando, y de pronto observó que por la tercera llegaba un soplo de aire fresco, señal de que por ella se salía al exterior. ¿De dónde iba a venir aquel aire, si no? Antes de salir dejó todas las puertas abiertas. Oyó el rumor de los que bajaban desde la ciudadela; con cuidado de no hacer ruido, corrió escaleras abajo, y no se detuvo hasta el primer rellano; quería escuchar los movimientos de sus perseguidores.

—Ésta es la puerta del puente, señor —oyó gritar a Ridley.

Y después, oyó decir a Catskill:

—La Roca Tarpeya.

Y a Barralonga:

—¡Exactamente! ¿Por qué desperdiciaríamos cartuchos? ¿Está usted seguro de que por aquí se va al puente, Ridley?

El tropel de los que le perseguían atravesó el calabozo y pasó..., por debajo de *Mr. Barnstaple*, por otra escalera.

—Un respiro —murmuró nuestro hombre.

Se detuvo espantado. ¡Estaba en una trampa! ¡La escalera por donde ellos iban era la que conducía al puente! Tan pronto como llegaron al

final verían que él no estaba en el puente y que, por lo tanto, no era posible que hubiese escapado; obstruirían el camino, cerrando y afianzando las puertas, pondrían centinelas y regresarían para matarle como a un conejo. ¿Qué estaba diciendo Catskill de la Roca Tarpeya? ¡Horrible final...! ¡Pero no le cogerían vivo! Lucharía como un gato acorralado y les obligaría a disparar y a matarle a tiros. Anduvo por debajo de la escalera. Al principio estaba el camino muy oscuro, pero después volvió a encontrar luz. El pasadizo terminaba en una gran bodega o sótano, bien alumbrado por dos ventanas sin cristales, abiertas en la misma roca. Parecía un almacén de provisiones; a todo lo largo de una de las paredes estaban apiladas centenares de botellas; frente, había un montón de cajas de envases y cubos dorados. Cogió una botella por el cuello y comprobó que serviría perfectamente como garrote en caso de apuro. ¡Supongamos que hiciera una especie de barrera con los envases! Si alguno de sus perseguidores entraba, le golpearía con la botella y le aplastaría el cráneo... Había tiempo de hacer una buena barricada... Trajo tres de las cajas más grandes hasta la puerta; después tuvo una inspiración y miró a la ventana.

Escuchó con cuidado en la puerta de la escalera. No se oía ni un ruido. Fue a la ventana y se tumbó en el alféizar arrastrándose hacia adelante hasta que pudo ver fuera, arriba y abajo. La roca parecía cortada a pico y tendría unos mil quinientos pies de profundidad; un gran contrafuerte ocultaba casi del todo el puente, excepto el extremo final, que parecía estar a unas veinte o treinta yardas por debajo de la ventana. *Mr. Catskill* apareció en el puente, muy pequeño y distante, escudriñándolo todo con mucha atención. *Mr. Barnstaple* se escondió en seguida; después, muy discretamente, se asomó otra vez. *Mr. Catskill* regresaba ya. Se decidió; no había tiempo que perder. En su juventud, antes de que la Gran Guerra convirtiese los viajes en algo costoso e incómodo, *Mr. Barnstaple* había hecho algunas escaladas en Suiza, y en Cumberland y en Gales. Observó la roca cercana con una mirada inteligente; estaba cortada casi horizontalmente por unos

huecos, que daban la sensación de que allí había habido una considerable filtración de algo blanco y cristalino que él supuso que sería calcita; esta sustancia se había ido pulverizando hasta dejar una serie de ranuras irregulares en sentido horizontal. Con suerte, podía pasarse a lo largo del risco, saltar el contrafuerte y trepar al puente.

Después tuvo otra idea, tal vez más feliz. Podría alcanzar la primera de aquellas hendiduras y permanecer escondido en ella hasta que los terrícolas hubiesen registrado la bodega, y después podría regresar a ella libre de peligro. Aunque ellos mirasen por la ventana no podrían verle, y si dejaba huellas de dedos en el alféizar y las descubrían, creerían sin duda que él había intentado saltar y había caído al fondo del barranco, matándose. La idea de ocultarse en la hendidura de la roca no se le iba de la imaginación. Muy cautelosamente, salió por la ventana, encontró un saliente, puso los pies en él y empezó a caminar hacia su escondite. Pero surgió una dificultad inesperada, al tropezar con una zanja de cinco yardas; se confió a sus pies y salvó el peligro; más allá, fue un terrón de una vena mineral que se rompió bajo sus pasos inesperadamente, sin consecuencias catastróficas, porque sus manos estaban agarradas en firme; luego se desprendió una piedra, que cayó rebotando en la roca y haciendo un horrible ruido. Quedó como paralizado, temeroso de que el ruido le delatara.

—Ya no estoy en buena forma —murmuró—. No estoy en buena forma.

Rezó antes de reanudar la travesía. Estaba ya muy cerca del escondite, cuando un débil ruido le hizo volver los ojos a la ventana por donde acababa de escapar. Ridley estaba mirándole y sus ojos brillaban en medio de sus blancos vendajes.

5

Al principio Ridley no había visto a *Mr. Barnstaple*.

—¡Cáspita! —dijo al verle, y se retiró apresuradamente.

Se oyó un rumor de voces que decían cosas ininteligibles. *Mr. Barnstaple* quedó inmóvil, aunque bien pudo haberse escondido antes de que apareciera *Mr. Catskill*, con el revólver en la mano. Durante unos minutos ambos se observaron en silencio.

—Venga o disparo —dijo *Mr. Catskill*.

—¡Dispare! —contestó *Mr. Barnstaple*, después de reflexionar un momento.

Mr. Catskill asomó la cabeza y contempló la profundidad del cañón.

—No es necesario —respondió—. Hemos de ahorrar cartuchos.

—Es usted un cobarde.

—No, no lo soy.

—No, no lo es, desde luego. Usted es... demasiado civilizado.

Mr. Catskill le miró sin hostilidad.

—Usted tiene mucha imaginación —continuó *Mr. Barnstaple*—, pero ha sido detestablemente educado. ¿Qué es la verdad para usted? El Imperio, los anglosajones, los exploradores y los detectives son el estado mayor de su talento. Si yo hubiera ido a Eton como usted, sería lo mismo que usted es ahora, desde luego...

—Eton, no; Harrow —corrigió *Mr. Catskill*.

—Una escuela pública perfectamente animal. Debí suponerlo. Dadas sus buenas ideas, usted pudo haber sido muy diferente de lo que es. ¡Si yo hubiese sido su maestro...! Pero es demasiado tarde ya.

—Lo es... —dijo *Mr. Catskill* sonriendo glacialmente y volviendo los

ojos al fondo del barranco terrible.

Mr. Barnstaple empezó a sentir que las piedras fallaban bajo sus pies.

—No se preocupe —dijo *Catskill*—. No voy a disparar.

Una voz dentro, quizá la de Lord Barralonga, dijo algo sobre lanzar a *Mr. Barnstaple* desde una roca. Alguien, *Ridley* sin duda, aprobó ferozmente.

—No sin darle una oportunidad —dijo *Catskill*.

Su cara era inescrutable, pero una fantástica idea empezó a germinar en la mente de *Mr. Barnstaple*; *Mr. Catskill* no necesitaba matarle; habría pensado utilizarle como intermediario para pactar con los utópicos.

—No queremos cometer un crimen con usted. Queremos oírle y que se defienda. El Consejo de Guerra se reunirá en seguida —sus ojos brillaron calculando las posibilidades de salvación de *Mr. Barnstaple*—. No perderemos tiempo en nuestras deliberaciones y, desde luego, no tengo dudas respecto de nuestro veredicto. Le condenaremos a muerte... sí. Aunque dudo de que dure usted ahí más de un cuarto de hora. Su suerte está definitivamente echada —miró hacia arriba calculando la altura del desfiladero—. Tal vez le arrojemos desde allí...

—Los que van a morir te saludan —dijo *Mr. Barnstaple*, con una extraña gana de bromear—. Si usted me lo permitiera, yo procuraría encontrar de momento una posición más cómoda.

Mr. Catskill le miró con frialdad.

—Nunca le he tenido mal querer —añadió *Mr. Barnstaple*—. Hubiera yo sido su maestro y todo habría sido diferente. Gracias por ese cuarto

de hora de vida que me augura. Y si por algún azar...

—Pudiera ser...

Mr. Barnstaple reunió todas sus energías y avanzó por el saliente de la roca desafiando el precipicio. Y escapó. Todavía estaba *Mr. Catskill* asombrado de la fuga espectacular de su víctima, cuando Lord Barralonga seguía abogando por el inmediato lanzamiento del traidor desde lo alto de la roca.

6

La mente humana es un mecanismo muy extraño. De la desesperación, *Mr. Barnstaple* había pasado al alborozo. Su primera sensación de horror ante la perspectiva de trepar hasta tal altura había sido sustituida por una casi infantil seguridad en el éxito de sus proyectos de fuga. La impresión de su muerte inmediata había desaparecido. En realidad, empezaba a gozar de la aventura con un absoluto desprecio por averiguar cómo terminaría todo aquello. Ahora veía perfectamente el puente y el cañón. El saliente que estaba escalando no llegaba hasta el puente; pasaba a unos treinta pies por debajo, y lo peor era que entre él y el puente había dos zanjas de profundidad incalculable. Empezó a lamentar no haberse quedado en el sótano y haberse defendido en él. Le dolían mucho los brazos. Tuvo miedo porque creyó ver sobre la roca la sombra de un gran pájaro; pensó en que él no estaba en condiciones de defenderse si era atacado por un ave de presa; recordó una historia que había leído, pero en la que nunca había pensado hasta ahora. Después oyó un fuerte crujido sobre su cabeza y un peñasco pasó muy cerca de él y se rompió a poco en mil pedazos. Comprendió que era visible desde arriba. Reanudó su travesía con energía febril.

La zanja estaba mejor de lo que él esperaba; difícil de alcanzar, pero fácil de bajar. A un centenar de pies más abajo había una especie de

escalón, en el que tenía la entrada un anchuroso nicho, con capacidad bastante para que un hombre se tendiese en él si lo necesitaba. Allí descansarían los brazos de *Mr. Barnstaple* y se abandonaría a la deliciosa sensación de no colgar de ninguna parte, y estaría fuera de la vista y del alcance de sus perseguidores. A la espalda del nicho había una fuente. Bebió y empezó a pensar en alimentarse y a lamentar que no se hubiese traído algunas provisiones del sótano; pudo haber abierto uno de aquellos cubos dorados o meterse en el bolsillo un pequeño frasco de vino; el alcohol le reanimaría mucho en esta ocasión. Pero no quiso pensar en esto de momento. Descansó un largo rato y luego escudriñó aquella especie de chimenea. Parecía muy honda, y aunque sus paredes eran lisas, no debía ser imposible descolgarse por ella apoyándose con la espalda en una parte y los pies en la otra del hueco. Miró su reloj. No eran todavía las nueve de la mañana... Le había llamado Ridley antes de las cinco y media; a las seis y media se había servido el desayuno; Serpentine y Cedar debían haber aparecido sobre las ocho; en unos diez minutos habían sido heridos; después, la fuga y la persecución... ¡Qué rápidamente habían sucedido las cosas...!

Tenía todo el día por delante. Podría dejar el descenso hasta las nueve y media. A su hora empezó a descender; durante unos cien pies le fue muy fácil: después, poco a poco, la chimenea se ensanchaba, aunque él no lo advirtió hasta que perdió pie y resbaló. Luchó al pronto para evitar la caída, pero no pudo evitarla; cayó hasta una segunda plataforma, mucho más amplia que la anterior. Estaba dolorido, pero sin heridas.

—Mi suerte —dijo— sigue siendo buena.

Descansó un poco, y después, confiado en que todas las cosas saldrían bien, se sentó a inspeccionar el próximo trayecto de su descenso. Descubrió que era absolutamente imposible seguir bajando; la chimenea se hacía recta y lisa en unas veinte yardas y no tenía

menos de seis pies de ancha. Comprobó que era igualmente imposible desandar el camino. No quería creerlo; parecía demasiado tonto. Se echó a reír como puede reírse un hombre que se encuentra con que su madre se niega a reconocerle después de una ausencia de un par de días. Dejó de reír para repetir el examen con detalles. Tocó con sus dedos la superficie de la roca tan lisa como si estuviese pulimentada.

—Pero esto es absurdo —dijo con un escalofrío de terror—. No hay ningún camino para escapar. No puedo ni seguir ni regresar. Estoy cogido como una rata. Mi buena suerte me ha abandonado.

7

A mediodía *Mr.* Barnstaple estaba sentado en su nicho, tan aburrido como un paciente incurable en su sillón de enfermo, sin nada que hacer y sin esperanza alguna de mejorar. No tenía ni una oportunidad entre diez mil de que pudiera suceder algo que le salvase de esta trampa. Caía un chorro de agua a su espalda, pero no tenía alimentos; ni siquiera una brizna de hierba para masticar. A menos que decidiera arrojar al fondo de aquel pozo, no le quedaba más solución que morirse de hambre... Aunque quizá la noche fuese tan fría que le matase antes. A tan triste fin había venido a parar desde el modestísimo oficio de periodista en Londres y las molestias domésticas de Sydenham. ¡Triste viaje había hecho él y su *peligro amarillo!* Camberwell, Victoria, Hounslow, Slough y Utopía; las montañas del Paraíso; cien fascinantes visiones de un mundo de auténtica felicidad y orden; los aeroplanos volando sobre medio mundo..., y ahora, la muerte de frío y de hambre en aquella cavidad.

La idea de abreviar sus sufrimientos lanzándose al abismo no le seducía. Estaría aquí y sufriría lo que fuese preciso hasta el final. Trescientos años más tarde, todavía estarían sus perseguidores esperando su regreso. Era triste... Después de todo, a esto o a algo parecido tenía que llegar la mayoría de la Humanidad. Más tarde o más

temprano la gente tenía que sufrir y morir; todos tenían que enfermar, soportar luego fiebres altísimas, debilitarse poco a poco y acabar perdiendo por completo la sensibilidad. Pensaba él que era preferible morir de esta manera a morir de muerte repentina; merecía la pena mirar la muerte cara a cara durante algún tiempo, tener serenidad para escribir «Fin» en la propia vida, pensar sobre todas las cosas que uno había hecho y hacerlo con independencia y desprendimiento.

Su mente estaba clara y tranquila; una triste serenidad, como el claro cielo del invierno, se apoderaba de él. Sabía que tendría aún sufrimientos mayores, pero no creía que fuesen intolerables. Si lo fuesen, el cañón bostezaba abajo. A este respecto, su nicho de roca era el mejor lecho de muerte. Su cama de enfermo moribundo era demasiado amplia para poder meditar en ella sobre su situación. Morir de hambre era pavoroso, según había él leído; el hambre sería irresistible al tercer día, pero cuando llegara a la debilidad del final ya no sentiría casi nada. No sería una tortura parecida a la de un cáncer o a la agonía de un loco. Estaría solo, sí... ¿Pero está uno menos solo muriéndose en su casa? La gente va y viene diciendo «¡pobre!, ¡pobre!», y hacen una serie de gestos inútiles. El camino hasta el final hay que recorrerlo absolutamente solo. Cada muerte es un acto solitario, una marcha independiente...

Un hombre más joven habría encontrado muy triste esta soledad en el nicho de la roca, pero *Mr. Barnstaple* había vivido la intensa desilusión del compañerismo; le habría gustado una última charla con sus hijos y con su esposa, pero estos deseos quizá fuesen más sentimentales que reales. Cuando tenía que charlar con sus hijos se sentía tímido. Como ellos tenían ya personalidad propia habían exigido libertad para crecer a lo largo y a lo ancho de los límites de su voluntad. Ellos, bien lo sentía él, estaban tímidos en su presencia: defensivamente tímidos. Más tarde, sus hijos serían hombres..., pero eso ya no lo conocería él. Quería que ellos pudieran saber lo que le había ocurrido a su padre. Esto le preocupaba; quería justificarse ante

ellos; tal vez estarían pensando que él les había abandonado o había sufrido un ataque de amnesia, o había caído en malas compañías y escapado con una mujercuela. Si esto era así, estarían preocupados y avergonzados, o gastando dinero inútilmente para averiguar su paradero.

Uno tiene que morir. Muchos hombres habían muerto así, caídos en sitios extraños, perdidos en oscuras cavernas, abandonados en islas desiertas, encarcelados y dejados perecer en una mazmorra. Era bueno morir sin grandes congojas. Pensó en los millones de hombres que habían sido crucificados por los romanos... ¿Fueron ocho o diez mil los del ejército de Espartaco caídos a lo largo de la Vía Apia? ¡Cuántos negros encadenados y muertos de hambre! Le chocó que algunas cosas fuesen más terribles en su pensamiento que en la realidad. Todo es cuestión de un poco más o un poco menos de sufrimiento... Cruz, rueda de tortura, silla eléctrica o cama de hospital...; el caso era el mismo: ¡te tocó morir y no tienes salvación!

Era agradable encontrarse con que uno podía pensar estoicamente en estas cosas. Era bueno comprobar que no estaba uno desesperado. Y *Mr. Barnstaple* estaba sorprendido de encontrarse ahora un poco preocupado sobre si era o no era inmortal. Estaba preparado para encontrarse inmortal o al menos para comprobar que no se acabaría del todo con la muerte. Le era imposible imaginarse cómo sería el morir; no podía imaginarlo; no podía tampoco calcular cuál sería el futuro del alma. No le tenía miedo a esto; no había pensado en la posibilidad de un castigo ultraterreno, y no lo temía. Él había sido débil, limitado y algunas veces tímido, pero el castigo de estos defectos estaba en los defectos mismos. Dejó de pensar en la muerte. Empezó a pensar en la vida en general, en su desgracia actual, en sus antiguas aspiraciones. Sintió amargura por no haber visto más cosas del mundo en Utopía, el cual era en muchos aspectos una muestra de lo que la Tierra podría llegar a ser. Habría sido muy alentador ver cómo los sueños humanos se habían hecho ya realidad aquí, pero era una

lástima haberlo perdido todo cuando sólo empezaba a vislumbrarlo. Se planteó algunas cuestiones que no tenían respuestas sobre la economía, el amor y la guerra. De cualquier modo estaba contento de haber vivido tanto y tan de prisa.

La Edad de la Confusión de la Tierra también podría evolucionar a su tiempo y alcanzar una absoluta rectitud moral en la Humanidad. Agazapado en un agujero en el risco del gran despeñadero, con incalculable altura y profundidad arriba y abajo, amenazado de frío, hambre e incomodidades, este pensamiento era extrañamente confortador para *Mr. Barnstaple*. ¡Pero con qué vileza habían él y sus compañeros faltado a la gran amistad de Utopía! Ni uno había levantado su mano para poner coto a las pueriles imaginaciones de *Mr. Catskill* y la brutal agresividad de sus compañeros. ¡Qué insensible el padre *Amerton*! ¡Qué débil *Mr. Burleigh*! Y... ¿había estado él mejor? Desaprobando siempre y siempre, en una ineficaz y sistemática oposición. La misma *Greta Grey*, ¡qué impenetrable a cualquier idea que no fuese la de que ella se lo merecía todo! *Lady Stella* era de arcilla más fina, pero se quemaba en un fuego inútil. Las mujeres, pensaba, no habían estado bien representadas en aquella inesperada excursión terrícola a Utopía.

Todo el trato que los terrícolas habían tenido con los utópicos había ido encaminado a retrotraerles a las agresiones, sojuzgaciones, crueldades y desórdenes de la Edad de la Confusión a la que pertenecían. Habían intentado volver a Utopía al estado de la Tierra. La vieja Tierra estaba ahora en Utopía: un jardín y una gloria, el Paraíso Terrenal, excepto que estaba hollado por estos *Catskills*, *Hunkers*, *Barralongas*, *Ridleys*, *Duponts* y gente de tal calaña. Contra sus atropellos parecía no haber otros remedios que las quejas de los *Peeves*, la permanente desaprobación de los *Burleigh* y las ineficaces protestas suyas. Y unos pocos escritores y filósofos cuyas obras nadie sabía entender ni valorar.

Una vez más se encontró *Mr. Barnstaple* pensando en su viejo amigo el inspector de escuelas y escritor de libros escolares, que había trabajado tanto y había muerto tan lastimosamente; había luchado por Utopía toda su vida. ¿Cuántos miles de estos utópicos quedaban todavía en la Tierra? ¿Qué milagro les sostenía?

—Me gustaría enviarles un mensaje, de corazón a corazón.

Pero era cierto. Aunque él se muriera de hambre como una bestia caída en un pozo, Utopía había triunfado y seguiría triunfando. Los luchadores, los patriotas y los boicoteadores habían terminado. Sólo las cosas ciertas prevalecían allí, la verdad, la idea clara, año tras año, edad tras edad, despacio e invenciblemente, como un diamante crece en medio de la oscuridad y las presiones de la tierra. ¿Cuál sería el fin de aquella pobre gente que quedaba allí arriba? Su asidero a la vida era aún más precario que el suyo, porque él podría morir de hambre, pero ellos se habían rebelado contra el poder y la sabiduría de Utopía, y tal vez ahora la fuerza de este mundo estuviese cayendo sobre ellos. Todavía le quedaba un débil remordimiento por su traición en la emboscada preparada por *Mr. Catskill*. Sonrió ahora al recordar la tonta convicción que él había sentido de que si *Catskill* podía capturar sus rehenes, la Tierra podría precaver sobre Utopía. Esta creencia le había precipitado en la rebeldía. Sus débiles gritos habían sido todo lo que se había sentido en aquel mundo para desviar a los terrícolas de sus monstruosos proyectos.

Cuando recordó a Cedar arrojando a *Mush* como a una sabandija, y la estatura y la fuerza de *Serpentine*, dudó de que, aun habiendo entrado ambos hasta la escalera, hubiera sido posible para los terrícolas apoderarse de ellos. Los revólveres habían disparado tan pronto como llegaron a la ladera, y *Catskill*, en vez de rehenes, había conseguido herir a dos hombres amigos. ¡Qué proyecto más imbécil el de *Catskill*! ¿Pero había sido menos tonto el comportamiento de los políticos de la Tierra en los últimos cinco años? En el tiempo en que el

mundo agonizaba en la Gran Guerra, parecía que Utopía se acercara a la vida terrícola. Las nubes negras y el humo de tales años habían sido barridos por la luz de la esperanza y la promesa de un mundo mejor. Pero los nacionalistas, los financieros, el clero y los patriotas habían reducido a la nada tales esperanzas; habían monopolizado viejos venenos y los habían inyectado en el débil espíritu de la Civilización. Habían contado sus armas, levantado sus emboscadas y puesto sus mujeres a bordar banderas de discordia.

Pero la Esperanza era una perpetua resurrección y no podía desaparecer.

—Utopía vencerá.

Puso atención a un ruido que había oído antes sin atenderlo mucho; un temblor en las rocas, una especie de sonido lejano de un motor; crecía a veces para luego disminuir hasta hacerse casi imperceptible. Sus pensamientos volvieron a sus compañeros; tenía la esperanza de que ellos estarían demasiado asustados allí arriba; deseaba que sucediera algo que conservara y aumentara el valor de *Lady Stella*; se preocupaba afectuosamente de ella. Por lo demás, ¡sería tan bonito que todos combatieran con valentía hasta el final! A lo mejor estaban ahora emocionándose con la exposición de algún nuevo y descabellado proyecto de *Mr. Catskill*. Excepto *Mr. Burleigh*, que estaría descansando..., convencido de que, por él al menos, todavía cabía alguna solución caballerosa. Y con seguridad que no estaría más miedoso que si no estuviese allí. Amerton y tal vez Mush estarían refugiados en sus dogmas religiosos, y en cuanto a Perk, ¡como había vino en el sótano!

Seguirían las leyes naturales. ¿Cómo iban a evadirse de las leyes de la costumbre y del instinto? *Mr. Barnstaple* se hundió en un mar metafísico. Miró su reloj. Eran las doce y veinte. O miraba su reloj con más frecuencia... o el tiempo pasaba más despacio. Se sentía ya

hambriento. Esto no podía ser hambre auténtica todavía; podía ser su imaginación, para hacerle perder el control de sus nervios.

CAPÍTULO IV

EL FINAL DE LA CUARENTENA

1

Mr. Barnstaple despertó poco a poco, y a disgusto, de un sueño de cocinas. Él era Soyer, el famoso jefe de cocineros del «Reform Club», y estaba inventando y saboreando nuevos platos. Pero en el sueño no sólo era Soyer, sino que algunas veces era un utópico biólogo y hasta Dios omnipotente. Por eso podía no sólo hacer nuevos platos, sino también hacer nuevos vegetales y carnes para condimentarlos; estaba interesando en una nueva especie de ave de corral, de la raza de Chateaubriand, combinación de las ricas cualidades de un buen bistec y el tamaño y delicadeza de una succulenta pechuga de pollo. En el sueño vinieron varios ayudantes de cocina, desnudos como los utópicos, cargados con aves para la despensa, y diciendo que ellos querían subir; para demostrar que subirían, empezaron a trepar por las paredes de la cocina, que eran de roca. Sus figuras llegaron a oscurecerse, y empezaron a arrojar hacia arriba nubes de vapor desde un caldero donde hervían ropa, a pesar de lo cual el vapor era muy frío.

Mr. Barnstaple estuvo ya completamente despierto. Su pensamiento luchaba entre el sueño y la realidad. Prestó mucha atención a dos figuras que se movían, ajenas, al parecer, a su presencia tan cerca de ellas; indudablemente tenían una escalera de cuerda fijada arriba, pero lo que ahora intentaban hacer era incomprendible para *Mr.* Barnstaple. Uno estaba todavía en el rellano donde había dormido *Mr.* Barnstaple; el otro, apoyado en sus hombros, iba sujetando la cuerda con los pies contra la roca; la cabeza de una tercera figura apareció sobre el borde del mismo rellano. Era evidente que estaba subiendo por una segunda escalera de cuerda. Los tres fantasmas empezaron a discutir sobre algo. *Mr.* Barnstaple captó que uno de los utópicos mantenía que él y sus compañeros habían trepado bastante alto, pero otro insistía en que

debían subir aún más. En unos momentos zanjaron el asunto. Empezaron a subir uno tras otro, hasta que *Mr. Barnstaple* les perdió de vista; tras ellos quedó la escalera de cuerdas y una especie de sogas gruesa que parecían estar arrastrando hacia arriba.

Los músculos de *Mr. Barnstaple* se relajaban. Bostezó en silencio, estiró sus doloridos miembros y se levantó cautelosamente para curiosear. Los utópicos parecían haber alcanzado el rellano superior y estar ocupados en algo allí. La cuerda que dejaron colgando se puso muy tensa. Parecía que con ella estaban elevando algo desde el fondo de aquella chimenea. Después se vio que era un gran fardo, posiblemente con herramientas o armas, envuelto en un material que le defendía de los golpes contra las paredes de aquel pozo. Después hubo un período de silencio. Oyó un sonido metálico, como un opaco martillar intermitente. Saltó hacia atrás para no ser alcanzado por el extremo de una cuerda fina, que parecía estar suspendida de una polea. Aquel misterioso sonido se hizo semejante al de una lima mordiendo una pieza de acero, y después, un trozo de roca cayó estrepitosamente al vacío.

2

Mr. Barnstaple no supo qué hacer. Le daba miedo llamar a los utópicos y revelar su presencia en aquel lugar. Pensó que, tras la herida de *Serpentine*, era muy difícil saber cómo los utópicos se comportarían con un terrícola encontrado oculto en un pozo oscuro. Examinó la escalera de cuerdas que habían traído aquellos utópicos que le habían despertado de su sueño de cocinas. Estaba sujeta por un largo clavo que habría sido colocado en la roca mientras él dormía. La escalera estaba hecha de travesaños y anillas a intervalos de unos dos pies. Era de tan liviano material que, de no verlo, se hubiera podido dudar de su resistencia para soportar el peso de un hombre. Se le ocurrió que podría descender por ella y probar suerte con los utópicos de abajo. También pensó que podría atraer la atención de los utópicos de arriba

y que esto le proporcionaría alguna desagradable sorpresa, pero estaba entusiasmado con la idea de abandonar el lúgubre nicho de roca, y esto podía más que todos los temores.

Puso las manos en una anilla, apoyó las piernas en uno de los travesaños, escuchó los pequeños ruidos de los tres utópicos que trabajaban arriba y empezó a descender. Era un descenso interminable. Lamentó no haber empezado a contar las anillas de la escalera; estaba seguro de haber bajado centenares de escalones, y siempre que miraba hacia abajo, el abismo parecía más profundo y más oscuro. La luz de la Luna a través de la neblina era toda la luz que desde arriba llegaba. Tan pronto estaba cerca de la roca como la escalera de cuerda parecía caer a plomo en oscuros espacios sin fondo. Le dolían mucho las manos y los pies. Una nueva y desagradable idea se le ocurrió: algún utópico de los de arriba podría descolgar la escalera y precipitarlo en el vacío. Se tranquilizó pensando que siempre tendría tiempo de sentir mover las cuerdas y gritar:

—Soy un terrícola. Un inofensivo terrícola.

Empezó a gritar estas palabras a título de prueba. El eco las reproducía, pero ningún ruido contestaba a ellas. Quedó en silencio otra vez. Descendía con mucho cuidado, con un intenso deseo de tirar de una vez la escalera y descansar. De pronto oyó un sonido metálico y vio un relámpago de luz verde. Quedó rígido; vino un nuevo relámpago verde; su luz revelaba la profundidad del pozo; todavía quedaba por recorrer una inmensa distancia... Y arriba algo... No se le ocurría qué pudiera ser aquel relámpago, ni qué cosa era lo que a su luz había vislumbrado: al principio le pareció una gran serpiente, y luego pensó que podía ser también un cable muy grueso. Pero no podía imaginarse cómo las tres o cuatro figuras que él había visto subir pudiesen mover cuerda tan colosal; la cabeza de este cable o serpiente parecía estar elevándose por sí misma; tal vez la estuviesen elevando por medio de cuerdas sin que él pudiera advertirlas.

Escuchó, y no pudo oír nada sino aquella especie de latido que había observado antes, como si una máquina estuviese funcionando muy suavemente. Reanudó el descenso. Cuando al final de él alcanzó un lugar donde estar de pie, quedó muy sorprendido. La escalera de cuerda caía un poco más; unas yardas, y ya terminaba. Estaba todavía asombrado del brusco final de la escalera de cuerdas, cuando percibió una galería cercana cortada en la roca viva. Estaba tan cansado que por algún tiempo no pudo desprender las manos de los travesaños de la escalera.. Con precauciones saltó de ella y se dejó caer; la escalerilla se columpió tras él en la oscuridad y después vino retorciéndose a golpearle juguetonamente y a dejarle sobre el hombro una brizna de hierba.

La galería donde se encontró parecía seguir una vena de material cristalino, a lo largo de la roca. Tenía la altura de un hombre. Si ésta era una mina habría algún camino para salir a la superficie. El ruido del torrente era mucho más fuerte ahora, y calculó que quizás habría bajado dos terceras partes de la altura del desfiladero. Estuvo inclinado a esperar la luz del día. La esfera iluminada de su reloj le decía que eran ahora las cuatro en punto. No estaba lejos la madrugada. Encontró un sitio confortable en la roca y se tumbó. Le pareció luego que la madrugada había venido muy rápidamente, pero la realidad era que se había dormido durante un buen rato. Cuando miró de nuevo al reloj ya eran las cinco y media. Fue al borde de la galería y miró el lugar donde había visto aquel misterioso cable. Las cosas eran pálidas e imprecisas, aunque claras.

Las paredes del cañón parecían subir indefinidamente y desvanecerse en las nubes. Un utópico se movía allá lejos, casi oculto por una curva de la galería. No pudo encontrar escalera para bajar, sino cinco o seis cables horizontales que podrían servir para pasar desde la galería al sitio opuesto del cañón; por cada uno corría una especie de rueda de la que colgaba un cable con un gancho al final balanceándose en el vacío; tres de los cables estaban libres, pero en los otros dos

estaban funcionando tales ruedas: *Mr. Barnstaple* examinó una de ellas, y apenas la tocó, se puso en marcha inesperadamente y por milagro no le empujó hacia el fondo de aquel pozo interminable. Tuvo que agarrarse a uno de los cables y sujeto a él, volando como un pájaro, cayó en una playa al otro lado del torrente. El porrazo en la arena fue suave; todo volvía a ir bien.

Sus nervios y su voluntad estaban tan cansados que estuvo un largo rato inmóvil. Después examinó la playa. Había grandes montones de mineral cristalino y un cable —evidentemente para elevarlo— bajaba desde una invisible grúa, pero no se veía ni un utópico. Paseó hasta cerca del torrente. La luz iba en aumento. El mundo dejó de ser blanco y negro y el color volvió a todas las cosas. *Mr. Barnstaple* estaba hambriento y aburrido. La arena se hizo demasiado blanda para sus pies. Sintió que no podría pasear hasta más lejos. Tenía que esperar ayuda. Se sentó en una piedra y miró hacia arriba, hacia el desfiladero de la cuarentena, cortado a pico sobre su cabeza.

3

El risco levantábase semejante a la proa de un arco gigantesco; unos mechones de niebla escondían la vista de *Mr. Barnstaple* la cima y el puente. El cielo, entrevisto a través de algunos claros en la niebla, era de un azul intenso. Cuando desapareció la niebla, los rayos del sol naciente doraron el viejo castillo, la plaza fuerte de los terrícolas. El puente y la fortaleza estaban muy lejos y toda aquella parte del desfiladero parecía una gorra militar en la cabeza de un soldado gigantesco. Por debajo del nivel del puente, cerca de donde los tres utópicos habían trabajado y tal vez estuviesen todavía trabajando, pasaba algo oscuro, una especie de cuerda gruesa. *Mr. Barnstaple* sacó la conclusión de que aquello podía ser el cable que él había visto a la luz de aquellos verdes fogonazos durante la noche. Después observó una cosa singular sobre la cresta del más abierto de los dos cañones: era un enorme disco que había aparecido en uno de los bordes del

desfiladero; un disco similar a éste había en el borde opuesto, cerca de la escalera que conducía al pequeño puente.

Dos o tres utópicos, apenas perceptibles porque estaban muy lejos, se movían a lo largo del borde de todo el risco y manipulaban algo que parecía tener relación con los dos grandes discos. *Mr. Barnstaple* observó estas operaciones con la misma cara de sorpresa que un salvaje que nunca hubiera oído un disparo observaría las maniobras para disparar un cañón. Oyó un sonido familiar: el clarín del castillo de la cuarentena que tocaba diana. Casi simultáneamente la pequeña figura napoleónica de *Mr. Rupert Catskill* apareció sobre el azul del cielo. *Perk* estaba de pie junto a él. El capitán de los terrícolas miraba los discos misteriosos con sus anteojos de campaña. *Mr. Barnstaple* pensaba para sí que no podía adivinarse la nueva locura que aquel hombre estaría maquinando ahora. *Mr. Catskill* dio alguna orden a *Perk*, que saludó militarmente y desapareció.

Una explosión sonó junto al pequeño puente. ¡Había sido volado! *Mr. Barnstaple* vio la metálica armazón caer al fondo del profundo barranco, y segundos después oyó el estrépito infernal de la caída. ¿Quién hizo esto?, se preguntó horrorizado, pero *Mr. Catskill* contestó a su pregunta corriendo hacia aquella parte del castillo y mirando hacia abajo manifiestamente sorprendido. Sin duda, eran los utópicos que habían volado el puente. Junto a *Mr. Catskill* aparecieron *Mr. Hunker* y *Lord Barralonga*. Los gestos denunciaban una acalorada discusión. La luz del sol iba bajando poco a poco por la pared del desfiladero. El enorme cable brillaba con destellos erizos. Los tres utópicos que habían despertado a *Mr. Barnstaple* durante la noche aparecieron descendiendo por la escalera de cuerda muy rápidamente. Y una vez más *Mr. Barnstaple* oyó el curioso sonido que había oído ya varias veces, como de una máquina en marcha, pero que ahora sonaba mucho más cerca, en todas partes, a su alrededor, en el aire, en el agua, en las rocas, en sus huesos.

De pronto apareció algo junto a los terrícolas. Parecía saltar junto a ellos, pararse y saltar otra vez, hasta la altura de la cintura de un hombre; era una bandera que estaban izando allá arriba. Cuando estuvo en lo alto del asta un remolino de aire la desplegó y dejó a la vista una blanca estrella sobre un campo azul. Era la bandera de la Tierra... La bandera de la cruzada para restablecer en Utopía las luchas, los conflictos y las guerras. Cerca, apareció la cabeza de *Mr. Burleigh* examinando los discos utópicos a través de sus lentes.

4

El latido intermitente en los oídos de *Mr. Barnstaple* creció con rapidez y subió a su extrema intensidad. Rápidamente, grandes relámpagos de luz violeta saltaron de un disco a otro, pasando a través del castillo. La bandera cayó arrancada de su asta; *Mr. Burleigh* perdió su sombrero; *Mr. Catskill* tuvo que luchar con los faldones de su chaqueta que le caían en la cabeza. Al poco tiempo el castillo giró como si un gigante lo hubiera cogido con la mano y lo retorciera, y se perdió de vista. Una gran columna de polvo quedó en su lugar; las aguas del torrente se levantaron en altísimos surtidores; un ruido ensordecedor hirió los tímpanos de *Mr. Barnstaple*; la fuerza del aire le cogió y le despidió una docena de yardas; se sintió envuelto en una nube de polvo, de piedras y de agua. Quedó molido y atontado.

—¡Dios mío...!

—No se le ocurrió otra lamentación. Luchó con desesperación y se sintió repentinamente enfermo. Tuvo la versión final de la cresta del desfiladero cortada como un queso rebanado con un cuchillo. Después perdió el conocimiento.

LIBRO TERCERO
UN INTRUSO EN UTOPIÍA

CAPÍTULO PRIMERO

LAS PACÍFICAS COLINAS DE JUNTO AL RÍO

1

Dios ha hecho más universos que páginas hay en todas las bibliotecas de la Tierra; el hombre no puede conocer más allá de la mitad de estos mundos. *Mr. Barnstaple* tenía la sensación de estar flotando de estrella a estrella y de plano a plano a través de una incesante variedad de maravillosas existencias. Pasó los límites del ser; minó el corazón de montañas inconmensurables; navegó de lo perdurable a lo no perdurable en un río de pequeñas e infinitas estrellas; por último, alcanzó un período de profunda calma. Había un cielo de nubes calentadas por la luz del sol poniente; y un horizonte de graciosas y onduladas colinas cubiertas de césped y coloreadas con la púrpura de las maderas nobles, el verde de los arbustos y un amarillo semejante al de los trigos maduros; aquí y allí había edificios majestuosos, jardines y pequeñas villas. Había también árboles parecidos a los eucaliptos —aunque con las hojas más oscuras— sobre las colinas más lejanas; y todo el paisaje terminaba en un amplio valle donde un río corría en curva casi semicircular hasta hacerse invisible en la media luz de la tarde.

Sus ojos cansados descubrieron a *Lychnis* sentada junto a él. Ella le sonrió y le puso sus dedos en los labios. Él tenía un vago deseo de dirigirse a ella; sonrió débilmente y movió la cabeza. Ella se levantó y se separó de él, que estaba demasiado débil y sin voluntad para levantar la cabeza y mirar hacia donde ella había ido. Pero vio que se había dejado en una mesa una taza de plata llena de flores de un azul intenso. El color de las flores retuvo su atención y la desvió del primer impulso de curiosidad. Deseaba saber si los colores eran en verdad más

brillantes en Utopía o si algo en el aire modificaba sus sensaciones. Más allá de la mesa estaban los blancos pilares de la sala. Una rama de eucalipto llegaba con sus hojas oscuras hasta muy cerca de ellos. Y se oía música. Era un elemental artificio de sonidos, una dulce cascada de mágicas notas que refrescaba su conciencia; parecía la canción de un celestial Debussy. Era la paz...

2

Estaba despierto otra vez. Intentó recordar. Había sido golpeado y aturdido de una manera violenta que no podía precisar. La gente había estado a su alrededor y había hablado sobre él y sus heridas. Recordaba el intenso dolor de sus piernas. Debía de haber estado mucho tiempo con la cara junto al suelo, tal vez sepultado. Después había vuelto en sí, y la brillante luz del sol naciente había herido sus pupilas.

Dos gentiles diosas le habían dado algo reconstituyente. Había sido traído en los brazos de una mujer como un niño pequeño. Después de todo esto había una nebulosa en su memoria sobre un largo viaje a través del espacio; la visión de una enorme y complicada maquinaria; pero todo era aceptado por su conciencia con un matiz de duda. Luego estuvo seguro de haber oído voces en consulta, de haber sentido el pinchazo de una inyección, de haber inhalado alguna especie de gas... Y morir... ¡El encanto del sueño...!

¿Cómo había llegado hasta allí? El pozo... la luz verdosa... los utópicos luchando con un cable enorme... Repentinamente tuvo la clarísima visión de la cumbre del desfiladero levantada, arrancada del sueño y lanzada contra el cielo, y después el castillo girando como un remolino, con su flamante bandera y dos desgredadas figuras, pasando por delante de él despacio y seguro, como pasan los grandes buques junto a los muelles con sus banderas y sus pasajeros. Toda la maravilla de su gran aventura vino a la memoria de *Mr. Barnstaple*.

Se sentó dispuesto a preguntar sobre todo y de todo lo que le atormentaba. Lychnis apareció de nuevo a su lado. Se sentó en la cama cerca de él, mullió las almohadas y le persuadió de que reposara la cabeza en ellas; le convenció de que había sido curado de una grave enfermedad pero que estaba todavía muy débil.

—¿De qué enfermedad? —preguntó él, recordando en seguida el inmediato pasado—. Había una epidemia... Una especie de epidemia general de todas vuestras enfermedades.

Ella sonrió asintiendo. Ya había terminado; la ciencia y la organización de Utopía habían vencido al peligro. Lychnis, sin embargo, no había tenido nada que temer de los microbios invasores; su trabajo había consistido en el socorro y cuidado de los enfermos. Algo hizo pensar a *Mr. Barnstaple* que ella estaba apenada porque este trabajo de socorro y cuidado no fuese necesario más tiempo. Él miró sus bellos y amables ojos; no, no estaba apenada porque Utopía estuviese curada otra vez; esto era increíble; pero le parecía a él que estaba apenada porque ella no podría emplear más tiempo en socorrer enfermos y cuidar débiles, y que estaba contenta de que él, al menos, necesitase todavía de sus cuidados.

—¿Qué fue de la gente que se hizo fuerte en la roca? —preguntó—. ¿Qué fue de los otros terrícolas?

Ella no lo sabía. Pensaba que habrían sido arrojados fuera de Utopía.

—¿Enviados a la Tierra?

No, no lo creía. Quizás habrían sido lanzados a otros universos, pero ella no lo sabía con seguridad. Ella era una mujer sin aptitudes matemáticas y las ciencias fisicoquímicas y las complejas teorías de las dimensiones que interesaban a tanta gente en Utopía estaban fuera de

su círculo de ideas. Creía que el castillo habría sido lanzado fuera del universo utópico. Mucha gente estaba ahora interesada en trabajos experimentales sobre inexploradas dimensiones, pero ésta era materia que le daba a ella bastante miedo. Retrocedía ante tales problemas como ante el borde de un abismo. No necesitaba pensar dónde habrían ido los terrícolas, en qué profundidades habrían sido enterrados o en qué inmensidades hundidos. Semejantes pensamientos abrían terribles precipicios a sus pies, donde ella había pensado que todo era fijo y seguro. Era lo que en la Tierra llamaríamos una mujer de ideas conservadoras. Amaba la vida tal como era y tal como había sido siempre. Se había impuesto la obligación de cuidar a *Mr. Barnstaple* cuando se encontró con la agradable sorpresa de que él había escapado a la suerte de los otros terrícolas, pero no se había ocupado poco ni mucho de las particularidades de esta suerte, y había evitado pensar sobre el particular.

—¿Pero dónde están ellos...? ¿Dónde han ido...?

Ella no lo sabía. Le convenció de su antipatía a los nuevos descubrimientos que habían inflamado la imaginación de los utópicos. El momento crucial había sido el experimento de Arden y Greenlake que trajo a los terrícolas a Utopía. Ésta había sido la primera ruptura de las invencibles barreras que habían mantenido a su universo en las tres dimensiones conocidas del espacio tradicional; se habían abierto los abismos; había sido el toque de clarín para que comenzaran los nuevos y maravillosos trabajos que ahora ocupaban a los utópicos; había sido la primera hazaña con resultado práctico de una intrincada red de trabajos, teorías y deducciones.

Mr. Barnstaple pensaba en los humildes descubrimientos de la Tierra; en Franklin aprisionando al rayo en su cometa, y en Galvani con sus danzantes ancas de rana, confusos ambos ante el milagro que ponía la electricidad al servicio de los hombres. Pero había sido necesario siglo y medio para que la electricidad hiciera sensibles

cambios en la vida humana, porque los investigadores terrícolas eran pocos y los caminos de la investigación lentos y llenos de envidias y rencores. En Utopía hacer un nuevo descubrimiento era encender una conflagración intelectual, cientos de miles de investigadores en libre y abierta cooperación estaban ahora trabajando a lo largo de los caminos abiertos por Arden y Greenlake. Cada año, nuevas posibilidades de relaciones interesaciales estaban siendo planeadas en Utopía.

Se frotó la cabeza y los ojos con las dos manos y se acostó. Se sintió deliciosamente seguro rodeado de tanta serenidad, aunque esta serenidad no fuese sino una ilusión, porque la paz de la tarde estaba tejida con increíbles billones de átomos girando vertiginosamente. Toda la paz que el hombre ha conocido siempre es como la suavidad de la superficie de un río profundo, cuyas aguas inferiores corren a velocidad de locura a precipitarse en la inmediata cascada. Tiempo llegará en que los hombres puedan hablar de colinas perdurables. Hoy un chico de la escuela sabe que las colinas se disuelven bajo la nieve, el viento y la lluvia y se derraman buscando el mar día por día, hora por hora. Tiempo llegará en que los hombres puedan hablar de Tierra Firme y sientan la Tierra segura bajo sus pies. Ahora saben que gira a través del espacio y alrededor de su eje, conducida a ciegas por un sol por medio de un torbellino de estrellas. Y esta bella cortina de apariencias, ese mundo inundado por la luz del sol durante el día, o decorado durante la noche por el gran telón de fondo del espacio estrellado, era demasiado amable para ser ahora de pronto desgarrado y acribillado por un capricho científico...

—¿Pero dónde está mi gente? —preguntó otra vez—. ¿Dónde están sus cuerpos? ¿Es posible que estén todavía vivos?

Ella no podía contestarle. Él se puso a pensar... Era natural que estuviera cuidado por una mujer sin cultura ninguna; la gente inteligente no se ocuparía de él más que en la Tierra nos ocupamos de

un perro para amaestrarlo y enseñarle a hacer monerías. Ella no necesitaba pensar en las relaciones interesaciales; el asunto era demasiado difícil para su inteligencia; era una utópica fracasada. Sólo servía para estar sentada junto a él, con una divina dulzura en la cara. Supuso que la cresta del desfiladero habría sido retorcida y lanzada fuera de Utopía a otro espacio. Era inverosímil que a estas horas los terrícolas estuviesen rebelándose otra vez en un planeta distinto. Probablemente habían sido tirados al vacío, al espacio interestelar de algún desconocido universo...

¿Qué les sucedería? ¿Se helarían? El aire podría hacerlos desaparecer en un instante. Su propia gravitación les aplastaría. No tendrían tiempo de sufrir. Meditó sobre sus posibilidades.

—Arrojados de aquí —dijo en alta voz— como una caja llena de ratones se arroja por la borda de un barco...

—No le comprendo —dijo Lychnis.

Entonces preguntó él con ansiedad:

—Y ahora... ¿qué va a ser de mí?

4

Durante algún tiempo Lychnis no le contestó, mirando con sus grandes ojos a través de la niebla. Después se volvió a él con esta pregunta:

—¿Usted quiere quedarse en este mundo?

—Seguramente todos los terrícolas han soñado alguna vez con estar en este mundo. Mi cuerpo ha sido purificado ya... ¿Por qué no iba a querer quedarme aquí?

—¿Le parece a usted un buen mundo?

—Amor, orden, salud, energía y maravillas... Hay de todo lo bueno por lo que mi mundo sueña y trabaja desde siglos.

—Pues con todo eso, todavía nuestro mundo no está contento.

—Yo sí lo estaría.

—Usted está todavía muy débil y cansado.

—En este ambiente yo estaré pronto fuerte y vigoroso. Podría casi volver a la juventud en este mundo maravilloso. En unos años yo sería otra vez un hombre joven.

Quedó ella en silencio. El paisaje estaba envuelto ahora en una misteriosa luz azul; al fondo, la negra silueta de los árboles sobre las colinas; las montañas eran visibles recortadas sobre el cielo de la tarde. Nunca había visto *Mr. Barnstaple* tanta paz en un atardecer, ya casi anochecido. Pero las palabras de ella negaron la paz:

—Aquí —dijo *Lychnis*— no hay descanso. Cada día hombres y mujeres despiertan y dicen: ¿Qué nueva cosa haremos hoy? ¿Qué cambiaremos?

—Han cambiado un planeta lleno de enfermedades desórdenes en uno de belleza y seguridad.

—La investigación nunca descansa, y la curiosidad y el deseo por conseguir más y más conocimiento consume a todo nuestro mundo.

—Saludable afán. Yo estoy cansado ahora, débil, aburrido y blando como un recién nacido; pero habré recuperado mis fuerzas y podré compartir esa curiosidad y tomar parte en ese afán de descubrir e investigar... ¡Y quién sabe...!

Ella sonrió, con ojos amables.

—Usted tendrá que aprender mucho.

Parecía medir su propio fracaso al decir estas palabras. La sensación de las profundas diferencias que es mil años de progreso podían haber hecho en las ideas fundamentales del pensamiento de la raza acudió a la mente de *Mr. Barnstaple*. Recordó que en Utopía había oído sólo las cosas que podían entender, y que todos los sonidos no tomaban cuerpo y forma en su círculo de ideas terrícolas, ni por lo tanto eran audibles en su cerebro. El abismo de cosas incomprendidas podía ser más ancho y profundo que el de las cosas comprendidas. Un hombre absolutamente iletrado intentando dirigir una central eléctrica tenía más posibilidades de acertar que él.

—Después de todo no son los nuevos descubrimientos los que yo quiero compartir. Es posible que ellos estén más allá de mis posibilidades. Es esta vida diaria, esta vida que hace realidad todos mis sueños, lo que yo quiero. Sólo ansío vivir aquí... y con eso me conformo.

—Usted está débil y cansado. Cuando esté fuerte cambiará de ideas.

—¿Qué otras ideas puedo preferir a éstas?

—Su memoria puede volver a la Tierra y a su vida.

—¡Regresar a la Tierra!

Lychnis se volvió a mirar el crepúsculo, pero antes dijo:

—Usted es un terrícola, ¿y en qué otra cosa puede usted convertirse?

—¡En qué otra cosa puedo convertirme...!

Mr. Barnstaple meditó sobre esto. Se resistía a ver la verdad de aquellas palabras. Este mundo de Utopía, perfecto y feliz en apariencia,

preparado para tremendas aventuras a través de universos nunca conocidos del hombre, era un mundo de titanes que un pobre terrícola no podía aspirar a compartir. Ellos habían registrado su planeta como quien se registre los bolsillos; lanzaban su poder en medio de las estrellas... Eran envidiables... muy envidiables... ¡Pero diferentes...!

CAPÍTULO II

UN DESOCUPADO EN UN MUNDO DE TRABAJADORES

1

En pocos días *Mr. Barnstaple* recobró el vigor del cuerpo y de la mente. No quiso estar más tiempo en cama, sintiendo lástima de sí mismo. Salía temprano y paseaba largas distancias por la campiña de Utopía, aprendiendo sin cesar cosas de aquel país maravilloso. Por eso le impresionaba más. Casi todos los grandes peligros de la vida humana habían sido vencidos; la guerra, la peste y las enfermedades, el hambre y la miseria habían sido aniquilados; el sueño de los artistas de un mundo todo armonía y belleza había sido realizado; el orden y la organización habían triunfado. Todos los aspectos de la vida humana habían sido transformados.

El clima de este Valle del Descanso era suave, parecido al del sur de Europa. Pero aquí no había viejas encorvadas bajo el peso de un haz de leña, mendigos pedigüeños, gente desharrapada tumbada al borde de los caminos. El campo pobre, la angustiosa simulación de tierras cultivadas, los retorcidos olivos, las viñas y los riegos en primitivas condiciones habían sido sustituidos por ingeniosos artificios de regadío y siembra; ningún gato montés ni ninguna oveja saltaba entre las piedras; no había chozas por los caminos, ni capillas con leyendas terribles e imágenes ensangrentadas; ni perros abandonados y caos; ni bestias jadeantes bajo una carga superior a sus fuerzas. Los caminos estaban contruidos con fáciles declives y atravesaban los valles y las gargantas sobre anchos viaductos; había casas de descanso donde los amigos podían charlar y los amantes refugiarse y regocijarse; y muchos árboles que él nunca había visto.

Pero en la Tierra, cuando en alguna parte hay árboles, están consumidos por los parásitos y los tumores, más retorcidos, lisiados y

enfermos que los propios hombres de carne y hueso. El paisaje representaba el esfuerzo de veinticinco siglos. *Mr. Barnstaple* encontró en un sitio unas obras gigantescas ya muy adelantadas; un puente que estaba siendo restaurado, no porque estuviese roto, sino porque alguien había presentado otro proyecto más atrevido; no vio líneas telefónicas o telegráficas; los postes y cables que caracterizan a un país moderno habían desaparecido. Las razones de esto no las conoció hasta después. Ni notó la falta del ferrocarril, las estaciones y las posadas. Consideró que los edificios que veía debían tener sin duda alguna funciones específicas; que la gente venía e iba de ellos con apariencia de singular interés y preocupación; que de alguno parecía salir un rumor de humana actividad. Pero en realidad sus ideas de la organización de este nuevo mundo eran demasiado vagas todavía para permitirle dar una explicación razonable a todo esto. Paseaba con la boca abierta como un salvaje por un museo.

Nunca vio ciudades. La razón para tales acumulaciones de seres humanos habían desaparecido hacía muchísimo tiempo. En ciertos lugares se reunía la gente para estudiar en series de edificios comunicados, pero nunca tuvo ocasión de visitar alguno de estos centros. Los utópicos le hacían amistosos gestos cuando pasaban junto a él, pero jamás le dieron una oportunidad para conversar. Viajaban en rápidas máquinas por la carretera, y a cada momento pasaba sobre ellos la sombra de un silencioso avión que volaba a poca altura. Se sintió un poco inferior junto a esta gente; eran como dioses de Grecia o Roma.

Hasta las mansas bestias que paseaban libremente por este mundo de Utopía tenían un cierto aire de divinidad que reprimía todas las expresiones amistosas de *Mr. Barnstaple*.

2

Pronto encontró un compañero para sus paseos, un muchacho de

trece años, sobrino de Lychnis, llamado Cristal. Era un mozalbete de pelo rizado, con los ojos castaños como ella. Estaba estudiando Historia aprovechando unas vacaciones. *Mr. Barnstaple* supo que este niño se ocupaba en trabajos matemáticos relacionados con la Física y la Química. Algunos de estos trabajos, en colaboración con otros muchachos de su edad, eran investigación pura, cuya naturaleza no podía alcanzar nuestro terrícola. Ahora estaba estudiando Historia; la evolución del sistema social utópico y los esfuerzos y experiencias de la Edad de la Confusión; estaba asombrado de las trágicas luchas sobre las que estaba fundamentado el orden actual de Utopía, y tenía siempre cien preguntas para *Mr. Barnstaple*, que era para él como un libro, a cargo de que él fuera su guía y su mentor. Hablaban en plano de absoluta igualdad; uno junto al otro, el niño subía más de una pulgada por encima del hombre.

El muchacho tenía fresca en la memoria toda la Historia de Utopía. Explicaba con razonamientos interesantísimos que la paz y la belleza de Utopía eran más artificiales que reales. Los utópicos eran en esencia muy parecidos a sus antepasados del comienzo; la Edad de Piedra, quince o veinte mil años antes; desde entonces sólo habían pasado seis o siete centenares de generaciones y no había habido tiempo para conseguir cambios fundamentales en la raza; no había habido aún la ansiada unificación de todos los pueblos; las razas convivían pero no se fusionaban; más bien se aislaban entre sí para purificar e densificar sus particulares dones y bellezas. Había frecuentes casos de amor apasionado entre gente de razas distintas, pero raramente semejante amor daba frutos humanos. Había habido una deliberada eliminación de feos, malvados, canijos, estúpidos y tipos sombríos durante la pasada docena de siglos; pero excepto para la más completa realización de sus posibilidades, el hombre común en Utopía era muy poco diferente de sus abuelos de la Edad de Piedra o de la Edad del Bronce. Estaban infinitamente mejor alimentados, educados y adiestrados, y mentalmente su capacidad estaba mejor aprovechada,

pero los hombres seguían siendo de carne y hueso y su naturaleza difería poco de la de los terrícolas.

—Pero... —dijo *Mr. Barnstaple* resistiéndose a creerlo—. ¿Quiere usted decir que la mitad de los niños que nacen hoy en la Tierra pueden llegar a ser tan parecidos a dioses como las personas que yo me encuentro aquí a cada paso?

—Con nuestro ambiente y nuestra libertad... ¿por qué no?

En el pasado de Utopía, en la Edad de la Confusión, todos los niños crecieron con la voluntad limitada por absurdas restricciones morales y materiales. Utopía tenía la idea de que la naturaleza humana era fundamentalmente animal y salvaje y debía ser adaptada a las necesidades sociales; pero había aprendido los mejores métodos de adaptación... después de duros fracasos, tanteos, crueldades y decepciones.

—En la Tierra domamos a los animales con hierros ardientes, y a nuestros hermanos los hombres con la violencia y la justicia —dijo *Mr. Barnstaple*, y descubrió las escuelas y los libros, los periódicos y las discusiones públicas de los terrícolas a su incrédulo compañero—. Usted no puede imaginarse el miedo que domina a la gente de la Tierra; usted estudia la Edad de la Confusión en sus libros de Historia, pero no conoce la realidad de un mal clima mental, un ambiente de leyes injustas, odios y supersticiones. Cuando la noche va recorriendo los pueblos de la Tierra, cientos de miles de personas acostadas despiertas no duermen temiendo un asesinato, una competencia infame, enfermos de alguna dolencia que la ciencia no sabe combatir, angustiados por algún peligro o enloquecidos por algún deseo...

Cristal admitió que era difícil imaginarse a distancia la Edad de la Confusión. Muchas de las miserias de la Tierra eran ya inconcebibles para él. Muy despacio, Utopía había desarrollado su armonía de la Ley

y su clima de la Educación. El hombre no era ningún ser superior; estaba reconocido que era fundamentalmente un animal y que su vida diaria tenía que seguir apegada a apetitos satisfechos e instintos calmados. La vida de Utopía estaba construida sobre la variedad de los alimentos del alma y del cuerpo, la libertad y la alegría de los ejercicios y los trabajos, la serenidad del sueño y la felicidad del amor. Pero el poder de la educación utópica no empezaba hasta que el animal no había sido satisfecho. Utopía, fuera de la confusión de la vida humana, había prolongado en los hombres la niñez y la juventud: el impulso de jugar, el insaciable apetito de aprender y la urgencia de crear. Todos los utópicos eran como niños pequeños, estudiosos y creadores. Era extraño oír a este muchacho hablar con tanta claridad del proceso educativo al cual estaba siendo sometido, y en particular que hablase con tanta franqueza del amor. *Mr. Barnstaple* no pudo evitar una pregunta:

—¿Pero usted... no hará todavía el amor?

—He sentido curiosidad... Pero no es necesario ni decente hacer el amor demasiado pronto en la vida, ni permitir que el deseo le domine a uno. Perjudica a la juventud dejarse llevar por el instinto del amor... que a menudo no es posible abandonar después. Trastorna la imaginación. Yo necesito ahora trabajar, como mi padre y mi abuelo hicieron antes.

Mr. Barnstaple miró la bella figura del muchacho y se acordó de alguna fase bastante fea de su adolescencia de niño terrícola, y se encontró más necio que nunca.

—¡Ay! —suspiró—. Pero este mundo vuestro es tan limpio como la luz de las estrellas y tan agradable como el agua fresca en un día de calor.

—Amo a muchas personas, pero no con pasión. Algún día vendrán y

las conocerá usted. Pero debe evitarse el amor apasionado y yo lo evito en cuanto debo. No hay prisa. Nadie sabe cuando ha de llegar la hora de mi amor. Todas las cosas buenas vienen a su debido tiempo. Pero el trabajo no espera; el trabajo que a uno solo concierne hay que buscarlo y encontrarlo y realizarlo.

Cristal habló muchísimo sobre el trabajo que podía hacer; le pareció a *Mr. Barnstaple* que el trabajo, en el sentido de antipática faena, había casi desaparecido de Utopía. Todos trabajaban en el trabajo más apropiado a sus gustos y aptitudes, felices y con entusiasmo... como los que en la Tierra llamamos genios. Casi sin darse cuenta, *Mr. Barnstaple* se encontró hablándole a Cristal de la felicidad de un verdadero artista, de un verdadero trabajador científico, del hombre singular que aún aparece de vez en cuando en la Tierra. De todos los terrícolas éstos eran los más felices porque hacían el trabajo que les gustaba y además los resultados casi siempre eran maravillosos.

—Si semejantes hombres no son absolutamente felices en la Tierra es porque ellos están tocados a veces por la vulgaridad y todavía escuchan la sucia voz de los honores y las satisfacciones de los hombres vulgares. Pero el que ha visto brillar el sol de Utopía despreciará para siempre las mayores glorias de la Tierra.

3

Cristal enseñó a *Mr. Barnstaple* sus libros y le habló de sus maestros y sus ejercicios. Utopía todavía usaba libros impresos; los libros eran aún el más sencillo camino para la exposición de las ideas. Los de Cristal estaban muy bellamente encuadernados en cuero flexible que su madre había preparado para él; estaban confeccionados con papel hecho a mano.

La escritura recordaba algo al árabe; tenían muchos esquemas intercalados, con mapas y diagramas. Cristal estaba dirigido en sus

vacaciones por un preceptor para quien preparaba una especie de informe; además completaba sus estudios visitando los museos. Pero como no había ninguno cerca no pudo visitarlos *Mr. Barnstaple*.

El muchacho había salido ya de la primera etapa de la educación escolar, cuyo ciclo constaba —dijo— de varias fases y abarcaba toda la vida del niño; más allá de los once o doce años, la educación era más vigilada y cuidada que en la Tierra. Las sugerencias peligrosas para la imaginación infantil eran evitadas tan cuidadosamente como las infecciones físicas; para niños de ocho a diez años la educación se encaminaba a despertar hábitos de limpieza, amor a la verdad, candor y espíritu de ayuda mutua, confianza en el mundo, nada de miedo y un sentimiento de noble orgullo por pertenecer a la raza. Sólo después de los nueve o diez años podía el niño salir del jardín de su inocencia y empezar a caminar por los caminos del mundo. Hasta esta edad su cuidado estaba en manos de nurses y profesores, pero después los padres se ocupaban de formarlos y gobernarlos.

Era un deber de los padres estar cerca de sus hijos y vigilar cada día cómo les cuidaban sus nurses, pero a la edad en que los padres terrícolas tienden a separarse de sus hijos es cuando los padres utópicos se acercan más a ellos. Había en Utopía la idea de que entre padres e hijos hubiese una simpatía personal; los niños deseaban la amistad y la compañía de sus padres, y los padres ansiaban el amor y la confianza de sus hijos adolescentes, y aunque un padre no tenía prácticamente ningún poder sobre su hijo, tomaba por voluntad de ambas partes el papel de abogado, consejero y simpático amigo. La amistad era más estrecha por esta carencia de poder coercitivo del padre, y todo era más sencillo porque los utópicos eran bastante más jóvenes y claros de pensamiento que los terrícolas.

Cristal parecía tener una gran pasión por su madre. Estaba muy orgulloso de ella, que era una excelente pintora y dibujante. Ella era la dueña absoluta del corazón del muchacho. En su segundo paseo con

Mr. Barnstaple dijo que iba a oír a su madre, y el terrícola fue instruido en el sistema de correspondencia de Utopía. Cristal llevaba un pequeño aparato; llegó a una especie de torreta que estaba en medio de un prado; colocó su aparato en el suelo y giró un botón en la torreta con una llave que llevaba pendiente del cuello con una cadena de oro; después conectó allí su aparato y habló en alta voz. En seguida le contestó una voz de mujer. Era una voz muy agradable y habló durante un buen rato, y después Cristal le contestó; luego se oyeron otras voces a algunas de las cuales contestaba Cristal, mientras otras las oía sin darles contestación. Cuando le pareció, recogió su aparato y se marcharon.

Mr. Barnstaple comprendió que aquel sistema era, en Utopía, el equivalente a nuestras cartas y teléfonos. Los utópicos, excepto por previo acuerdo, no se hablaban nunca personalmente por aquella especie de radiotelefonía. Los mensajes eran enviados a la estación del distrito en el que se sabía que estaba el destinatario, y allí esperaba hasta que el interesado quería recoger todos los mensajes que se habían ido recibiendo para él; si alguno no lo entendía bien se le repetía. Luego contestaba a los recibidos o despachaba nuevos mensajes si quería. La transmisión era sin hilos y la pequeña torreta proporcionaba energía eléctrica para estas transmisiones y para otros usos, y los utópicos podían tomarla de allí libremente. Los jardineros, por ejemplo, la utilizaban para mover sus máquinas de segar o labrar el suelo.

A lo lejos, en medio del valle, Cristal señaló la estación del distrito donde todos los mensajes eran recogidos y distribuidos. Sólo unas cuantas personas trabajaban en él; casi todas las conexiones eran automáticas; los mensajes iban y venían de una parte a otra del planeta casi sin intervención humana. Esto planteó a *Mr. Barnstaple* muchos problemas. Descubrió en primer lugar que el organismo postal de Utopía tenía un completo conocimiento de la situación de cada persona en el planeta, y que por consiguiente todos estaban

clasificados y anotados. Para él, acostumbrado a los sistemas terrícolas de vigilancia y control de los ciudadanos, éste fue casi un espantoso descubrimiento.

—En la Tierra esto daría facilidades para un perpetuo chantaje. Sería un continuado espionaje. A Scotland Yard se le haría la vida imposible en Utopía. Usted no puede imaginarse las llamadas que recibiría denunciando a esta o aquella persona...

Tuvo que explicar a Cristal qué significaba chantaje.

—También en Utopía —dijo Cristal— ha habido una natural disposición a usar este conocimiento de la vida de los demás en perjuicio de los que no nos eran simpáticos. En la Edad de Piedra los utópicos ocultaban su verdadero nombre y sólo se conocían entre sí por medio de apodos, temiendo abusos si revelaban su identidad.

—Algunos salvajes lo hacen todavía en la Tierra.

—Poco a poco empezaron a confiarse a los doctores; durante siglos el jefe abusó de la confianza monopolios que le proporcionaba la organización oficial, ya corregida. Cada joven utópico tuvo que aprender cinco principios fundamentales de la Libertad, sin los cuales la civilización es imposible. El primero es el Derecho al secreto; esto es, que todos los hechos de la vida privada son secretos y no pueden ser utilizados sino para conveniencia del interesado y con su consentimiento. El segundo es el Derecho de la libertad de movimientos; un ciudadano puede ir sin permiso ni explicación previos a cualquier parte del planeta; todos los medios de transporte son gratuitos y están a su servicio; cada utópico puede cambiar de ambiente, de clima y de relaciones sociales cuando le venga en gana. El tercero es el Derecho de absoluta libertad de conocimientos; todo puede ser estudiado y conocido en Utopía, excepto los hechos individuales reservados; todo está inscrito y es fácilmente consultable

mediante una serie de índices, bibliotecas, museos y oficinas de investigación; sea lo que fuere lo que el utópico desea conocer, puede conocerlo con la mayor claridad, exactitud y facilidad hasta donde sus fuerzas, talento y trabajo se lo permitan; nada está oculto para él y nada se le tergiversa al enseñárselo. El cuarto es el Derecho de mentir o no mentir, partiendo del principio de que la mentira es el más negro de los crímenes.

—Donde hay mentiras no puede, en absoluto, haber libertad.

Mr. Barnstaple estaba poderosamente influido por esta idea. La mitad de la diferencia entre Utopía y nuestro mundo estaba en esto, en que nuestra atmósfera estaba envenenada de mentiras. Empezó a referir a Cristal todas las falsedades de la vida humana. La mentira fundamental de dividir a los hombres en banderas y nacionalidades, pretexto para el nacimiento de las monarquías; impostura en las organizaciones docentes y religiosas, con dogmas morales falsos; y como uno es una parte de la sociedad, está obligado sin remisión a vivir dentro de tal clima de embustes. La mentira es el mayor crimen... ¡qué gran verdad es ésta! ¡Es el dogma de la diferencia fundamental entre el Estado científico y todos los Estados que le han precedido! *Mr.* Barnstaple lanzó un apocalíptico vaticinio sobre la necesidad de suprimir todos los periódicos de la Tierra, vehículos para la más atroces falsedades. Era un tema íntimamente ligado a su corazón. Los periódicos de Londres habían dejado de ser imparciales vehículos de noticias; omitían, mutilaban, engañaban. Eran como guiñapos. La Prensa era la sal de la vida contemporánea, y si esta sal perdía su sabor... El pobre hombre estaba discursando como en Sydenham durante el desayuno después de haber leído un mal periódico de la mañana.

—En un tiempo Utopía pasó por semejante estado —dijo Cristal para consolarle—. Pero hay un proverbio aquí que dice: «La verdad vuelve a donde estuvo una vez». Algún día vuestra Prensa volverá a ser veraz y

decente.

Algo se consoló *Mr. Barnstaple*

—¿Cómo funciona aquí la crítica periodística?

Cristal explicó que había una absoluta diferenciación entre noticia y crítica. Había casas —una estaba a la vista— utilizadas como salas de lecturas. Se va a tales sitios a conocer las últimas novedades. Allá van a parar los informes de todas las cosas que suceden en el planeta, descubrimientos, invenciones, etc. Los informes están redactados de manera que todos los entiendan. Durante varios días —dijo Cristal— los noticiarios habían estado muy divertidos relatando las peripecias de la llegada de los terrícolas. Tenían siempre noticias de recientes descubrimientos científicos que estimulaban la imaginación. Cuando se hacía algún descubrimiento sensacional, como el de Arden y Greenlake, por ejemplo, era costumbre relatar la biografía del héroe de la ciencia.

Cristal prometió a *Mr. Barnstaple* llevarle a uno de estos locales de noticias y distraerle leyéndole alguna de las descripciones utópicas sobre la vida en la Tierra deducidas de los informes de los propios terrícolas.

Mr. Barnstaple preguntó si podría conocer también noticias de Arden y Greenlake, de los que tenía entendido que habían sido no sólo grandes científicos, sino grandes enamorados, y de Serpentine y Cedar, por quienes sentía una gran admiración. Las noticias utópicas carecían, por supuesto, del sabor de un periódico terrícola; los misteriosos asesinatos y desmanes escandalosos, los festejos y sus excitantes consecuencias, y la ignorancia y los desaciertos sexuales, los sucesos, los movimientos del tráfico en general con sus accidentes, las románticas notas de sociedad y los deportes no aparecían por ninguna parte.

El quinto principio de la Libertad era el Derecho a la discusión y a la crítica. Los utópicos eran libres de criticar y discutir lo que quisieran; podrían estar tan de acuerdo o tan en contra de algo como les diera la gana; podían expresarse en la forma literaria que les gustase más, o por caricaturas, según el humor que tuviesen; sólo debían abstenerse de mentir: ésta era la única regla y límite para la controversia; podían imprimir sus ideas y distribuirlas por las salas de lectura; allí eran leídas o no leídas, según los lectores las aprobaran o no; cuando alguien quería una copia se le facilitaba gratuitamente. Cristal tenía una fantástica idea de la exploración del espacio a través de los libros, de las historias o narraciones científicas que los muchachos leían con entusiasmo; eran folletos de treinta o cuarenta páginas impresos en un bonito papel, que dijo que se hacía de lino y cierta especie de cañas. Los libreros observaban qué libros y periódicos eran más leídos y de los que más copias se solicitaban, y éstos se reimprimían. Las obras que nadie leía se reducían a una o dos copias y el resto se enviaba a las fábricas de papel para ser convertidas en pulpa de nuevo. Pero muchos de los poetas y filósofos cuyas creaciones encontraban escasa popularidad, eran sin embargo mantenidos en la memoria de todos por la voluntad de unos cuantos devotos admiradores.

4

—No acabo de comprender una cosa —dijo *Mr. Barnstaple*—. No he visto monedas ni cosa parecida a dinero en este mundo. Por las apariencias externas, éste parece ser un comunismo semejante al que se describe en un libro muy estimado en la Tierra titulado *News from Nowhere* (Noticias de Ninguna Parte), escrito por un terrícola llamado William Morris. Es un libro deliciosamente fantástico. En esta fantasía cada cual trabajaba por amor al trabajo y tomaba lo que necesitaba. Pero yo nunca he creído en el comunismo, porque reconozco, como aquí en Utopía parecen reconocer, que la natural codicia de los hombres resulta demasiado peligrosa si queda sin jefes, sin dirección, sin tutela. Hay cierto gozo en lo que hacemos para otros, pero todo

servicio necesita ser retribuido. El sentido de la justicia es más fuerte en el hombre que el sentido de servicio. De alguna manera se equilibrará aquí el trabajo que unos hacen con lo que necesitan y consumen. ¿Cómo lo hacen?

Cristal meditó.

—Hubo comunistas en Utopía en la última Edad de la Confusión. En algunas partes de nuestro planeta probaron a abolir el dinero de repente y acarrearon a la economía una gran confusión, desequilibrio y ruina. El comunismo falló... trágicamente, aunque Utopía es hoy, en la práctica, un comunismo, desde luego; y excepto a título de curiosidad, yo nunca he tenido en mis manos moneda alguna. En Utopía, lo mismo que en la Tierra, el dinero fue un gran descubrimiento; un camino de libertad. Hasta entonces, antes de la invención del dinero, todos los servicios entre los hombres habían tenido su origen y su fundamento de derecho en el cautiverio o la permuta. La vida humana era un objeto de esclavitud. Pero el dinero abrió la posibilidad de que los trabajadores eligieran libremente sus retribuciones y las contrataran antes de emprender un trabajo. Utopía tardó más de tres mil años en realizar esta posibilidad. El sistema monetario antiguo abundaba en trampas y era fácilmente corruptible; Utopía siguió ese camino que sigue la Tierra de largos siglos de créditos y deudas de falsas y arruinadas monedas, de usura y de todas las demás posibilidades de los abusos especulativos. En asuntos de dinero, más que en cualquier otro asunto humano, la astucia es más soez y más traidora. Utopía, una vez soportada por siglos la carga que ahora soporta la Tierra de parásitos, especuladores, monopolizadores y tahúres, ha necesitado siglos de saneamiento económico. Fue sólo cuando consiguió la unidad política del planeta, cuando tuvo estadísticas completas de los recursos y de la producción, y la sociedad humana pudo al final dar al trabajador individual la seguridad de una moneda de valor inmutable, una moneda que significase para el hoy, mañana y siempre la certidumbre de una retribución. Y con la paz en todo el planeta y el aumento de la

estabilidad social, la Banca llegó a ser un servicio público, donde ninguna oferta o demanda aprovechaba al bolsillo particular del banquero.

Mr. Barnstaple ordenó sus informes sin querer creer todo aquello a pies juntillas.

—Esta vida —siguió *Cristal* como quien repite un axioma— tiene sus leyes inmutables: si usted no gana lo que necesita, tiene que recurrir al robo... Nosotros hemos conseguido liberarnos de esa angustia de tener que robar por necesidad.

Fue explicando la desaparición gradual del dinero. Era una consecuencia de la progresiva organización del sistema económico, la sustitución de empresas colectivas y de venta al por mayor para revender comerciando. También había habido un tiempo en Utopía en el que el dinero cambiaba de manos a cada pequeña transacción o servicio. Uno pagaba en dinero si necesitaba un periódico, o una caja de cerillas, o un ramo de flores, o un coche para ir de un sitio a otro. Todos iban por el mundo con los bolsillos llenos de pequeñas monedas para pagar en cada ocasión. Después, cuando la ciencia de la economía llegó a estabilizarse, los métodos de las asociaciones privadas que proporcionaban a sus socios la seguridad de unos servicios mutuos se extendieron; la gente pudo proveerse de todo lo necesario suscribiéndose a ella por uno o diez años, o por toda la vida; el Estado aprendió de los clubs y de los hoteles a proveer de cerillas, periódicos, cartas y tinta por una módica prima anual. El sistema se fue extendiendo desde cosas pequeñas e incidentales hasta cosas grandes y esenciales como la vivienda, la comida y el vestido. El sistema postal del Estado, que utilizan todos los ciudadanos utópicos, fue capaz, de acuerdo con la Banca pública, de garantizar su crédito en cualquier parte del mundo. La gente dejó de obtener monedas a cambio de su trabajo; los varios departamentos de servicios económicos acreditaban al individuo con sus ganancias un crédito en el Banco público del que se

abonaban sus habituales cargas para atender a los servicios y necesidades normales de su vida.

—Algo de esto se está haciendo ya en la Tierra —dijo *Mr. Barnstaple*—. Nosotros usamos el dinero en última instancia, pero un gran volumen de nuestros negocios se hace ya a base de cheques y letras de cambio.

—Siglos de unidad dieron a Utopía un completo control de las fuentes de energía natural del planeta, y ésta es la herencia de cada utópico recién nacido. Se le acredita a su nacimiento una suma suficiente para educarse y mantenerse hasta los veinticuatro o los veinticinco años, y después elige una ocupación con cuyo producto resarcir su cuenta.

—Pero, ¿y si no lo hace?

—Todos lo hacen.

—Pero, ¿y si no lo hacen?

—Sería un miserable, y yo nunca he oído nada semejante. Supongo que lo examinarían los psicólogos... Todo el mundo tiene que hacer algo útil.

—Pero supongamos que alguien no encuentra en Utopía un trabajo a su gusto.

Cristal no podía imaginar esto.

—Siempre hay algo que hacer.

—Pero aquí, antiguamente, habría gente sin empleo.

—Eso formaba parte de la Confusión. Cuando tenían obreros parados carecían de ropas, de casas y de alimentos. ¿Ha visto usted

algo más contradictorio?

—¿Gana cada cual en relación con lo que necesita?

—La gente trabajadora y creadora tiene todas las garantías de tener siempre sus necesidades cubiertas. Y los artistas algunas veces se hacen ricos con su trabajo.

—Por ejemplo..., ¿esa cadena de oro ha tenido usted que comprarla?

—En la tienda del propio artista que la forjó.

—¿Tienen tiendas los artistas?

—Ya verá usted alguna. Son lugares donde la gente va a ver cosas nuevas y deliciosas.

—Y si un artista se hace rico, ¿qué puede hacer con su dinero?

—Le supone tiempo y material suficientes para hacer alguna obra extraordinaria que dejarle al mundo. O recoge y ayuda a otros artistas menos afortunados. O crea una escuela si le gusta enseñar. O no hace nada...

5

—Cedar y Lion —dijo *Mr. Barnstaple*— nos explicaron cómo el Gobierno de Utopía está disperso en aquellas personas que tienen especiales conocimientos de las materias a resolver. El equilibrio entre los intereses de todos estaba mantenido por los que estudiaban la general psicología y organización educativa de Utopía. Al principio nos resultaba muy extraño que no hubiese en alguna parte un algo soberano, una asamblea o persona cuyo «fiat» fuese final. *Mr. Burleigh* y *Mr. Catskill* pensaban que tal cosa era absolutamente necesaria y esperaban ser llamados para ver al presidente o al Consejo Superior de Utopía. No querían creer que las cosas fuesen tratadas y resueltas por

el hombre o hombres que mejor las conocieran.

—Sujeto a libre crítica, desde luego.

—Sujeto al mismo proceso que le ha hecho eminente y responsable. La gente no les elevaría por vanidad...

—Hay mucho de despecho y de vanidad en cada alma utópica. Pero la gente habla con libertad y la crítica es muy intransigente. Por eso nosotros aprendemos a investigar en los motivos de las cosas antes de elogiarlas.

—Eso conduce a apreciarlo todo en su verdadero y justo valor. No se pueden arrojar las cosas al barro o levantarlas al sol sin una crítica serena —dijo *Mr. Barnstaple*.

—Hace algunos años hubo un hombre, un artista, que hizo una crítica bastante dura del trabajo de mi padre. A menudo la crítica artística es muy desagradable y amarga, pero aquélla lo era demasiado; caricaturizó a mi padre sin piedad y le molestaba más de lo que se podía permitir; le seguía de un sitio a otro; intentaba entorpecer sus éxitos, aunque no siempre lo conseguía...

El muchacho se detuvo un momento.

—¿Y bien? —le instó *Mr. Barnstaple*.

—Se suicidó. No pudo escapar de sus remordimientos. Todos sabían lo que había dicho y hecho...

—Pero en la antigüedad sí habría leyes y consejos y conferencias...

—Mis libros enseñan que nuestro Estado creció mucho. Tuvo necesidad de mantener el equilibrio social a base de jefes y legisladores, como etapa necesaria para alcanzar el actual desarrollo político. Teníamos soldados y policías para defender al pueblo de sus

mutuas agresiones y violencias. Los políticos se resistían a reconocer que se necesitaban conocimientos especiales para gobernar: dibujaban confines sin tener idea de la etnología, de la economía o la geografía, y los legisladores decidían sobre voluntades y propósitos con el conocimiento más absurdo de la psicología...

—Esta dispersión de los negocios de políticos y legisladores —dijo *Mr. Barnstaple*— entre la gente con mejores conocimientos de la materia a resolver es una de las cosas más interesantes de este mundo. Algo parecido empieza ya a dibujarse en la Tierra. ¿Qué fue de vuestros políticos y legisladores? ¿Hubo lucha para su desaparición?

—Como la luz crecía y las inteligencias se cultivaban más y más, llegaron a ser innecesarios. Se reunían, ya en los últimos tiempos, sólo para escuchar el consejo de los hombres de ciencia, tomados en calidad de asesores, pero después estas determinaciones de los sabios llegaron a ser conclusiones definitivas. En algunos sitios hay todavía viejos edificios que se usaban para cámaras legislativas y congresos. El último político elegido en una asamblea legislativa murió hace alrededor de mil años. Era un viejo excéntrico. Como fue el único candidato y un hombre le votó, no tenía más remedio que triunfar.

Los muchachos que estudiaban taquigrafía iban a hacerle reportajes para que les sirviesen de prácticas. Al final estaba catalogado como un caso de trastorno mental.

—¿Y el último juez?

—No he estudiado sobre ello, pero puedo preguntárselo a mi profesor. Creo que había uno a quien nadie preguntaba ya nada. Seguramente tendría algo más respetable que hacer.

6

—Empiezo a comprender la vida de este mundo —dijo *Mr.*

Barnstaple—. Es una vida de semidioses, muy libre, individualista; cada cual sigue su propio camino y todos contribuyen a los grandes fines de la raza. No sólo es limpio, desnudo, dulce y agradable, sino lleno de personal dignidad. Es, a mi modo de ver, un comunismo práctico planeado y dirigido a través de largos siglos de educación, disciplina y preparación colectivas. Nunca se me había ocurrido que el socialismo pudiera exaltar y ennoblecer al individuo, y el individualismo degradarle, pero lo veo claro aquí. El viejo mundo, el mundo al que yo pertenezco, era, ¡ay!, y todavía lo es, el mundo de las muchedumbres, el mundo de las masas. Usted nunca ha visto una muchedumbre, ni la verá en toda su feliz vida. No ha visto muchedumbres yendo a un partido de fútbol, a una carrera de caballos, a una corrida de toros, a una ejecución pública; no ha visto una multitud apiñada en un sitio estrecho y caliente para aullar con motivo de una crisis; no la ha visto a lo largo de las calles bostezando al paso de un rey, o vociferando por una declaración de guerra, para vociferar al día siguiente por la proclamación de la paz; no la ha visto enloquecida de pánico transformándose de muchedumbre en chusma y empezando a aplastar, incendiar y cazar. Todos los dioses de la multitud han sido expulsados de este mundo: no hay hipódromos, ni campos de fútbol, ni manifestaciones de guerra, ni coronaciones o funerales públicos, ni grandes espectáculos..., salvo vuestros pequeños teatros. ¡Feliz Cristal, que jamás verá una multitud!

—Pero yo he visto multitudes.

—¿Dónde?

—En películas y fotografías de hace treinta siglos o más. Las enseñan en nuestros museos. He visto multitudes después de una gran carrera fotografiadas desde un aeroplano; y multitudes alborotando en una plaza pública y siendo dispersadas por la policía. Pero es cierto lo que usted dice. No hay multitudes en Utopía. Las multitudes se han terminado para siempre.

Cuando, después de algunos días. Cristal hubo vuelto a sus estudios de matemáticas, los paseos de *Mr. Barnstaple* volvieron a ser solitarios. No encontró otros compañeros. *Lychnis* estaba siempre cerca de él y dispuesta a acompañarle, pero su carencia de cultura, en un mundo de tan vastas actividades intelectuales, le hacían extraño a ella. Conoció otros utópicos amistosos, divertidos y corteses, pero interesados en sus propios asuntos y nada más. Sólo venían a preguntarle curiosidades sobre la Tierra y además le hablaban siempre en tono de superioridad y le molestaban con ello. Empezó a darse cuenta de que *Lychnis* era un fracaso de Utopía. Era un tipo romántico y pacífico, con una gran pena clavada en el corazón. Había tenido dos hijos que habían muerto al intentar intrépidamente la travesía de un mar, su esposo también había muerto al intentar salvar a los hijos. Ella misma había intentado el salvamento se había librado por milagro de morir con ellos. Su vida emocional quedó paralizada en el acto; la tragedia la poseía por completo. Dejó de reír y revivió en su corazón la perdida facultad de sentir lástima por ella misma y lástima de los demás. No tenía ningún interés por la gente vigorosa, sino por los débiles agobiados de pena. No quería hablar a *Mr. Barnstaple* de las prosperidades de Utopía; necesitaba hablarle de las miserias de la Tierra y de sus propias miserias. Pero él quería convencerla de que en realidad no tenía miserias, sino desesperaciones y arrepentimientos.

Ella soñaba con llegar a la Tierra y ofrendar su belleza y su ternura a los infelices y a los pobres. Su corazón soñaba con calmar humanos sufrimientos. Estaba hambrienta de ejercer la caridad... Antes que él advirtiera en ella estos sentimientos, *Mr. Barnstaple* le había referido muchas cosas sobre las humanas miserias, pero no con lástima, sino con indignación. Cuando advirtió que ella sufría con tales noticias, le habló de ellas jovialmente, como de cosas que se podían eliminar a capricho, apenas los hombres se lo propusieran.

—Pero sufren todavía —decía ella.

Desde entonces estaba siempre con él. Se convirtió en su sombra. Él pensaba, viéndola, que en un mundo de miedo, debilidad, infecciones, oscuridad y confusión, la lástima, la caridad, las limosnas y el asilo pueden tomarse por virtudes, y en realidad lo son; pero en este mundo de salud y de atrevidas empresas, la lástima se convertía en un vicio. Cristal, la Utopía joven, era tan duro como su nombre; un día resbaló y se rompió el tobillo, y no sólo no se quejó, sino que recibió el porrazo riendo. Cuando *Mr. Barnstaple* se sentaba a descansar, Cristal, junto a él, estaba cortés, pero no simpático. Así *Lychnis* no había encontrado seguidores en su dedicación al dolor de los demás; ni siquiera pudo ganarse las simpatías de *Mr. Barnstaple*; comprendía que el temperamento de él era más utópico que el de ella misma. A él, como a toda Utopía, le parecía más bien ocasión de alegrarse el que los hijos de ella hubiesen muerto heroicamente. En efecto, tras la muerte de los muchachos el sol seguía alumbrando, pero se había revelado en la madre algo muy antiguo en la especie, ya desaparecido y olvidado: la disposición al sacrificio.

Era extraño que *Mr. Barnstaple* encontrara en Utopía este sentimiento que la Tierra conocía tan bien; el sentimiento que elevaba a las almas al reino de los Cielos, venerando las espinas y los clavos, representando a Dios, no como la Resurrección y la Vida, sino como un desvalido y atormentado moribundo. Ella le hablaba de sus hijos como si le enviciara; él se habría arriesgado a ahogar a los suyos una docena de veces antes de verles salvados para ser empleados en el servicio de unos hombres como viles esclavos. Aun tomando modelos terrícolas, compendia que no había hecho por ellos todo lo que podía; les había permitido muchas libertades; le habría gustado ver a sus hijos ocuparse con interés en política y en ciencia, y no engolfados en el tenis, en los teatros de aficionados y en los galanteos. Ellos eran buenos muchachos en el fondo, pero él los había abandonado; vivían a la sombra de una gran ruina y con ninguna seguridad de defensa; vivían en un mundo de

insuficiencias y banalidades. Su propia vida, ¿qué había sido... sino un tiempo perdido? —recordó su vida en Sydenham:

—Yo lo criticaba todo, pero no enmendaba nada. Yo era tan malo como Peeve. ¿Me ocupaba en aquel mundo en algo más que me ocupó en éste? Pero en la Tierra todos éramos así...

Evitó a Lychnis durante algunos días y paseó solo por el valle. Fue a una sala de lectura y tuvo en sus manos libros que no pudo leer; estuvo en un taller y observó cómo un artista que trabajaba en un desnudo de muchacha en oro lo fundía una y otra vez porque no le gustaba; vio unas obras gigantescas junto a una chimenea enorme que relampagueaba en la colina, pero no le permitieron ir allí; vio un millar de cosas que no pudo comprender. Empezó a sentir lo que quizá podría sentir un perro muy inteligente en el mundo de los hombres, sólo que él no tenía maestros que le educaran ni instinto que le consolara. Los utópicos iban a sus ocupaciones, pasaban sonriéndole y nada más. Ellos sabían qué hacer; tenían una función que cumplir; pasaban algunas veces cantando; los amantes se enamoraban con dulces sonrisas en los labios... Su soledad llegó a ser una angustia sin esperanzas.

Porque *Mr.* Barnstaple deseaba amar y ser amado en Utopía. El que esta gente no pudiera concebir tal intimidad de cuerpo y de alma con él, era una humillación que le torturaba. Las miradas de las utópicas jóvenes y maduras que le observaban con curiosidad o pasaban junto a él con indiferencia herían su amor propio y le hacían intolerable el mundo utópico. Inconscientemente, estas diosas concentraban sobre él todo el desprecio que sentían por las castas inferiores. Él no podía vivir sin un amor donde cada uno parecía tener un amante; y, sin embargo, en este mundo utópico el amor para él resultaba a los ojos de todos grotesco e inconcebible... Una noche que había permanecido despierto hasta el amanecer, angustiado por tales cosas, tuvo una idea por la que comprendió que podría restablecer su amor propio y ganar

una especie de ciudadanía utópica. Todavía podría conseguir con su gesto que se hablara mucho tiempo de él y que le recordaran las generaciones venideras con interés y con simpatía.

CAPÍTULO III

EL TERRÍCOLA PRESTA UN SERVICIO

1

El hombre con quien *Mr. Barnstaple* fue a hablar se llamaba Sungold. Debía de ser muy viejo, porque tenía muchas arrugas en la cara; tenía un color sano y una barba castaña muy poblada y salpicada de canas; sus ojos eran oscuros y vivaces bajo unas cejas muy finas; el pelo le caía sobre la nuca como una crin rebelde. Estaba sentado tras una mesa repleta de papeles redactando notas manuscritas. Sonrió a *Mr. Barnstaple* y le indicó que se sentara frente a él. Después esperó con una amable sonrisa a que *Mr. Barnstaple* empezara a hablar.

—Este mundo es el triunfo del orden y de la belleza que yo había soñado siempre —dijo el terrícola—; pero no toleraré un vago, un desocupado, en él. Todos tienen en qué ocuparse menos yo. No pertenezco a ninguna parte, no hago nada, nadie quiere relacionarse conmigo...

Sungold movió la cabeza dando a entender que le comprendía.

—Esto es duro y triste —siguió *Mr. Barnstaple*—. Uno es un extraño... Pero se me ha ocurrido que yo podría ser de alguna utilidad, que podría ser tan buen trabajador como un utópico. Yo necesito ser utilizado en algo. ¿Necesita usted alguien para arriesgar la vida en algún experimento, o para ir a algún sitio extraño? ¿Alguien que esté dispuesto a servir a Utopía? ¿Alguien que no necesite poseer habilidad o ciencias especiales...?

Se detuvo emocionado. Sungold le dio a entender que le comprendía muy bien. Mientras el utópico meditaba, el terrícola le miraba con angustia. Después las palabras y las frases empezaron a enhebrarle silenciosas en la mente de *Mr. Barnstaple*. Sungold deseaba saber si él

entendía algo de la extensión y límites de los grandes descubrimientos que se estaban realizando en Utopía, donde se estaba atravesando en tal momento por una fase de intensa exaltación intelectual. Nuevas fuerzas y posibilidades embargaban la imaginación de la raza, y era muy natural que un inexperto terrícola estuviese angustiado e incómodo en medio de tan extrañas actividades. Incluso muchos utópicos, los más atraídos, estaban asustados. Durante siglos, filósofos e investigadores habían estado criticando, revisando y reconstruyendo sus anteriores ideas tradicionales del espacio y del tiempo, de la forma y la sustancia, y ahora, repentinamente, los nuevos caminos del pensamiento estaban dando frutos asombrosos. Las limitaciones del espacio, que habían parecido por siempre insuperables, estaban rompiéndose ya. Era ahora teóricamente posible pasar desde el planeta Utopía a otros puntos del universo de origen, es decir, a remotos planetas y lejanísimas estrellas. Éste era el punto presente de la cuestión.

—Yo no puedo imaginarme nada de eso —dijo el terrícola.

—Usted no puede imaginarlo, pero es así —dijo el utópico cordialmente—. Hace un centenar de años también era inconcebible aquí.

—¿Cómo consiguen ustedes el paso a otras dimensiones?

—Una nueva y maravillosa fase de la vida ha comenzado aquí. Nosotros aprendimos hace mucho los principales secretos de la felicidad. La vida es buena en este mundo. ¿La encuentra usted buena? Por miles de años todavía será este planeta nuestra fortaleza y nuestro hogar. Pero el viento de una nueva aventura sopla ya en toda la raza. Todos tenemos la sangre golpeándonos el pecho como el anuncio de una primavera cercana.

Sungold hablaba con palabras audibles, que se iban traduciendo

solas al inglés conforme eran pronunciadas:

—El encuentro de nuestro planeta con la Tierra fue un curioso accidente. Yo quiero que usted entienda esto bien. Vuestro universo y el nuestro están los dos en un gran universo de universos del orden gravitación-tiempo, que son trasladados a través de la infinidad de Dios. Son similares, pero no son idénticos. Uno y otro son equivalentes, pero no están caminando por el mismo camino ni en una dirección paralela. Cuando Arden y Greenlake hicieron su experimento, las posibilidades de acertar con algo en vuestro universo eran infinitamente remotas. Ellos sólo intentaban lanzar un fragmento de nuestra materia fuera de nuestro mundo, para después hacerla regresar. Ustedes cayeron aquí... de manera inesperada. Nosotros no necesitamos entrar en vuestro universo ni en más mundo que en el nuestro. Ustedes son demasiado parecidos a nosotros, y están demasiado atrasados, inquietos y enfermos, y nosotros no podemos ayudarles todavía a mejorar porque no somos dioses, sino hombres.

Mr. Barnstaple saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Qué podemos hacer con los hombres de la Tierra? No tenemos instinto de dominación ni de conquista. Estamos educados en largos siglos de igualdad y de libre cooperación. Ustedes serían demasiado numerosos para que pudiéramos educarlos a nuestras maneras y muchos nos contagiarían malos hábitos. Vuestra ignorancia podría atravesarse en nuestro camino, vuestras riñas, celos y tradiciones, banderas y religiones, podrían entorpecernos en todo lo que nos queda por hacer. Seríamos con ustedes impacientes e injustos. Se parecen demasiado a nosotros para que tuviéramos paciencia con vuestros fracasos. Sería duro recordar constantemente que estáis mal educados. Estamos convencidos desde hace mucho tiempo de que ninguna raza de seres humanos es suficientemente grande y poderosa para no necesitar de otras razas. Por lo que sabemos de vuestra gente y su ignorancia y obstinación, está justificado que los nuestros sientan

desprecio por ustedes. Y el menosprecio es la causa de todas las injusticias. Acabaríamos exterminando a todos los terrícolas... ¿Por qué vamos a hacer posible tamaño disparate...? No podemos tampoco admitirles como iguales...

Mr. Barnstaple asintió en silencio.

—Usted y yo —siguió el utópico—, dos individualidades, podemos ser amigos y entendernos.

—Es cierto. Es cierto... Sin embargo, yo puedo ser de alguna utilidad en Utopía.

—Sí.

—¿Cómo?

—Volviendo a su mundo.

Era lo que él había temido. Pero se había hecho el propósito de ser útil, y pensó: «Yo haré eso».

—Intentar el retorno —aclaró Sungold—, quiero decir. Hay riesgo. Puede usted morir en el intento.

—Lo haré.

—Necesitamos verificar todo un proceso de relaciones entre nuestro universo y el vuestro; queremos hacer el experimento inverso de Arden y Greenlake y ver si podemos volver seres vivos a vuestro mundo; es casi seguro que podremos hacerlo. Este ser elegido puede hacer mucho bien a ambos mundos dándonos una prueba de que el experimento resultó bien y que llegó sin novedad a la Tierra.

—Yo haré eso.

—Podemos ponerle en esa máquina que trajo y con la misma ropa que tenía puesta cuando llegó. Volverá exactamente tal como vino.

—Lo comprendo.

—Y porque su mundo es vil y tiene algunos cerebros raramente capacitados, no queremos que vuestra gente nos conozca, por miedo a que se decidieran a venir aquí guiados por algún pobre genio tonto, llamando a nuestras puertas, amenazando nuestras vidas e inutilizando nuestra civilización, obligándonos a matarles como ratas.

—Sí. Pero antes que los terrícolas puedan venir a Utopía, tienen que aprender a hacerlo. Utopía es un lugar sólo para los que saben estar en ella.

Hubo una pausa.

—Cuando yo haya vuelto a la Tierra, ¿olvidaré a Utopía?

Sungold sonrió y no dijo nada.

—Mi nostalgia de Utopía me angustiará. Seré allí un utópico, porque yo creo que habiendo ofrecido mis servicios y habiendo sido aceptados..., ya no soy un paria aquí, ¿verdad?

—Recuerde que puede morir en la prueba.

—No importa.

—Bien..., ¡hermano!

Se abrazaron los dos.

—Después que haya regresado y nos dé la señal de ello, alguno de los otros terrícolas pueden también ser enviados allá.

—¡Pero...! —exclamó, atónito, *Mr. Barnstaple*—. Yo pensé que les

habían arrojado al espacio, al vacío...

—Algunos murieron, pero matados entre sí. El hombre que llamaban Barrow...

—¿Barralonga?

—Sí. Los otros aparecieron asfixiados y congelados, pero no muertos; han sido restablecidos a la vida y ahora no sabemos qué hacer con ellos. No nos son de ninguna utilidad. Nos estorban.

—No me extraña.

—El hombre que ustedes llaman Burleigh parece tener alguna importancia en la Tierra. Hemos estudiado su cerebro, y hemos descubierto que su facultad de creer es pequeñísima; cree en muy pocas cosas; es dudoso que crea en la realidad de nuestras experiencias; procuraremos que piense que todo esto no ha sido sino un sueño. Considerará esto demasiado fantástico para hablar de ello, porque, desde luego, está ya muy desconfiado de su imaginación; se encontrará de regreso en su mundo algunos días después que usted y se marchará a su casa como si tal cosa no le hubiera ocurrido. Usted le verá reaparecer en los asuntos políticos, tal vez un poco más sabio.

—Podría ser.

—Rupert Catskill tiene mucho interés en volver. Vuestro mundo lo malogrará.

—Nada le convendría más.

—*Lady Stella* quiere irse también.

—Me alegro de que se haya salvado. Pero ella no dirá nada de Utopía. Es muy discreta.

—El comportamiento del sacerdote no fue, a mi parecer, el que hubiera debido ser.

—¿Qué hizo?

—Cogió unos cuantos delantales de seda negra que él mismo hizo y salió por los caminos empeñado en ponérselos a nuestras muchachas en la cintura.

—Envíelo a la Tierra.

—¿Y querrá vuestro mundo admitirlo?

—Desde luego, si ustedes quieren quedarse con él...

—No. También regresará.

—Los demás podrían ustedes guardarlos. Nadie en la Tierra se inquietará por ellos. En nuestro mundo hay muchísima gente que está siempre un poco perdida. La vuelta, aun de los pocos que se proponen hacer volver, puede llamar la atención. La gente puede empezar a dar noticias de estos maravillosos regresos desde el otro mundo, y preguntar el camino para venir. Darían noticias a cambio de publicidad. No pueden enviar a nadie más. Pónganlos en una isla o algo parecido. Creo que deben guardar al cura también. Aunque la verdad es que mucha gente en la Tierra lo necesita porque sin él empezarían a comportarse mal. Y será muy fácil persuadir al padre Amerton de que Utopía ha sido un sueño, porque todos los sacerdotes han soñado alguna vez con una de estas Utopías. Él pensará de todo esto, si piensa alguna vez en ello, que ha sido una pesadilla de inmoralidades.

2

La conversación había terminado, pero *Mr.* Barnstaple no sabía cómo irse. Miró a Sungold a los ojos y le encontró amable.

—Usted me ha dicho todo lo que he de hacer y es necesario que me marche. Un momento de su vida es más importante que un año de la mía. Pero porque voy a irme pronto de este mundo creo tener algún derecho a rogarle que me hable de los tiempos gloriosos de este planeta. Usted me ha dicho que es posible ir a remotos universos, y esto me deja perplejo. Probablemente soy incapaz de comprender tan gigantesca idea, pero me gustaría que usted me la explicara. Es creencia de mi mundo que el final de la vida tendrá su razón en el enfriamiento del sol, que hemos nacido con la Tierra y moriremos con ella sin remisión. ¿Por qué, entonces, trabajar por el progreso de un mundo que debe helarse y morir?

Sungold sonrió.

—Vuestros filósofos terminan demasiado pronto. ¿Qué tiempo hace que existe vuestra ciencia?

—Doscientos..., trescientos años.

—¿Y cuántos hombres se dedican a ella?

—Unos centenares en cada generación.

—Nosotros vamos ya por los tres mil, y cien millones de buenos cerebros han sido estrujados como uvas en la prensa de la ciencia. ¡Y qué poco conocemos todavía! Por cada observación hecha con resultado positivo, un centenar se pierden; siempre hay alguna travesía verdad que se burla de nosotros y consigue escaparse y llevarnos al borde del error. Yo sé dónde están vuestros hombres de ciencia porque he estudiado el principio de la nuestra. ¿Cómo podría yo calcular la distancia que nos separa? Desde aquellos días lejanísimos hemos examinado y ensayado y tanteado y vuelto a tantear una infinidad de nuevos caminos del pensamiento sobre el espacio, del cual el tiempo no es sino una manifestación especial. Tenemos fórmulas que no podemos revelarle a usted porque su comprensión resulta

difícil hasta para nosotros mismos. Pensamos en los términos de un espacio en el cual el sistema espacio-tiempo, en el que ustedes se mueven y piensan, es sólo un caso particular. Nuestra inteligencia se ha adelantado a nuestra vida y a nuestra voluntad. Todavía somos de carne y de sangre, todavía esperanza y deseo, vamos de acá para allá y miramos arriba y abajo; las cosas que parecen remotas las acercamos, las que eran inaccesibles están ya alcanzadas, las inconcebibles duermen ya sobre la palma de nuestra mano.

—¿Y no piensa usted en que este mundo perecerá algún día?

—¡Perecer!

El anciano habló con solemnidad. Sin saberlo, parodiaba a Newton.

—Somos como niños pequeños traídos a las playas de un océano sin límites. Todos los conocimientos que hemos adquirido en las pocas generaciones pasadas desde que empezamos a tener Ciencia son como un puñado de arena recogida en las playas de ese mar infinito. Crecemos en fuerza y en ánimos. Renovamos nuestra juventud. Para señal de lo que le digo, nuestro mundo es más joven que el suyo; las generaciones de monos o subhombres que nos precedieron tenían cerebros viejos; se espantaban de las cosas nuevas. Aprender es, a lo largo, llegar a ser joven otra vez, empezar de nuevo. Vuestro mundo, comparado con el nuestro, es un mundo de espíritus ignorantes, de equivocadas tradiciones, de odios e injurias. Pero algún día llegarán ustedes otra vez a ser como niños pequeños y encontrarán el camino para venir a nosotros... que estaremos esperándoles. Dos universos se encontrarán y se abrazarán, para engendrar un universo todavía más gigantesco... Vosotros no habéis empezado aún a comprender el significado de la vida. Ni siquiera Utopía... La vida es sólo una promesa todavía. Algún día aquí y en todas partes, la vida, de la cual usted y yo no somos sino átomos de la anunciación, despertará en definitiva una y total y maravillosa, semejante a un niño que despertase de repente a la

luz y a la conciencia. Abrirá sus ojos adormecidos, se desperezará y sonreirá mirando a Dios cara a cara... Nosotros estaremos allí entonces... Toda esta materia... Usted y yo.

CAPÍTULO IV

LA VUELTA A LA TIERRA

1

Amanecía. *Mr.* Barnstaple estaba ya contemplando su última mañana sobre las bellas montañas de Utopía y meditando sobre el experimento para el cual se había ofrecido como conejillo de Indias. Había dormido poco; el amanecer le había sorprendido al aire libre vestido para sus últimos momentos en aquel país maravilloso con las sandalias la túnica blanca y luminosa que habían sido sus vestiduras en Utopía. Ahora tendría que luchar de nuevo con los calcetines, las botas, los pantalones y el cuello de la camisa; levantó los brazos al cielo, bostezó y respiró hasta llenar sus pulmones. El valle estaba allá abajo, todavía adormecido bajo los vellones de niebla. En la cumbre de las montañas empezaba a dar el sol.

Nunca había estado antes fuera de su dormitorio a semejante hora; era divertido ver cómo las flores goteaban rocío casi dormidas; cómo las hojas de los árboles estaban retorcidas como barquillos infantiles; cómo la gasa finísima de las arañas estaba mojada todavía por la niebla. Un tigre vino hacia él, saltando de repente al camino, y le miró con sus ojos amarillos e inquietos, tal vez intentando recordar su olvidado instinto carnívoros.

Se apartó de la carretera, pasó por debajo de un puente y subió por una escalera que prometía llevarle más pronto a la cima de la montaña. Una infinidad de amistosos y pequeños pájaros de bellos colores volaron alrededor de él y uno hasta se posó indolente sobre su hombro, para salir piando burlón cuando levantó la mano para acariciarlo. Estaba todavía subiendo la escalera cuando salió el sol. Era como si la montaña se desprendiera de un velo azul muy tenue y se presentara al mundo completamente desnuda. *Mr.* Barnstaple llegó a

un lugar cubierto de césped y se detuvo. Durante un buen rato no hizo sino observar aquellas maravillas de la salida del sol, muy lejos, como una flecha disparada de Este a Oeste, brillaba la línea deslumbrante del mar.

2

—¡Qué serenidad! —murmuró—. ¡Cuánta belleza! Todos los trabajos de los hombres encaminados a conseguir una armonía perfecta.

De acuerdo con sus hábitos periodísticos intentó componer algunas frases:

—La energía de la paz... La confusión destruida... Un mundo de espíritu transparente como cristal...

¿Para qué servían las palabras? Escuchó atento, porque desde la ladera llegaba el canto de una calandria rociando la mañana de dulces notas. Intento descubrir a la pequeña cantora, pero le deslumbraba la luz del sol. Cuando la calandria dejó de cantar, Utopía quedó en silencio hasta que se oyeron risas infantiles en la falda de la montaña. Amaneció definitivamente. ¡Qué pacífico era el amanecer utópico en comparación con los atormentados de la Tierra! No había ladridos de los perros irritados, ni rebuznos de asnos inquietos, ni gritos, ni disparos, ni toses, ni martillazos, ni estrépito de trenes, ni cláxones de automóviles. El oído, como la vista, estaba en paz. El aire, en vez de ser un barro de ruidos, estaba purificado por el silencio.

Su mirada recorrió el paisaje. Allá abajo, el último vestigio de los vellones de la niebla se disolvía. Tanques de agua, carreteras, puentes, edificios, malecones, arboledas, jardines, canales, cascadas y fuentes aparecían por todas partes.

—Hace tres mil años esto era un mundo parecido al mío... ¡Pensar que esto es obra de cien generaciones...! En tres mil años nosotros

podremos hacer también de nuestro pobre mundo uno semejante a éste. «Los mundos son similares pero no son idénticos». Si yo pudiera contar allí todo lo que he visto... No me creerían, no. Me rebuznarían como asnos y me ladrarían como perros... Allí no se cree en más mundo que en el de la Tierra. Les molesta pensar que haya alguno más, mejor o peor que el de ellos. Y, sin embargo, nada pueden ya hacer que no esté hecho aquí. Muerte, tortura, futilidades, humillaciones. Sí, quizá merezcan estar entre sus propios excrementos, arañando el suelo donde viven, saludándose hipócritamente unos a otros, confiando en un buen perro de presa, aprovechándose de penas y esfuerzos que no han compartido; la Humanidad hiede, hederá siempre y vivirá feliz con su hedor repitiendo a manera de consuelo que no hay nada nuevo bajo el sol...

Fue distraído de sus pensamientos por dos muchachas que llegaban corriendo por la escalera una tras de la otra. La primera traía las manos llenas de flores azules; la que le perseguía, tal vez un año más joven, tenía un pelo rubio casi de oro. Las dos estaban excitadas por la incontenible gana de juego de los animales jóvenes. La que iba delante descubrió a *Mr. Barnstaple* con un gesto de sorpresa; le observó con una rápida mirada de curiosidad, saludó con picardía, le lanzó dos flores azules a la cara y salió corriendo escaleras abajo. Su compañera, empeñada en alcanzarla, corrió también; parecían dos mariposa; se detuvieron allá lejos, y después de hablarse al oído, sin duda comentando el encuentro con el extranjero, saludaron con las manos y desaparecieron. *Mr. Barnstaple* les devolvió el saludo y permaneció en silencio con una sonrisa en los labios, feliz y regocijado.

3

El lugar adonde *Lychnis* había llevado a *Mr. Barnstaple* estaba en la sierra, entre el valle donde pasaría los últimos días y una cañada por la que pasaba un torrente que después de unos centenares de millas de sinuoso camino desembocaba en el río, en la llanura. Había un mirador

en la cresta del desfiladero, levantado sobre fuertes puntales; a un lado se veía un escenario montañoso y una rica y pintoresca vegetación; al otro se extendía un amplio jardín. Durante un buen rato *Mr. Barnstaple* escudriñó con la mirada esta cañada que veía por vez primera; a quinientos pies bajo el lugar donde él estaba sintió rodar una piedra, y una avutarda levantó el vuelo precipitadamente. Muchos de los árboles de allá abajo debían ser frutales, pero estaban muy lejos para distinguirlo. Aquí y allí podía verse un sendero bordeando arboledas y rocas, y entre la verde espesura había pequeños pabellones en los que los caminantes podían descansar, hacerse el té y encontrar bizcochos o bebidas refrigerantes, y tal vez un lecho y un libro. Después observó el valle que iba hacia el mar. Verdaderamente aquélla era la Tierra Prometida de la esperanza humana.

Allí estaban la paz, la fuerza, la salud, la actividad feliz y la belleza. Todo lo que nosotros buscamos estaba ya realizado en aquel país maravilloso. ¿Cuántas centurias o miles de años pasarían antes de que un hombre pudiera ver desde una montaña de la Tierra una Humanidad triunfante y en paz...? Meditó profundamente. No había ninguna ciencia en Utopía de la que la Tierra no tuviese ya atisbos; no había ninguna fuerza en Utopía que los terrícolas no pudiesen usar. Así, si la ignorancia y oscuridad y despechos y malicias lo permitieran, estaría la Tierra pronto... Por un mundo como Utopía, *Mr. Barnstaple* había estado esforzándose semanalmente toda su vida. Si el experimento salía bien y él se encontraba vivo otra vez en la Tierra, de nuevo dirigiría sus esfuerzos hacia Utopía. Y no estaría solo. En la Tierra hay miles, decenas de millares, quizá cientos de millares de personas que están también luchando por encontrar un camino de escape para ellos y para sus hijos por el que abandonar los desórdenes e indignidades de la Edad de la Confusión; cientos de miles que deseaban poner fin a las guerras y establecer el estandarte de Utopía sobre las falsedades; divisiones que martirizan a la Humanidad.

—Sí, pero nosotros fallamos —decía *Mr. Barnstaple* paseando

mohíno de un lado a otro—. ¡Decenas y centenares y millares de hombres y mujeres, que apenas hacen nada! Quizá cada hombre y cada mujer joven haya tenido alguna vez la ilusión de servir y mejorar al mundo. ¡Pero estamos dispersos y las viejas costumbres, desilusiones, hábitos y traiciones triunfan sobre nosotros!

Se sentó con los codos sobre las rodillas y la barbilla sobre las manos, pensando en aquel mundo que tenía que dejar tan pronto.

—Nosotros podríamos hacerlo.

Pensó que él pertenecía ahora en cuerpo y alma a la Revolución, a la gran Revolución que está latente en la Tierra; que marcha y nunca desistirá ni descansará hasta que el viejo planeta sea una Utopía. Él sabía que esta Revolución está viva. Y como esto había cristalizado en su pensamiento, pensó que también cristalizaría en el de centenares de miles de hombres y mujeres de la Tierra que soñaban con Utopía.

—Nosotros lo haremos.

Todos los conflictos e insurrecciones que habían ocurrido en la Tierra no eran sino preludios de la Revolución que tenía que venir. Cuando salió a sus fantásticas vacaciones se dio cuenta de que estaba deprimido; los asuntos terrenos le parecían confusos y sin esperanzas; pero ahora, desde Utopía, con la salud restablecida y equilibrada, veía con claridad cómo los hombres de la Tierra se estaban labrando el camino de la liberación, angustia tras angustia, hacia la puerta presentida de la revolución final; veía cómo los hombres habían estado luchando por las monarquías, las religiones dogmáticas, la moral, el respeto de sí mismo y la limpieza de cuerpo y de alma; cómo luchaban ahora por arrancar el mutuo amor entre los hombres del planeta de entre las garras de falaces pretensiones, deshonestidades e imposturas.

Hay confusión en toda lucha. Retractaciones y derrotas. Pero el total

de las luchas terrenas por la libertad visto desde Utopía daba sensación de avance incontenible y constante. Hubo desaciertos, hubo retrocesos, porque las fuerzas de la Revolución trabajan en la sombra. El gran esfuerzo y la gran angustia del movimiento socialista para crear un nuevo Estado en el mundo había sido contemporáneo de *Mr. Barnstaple*; el socialismo había sido el evangelio de su juventud; él había participado en sus esperanzas, sus dudas, sus amargos conflictos internos. Él había visto el movimiento socialista perdiendo dulzura y recogiendo refuerzos en la angostura de la fórmula marxista. Le había visto sacrificar su fuerza constructiva por una intensidad militante. Le había visto en Rusia acertar en la destrucción y fracasar en cuanto tuvo que organizar y construir. Como todos los espíritus liberales en el mundo, había compartido el escalofrío de la angustia bolchevique, y había temido que esta bancarrota de un gran impulso creador no fuese nada más y nada menos que una victoria de la reacción, que daba renovada vida a todas las falsedades, imposturas, corrupciones y desórdenes tradicionales.

Pero ahora, desde el alto punto de vista de Utopía, veía claramente que el Fénix de la Revolución llameaba bajo sus cenizas a punto de renacer. Mientras el lazo corredizo se está apretando alrededor del cuello del maestro, la juventud está leyendo sus enseñanzas. Las revoluciones nacen y mueren; la gran Revolución avanza inevitablemente y nunca morirá. El tiempo está cerca, y la Revolución podrá adelantarse cuando las fuerzas revolucionarias trabajen a la luz y no en la sombra, y miles de hombres y mujeres, ahora apartados y desorganizados y mutuamente antagonistas, serían arrastrados entonces a la visión del mundo ansiado y presentido. El marxismo había desperdiciado las fuerzas de la Revolución durante cincuenta años; había despreciado a todos los hombres de ciencia y de talento; les había aterrado con su intolerante ortodoxia; su error de que todas las ideas son engendradas por circunstancias materiales le había hecho ineficaz en la educación y la crítica; había intentado construir la unidad

social sobre el odio, y había malgastado todas sus fuerzas en la locura de una lucha de clases.

Ahora todos volvían la vista al socialismo, y el monótono y fúnebre espectáculo de una dictadura del proletariado sería sustituido por una Utopía, un mundo en paz, con sus recursos labrados y explotados por el bien común, sus ciudadanos libres, no sólo de servidumbre sino de ignorancia, y con sus reservas de energía dirigidas al aumento de la cultura y de la belleza. La Tierra seguiría la senda que Utopía había ya dejado atrás. Los hombres también se reirían de las cosas que habían temido, y apartarían de su lado las imposturas que les habían intimidado, y los absurdos que les habían atormentado. La Tierra, que ahora sólo era un desierto donde los hombres arañaban para conseguir alimento y vivían en chozas y montones de escorias, se enriquecería con el amor y la justicia como este bello país utópico. También los hijos de los terrícolas, purificados de sus enfermedades morales y materiales, irían orgullosos por su planeta conquistado y subirían hasta las estrellas...

—Sólo voluntad —dijo *Mr. Barnstaple*—. ¡Sólo es necesaria la voluntad...!

4

Oyó el tañido de una campana dando la hora. El momento de cumplir la misión para la que había sido designado estaba cerca; debía descender de la montaña y acercarse al lugar donde el experimento iba a realizarse. Miró por última vez a la cañada, a la amplia perspectiva del valle, con sus lagos y estanques y terrazas, sus arboledas y pabellones, sus edificios y altos viaductos, sus soleadas tierras de cultivo, su graciosa amenidad.

—Adiós, Utopía —dijo—, y se asombró al descubrir que estaba tan profundamente emocionado que las palabras casi no salieron de su

garganta—. Querido sueño de esperanza y amor, adiós.

Estuvo a punto de llorar. Le parecía que el espíritu de Utopía se inclinaba sobre él como un dios amistoso, adorable... e inasequible. Empezó a descender por la escalera. El perfume de un macizo de rosas llamó su atención; pasaba bajo una pérgola cubierta con grandes rosas blancas y enloquecida por el canto y el batir de alas de una bandada de pequeños pajarillos verdes. Miró las hojas del rosal caldeadas por el sol y dibujadas a contraluz en el alto cielo; levantó una mano, cogió una rosa y la acercó a la boca para besarla, después de haberse acariciado las mejillas con los pétalos olorosos y suaves. Cuando la soltó de su mano, la flor estaba mojada de lágrimas.

5

Mr. Barnstaple regresó en aeroplano al mismo sitio de la cristalina carretera donde él había llegado por primera vez a Utopía. Lychnis fue con él y le acompañó Cristal, deseoso de ver el experimento. Un grupo de veinte o treinta personas, entre las que estaba Sungold, le esperaban. El arruinado laboratorio de Arden y Greenlake había sido sustituido por recientes edificaciones. **Mr.** Barnstaple pudo reconocer con claridad el lugar donde **Mr.** Catskill había mirado al leopardo cara a cara y donde **Mr.** Burleigh le había interrogado tan graciosamente. Su viejo automóvil, *el peligro amarillo*, que parecía ahora la más desgarrada pieza de ferretería concebible, estaba en la carretera. Fue a examinarlo con interés no exento de emoción; parecía en perfectas condiciones, engrasado y con el depósito de gasolina lleno.

Mr. Barnstaple entró a cambiarse de ropas en un pequeño pabellón; allí estaban su equipaje y sus cosas de terrícola, todo muy limpio, doblado y planchado; su camisa le oprimía el pecho, el cuello le apretaba, la chaqueta le molestaba bajo los brazos; tal vez —pensó— la ropa haya encogido cuando nos desinfectaron. Hizo su maleta y Cristal se la llevó hasta el coche. Sungold explicó todo lo que **Mr.**

Barnstaple tenía que hacer. En la carretera, muy cerca del restaurado laboratorio, marcó una línea muy fina.

—Conduzca su coche hasta ella y pásela —dijo—. Eso es todo lo que usted tiene que hacer. Después tome esta flor roja y póngala exactamente sobre el lugar donde su rueda pare al entrar en su mundo. *Mr. Barnstaple* quedó solo junto al coche. Los utópicos se apartaron veinte o treinta yardas, e hicieron un círculo a su alrededor. Durante unos momentos todo estuvo en silencio.

6

Mr. Barnstaple montó en su coche, puso el motor en marcha y después de un par de minutos pisó el acelerador. Cuando el automóvil empezó a moverse hacia la línea trazada por Sungold en la carretera, *Mr. Barnstaple* hizo un gesto de despedida con la mano a Lychnis y ella le contestó. Sungold y otros utópicos también le hicieron amistosos saludos. Cristal estaba muy atento para distraerse en saludar.

—¡Adiós, Cristal! —gritó *Mr. Barnstaple*, y el muchacho le respondió con una mirada cordial.

Aceleró, apretó los dientes y cerró los ojos cuando tocó la línea que limitaba los dos mundos. Tuvo la sensación de una tensión insoportable y oyó aquel ruido tan parecido al zumbido de una cuerda de violín. Tuvo un irresistible impulso de parar... y regresar. Quitó los pies del acelerador y el coche pareció caer a plomo como cosa de un pie, y paró tan repentinamente que casi despide a su conductor. La tensión subió. *Mr. Barnstaple* abrió los ojos y miró su alrededor.

El coche estaba parado en un campo recién segado y un vallado en el que había una puerta negra abierta separaba este campo de heno de la carretera. Muy cerca estaba un anuncio del hotel principal de Maidenhead. Al otro lado de la carretera había montañas y arboledas; a la izquierda, una pequeña venta. Volvió la cabeza y vio el castillo de

Windsor en la remota lejanía. No estaba, como los utópicos habían prometido, en el sitio exacto de su partida, pero se hallaba a menos de cien yardas de él. Por un momento no quiso moverse repitiendo mentalmente todo lo que tenía que hacer. Después puso en marcha el automóvil y lo dirigió hacia la puerta negra.

Salió por ella y quedó un rato quieto con la flor roja en la mano; regresó al sitio exacto por donde había entrado de nuevo en la Tierra y puso allí la flor; era muy fácil determinarlo por la señal que el coche había hecho al frenar. Sintió unos enormes deseos de no obedecer las instrucciones; quería conservar la flor; era la última cosa, la única también, que le quedaba ya del dorado mundo de Utopía; esto y un dulce olor en sus manos. Era extraordinario que no hubiese traído nada más con él. ¿Por qué no se había traído un ramo de flores? ¿Por qué no le habían dado ellos nada, ni la más pequeña cosa? Necesitaba conservar la flor; estuvo decidido a sustituirla por un puñado de madreselvas arrancadas del seto cercano. Pero pensó que debía hacer lo que le habían dicho.

Desgarró un solo pétalo de la flor, y puso el resto en el mismo centro de la huella de la rueda. El pétalo se lo guardó en el bolsillo como una joya. Después, con el corazón triste, regresó despacio al coche y quedó junto a él esperando los acontecimientos. Su pena y su emoción eran grandes. Estaba pesaroso de haber abandonado Utopía. Era evidente la aridez a que estaba llegando; el campo estaba más agostado y reseco que él lo había visto jamás en Inglaterra. El viejo mundo de la Tierra le parecía lleno de desagradables visiones y ruidos y olores casi olvidados. Sonaban los coches distantes, los trenes, una treintena de vacas mugiendo. El polvo le irritaba la nariz, y le molestaba el olor del alquitrán. Había alambres de espino en el seto y por encima de la puerta negra, y estiércol de caballo y trozos de papeles sucios. El mundo de donde había venido quedaba reducido al pétalo de una flor escarlata.

Algo sucedió muy rápidamente. Fue como si una mano apareciera por un momento y tocara la flor para desaparecer en seguida. Sólo quedó una pequeña nube de polvo. Era el final de la aventura. Durante algunos minutos *Mr. Barnstaple* fue incapaz de recobrar el control de sí mismo, cubriéndose la cara con las manos, apoyado en la raída capota del coche. Cuando pudo recuperarse, puso el auto en marcha y avanzó hacia la carretera. Dejó la puerta abierta y tomó hacia el Este, sin proponérselo, marchando despacio como quien no sabe a ciencia cierta adonde va. Empezó a pensar en que quizás el viejo mundo terrícola le había dado por desaparecido misteriosamente; alguien podría descubrirle y hacerle objeto de preguntas sin respuesta posible, y eso sería cansado y desagradable. No había pensado en esto en Utopía; allí le había parecido posible regresar a la Tierra y pasar inadvertido, y ahora tanta confianza le parecía infantil.

Vio ante sí la muestra de un modesto salón de té. Se le ocurrió que podría apearse allí, ver un periódico, preguntar discretamente y enterarse de lo que hubiese sucedido en el mundo durante su ausencia y si él había sido dado por desaparecido y en qué circunstancias. Encontró una mesa ya preparada bajo la ventana; en el centro de la sala, sobre una mesa mayor, entre algunas macetas, había periódicos y revistas atrasadas, pero había también un ejemplar del *Daily Express* de la mañana. Lo cogió con curiosidad, temeroso de encontrarlo lleno de misteriosas desapariciones: *Mr. Burleigh*, Lord Barralonga, *Mr. Rupert Catskill*, *Mr. Hunker*, el padre Amerton y *Lady Stella*. Gradualmente, conforme fue repasando el periódico, sus temores se desvanecieron. ¡No había una sola palabra sobre ellos!

—¡Pero seguramente —murmuró— los amigos habrán notado la falta!

Leyó todo el periódico; de uno solo encontró referencia y éste era el último nombre que podía haber pensado encontrar: no había sido adjudicado el Premio de Literatura «debido a la ineludible ausencia de

Mr. Freddy Mush». El pensamiento de *Mr. Barnstaple* volvió a la flor escarlata puesta en las huellas de su automóvil y a la mano misteriosa que le había parecido a él que la cogía, con lo que la puerta para pasar de un mundo a otro se había cerrado para siempre. Aquel mundo amado de honestidad y de salud era ya inaccesible para él por siempre jamás, y aquél no era sino uno de los incontables universos que se mueven juntos en el Tiempo, que están uno junto al otro, infinitos y semejantes como las hojas de un libro.

—Yo que no puedo poner mi brazo fuera de su propio alcance —le había dicho un utópico— puedo enviarle a usted a miles de universos...

Una camarera le devolvió a la realidad. El té le parecía insípido y sucio; bebió el raro brebaje porque estaba sediento, pero no pudo pasar del primer sorbo. Sin pensarlo puso la mano en el bolsillo y tocó algo blando; sacó el pétalo arrancado de la flor de Utopía; había perdido su resplandeciente color escarlata, y mientras lo tenía en la mano le pareció que se oscurecía y que su delicado aroma se transformaba en un olor repugnante.

—¡Nunca lo hubiera creído!

Desmenuzó aquel terrón de podredumbre, y luego lo tomó entre los dedos y lo enterró en una maceta. Cogió el *Daily Express* otra vez y volvió a ojearlo intentando recuperar su personalidad de terrícola; su sentido de las cosas humanas.

7

Por mucho tiempo *Mr. Barnstaple* meditó sobre el *Daily Express* en la sala de té de Colnebrook. Sus pensamientos iban tan lejos que el periódico resbalaba hasta el suelo, sin que él lo advirtiera. Se levantó con un suspiro y pidió la cuenta. Al pagar advirtió que tenía intacto el dinero que sacara de casa.

—Éstas serán las vacaciones más baratas de mi vida. No he gastado absolutamente nada.

Preguntó por una oficina postal para poner en un telegrama. Dos horas más tarde paró ante la puerta de su pequeña villa, en Sydenham. La abrió —el trozo de palo con el que siempre hacía esto estaba en su sitio habitual— y entró con *el peligro amarillo*, con la destreza de quien tantas veces había hecho lo mismo, y lo dejó a la puerta del cobertizo que le servía de garaje. Entró en el portal.

—¡Alfredo! ¿Has vuelto?

—Sí, ya estoy de vuelta. ¿Recibiste mi telegrama?

—Hace diez minutos. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Ha sido más de un mes.

—¡Oh...! Soñando. Me he divertido mucho.

—Pudiste haber escrito.

—Yo estaba muy enfermo. El doctor dijo que no debía molestarme nada en absoluto. Ya te lo dije.

—¿Hay té? ¿Dónde están los muchachos?

—Los muchachos están fuera. Déjame que te haga un poco de té.

Luego se sentó ella frente a él.

—Estoy muy contenta de que hayas vuelto. Tienes un magnífico aspecto.

—He disfrutado de buen clima.

—¿Fuiste a los Lagos?

—No, de ninguna manera. Pero he estado en un sitio mucho mejor.

—¿No te has perdido?

—Nunca.

—Pues me parece que has perdido la memoria...

—Mi memoria tiene tantos quilates como un brillante.

—¿Pues dónde fuiste?

—Necesitaba aprender y soñar... Me perdí en un sueño... No preguntaba los nombres de los sitios a donde llegaba; hoy estaba aquí y mañana allí; no me preocupaba de si era ésta o aquella la ciudad donde dormía. Mi imaginación estaba absolutamente inactiva. He descansado de... todas las cosas. Ni una sola vez he pensado en política, en dinero o en problemas sociales... ¿Es ése *El Liberal* de esta semana?

Lo cogió, lo ojeó y volvió a dejarlo en el sillón.

—¡Pobre viejo Peeve! Por supuesto, yo debía dejar este periódico. Es como el empapelado de una pared húmeda, siempre manchado y cayéndose a pedazos... Me da reuma mental.

Mrs. Barnstaple le miró desconfiada.

—Pero yo siempre creí que *El Liberal* era un empleo seguro que había que conservar.

—Yo no necesito trabajo seguro ahora. Tengo otras cosas en que ocuparme... No te preocupes. ¿Cómo están los muchachos?

—Yo estoy un poco preocupada con Frankie...

Mr. Barnstaple, al mirarlo distraído, vio en el *Times* un curioso

anuncio: «Cecil. Su ausencia nos preocupa. Querríamos saber lo que usted desea que le digamos a la gente. Escriba a la dirección Scotch. Todas sus instrucciones serán cumplimentadas».

—¡Perdóname, querida! —Y dejó el periódico.

—Te estaba diciendo que Frankie parece estar disgustado con su empleo. A él no le gusta. Quiero que hables en serio con él. Dice que quiere estudiar Ciencias en la Politécnica.

—Bien. ¡Magnífico muchacho! Creo que debo hablar con él. Desde luego, estudiará Ciencias.

—Pero el muchacho tiene que ganarse la vida.

—Si él quiere estudiar Ciencias, las estudiará.

Mr. Barnstaple habló en un tono que era nuevo para *Mrs.* Barnstaple, un tono de urgente, firme y segura determinación. Al morder él su trozo de pan con mantequilla no pudo reprimir un gesto de desagrado, y ella lo vio.

—Por supuesto —dijo él—, mantequilla de Londres... de tres días. Es curioso lo pronto que cambia de sabor.

Tomó el *Times* otra vez y pasó la mirada por las columnas de apretada composición.

—Éste es un mundo infantil —comentó—. Muy infantil. Casi lo había olvidado. Imaginarios complots bolcheviques, proclamaciones de los autonomistas irlandeses, el príncipe, Polonia, mentiras sobre la China, más mentiras sobre Egipto, inseguridad general, natación, tenis, *cricket*... ¿Cómo se le da tanta importancia a semejante especie de cosas? Es como esconder riñas de los criados o discusiones de los niños...

Mrs. Barnstaple le miraba intrigada, y él se justificó.

—No he visto un periódico desde que me fui.

Soltó el diario y se levantó. *Mrs.* Barnstaple empezó a creer que era víctima de una absurda alucinación, porque estaba viendo el hecho más pasmoso que hubiera observado jamás.

—Sí —dijo—. Es cierto... ¡William, has crecido! No sólo has dejado de estar encorvado, ¡sino que has crecido dos o tres pulgadas!

Mr. Barnstaple la miró curioso y levantó los brazos para comprobarlo: en efecto, los tenía más largos. Se pusieron uno junto al otro, hombro con hombro.

—Tu hombro —dijo ella— estaba exactamente al mismo nivel del mío. ¡Mira dónde está ahora!

Ella le miró a los ojos. Se veía que estaba muy contenta de tenerle en casa de nuevo. Pero él parecía abstraído, ausente de su compañía.

—Esto debe ser consecuencia de aquel clima maravilloso... ¡Pero a mi edad! ¡Haber crecido! Y lo grande es que siento como si hubiera crecido por dentro y por fuera, en el cuerpo y en el espíritu...

Mrs. Barnstaple empezó a recoger el servicio de té.

—Parece que has evitado las grandes ciudades..., ¿por qué?

—¡Psh...!

—¿Y tenía ese maravilloso país carreteras y ferrocarriles?

—Prácticamente no lo sé... Era un país nuevo para mí... Bello y maravilloso en extremo...

Su esposa no dejaba de mirarle:

—Debes llevarme allí algún día. Quiero ver qué clase de mundo es ése y qué has hecho tú por allí en todo este tiempo...